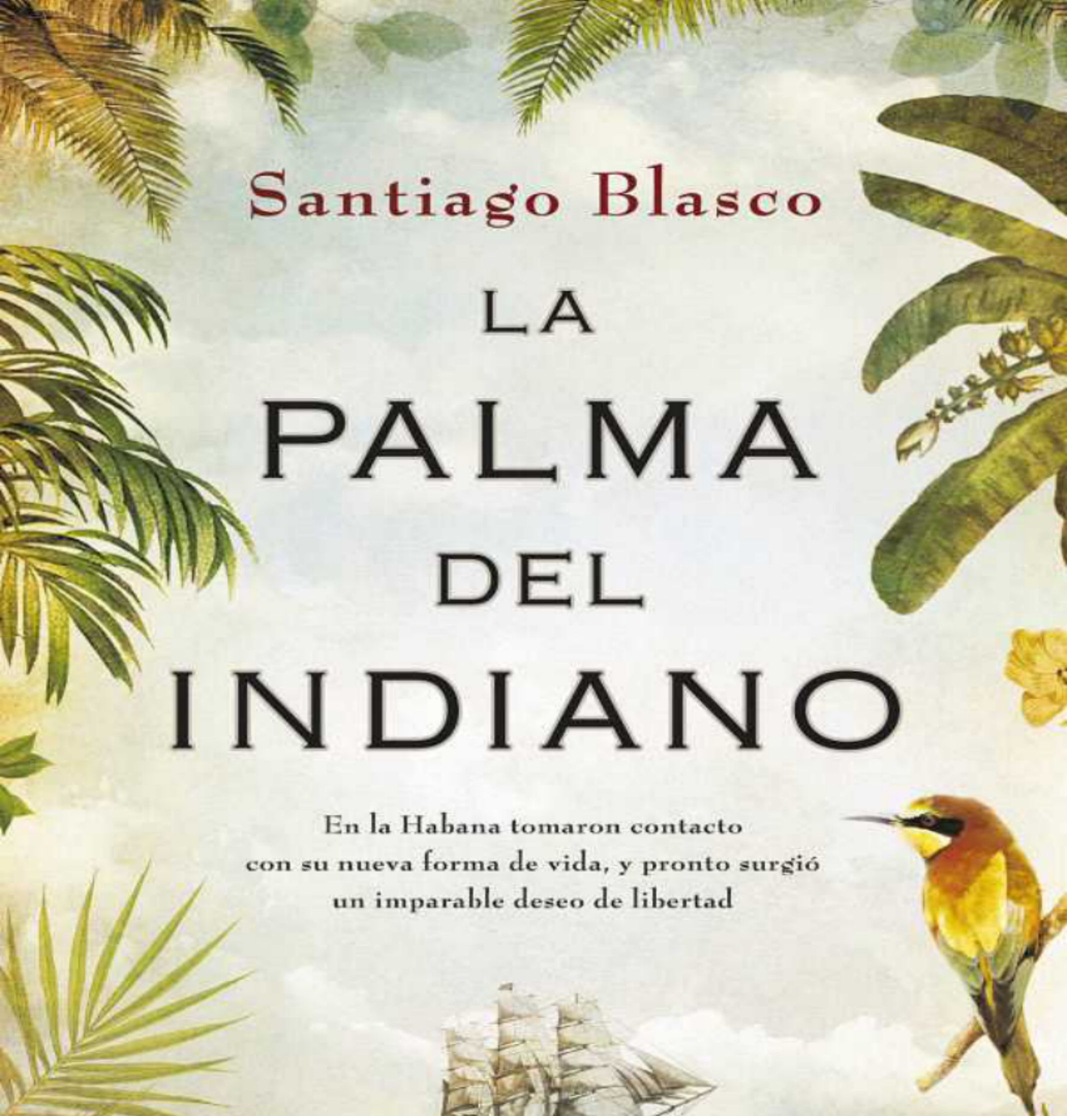

Santiago Blasco
LA
PALMA
DEL
INDIANO
En la Habana tomaron contacto
con su nueva forma de vida, y pronto surgió
un imparable deseo de libertad
algaida

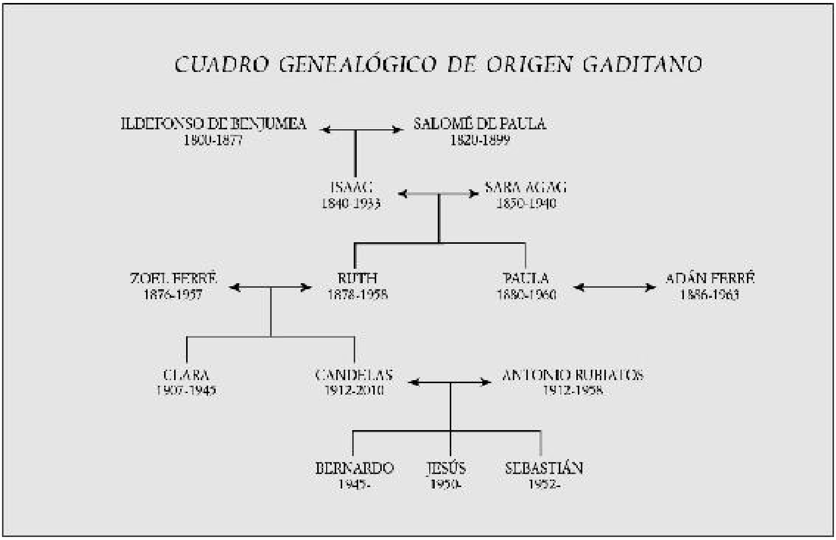
Santiago Blasco

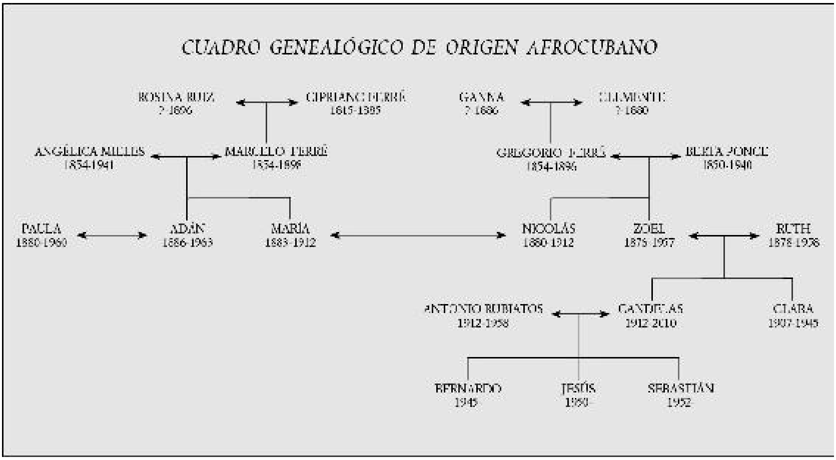
LA PALMA DEL INDIANO

algaida

Índice

Capítulo XXXVIII
Créditos


CUADRO GENEALÓGICO DE ORIGEN GADITANO
ILDEFONSO DE BENJUMEA
1800-1877
SALOMÉ DE PAULA
1820-1899
ISAAC
1840-1933
SARA AGAG
1850-1940
ZOEL FERRÉ
1876-1957
RUTH
1878-1958
PAULA
1880-1960
ADÁN FERRÉ
1886-1963
CLARA
1907-1945
CANDELAS
1912-2010
ANTONIO RUBIATOS
1912-1958
BERNARDO
1945-
JESÚS
1950-
SEBASTIÁN
1952-


CUADRO GENEALÓGICO DE ORIGEN AFROCUBANO
ROSINA RUIZ
?-1896
CIPRIANO FERRÉ
1815-1885
GANNA
?-1886
CLEMENTE
?-1880
ANGÉLICA MIELES
1854-1941
MARCELO FERRÉ
1854-1896
GREGORIO FERRÉ
1854-1896
BERTA PONCE
1850-1940
PAULA
1880-1960
ADÁN
1886-1963
MARÍA
1883-1912
NICOLÁS
1880-1912
ZOEL
1876-1957
RUTH
1878-1958
ANTONIO RUBIATOS
1912-1958
CANDELAS
1912-2010
CLARA
1907-1945
BERNARDO
1945
JESÚS
1950-
SEBASTIÁN
1952-

A Pilar, mi mujer; paciente donde las haya, que me ha elegido como compañero de viaje en esta aventura tan peligrosa y atractiva, que es el vivir.

En recuerdo de aquellas veladas nocturnas en la campiña del Loira. Conversaciones a media luz, que siempre estuvieron acompañadas por el enigmático crepitar de un grueso leño, que ardía en el hogar de aquella chimenea para traer a mi memoria recuerdos de la infancia. En la mano, una sobria copa de vino aportaba ese calor especial que favorecía la fluidez de pensamiento y ayudaba a que las palabras salieran con más facilidad de la boca. Mientras tanto, Pilar, Mari Nieves y Teo desgranaban una a una las hojas de aquella margarita fruto de mi imaginación.

«Levantaos esclavos, porque tenéis patria»

Discurso sobre la abolición de la esclavitud en 1870

EMILIO CASTELAR

CAPÍTULO I

El alba de una mañana de aquel cálido otoño, después de muchos días de travesía tranquila, anunció a los tripulantes del navío Daniya que se encontraban ante las primeras señales inequívocas de estar situados frente a la costa del Caribe. Todos buscaban impacientes ese punto conocido de referencia que debía marcar el final de su aventura. Sin embargo, también sabían que hasta que pudieran desembarcar en el puerto de La Habana, aún deberían cumplir una serie de formalidades que retrasarían su deseo de pisar por fin tierra firme.

Después de una jornada de navegación en la que constantemente divisaron el litoral, no fue hasta bien adentrada la tarde cuando el capitán Armijo ordenó echar el ancla y prepararse para fondear; delante de babor tenían una de las ciudades más bellas que un marino podía contemplar desde altamar. Ya habían llegado, y la alegría se extendió por la cubierta de la nave en cuestión de segundos. Los vítores y abrazos no se hicieron esperar; aquella noche se pasaría al pairo, pero podrían observar, a lo lejos, las luces de su destino. Además, todos tendrían, como era costumbre, una ración extra de ron para festejar su llegada. A pesar del cansancio acumulado por la duración del viaje, todavía muchos de los marineros tuvieron ganas de relajarse para contemplar el atardecer caribeño. Un sol rojizo se ocultaba tras el horizonte mientras una multitud de palmeras se balanceaban de un lado para otro como si quisieran despedirle con una especie de baile sensual. A lo lejos, en los acantilados, batían las olas con su fuerza atronadora, mientras en las playas de arena fina el agua moría mansamente. Todos cuantos pudieron salieron a respirar en cubierta esa amalgama de olores inconfundibles de la vegetación en su estado más puro y salvaje; una sensación que solo la puede ofrecer una tierra que posea esa marcada riqueza tropical.

La marinería estaba contenta y deseaba desembarcar cuanto antes porque conocía la hospitalidad y las excelencias de las gentes caribeñas, y en especial la sensualidad de sus muchachas. Sabía de su alegría, de la vistosidad de sus trajes por la abundancia de los colores y de su facilidad para la música, capaz de amenizar cualquier sarao y sacar lo mejor de cada uno, fiestas que se

prolongarían hasta altas horas de la madrugada y se celebrarían durante toda su estancia en la isla.

En contraposición, en el interior de la bodega de carga, una multitud de seres casi agonizantes se agolpaban unos sobre otros en busca de algo de aire que sofocara su alta temperatura corporal. Comprimidos en esos chiscones oscuros y malolientes permanecían inmóviles a la espera de conocer un destino incierto que marcaría el futuro de sus vidas. Sin entender las razones por las que se encontraban en esa desesperada situación, recordaban con tristeza los días de libertad, aún recientes, en los que fueron felices en sus diferentes lugares de origen. Sudorosos, con la mirada perdida, muchos de ellos aún mantenían unas heridas abiertas que no cesaban de manar sangre. Otros ya las tenían infectadas y, aunque lo desconocían, era posible que no llegaran a ver el amanecer de la semana próxima.

Aunque son de diferentes etnias, tienen en común el color de su piel y que han desistido de toda esperanza por recuperar a sus seres queridos; familiares indefensos que han dejado atrás cuyo paradero desconocen, así como si aún permanecen vivos. Son esclavos recién capturados que tan pronto como sea posible serán vendidos en el mercado para satisfacer las necesidades de sus nuevos dueños. Desde que fueron raptados de sus aldeas, mantienen en su memoria el trato recibido por aquellos blancos desconocidos a quienes jamás habían hecho daño alguno. Tampoco pueden olvidar los últimos acontecimientos que han tenido que presenciar en el velero; esos que les interrumpen el sueño desde hace bastantes jornadas y les pesan como una losa de la que difícilmente se van a poder desprender, al menos a corto plazo.

Tanto la tripulación como los esclavos mantienen, por motivos diferentes, un recuerdo imborrable de los sucesos acaecidos en contra de su voluntad, que seguramente los acompañarán durante gran parte del resto de sus vidas, y sobre todo para esa esclava musculosa que ha sido parte interesada de los hechos. Pero todos ellos en su fuero interno reconocen que habría sido mucho mejor que jamás se hubieran producido tales desmanes para no haber tenido que presenciar aquellos extremos incontrolados.

A la mañana siguiente, el barco se acercó lentamente hasta recibir la autorización de atraque en el pantalán asignado del puerto. Cuando se inició la tarea de descarga y recuento de la mercancía, esta se encontró diezmada como consecuencia de los terribles penares, la falta de aire y de libertad de movimientos, las diferentes enfermedades y epidemias, y por último, la avanzada

desnutrición que muchos padecieron durante la duración de la expedición; una terrible experiencia que cubría un periodo de entre tres a seis meses, según los casos, que comenzó en el momento en que fueron apresados en sus distintas aldeas y terminó con su llegada a puerto. En un primer recuento, el número de unidades que consiguió llegar con vida resultó ser bastante más bajo que la media estadística para este tipo de viajes. Encadenados, al compás de golpes de látigo contra el suelo, salieron poco a poco a la cegadora luz; primero fueron las hembras y después los machos. Semidesnudos y visiblemente sucios fueron conducidos a los lugares de engorde, mientras una curiosa población en general, y en particular los más interesados en su futura adquisición, se arremolinaron en el puerto y en sus inmediaciones para revisar el estado y la calidad de los ejemplares que serían puestos a la venta en fechas cercanas.

Ninguna de las capturas había visto jamás una ciudad al estilo occidental, ni tanta gente congregada en un acto semejante. La confusión y el miedo a lo desconocido les hicieron temer un final inmediato, aunque seguro que para muchos de ellos esa solución hubiera resultado la mejor elección de las posibles alternativas. Sin embargo, en contra de todo pronóstico, anduvieron por una especie de pasillo flanqueado por la muchedumbre hasta que fueron conducidos a su lugar de reposo.

Desde que se supo de su presencia en el litoral, se realizaron los preparativos necesarios para cumplimentar al capitán Armijo y a su tripulación. Cada cual, según su graduación e importancia, fue recibido con agasajos y celebraciones por una población, deseosa de ganar algunas monedas, y por los indianos, necesitados de una mano de obra que comenzaba a escasear. Sin embargo, ninguno de los presentes sospechaba que en aquellos momentos presenciaban el inicio de la decadencia del negocio de la trata de esclavos; que aunque el puerto de La Habana sería el último en aceptar este tipo de transacciones, sus días estaban contados y cada vez serían más escasas estas entradas.

Para el trabajo duro, los esclavos bozales eran los más apreciados, y de seguro que todos encontrarían acomodo en las diferentes haciendas. De momento, lo más importante consistía en desembarcar a los esclavos y mantenerlos bajo una estricta cuarentena en una especie de cobertizo dedicado a tales usos y otros similares, que estaba situado en las afueras del puerto y donde podían ser custodiados hasta el momento de su venta. A partir de ese momento, aparte de controlarlos, el único trabajo de sus

guardianes consistiría en hacerlos engordar y que recuperasen las fuerzas perdidas durante el viaje, para conseguir los mejores precios posibles por ellos. Una vez acomodados en su provisional vivienda, el cirujano del barco y el médico del puerto velarían por la salud de los recién llegados para garantizar a la población que no se produciría ningún tipo de contagio ni brote epidémico con la presencia de los esclavos.

El padre Clemente, protector de aquellos desamparados, que venía consolándolos desde África, se presentó de inmediato al párroco del lugar, llamado padre Emilio, al que le explicó detenidamente su situación. Después de contar con su beneplácito, se encaminó hacia el lugar donde estaban confinados los esclavos negros, con la única misión de servirles de ayuda y de consuelo en todo cuanto pudiera. Allí, entre aquellos abandonados barracones, el entregado misionero se hermanó con los que sufrían por razones que aún no comprendían. Prestó atención especial a la esclava 14-A, la conocida como Ganna, quien después de perder a su pareja de aquella manera tan inhumana había caído en una especie de depresión profunda que le impedía comer y relacionarse con el resto de sus compañeros de infortunio, incluso con aquellos que eran de su mismo poblado. Dejó de hablar y, por las noches, decían que dormía con los ojos abiertos. Compadeciéndose de su situación, quiso tomarla directamente a su cargo para evitar que cayera en poder de algún amo despiadado, que sin comprender el trance que padecía la emprendiera a golpes con ella al interpretar su actitud como una falta de obediencia. Pero sin dinero para comprarla, pues la pobreza del misionero dominico era evidente, aquel deseo no se vería jamás cumplido. Fue bajo esta presión y en esta precisa situación de urgencia cuando el religioso, al pedir ayuda, comprendió que el catecismo del hombre de esa época se llamaba economía de mercado. A partir de entonces, tomó la importante decisión de que, pasara lo que pasara, no se movería del lugar donde iban a ser vendidos sus antiguos feligreses; que ante las penalidades sufridas por aquellos infelices, que había podido comprobar de primera mano como testigo de excepción, nunca más volvería a quejarse de sus insignificantes problemas personales. Desde ese mismo momento, solo trabajaría en pos de mejorar las condiciones de vida de sus protegidos. Sin proponérselo, cambió radicalmente su conducta con los poderosos, lo que le valió, en un futuro mucho más cercano de lo que él mismo hubiera imaginado, el sobrenombre de Padre de los Negros.

Por otro lado, el personaje más importante y máximo

responsable de que las transacciones resultaran de la mejor manera posible era el representante del negrero en aquellas tierras, don Diego Pereda. Primero seleccionó por modalidades a los esclavos, para luego ofrecer los distintos lotes a aquellos hacendados de quienes consideraba que podría obtener mejor rendimiento por la venta de la mercancía. En realidad, esta especie de asesor era muy valorada porque conocía perfectamente las necesidades de los terratenientes, ya que era un hombre afincado en el lugar. Su condición de vecino de los compradores, con los que había mantenido largas conversaciones en otras ocasiones similares e incluso compartía relaciones de amistad y negocios, le otorgaba un reconocimiento extra que hacía que se dejaran aconsejar por su amplia experiencia a la hora de la difícil elección. En estos casos actuaba por partida doble; como vendedor en nombre de un tercero ausente, y como asesor de sus amigos compradores, con los que sin duda quería quedar en buen lugar, asegurándose la continuidad de su amistad y de sus servicios en las siguientes ocasiones. Por otro lado, también debía tener localizada la mercancía que el buque debería transportar cuando retornara a la madre patria, como contraprestación por la entrega de los esclavos. Si sobrara algo de dinero, el capitán de la nave lo llevaría consigo para devolvérselo al armador. Por el contrario, si algo faltara para completar el pago, sería el mismo capitán quien abonaría la diferencia para luego, a su regreso, rendir las oportunas cuentas. De ahí que su buena intervención fuera primordial para conseguir que la expedición fuera exitosa para todas las partes.

En realidad, el trabajo de Armijo hasta el momento de partir se basaba en actuar como relaciones públicas entre armador y productores de bienes de consumo de la zona; es decir, compradores de esclavos. Estaba muy ocupado con fiestas, recepciones y visitas obligadas a personalidades del lugar, siempre acompañado de Diego Pereda, quien actuaba como embajador protocolario. Era una manera muy eficaz de medio cerrar tratos a largo plazo con los hacendados de la zona, de crear vínculos de amistad y confianza mutua, y de contar con la colaboración de las autoridades locales, siempre reconociendo sus desvelos con obsequios y alguna comisión que se desprendía a su favor con cada operación que se materializaba.

En una de esas suntuosas invitaciones, en la casa consistorial, el capitán Armijo, junto con su inseparable acompañante, se entrevistó con el alcalde, don Francisco Sahorí. Después de las consabidas presentaciones iniciaron una conversación que interesaba a todos

por igual.

—Don Francisco, dígame; ¿cómo están las cosas por estas benditas tierras? —preguntó Armijo.

—¿Se refiere a lo relacionado con su negocio en particular?

—Exacto.

—Pues andan algo revueltas. Desde que muchos países vecinos suprimieron la esclavitud, sus gobiernos nos hostigan de manera implacable para que sigamos su ejemplo. Por otro lado, son muy frecuentes los trasvases de negros entre las compañías que también se sienten acosadas por sus gobernantes, lo que en muchas ocasiones nos origina serios problemas de seguridad y de orden público, pues cada día cuesta mucho más que se adapten a sus tareas los nuevos ejemplares adquiridos, si no proceden directamente de África. Las sublevaciones de nuestros esclavos son continuas, porque quieren seguir el ejemplo de los otros. También hay que añadir algunos intentos de invasiones de cimarrones extranjeros que han conseguido, sabe Dios cómo, la tan deseada libertad, y ahora quieren atacar las haciendas para llevarse consigo a los esclavos, arrasando lo que encuentran a su paso, incluso las vidas de sus legítimos propietarios.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó sorprendido Armijo.

—Están ayudados y protegidos por poderosas organizaciones internacionales que a su vez cuentan con el apoyo de muchos gobiernos legalmente establecidos —contestó Pereda.

—¡Pues me parece una provocación! ¡Es una humillación que se inmiscuyan en los asuntos internos de una nación soberana y se les permita tal vil acción! —replicó el capitán.

—Amigo Armijo, nuestro poderío ha dejado de ser el de antaño y, ahora, debemos pensar en preparar una honrosa retirada de casi todos los frentes, incluidas las colonias de ultramar —respondió Sahorí.

—Me produce mucha pena escuchar esas palabras —comentó Armijo.

—No lo dudo; pero mejor pena hoy, que ruina mañana.

—No pensé que las cosas estuvieran tan mal —se lamentó el capitán.

—¡Y peor que se van a poner! —vaticinó Pereda.

—Bueno; hablemos de cosas más mundanas y de mejor agrado, que no quiero estropear esta hermosa fiesta con malas noticias —solicitó Sahorí.

—Pues bebamos y disfrutemos de esta inigualable hospitalidad —respondió Pereda, mientras alzaba su copa para brindar con sus

acompañantes, quienes respondieron de inmediato con el mismo gesto.

Mientras transcurrían los días de la obligada observación sanitaria, la tripulación del Daniya tenía ese mismo margen de tiempo para dedicarse a la tarea de sanear el estado del bergantín, con el fin de dejarlo preparado para recibir los distintos productos que transportaría hasta Cádiz. Para ello, una vez que la embarcación quedó vacía de su última carga, se procedió de inmediato a su completa aireación, complementada con una profunda limpieza desinfectante que se realizó con cloro convenientemente mezclado con agua. Para terminar con ese olor fétido e insoportable que se había instalado en el barco, fruto de los efluvios malignos que se desprendieron de los cuerpos enfermos de los esclavos, de las aguas que tanto tiempo permanecieron estancadas que se usaron para consumo humano y de las materias orgánicas que se descompusieron durante el largo viaje, unas intensas y repetidas fumigaciones con ácido nítrico servirían como medida eficaz de erradicación de los temidos miasmas, que con tanta frecuencia se producían en este tipo de travesías.

Gracias al buen clima que reinaba en aquellas tierras, los esclavos se recuperaron muy rápidamente y de una manera bastante satisfactoria. El padre Clemente, por su parte, se entrevistaba con cuantas autoridades podía para evitar la inminente venta indiscriminada de sus protegidos. A pesar de sus continuas llamadas, en la mayoría de las ocasiones ni siquiera era recibido. El párroco del lugar quería ayudarle en lo posible, pero estaba más ocupado en salvar las almas de quienes le mantenían que en facilitar una solución al problema de aquellos pobres africanos para los que, según sus propias palabras, desgraciadamente la suerte ya estaba echada desde que fueron apresados en aquellas lejanas tierras abandonadas de la mano de Dios. Clemente estaba muy preocupado por el futuro que les aguardaba y, sobre todo, por los inevitables alejamientos familiares que se producirían cuando amos diferentes compraran a madres, padres e hijos por separado. El misionero intentaba hacerles comprender la gravedad de este asunto, pero ellos, en una clara manifestación pública de inocencia común sobre su situación personal, no entendían el concepto de separación cuando estaban en el mismo sitio. Sin embargo, notaban el cariño de Clemente, lo que los llevó a aceptarle como su máximo valedor para cuidar de su futuro. Aquella carga adicional de responsabilidad que añadieron a los sentimientos del buen samaritano, aparte de llenarle de gozo y agradecimiento, no hizo

otra cosa más que implicarle, aún si cabe con más fuerza, en su empeño por salvar a aquellas gentes desvalidas. Entre sus preocupaciones más inmediatas se encontraba Ganna, quien apenas mejoró de su dolencia a pesar de las largas conversaciones que mantuvo con ella durante la obligada cuarentena. De todos modos, sus movimientos eran estrechamente vigilados por los hombres del capitán Armijo, quien la víspera de la venta de los esclavos aconsejó al alcalde que, para evitar alguna situación incómoda, lo mejor era retener al misionero en una celda hasta que todo hubiera concluido. Sahorí accedió complacido, pues tenía información muy puntual sobre los pensamientos y las acciones del dominico, encaminados a liberar a los negros. Por eso, el último día de permanencia de los esclavos en aquella especie de lazareto destartalado, unos guardianes de la prisión comunal fueron a apresarle con la excusa del interés que tenía el alguacil por interrogarle sobre varias cuestiones importantes. Cuando se presentó en las dependencias de la comandancia, le dirigieron hacia una habitación, en cuyo interior lo único que encontró fue una celda con un camastro dotado de un colchón de paja, un cubo con agua, un trozo de pan y una manta raída. Enseguida comprendió el engaño sufrido y que la venta se iba a producir en las próximas horas. Quedó tranquilo, pues había tenido tiempo suficiente para aleccionar a sus negros, y lo dejó todo en manos del Altísimo, pues pensó que, al final, él sabría por qué ocurren de esa manera tan poco entendible las cosas. Cuando los carceleros cerraron la pesada puerta tras de sí; se arrodilló para rezar todo lo que durante aquellos días no había podido orar; unas veces por falta de ganas, otras por falta de tiempo. Sabía que de allí no se iba a mover hasta que todo hubiera concluido, por lo que se limitó a recordar la pasión de Cristo en un ejercicio de clara comparación con lo que les esperaba a esos pobres desdichados, que en pocos días se habían convertido en sus hijos espirituales.

El día siguiente de la encarcelación secreta del padre Clemente fue fijado para realizar la subasta de los esclavos en el mercadillo prefabricado que a tales fines se preparó en el centro del puerto. El puesto de maestro de ceremonias, tasador oficial y director de la puja corrió a cargo de don Diego Pereda, quien actuó en nombre del armador don Ildefonso de Benjumea, dueño de la mercancía que iba a subastarse en esa soleada mañana. Previamente, don Diego ya los había seleccionado por lotes de calidad y había valorado los distintos ejemplares de forma individual.

Los esclavos fueron conducidos a unos rediles anejos a la plataforma de remate, a la espera de su turno para que se mostraran

sus cualidades a un público interesado en su adquisición, o a simples curiosos que paseaban por el lugar para distraerse un rato. Todos los ejemplares fueron desnudados para que los compradores pudieran examinar sus cuerpos. El precio de las hembras siempre resultaba algo superior al de los varones, sobre todo el de aquellas que estaban embarazadas o en edad fértil para la procreación. La edad más solicitada oscilaba entre los once y los veinte años. Por ello, las primeras en salir a la tarima fueron las mujeres que habían sido seleccionadas por Diego como «alma en boca»; es decir, sanas y preparadas para el trabajo, y en pleno uso de facultades, tanto físicas como mentales. Todas fueron vendidas a un precio medio de novecientos pesos, sin que se enteraran de qué iba aquella rápida y poco entendible palabrería que aquellos hombres blancos se decían. Todas fueron bien colocadas, a excepción de Ganna, que fue subastada como «costal de huesos»; es decir, que podría tener alguna enfermedad mental oculta de la que no se hacía responsable el traficante, a excepción de que padeciera epilepsia. Desnuda, sola, en medio de la tarima y sintiendo las miradas de los curiosos sobre sus pechos y zonas genitales, fue examinada por cuantos quisieron.

—Es muy fuerte y musculosa para ser una hembra —exclamaba el tratante en alta voz.

—¡Es verdad! Pero parece que tiene una enfermedad mental —comentó un posible interesado.

—Ha sido el viaje. Le ha sentado mal salir de su tierra, y desde que embarcamos no ha vuelto a hablar con nadie.

—Yo no me fío; luego te crean muchos problemas —exclamó otro comprador.

—Por eso la sacamos a subasta solo por cuatrocientos pesos, como costal de huesos; pero está claro que vale mucho más.

—No me gustaría quedarme dormido a su lado. Esa mirada perdida no inspira confianza —intervino otro.

—¡Anímense! ¡Compren a esta joven negra! ¡Es posible que esté embarazada! Y si no lo está, la podrán cruzar con algún semental. ¡No pierden nada! —vociferaba el subastador, ante la pasividad de los postores.

En este caso, y al ver que nadie se interesaba por el ejemplar 14-A, tuvo que recurrir, al contrario que en el caso de las otras hembras, a la subasta descendente. Así, poco a poco, su precio de salida se disminuyó a la espera de que alguien se interesara por ella. En caso de que no fuera vendida, circunstancia que en muy pocas ocasiones se daba, sería sacrificada como cualquier otro animal. Por suerte para Ganna, una anciana llamada Milagros Ruiz, propietaria

de una de las tabernas del pueblo, la que llevaba por nombre La Salerosa, decidió adquirirla cuando su precio de remate era de cincuenta pesos. A partir de aquel momento, pasaría a formar parte de sus propiedades y a vincular su derecho a la existencia, a los deseos de su ama.

En cuanto a los machos, siguieron a continuación el mismo procedimiento que las hembras. Las piezas que salieron como «alma en boca» se vendieron a un precio medio de setecientos cincuenta pesos, como buenas herramientas de trabajo. Los pocos que se subastaron como «costal de huesos» se consiguieron a un precio medio de trescientos pesos. Aquellos que fueron heridos en la sublevación a bordo fueron considerados como «con todas sus tachas», lo que significaba que el traficante negrero los consideraba peligrosos por tener predisposición hacia la pelea, y con grandes probabilidades de convertirse en cimarrones, por lo que tampoco se responsabilizaba de su resultado final. Aun con todo, aquellos que se salvaron de las balas del capitán Armijo fueron adquiridos por el módico precio de cien pesos por unidad. Eso sí, cayeron en poder de los hacendados con fama de más duros y sanguinarios de la región. Como casi todos eran jóvenes y fuertes, seguro que algunos de ellos acabarían alquilados temporalmente a otros señores propietarios para realizar los trabajos más duros del campo, como el corte de la caña cuando estaba ya madura o su posterior molienda.

Una vez finalizado el proceso de venta, don Diego Pereda extendió la correspondiente carta de venta por cada uno de los negros subastados a favor de los adquirentes, documento que acreditaba su título de propiedad sobre el esclavo. El problema se produciría a continuación, cuando cada comprador reclamara para sí su compra, y era el momento de la separación de padres, hijos y parejas. En ese instante, resultaba imprescindible la intervención de la fuerza pública para conseguir llevar a cabo tan dolorosa experiencia. Al final, mediante golpes y latigazos, acabaron con su exigua resistencia y rompieron las débiles unidades familiares para entregar a cada propietario la mercancía que acababa de adquirir.

Los interesados en la compra de esclavos, aparte de dueños de grandes haciendas, también podían ser mineros, plantadores, comerciantes o pequeños industriales. Cualquiera que necesitase ayuda extra en forma de mano de obra sin cualificar y tuviera capacidad económica para permitírselo resultaba ser un comprador potencial. Si no gozaban de esa posibilidad de compra, tendrían que alquilar esos servicios a sus legítimos dueños.

El resto de la jornada transcurrió muy tranquila, sin ningún otro

incidente reseñable. El dominico, en cuanto se ultimaron las transacciones y fueron entregados los esclavos a sus nuevos amos, fue devuelto a la calle. Cuando se le restituyó su libertad, comenzó a realizar indagaciones encaminadas en averiguar el paradero de sus protegidos. Para ello, con suficiente antelación, dejó al párroco del lugar encargado de estar atento a todas las operaciones, de forma que tomó buena nota de todo cuanto sucedió aquella mañana en el mercado de la trata, como vulgarmente se conocía al provisional mercadillo donde se vendían los esclavos negros. Su idea inicial consistía en visitar a los nuevos dueños para persuadirlos de que otorgasen la libertad a sus esclavos, propuesta que en ningún caso obtuvo resultado positivo. En realidad, Clemente era un adelantado a su tiempo, pero él, todavía no lo sabía. Esta tarea le iba a ocupar mucho de su tiempo, por lo que decidió establecerse definitivamente en esas tierras de clima benigno y gentes alegres. No se preocupó por su manutención ni por su nueva forma de vida, y mucho menos por su futuro. Su experiencia en África le hizo ver que un misionero no tenía futuro, que solo debía pensar en el presente. Por otro lado, había recibido demasiadas bofetadas espirituales que, sin darse cuenta, le endurecieron el carácter y curtieron sus sentimientos.

—Dios proveerá —se dijo a sí mismo.

Tomó sus pocas pertenencias, hizo con ellas un pequeño hatillo y comenzó una labor que dio por llamar de apostolado en favor de los negros. La noticia rápidamente llegó a oídos de las autoridades locales, quienes se limitaron a sonreír ante tal ocurrencia, y le calificaron de loco enfermo sin prestarle la más mínima atención.

El misionero tenía razón en eso de dejar en manos de Dios su sustento, pues enseguida surgieron almas caritativas que le prestaron ayuda desinteresada para que pudiera continuar con su apostolado. Casi todos aquellos voluntarios fueron reclutados por el párroco titular, quien en virtud de un pacto secreto al que llegaron ambos religiosos, se convirtió en su más eficaz mentor y colaboró en todas las cuestiones que pudo, en la medida de sus posibilidades, pero siempre de manera no oficial y bajo un estricto anonimato para evitar la posibilidad de represalias por parte de las autoridades. De momento, cuando Clemente se enteró de la noticia de que Ganna había sido adquirida por la dueña de una taberna de la ciudad conocida con el nombre de La Salerosa, sintió una enorme alegría ante la esperanza de que su dueña tuviera buen corazón y facilitara la ayuda que necesitaba la joven esclava. Armado con una moral indestructible, un rosario enorme que utilizaba de cinturón,

para que todo el mundo reconociera su condición, y la idea imparable de ayudar a aquellos negros necesitados, a la mañana siguiente, cuando comprendió que no serían molestados por los clientes habituales, se encaminó muy temprano hacia la taberna en busca de su dueña.

—Buenos días —saludó al cruzar bajo el dintel de la puerta de entrada.

—Buenos días, padre. ¿No se encuentra muy lejos de su lugar de trabajo? —contestó una señora que esperaba detrás del mostrador.

—Mi trabajo está en todas partes —contestó.

—¡Ya! Se me había olvidado que su jefe los manda por el mundo a solucionar problemas ajenos que nunca arreglan.

—Al menos lo intentamos.

—Bueno, ¿qué se le ofrece?

—Quiero hablar con la dueña.

—¡Pues la tiene delante! Soy Milagros Ruiz.

—¡Pues mucho gusto! Soy Clemente…

—El misionero dominico que vino en el barco de los esclavos —le interrumpió sin dejarle acabar la frase.

—Me sorprende que me conozca —contestó mientras esbozaba una amplia sonrisa.

—¡Todos le conocen en La Habana! Ya se ha encargado usted de ser famoso por sus comentarios y acciones.

—¡No entiendo!

—¡Pues que no sé si contestar que el gusto es mío! Su fama le precede por donde quiera que vaya.

—¿Por qué?

—Porque no van a venir muchos clientes a mi casa si descubren que es usted otro parroquiano.

—Si prefiere, podemos hablar en la trastienda.

—¡Lo prefiero! Además, estaremos más tranquilos.

—Conforme. No le robaré mucho tiempo.

—¡Sígame! ¡Un momento! ¡Rosina!

Apareció de inmediato una alegre mulata bien vestida, ensortijada, adornada en el cuello con coloridos collares, que a pesar de no tener más de trece años de edad presentaba un cuerpo de mujer desarrollado en toda regla.

—¿Sí? —preguntó la muchacha mientras lucía media sonrisa que potenciaba sus carnosos labios, que enseguida disimuló cuando comprobó que tenían visita.

—Atiende la barra hasta que vuelva.

—Sí, señora.

Contestó con respeto, pero sin perder de vista al recién llegado, de una manera disimulada, con sus ojos almendrados de color marrón claro que parecían brillar como luceros dentro de sus cuencas.

Una vez que estuvieron protegidos por la intimidad del cuarto, el dominico inició la conversación con una pregunta muy directa.

—Dígame; ¿es una esclava?

—Es algo más.

—¿Qué es?

—¡Mi nieta!

—¿Su nieta?

—Sí. ¿Le gusta?

—Que sea cura no quiere decir que no sea hombre y no sepa apreciar la belleza de una mujer.

—Gracias por el cumplido. Es hija bastarda de mi único hijo. Nació como consecuencia de su unión con una esclava que compré para que me ayudara con las tareas más duras del negocio. Luego, la muy tonta murió de fiebres y nos dejó este regalo. Al principio me sentí engañada, pero cuando mataron a su padre comprendí que había nacido para hacerme compañía y luego para heredar mi taberna.

—¿Cómo murió su hijo?

—En una pelea callejera en el puerto a manos de varios piratas. Luego, más adelante, y por otras fechorías distintas, estos fueron ajusticiados y ahorcados.

—Siento su pérdida.

—¡Yo no! Cuando creció y se hizo hombre, enseguida presentí su final de una manera bastante parecida a como se produjo. Por su comportamiento con todo el mundo, lo llevaba escrito en el alma.

—Hablando de alma, yo he venido a hablar con usted sobre...

—¡Sobre Ganna! —no le dejó terminar la frase.

—Efectivamente. Veo que le ha respetado su nombre original.

—¡Claro! ¿Por qué habría de quitárselo?

—Ya sabe, por esa costumbre de rebautizarlos con motes como si fueran mascotas o animales de trabajo.

—No todo el mundo piensa de la misma manera.

—Me alegra conocer a alguien así.

—No hace falta que me dé coba. No pienso hacer ningún daño a Ganna.

—Me deja muy tranquilo. En cuanto me contó la historia de su nieta, comprendí que sus sentimientos hacia los negros son diferentes a los de la mayoría de la gente.

—Sé a qué se refiere. No crea que para mí ha sido cosa sencilla, sobre todo al principio.

—Muchas veces estamos cargados de prejuicios inútiles que nos imbuyen otros, que nada tiene que ver con nuestros verdaderos sentimientos.

—¡Puede ser! Pero quiero decirle que no se debe preocupar por ella. Aquí estará bien cuidada.

—No tengo ninguna duda. He venido a contarle su historia verdadera para que comprenda mejor su situación actual.

El dominico inició un largo relato en el que no omitió ningún detalle, sobre todo aquellos en los que participó como testigo directo. Después, le hizo una petición muy directa a doña Milagros.

—Por todo ello, quiero que conceda la libertad a Ganna.

—¡De ninguna de las maneras!

—¿Por qué no quiere?

—Pues verá: es usted un cura joven, atrevido en sus manifestaciones y deseoso de hacer el bien por donde quiera que vaya.

—¿Y eso es malo?

—No es malo, pero no sabe cuándo ni dónde debe actuar.

—No le entiendo.

—¡Y menos que me entenderá si me interrumpe constantemente y no me deja terminar!

—Perdone.

—Usted no sabe nada de nosotros, ni de nuestra tierra, ni de nuestras costumbres, de nuestra forma de vida, ni de nuestra economía. Usted, sin saber nada de nada, ha iniciado una batalla personal que no puede ganar.

—Al menos lo habré intentado. Si alguien no pone la primera piedra, no se construyen los templos.

—Déjese de majaderías y no vuelva a interrumpirme.

—¡Perdón!

—Haga caso de una vieja que lleva aquí toda su vida y que, por su negocio, conoce el corazón de los hombres que viven en estas tierras. Si no cambia su estrategia y continúa con sus pretensiones, los únicos que van a sufrir con todo esto van a ser sus queridos negros. Y usted, en cualquier momento, volverá a acabar en la cárcel por el tiempo que sea necesario, hasta que deje de molestar o se realicen las operaciones en las que no interesa que el misionero esté presente, por si monta algún escándalo, ¿lo entiende?

—Nadie me había hablado con tanta claridad.

—Pues ya es hora de que empiece a aprender su primera lección,

jovencito.

—¿Y en cuanto a mi petición sobre Ganna?

—Está igual de equivocado —contestó Milagros.

—¿Cómo?

—Recapacite un poco; ¿qué cree que le ocurriría a una joven negra, libre y sola en este país? Yo se lo voy a contar. Para poder subsistir, tendría que prostituirse a un precio mucho más bajo que el del resto de las putas, y además tendría que hacer los trabajos que las otras no quisieran atender, e ir con los hombres que las compañeras de profesión despreciaran. ¡Fíjese qué tipejos tendría que soportar encima! Y todo ello para terminar siendo degollada por un desaprensivo en cualquier muelle del puerto. ¿Es eso lo que quiere para Ganna?

—¡Por supuesto que no!

—Pues esto es lo que ocurrirá si le doy la libertad. Ganna parece ser una chica lista; aunque haya sufrido mucho en estos últimos tiempos, si se le da algo de margen, seguro que se recuperará poco a poco. En mi casa estará acompañada por dos mujeres con las que que convivir, una blanca y otra a medio camino entre ella y yo; a lo mejor esta condición le hace ver las cosas de otro modo. Estoy segura de que por ello, y sin darse cuenta, ha comenzado a hablar y a integrarse con nosotras. No es que haya olvidado su pasado, pero creo que ha cambiado el enfoque que tenía sobre su próxima forma de vida. Es cierto que la quiero para que cumpla con las tareas duras del negocio, como limpieza de la taberna, jarras, manteles y demás accesorios, pero, con toda seguridad, su trabajo será mucho más liviano que el de las otras prisioneras de su aldea. Dentro de poco comenzará a aprender nuestro idioma, y cuando menos se lo espere, estará encargada de servir mesas y atender a los clientes en el mostrador. Siempre estará vigilada por nosotras y, al menos, le aguarda un futuro entre estas paredes. Así que váyase tranquilo; piense que aquí estará atendida como en el mejor de los sitios posibles; además, usted podrá venir a verla cuando quiera. También recuerde el resto de la conversación; sea cauto y no se fíe de nadie.

—¿Seguro que solo es usted tabernera?

—Soy una vieja que se ha fijado mucho en todo lo que ha podido y ha aprendido de sus propios errores. No los cometa usted también, y sírvase de mi experiencia.

—Adiós, doña Milagros, me deja tranquilo. Volveré cuando pueda.

—Aquí le espero. Adiós.

Clemente salió de la reunión sorprendido por la inimaginable

fuente de conocimientos y buena exposición que poseía la dueña de la taberna. Después de meditar un rato, y gracias a sus consejos, no tardó en comprender que no se encontraba solo en su lucha, y que al igual que el párroco, muchos le ayudarían anónimamente. Aquello le reconfortó para seguir adelante con su idea, pero le hizo ver que debía cambiar de estrategia si quería sobrevivir entre los enemigos de su causa.

CAPÍTULO II

Meses antes, cuando corría el mes de mayo del año 1850, un ligero bergantín surcaba las aguas de un mar en calma, ayudado por una suave brisa que lo empujaba hacia su destino final. El rápido velero tenía por nombre Neptuno, pero entre aquellos que se dedicaban a las labores del transporte marítimo era más conocido por el sobrenombre de Daniya, rebautizado así en honor al lugar de nacimiento de su capitán, hombre considerado extremadamente audaz, que en su afán por alcanzar el mayor número de mercados posibles, a pesar de su corta edad ya había recorrido todos los océanos conocidos. De sus antecedentes familiares poco se sabía con certeza. Unos afirmaban que sus orígenes eran morunos y que tanto sus cabellos como el color de su tez le descubrían a simple vista. Otros, mantenían que provenía de una poderosa familia mozárabe que supo adaptarse a las costumbres musulmanas hasta que se produjo la reunificación de la península ibérica. Los más osados comentaban que sus orígenes eran mudéjares y que, con el tiempo, sus antepasados se convirtieron al cristianismo, aunque él, casi por tradición, todavía mantenía contactos clandestinos con moriscos y con algunas tribus bereberes rifeñas del mediterráneo. Decían que su bisabuelo, para no perder la cercanía con los hermanos a los que verdaderamente quería, cuando le llegó el momento decidió adoptar un apellido proveniente de tierras malagueñas y eligió el de Armijo. Desde entonces se lo impuso a su descendencia, y así fue como los conocieron todos sus vecinos.

El barco era fácil de gobernar, ya que con sus bodegas vacías no necesitaba mucha ayuda para mantener una buena velocidad, circunstancia que conocía perfectamente su capitán, por lo que no se mostraba en exceso exigente con una tripulación que le servía desde hacía ya algunos años. Su segundo de a bordo, hombre más impulsivo, era partidario de mantener la disciplina, por lo que arengaba a los tripulantes mediante órdenes directas en alta voz para que se apresurasen con sus tareas. A pesar de que conocía lo innecesario de esta acción, le dejaba ejercer ese férreo control sobre los hombres sin insinuarle la más mínima advertencia. La razón era que poseía una amplia experiencia en todo tipo de itinerarios, curtida a lo largo de mil aventuras diferentes, casi todas ilegales, y

un extraordinario conocimiento sobre las artes de la navegación, que le hacían sabedor de lo necesaria que resultaba la demostración de fuerza en altamar. Porque cualquier cambio brusco del viento o una simple complicación en las corrientes podría poner en serio peligro la integridad de su nave y, por consiguiente, la de toda su tripulación, por lo que necesitaba un grupo de profesionales bajo su mando con la suficiente templanza como para salir de cualquier problema por complicado que fuera. Solía decir con frecuencia que las cosas se ponían verdaderamente feas en mar abierto, cuando se estaba a merced de unas olas que superaban en tamaño al velero y con un viento que no dejaba de escupir en la cara. Que era entonces, solo y en medio del océano maldito, cuando se reconocía de qué estaba forjado el buen marino.

Ni que decir tenía de su preocupación por cuanto se refería a la seguridad de la mercancía. Entre los hacendados y comerciantes, era conocida su predisposición a no abandonar jamás las mercaderías que le habían sido encomendadas por sus patronos. En muchas ocasiones, cuando las condiciones de la mar se ponían difíciles, se le oía blasfemar y asegurar a la vez que era preferible no regresar a hacerlo con la carga perdida. Sus gritos, en medio de tempestades que acobardarían al más resuelto de los capitanes, sonaban a implacables retos en una batalla personal que mantenía permanentemente contra el dios de los mares. Su embarcación, a lo mejor por eso, llevaba en su honor su sobrenombre, porque tal vez suponía una provocación más a las que ya había realizado en sus muchos recorridos de ultramar.

A pesar de su fama de sacrílego, jugador y pendenciero, su reputación de buen navegante le predecía, y no existía en ningún fondeadero del sur marinero que no quisiera enrolarse en su nave. Aunque esta ocasión tenía unas connotaciones muy especiales, al igual que en veces anteriores, y ahora, con mayor motivo, tampoco deseaba sobresaltos. Su máxima obsesión para este periplo consistía en arribar lo antes posible con la misión cumplida. Para ello, necesitaba tener lista la nave para cuando necesitara usar todo su potencial. Salió del puerto de Cádiz hacía ya algunos días, y aunque aún no había dado tiempo a ponerla en perfectas condiciones, la oficialidad del velero aceleraba los trabajos necesarios.

Todavía les quedaban muchos días de travesía por delante y parecía que lo mejor era no pensar en los amigos y familiares que había dejado en tierra. Casi siempre, le resultaba más constructivo imaginar cómo los encontraría a su regreso. Este encargo, uno de los más comprometidos a los que se podía dedicar un marino

mercante, podría reportarle pingües beneficios, tal vez los suficientes como para retirarse de estas prácticas y dedicar su tiempo a otras ocupaciones menos peligrosas. Suponía una oportunidad única para cambiar definitivamente de forma de vida y, sobre todo, dejar una actividad que comenzaba a crearle serios remordimientos de conciencia. Pero era necesario guardar las apariencias al precio que fuera; en ello iban su futuro y su prestigio. Por eso, nunca, ni a los más íntimos, se atrevió a contarles esos pensamientos impropios de un mercenario de la mar. Quizás la dura experiencia comenzó a pasarle factura y se le empezaba a ablandar un corazón que siempre se había caracterizado por ser de pura roca, un mineral que, con el tiempo, se estaba transformando en piedra pómez.

De todos modos, todavía tenía suficiente margen hasta llegar al punto señalado para la recogida de la mercancía y podía plantear con cierto sosiego su futuro. Pensó que soñar no hacía mal a nadie y, además, era una buena forma de que el tiempo transcurriera más deprisa. Entre cálculos con el sextante y las labores propias del patroneo del velero, se conseguía pasar muy rápidamente de la mañana a la noche, y las jornadas se consumían inexorablemente a la vez que la distancia entre su posición y un punto de la costa occidental africana donde los esperaban, concretamente en el litoral de Guinea, se acortaba día a día.

Para el capitán, el final de cada faena venía marcado por la contemplación de los atardeceres en altamar. Por muchos que hubieran visto, la muerte del sol nunca dejaba de asombrar a aquellos rudos aventureros. Pensaba que, a lo mejor, se debía a ese embrujo único y de difícil explicación que todo corazón solitario percibe cuando el astro rey, con su color típicamente rojizo, se esconde tras una línea que se sitúa en el infinito horizonte y que marca esa sutil separación entre cielo y agua. Era una sensación que todos los días los sorprendía y que, a la vez, enamoraba a aquellos hombres acostumbrados al duro trabajo y que en cada puerto tenían a una mujer que los esperaba impaciente. El primer cambio de guardia nocturno marcaba el inicio de la melancólica oscuridad marina, en la que los ruidos parecían más amenazadores y mucho más sonoros que por el día; después, el merecido descanso.

En los recuerdos de Armijo, todavía estaban muy presentes los largos paseos por las calles de la bella Tacita de Plata que, junto a su novia, servían para compensarles, en parte, las añoranzas padecidas por sus obligatorias y prolongadas ausencias. No conocía otra forma de trabajo para ganarse el sustento ni deseaba cambiar

de profesión. Necesitaba el contacto diario con las cosas de la mar, porque, según decía, lo primero que vieron sus ojos después de parirle su madre fue la bahía de Cádiz.

Aquel viaje resultó muy tranquilo, falto de contratiempos reseñables, según se desprendía de sus propias manifestaciones, aquellas que fueron reseñadas en el correspondiente cuaderno de bitácora, que cumplimentaba de manera puntual todas las noches.

Con una magnífica meteorología, ayudado por vientos favorables, pronto divisó la costa africana. Después de varias jornadas de una cómoda navegación paralela al litoral, arribó al punto de encuentro, que estaba situado en una pequeña ensenada de aguas cristalinas, con abundantes peces de colores y una arena tan fina y blanca que parecía de pura harina. Una frondosa arboleda, compuesta en su mayoría por enormes pinos centenarios, completaba un paisaje idílico que estaba presidido por una batería de altas palmeras, que servían de frontera entre la playa y el bosque. El lugar, bien resguardado de los vientos y perfectamente camuflado a la vista de los curiosos, constaba de varias tiendas que claramente habían sido levantadas de una forma provisional, bajo las sombras de las abanicadas hojas de los cocoteros. Un poco más hacia el interior, en una zona de abundantes matorrales, otras más humildes, que debían hacer las veces de barracones, seguramente destinadas para el almacenaje de los preciados productos que después serían transportados hasta puerto seguro y entregados a sus dueños. A juzgar por su aspecto aún permanecían vacías, lo que significaba una espera indefinida a que llegaran los suministros.

El capitán Armijo dio la orden al timonel para que se acercara todo lo posible a la orilla mientras un marinero iba cantando las constantes mediciones de la profundidad para evitar un posible encallamiento en el fondo. Cuando llegaron a veinte metros de calado, y en previsión de las bajadas de las mareas, ordenó arriar las velas y soltar el ancla. Habían quedado situados a unos ciento cincuenta metros de distancia en relación con las tiendas, longitud que sería recorrida con una pequeña embarcación a remos.

—¡Boten la pequeña! —ordenó el segundo al mando.

Rápidamente, el paquebote quedó posado sobre las tranquilas aguas mientras cuatro remeros se hacían cargo de su maniobrabilidad, a la vez que daban acomodo a su capitán para acercarle a tierra. El resto de la tripulación del Daniya se quedó a bordo a la espera de las siguientes órdenes, pero se lo tomó con bastante alegría, ya que era tan agradable aquella cala que quisieron considerar su situación como una merecida etapa de

descanso y divertimento, toda vez que los trabajos de acondicionamiento de la nave estaban ultimados y tan solo restaba llenar la bodega con una carga que aún no estaba disponible.

El encuentro con quienes llevaban varios días esperándolos no se produjo de la manera que inicialmente había supuesto el responsable de la nave. Un grupo de hombres armados, que más bien parecían filibusteros, le condujeron hasta su jefe, un individuo malencarado que se hacía llamar el Tuerto, por razones obvias. Cuando le tuvo ante sí, reconoció a un mercenario de gran tamaño, de pelo largo y oscuro como el azabache, y dotado con una ancha cicatriz que le recorría desde la frente hasta la barbilla del mismo lado izquierdo de la cara, pasando por el hueco del ojo que le faltaba. Por la simple y corta conversación que mantuvieron, pudo comprobar que se trataba de un ser despreciable, más parecido a un bandolero que a otra cosa. Después de conocerle, determinó que no podía fiarse lo más mínimo.

—Me llaman el Tuerto, y soy el jefe de esta pandilla de granujas —se presentó.

—Soy el capitán Armijo —contestó el recién llegado.

—Los esperamos desde hace días —le informó mientras le ofrecía un trago de alcohol.

—Salimos un poco tarde de puerto, pero recuperamos algo del horario previsto gracias al buen tiempo —respondió antes de aceptar su invitación.

—Da igual; de todos modos, tenemos que esperar a que llegue el intermediario.

—Ya he visto que los almacenes están todavía vacíos.

—Sí, pero eso lo arreglaremos muy pronto —contestó mientras soltaba sonoras carcajadas que fueron secundadas por sus compañeros de correrías.

—¡Bien! Nos quedaremos a la espera —contestó el capitán.

—¿Dónde prefiere dormir? ¿En tierra o en su barco?

—Prefiero en mi nave.

—¡Muy bien! ¡Pida lo que necesite, y que sus hombres procuren molestar poco! ¡No nos gusta que los extraños paseen por el campamento!

—¡No se preocupe! Mi tripulación permanecerá en el barco.

—¡Mejor! Esta noche venga a cenar a mi tienda.

—Gracias, pero no suelo abandonar de noche mi nave.

—Como quiera. Usted se lo pierde. Ya le avisaré cuando llegue la carga.

—No se preocupe; en mi nave estaré más seguro.

—Otra pregunta más. ¿Ha traído el precio pactado con don Ramón?

—Sí.

—Entonces está todo dicho.

—Adiós, buenas noches.

No recibió la despedida de cortesía, pero tampoco la esperaba. Claramente, no habían congeniado, pero ambos sabían que estaban allí para ganar dinero y no para hacer nuevos amigos, por lo que no quisieron dar mayor importancia a ese asunto, y prefirieron dejar que para el día siguiente todo se hubiera olvidado. Tenían una importante misión por delante, con mucho dinero en juego, y no resultaba rentable entablar disputas con personajes a quienes, seguramente, o por lo menos así lo esperaba, no volvería a ver jamás.

No obstante, en cuanto se encontró a bordo de su nave, ordenó a su segundo que organizara el turno de guardia con armas y doble presencia, pues no tenía confianza en que aquellos individuos que acababa de conocer en la playa no intentaran alguna jugarreta para apoderarse gratuitamente del dinero que le había sido conferido. Aquella noche y las siguientes resultaron de tensa espera ante la posibilidad de caer en una emboscada propiciada por aquellos, que tenían unos ademanes muy similares a los de una banda de criminales.

A la mañana siguiente, las cosas se vieron de forma muy diferente gracias a la luz que propiciaban unos intensos rayos solares, que iluminaban el fondo marino y dejaban apreciar toda la belleza de unos corales que eran visibles con toda nitidez a través de las transparentes aguas de aquella pequeña rada. A la hora del desayuno, alguna carne fresca y sabrosa cocinaban los compinches del Tuerto, pues su aroma se podía captar desde el velero. Pero ninguno de sus ocupantes hizo intentona alguna por averiguar qué tipo de animal se preparaba a fuego lento delante de la proa. Todos mantenían la mirada absorta en el asado, y aunque el apetito era cuantioso y los avisos del estómago, en forma de borborigmos, resultaban incesantes, la desconfianza se había asociado con la prudencia, y esta aconsejaba mantener una cierta distancia de seguridad con aquellos desconocidos. Los que estaban alrededor de la comida hacían gestos a los del barco en una clara invitación para compartir aquel manjar, Estos se tomaron esa innecesaria provocación con mucha paciencia y ni siquiera respondieron a sus insistentes insinuaciones. La falta de respuesta de los invitados provocó sus risotadas y burlas, pero no se llegó a nada más,

seguramente por el desconocimiento que tenían sobre el tipo de armamento que podría esconder el barco en su interior. Aquella soleada mañana fue aprovechada por el Tuerto y varios de sus lugartenientes para devolver la visita del día anterior. Fueron recibidos cortésmente por el capitán Armijo, quien aceptó encantado el presente que le llevaron: un antílope perfectamente condimentado y dispuesto para ser degustado por la tripulación. En señal de agradecimiento y de amistad, les regaló tabaco y les mostró aquellas partes del navío, en especial aquellos sollados, que entendió les podrían suscitar mayor curiosidad. Todas, menos la que realmente querían inspeccionar con el máximo interés: la santabárbara. No obstante, pudieron comprobar la existencia de bastantes fusiles con sus correspondientes bayonetas, mosquetes, abundante munición, sables y cuchillos de gran tamaño, que repartieron estratégicamente por todos los rincones de la cubierta donde se suponía que existía un puesto para un vigía, en una demostración de seguridad que dejó impresionados a los visitantes. La estrategia del capitán Armijo consistió en no dejar averiguar al Tuerto ni las armas que poseían ni el número exacto de hombres que componía la dotación del bergantín. Y de seguro que causó el efecto deseado, pues ante la contemplación de lo que el Tuerto consideró material de combate sobrante, que no tenía cabida en el pañol ocupado por la armería, lo primero que le vino a la cabeza fue la gran capacidad de fuego que podrían tener los ocupantes del navío si fueran atacados y, por consiguiente, los estragos que causarían entre sus filas si recibieran una andanada precisa con todo ese armamento. En realidad, aquel bandido temía mucho más lo que no consiguió ver que las armas que intencionadamente le dejó observar el capitán sobre la cubierta. A la conclusión de la inesperada recepción, en un claro gesto de reconciliación, recibieron el velado permiso, por parte del Tuerto, para desembarcar cuando quisieran. Los siguientes días fueron compartidos en un clima menos hostil, donde no faltaron breves excursiones esporádicas a tierra firme por parte de unos pocos que, por riguroso turno rotativo, se ocuparon de las labores de abastecimiento de bienes de primera necesidad al resto de sus compañeros, que los aguardaban impacientes en la cubierta del buque. La preocupación fundamental, hasta que no partieran de aquel lugar con su carga, consistía en que abandonara el barco un máximo de cuatro miembros de la marinería acompañados por un oficial. La desconfianza era recíproca, pero estaban llamados a entenderse, o al menos a respetarse, hasta no haber ultimado todos

los trámites del trato acordado por sus representados. Porque el Tuerto también tenía a quién rendir cuentas y, por tanto, no podía tomar decisiones a su antojo sin medir previamente las consecuencias de sus acciones. Esa circunstancia, posiblemente, fue determinante para que no se iniciara una verdadera batalla campal entre las partes en el preciso instante en que se conocieron. De todas maneras, entre ambos personajes existía la coincidencia de pensamiento de que cuanto antes se alejara el uno del otro, mucho mejor para todos. Por tanto, era cuestión de tener paciencia, esperar la llegada del producto y cumplir el acuerdo lo más rápidamente posible. Sin embargo, el capitán Armijo estaba convencido de que el traicionero tuerto no descartaría la posibilidad de tomarse la revancha en la primera oportunidad que tuviera de acabar con su vida para desquitarse del público desprecio que mostraba hacia su persona. Intuía que aquel individuo no consentiría una ofensa semejante delante de sus hombres por mantener ese extraño principio de autoridad que siempre existe entre los malhechores de esa calaña.

El Tuerto, por su parte, temía enfadar a su jefe, por lo que aquella noche se limitó a comentar, en la intimidad de su tienda, a sus colaboradores:

—La venganza es un plato de comida que sabe mejor cuando se come frío.

—¡Muy bien! —contestaron sus amigos en medio de vítores y alabanzas.

—Llegado el momento, recibirá su merecido.

—Cuenta con nosotros.

Bebieron y brindaron muchas veces hasta que se quedaron profundamente dormidos a causa de la cuantiosa ingestión de alcohol.

En cuanto a la mercancía que esperaban, la falta de escrúpulos del capitán Armijo era notoria. Su única máxima consistía en no preguntar sobre el tipo de productos que había que transportar. Solo le importaba conocer si su buque estaba preparado para cubrir correctamente la travesía, el precio que debía pagar y el puerto hacia donde tendría que dirigirse para descargarla.

La espera se hacía interminable; los días, tediosos, y las noches, demasiado tensas, pero no había otro remedio que aguardar en el interior de la nave, parapetados en el provisional fortín en que se había convertido y que les proporcionaba la mejor defensa posible en medio de aquellos alejados parajes. Lo más importante era cumplir la misión encomendada lo más protegidos posible, hasta

que pudieran salir a mar abierto, donde otros peligros también los esperarían, pero al menos allí se encontrarían en su elemento.

En una de las escasas conversaciones que mantuvo el capitán con el Tuerto, este le comunicó que las capturas solían llegar desde varias fuentes distintas y bastante separadas en distancia. Por ello, debían ser primero reunificadas en un campamento base situado más en el interior, para después remitirlas hacia la playa, donde serían cargadas en el velero lo antes posible. Le informó de que ellos realizaban una misión a modo de cabeza de puente, igual que un pequeño destacamento que se ocupara de velar por la salida de la mercancía en buenas condiciones. Que vivían permanentemente en aquella cala y solo la abandonaban con permiso de sus superiores.

Ante el desconocimiento del tiempo exacto que debían permanecer atracados y la desconfianza que le suscitaba aquel individuo, Armijo optó en alejar por las noches su embarcación de la orilla unos cien metros más, aludiendo a las molestias de gobernabilidad que les originaban las corrientes nocturnas de aquella zona y a la necesidad de tener el barco preparado en caso de avistar de improviso a algún enemigo y tener que levar el ancla e izar las velas a toda prisa, explicación que poco le preocupó si resultó creíble o no para el Tuerto. De esta manera, se aseguró una distancia de margen que oscilaba de doscientos a doscientos cincuenta metros. Creyó que, en caso de tramar un posible ataque nocturno, esto les haría pensar que durante bastante tiempo estarían a merced del fuego de los fusiles de la tripulación del Daniya. El caso fue que por las noches se alejaba un poco más de la playa, sin llegar a entrar a mar abierto, y por el día se volvía a acercar. Así, con las diferentes maniobras, al menos, mantenía distraída por algún tiempo a una aburrida tripulación que ya comenzaba a quejarse de lo tedioso que resultaba mantenerse dentro de aquel cascarón, sin poder pisar tierra firme y, además, soportar las burlas y continuas invitaciones de aquellos a los que dieron por llamar piratas de agua dulce.

CAPÍTULO III

En el interior, a una distancia de unas siete jornadas completas a pie del lugar donde se encontraba anclado el Daniya, a primera hora, justo antes del amanecer, un grupo de hombres armados con un material de combate muy variado, repartido en su mayoría entre mosquetones, mosquetes, fusiles, pistolas de chispa, sables y cuchillos, se acercaba sigilosamente hacia un poblado compuesto por unas treinta chozas de paja de forma redondeada, cuyas paredes estaban recubiertas por una mezcla de barro y excrementos de animales, las mismas que el número de familias que formaban esa primitiva comunidad. La pequeña aldea presentaba varios accesos independientes que se cerraban con ramas y palos por la noche, para evitar la entrada de hienas y otros depredadores. A esa hora, aún permanecían cerrados, porque sus moradores todavía dormían en el interior de sus viviendas. A lo largo de su perímetro, se podía reconocer una especie de cercado muy tupido, confeccionado sobre la base de ramas y arbustos con pinchos, que los protegía del posible ataque del temido leopardo.

Los exploradores contratados por los mercaderes, todos de etnia mandinga, vigilaban ocultos el lugar desde hacía ya varios días. No se había producido ninguna novedad, y el poblado parecía estar en calma. La mañana anterior, una nutrida partida de cazadores abandonó la aldea en busca de provisiones, y no se les esperaba hasta pasadas algunas lunas, porque se alejaron a bastante distancia del poblado cuando perseguían a una manada de antílopes. Los jefes, facinerosos, pensaron que ese era el mejor momento para un ataque por sorpresa. El grueso de la expedición se encontraba posicionado a menos de quinientos metros de distancia, a la espera de la señal convenida para iniciar su mortífera agresión. Han viajado en completo silencio protegidos por la oscuridad de la noche, y asistidos en todo momento por sus guías. Con armamento suficiente, se presentarán en pocos minutos a las puertas de la desguarnecida aldea que, ajena a lo que se le viene encima, no presenta ningún guerrero de guardia. Va a ser la primera vez que recibe una visita semejante, de la que sus moradores, con toda seguridad, nunca se van a olvidar.

Aquellos desconocidos, portadores de atronadoras armas,

componían un imponente colectivo que estaba formado, en su mayoría, por traficantes y mercaderes árabes especializados en la trata de esclavos. También se podían distinguir blancos europeos, fundamentalmente portugueses y españoles, por ese orden de relevancia, que seguramente trabajaban bajo el patrocinio de algún poderoso negrero, que cómodamente esperaba impaciente el resultado económico de sus operaciones. Otro grupo, mucho más pequeño en tamaño, estaba compuesto por hombres rubios y pelirrojos con pecas, circunstancia que descubría la participación de una tímida representación de gentes procedentes de tierras situadas más al norte de los Pirineos. Completaban la expedición algunos negros africanos que conocían muy bien el lugar y que, para su desgracia, eran tratados casi de la misma manera que aquellos a los que iban a capturar de inmediato. Eran esclavos que los negreros utilizaban como exploradores del terreno. Judas modernos, gente temerosa que a cambio de un escaso sustento y por no recibir demasiados latigazos estaba dispuesta a delatar la presencia de hermanos de sangre.

Un poco antes de levantar el alba, en lo alto de una loma, se procedió a prender la mecha de una pequeña vela perfectamente protegida en el interior de un candil, pero con suficiente luminosidad como para poder ser vista desde la posición del puesto de mando de ese ejército invasor. De inmediato, después de recibir la orden de partida, se inició una loca carrera por penetrar lo más rápidamente posible en la aldea; a ser posible, antes de que sus residentes pudieran averiguar de dónde provenían los extraños sonidos de ese correr desaforado que cada vez se percibía más cercano a través del quebrar de la maleza y de los arbustos que se rompían a su paso, y quién los emitía. Para aquellos mercenarios, llegar en primera posición resultaba ser un simple juego competitivo. Sí; aquel que entrara el primero tendría como recompensa una garrafa de ron. Los atacantes, en medio de cruces de apuestas y grandes carcajadas, una vez que se encontraron frente a la entrada de la aldea, comenzaron a gritar y a hacer el mayor ruido posible mientras mostraban sus deterioradas dentaduras, en un claro intento por azuzar a sus compañeros de correrías en conseguir la mejor pieza.

Nada más llegar, igual que les había ocurrido en múltiples ocasiones, encontraron a una tribu sorprendida por el ataque, muy asustada por los estruendosos sonidos que emitían los potentes cañonazos de sus armas. De nada sirvieron arcos y flechas de unos pocos cazadores adultos que quedaron como protectores del

poblado contra aquella artillería. El resto de la población estaba muy repartida entre viejos, mujeres y niños de todas las edades. Casi todos se refugiaron en sus endebles casas, acción que no pudo evitar su rápido apresamiento. Los esclavistas penetraron en todas y cada una de las chozas para revisar su contenido. Todas tenían las mismas características: contaban con una pequeña abertura que daba acceso a un espacio algo mayor donde sus moradores realizaban la vida en común. Por la noche, para dormir, ese mismo espacio se dividía de manera muy rudimentaria en más ambientes, según necesidades. Lo normal era que uno estuviera destinado para uso del padre y de la madre; la parte central se reservaba para el fuego, donde permanecía encendida una pequeña fogata sobre un suelo de tierra movida y protegida por un círculo de piedras, que estaba alimentada por unos troncos de los que manaba un intenso y denso humo que servía para ahuyentar a los molestos mosquitos. Otro estaba dedicado a los hijos, independientemente de su sexo. Una vez dentro de la humilde vivienda, resultaba casi imposible distinguir nada hasta que los ojos se acostumbraban, ante la carencia de ventanas; solo pequeños huecos permitían la entrada de luz exterior. Tampoco se podía respirar, si no se estaba habituado, a causa del eficaz remedio contra los incómodos y peligrosos insectos.

Cuantos se encontraban cobijados fueron sacados a rastras, mientras a algunos de los desdichados solo les dio tiempo de mirar por última vez un pequeño símbolo que representaba la memoria de sus antepasados, consistente en una pequeña vasija que contenía agua de mar y que estaba bordeada con palos clavados en el suelo. Aquellos que se resistieron, pronto fueron sometidos por la fuerza, y en el peor de los casos, pasados por las armas, circunstancia que no se solía producir con frecuencia, pues los ejemplares fuertes y musculosos eran muy apreciados en los mercados y se obtenían muy buenos precios por ellos. Los viejos eran apartados de inmediato; también los bebés eran rechazados, pues la experiencia les aconsejaba no capturarlos, ya que no resultaba rentable llevarlos, porque ocupaban un sitio muy valioso, solían distraer a la madre y casi todos morían en el camino, cuando no lo hacía también la progenitora en un intento por salvar la vida de su retoño.

—¡Ya volveremos dentro de unos años a por estos! —decían mientras los separaban de sus familias.

Los pequeños que podían valerse por sí mismos pasaban a engrosar la larga fila de encadenados. En lo referente a las jóvenes hembras, las vírgenes eran sumamente respetadas, pues su valor era muy superior incluso al de los machos más fuertes. En cambio, otras

esclavas, algunas veces, no corrían la misma suerte, pues podían ser entregadas a la gentuza, para su disfrute personal, en pago de algún mérito especial y hasta el momento de ser embarcadas. Uno de los mayores placeres que un corsario podía solicitar como recompensa consistía en beneficiarse a la mujer de uno de los apresados, pero con su propia presencia durante el acto. Es más; cuanto más lloraban, suplicaban o chillaban ambos, mayor regusto sentía el bandido.

En pocas horas, de igual forma que animales de tiro, todos los ejemplares útiles que pudieron encontrar fueron encadenados entre sí para formar grupos de seis individuos sujetos con grilletes por el cuello y emparejados por los tobillos con grillos dobles. A partir de este momento, comenzaba para estos infortunados su nueva condición de esclavos. Ahora, solo debían intentar aguantar hasta el máximo de su fortaleza para seguir con vida, y luego esperar a tener la suerte de pertenecer a una hacienda cuyo amo no fuera demasiado duro con ellos. Algunos de ellos morirían durante el largo viaje que les esperaba; otros acabarían sus días a manos de sus dueños legítimos; la minoría sería rescatada por los navíos del West Africa Squadron; y el resto terminaría su vida como esclavos. Todos, conforme fueron estimulados con correazos para que iniciaran la larga marcha que les quedaba por delante, no pudieron evitar una última mirada a sus sagrados árboles. Aquellos de los que colgaban amuletos protectores de los malos espíritus y que, por razones incomprensibles, aquella mañana los habían abandonado.

Los pequeños rechazados lloraban desconsoladamente mientras intentaban seguir el paso de sus mayores y, a la vez, eran sujetados por los ancianos para evitar que los golpeasen aquellos invasores. Semidesnudos, sucios y ensangrentados por las numerosas caídas, una veintena de prisioneros, al compás de fuertes latigazos contra el suelo, comenzó a moverse torpemente, en fila india, mientras se alejaba de su poblado. Sus movimientos resultaban muy lentos; arrastraban penosamente los pies, pues no estaban acostumbrados a portar cadenas ni cualquier otro mecanismo que impidiera su libre caminar. Al poco tiempo, dejaron de oír los sollozos de sus hijos; solamente se escuchaban las lamentaciones de las mujeres que componían el grupo de negros bozales y, un poco más lejos, los ruidos propios de los animales de la selva y del viento cuando acariciaba las copas de las altas acacias y de los arbustos.

Después de dos días de esfuerzo continuado, casi insoportable, llegaron exhaustos a una especie de altiplano desde donde se divisaban los meandros de un río, que muchos conocían como

Gallinas. Abajo, en uno de sus recodos, perfectamente camuflado y bien defendido, se ubicaba un campamento destinado a la recogida y permanencia de las distintas partidas de esclavos hasta completar el número de ejemplares pactados en la transacción. Por tanto, esta partida, al igual que otras, pasaría a incrementar la cifra de residentes en los barracones hasta determinar su salida hacia la playa, operación que se realizaría en canoas que serían empujadas por los rápidos del río. Después, dos días más de recorrido terrestre y alcanzarían el punto de embarque. El origen de las capturas era muy variado, porque los intermediarios provenían de muy diversos puntos de la geografía africana, aunque la mayoría eran de las etnias mandinga, fang y bubi. Todos trabajaban para un mismo factor, que actuaba como un verdadero capo al servicio de sus armadores. Otra parte importante la suministraban los jefes de las distintas tribus esparcidas en tan vasto territorio, quienes a cambio de fardos de telas de algodón de diferentes colores, chucherías, ron, armas y otras diversas mercancías, vendían a los esclavos que habían obtenido como botín de guerra en sus peleas contra otras tribus enemigas de la región. Así fue como dejaron de cultivar la tierra y de obtener productos para comerciar, como la madera o el aceite de palma, para dedicarse en exclusiva a la trata de esclavos, pues les resultaba un negocio mucho más lucrativo. Por último, la tradición milenaria de los mercaderes árabes en el tráfico de esclavos los hacía especialmente dotados para obtener una mercancía muy valiosa, sin importar lo lejos que se encontrara su lugar de origen. Ellos conocían sofisticadas técnicas para prolongar la vida de sus propiedades y eran quienes, al final, la presentaban en mejores condiciones físicas; por tanto obtenían más rendimientos en el mercado. Su mercancía siempre resultaba ser la más apreciada por el consumidor final.

Aquella noche, después de suministrarles trapos y agua para que pudieran asearse y curarse las heridas, una de las nuevas esclavas, de raza bubi, la conocida entre ellos por el nombre de Ganna y rebautizada provisionalmente hasta que fuera vendida con el número 14, partida A, según su lugar de procedencia, fue entregada, junto con su macho, el número 15-A, a uno de los capitanes de la partida de negreros, en recompensa por sus meritorios servicios. La hembra tenía un cuerpo muy recogido y pequeño en proporción con el tamaño de las demás mujeres. Sin embargo, estaba muy bien proporcionada. Sus piernas musculosas llamaban poderosamente la atención del resto, así como sus brazos delgados y fibrosos. Por su dentadura, no parecía tener más de trece

o catorce años, y a juzgar por su vientre plano, no era probable que hubiera parido nunca. Dotada de un pecho con poco volumen, mantenía erguidos los pezones, como partes finales de un torso acostumbrado al duro trabajo. Su pareja resultaba ser un macho alto y fornido, dotado de una osamenta muy ancha que le confería una apariencia imponente y que cojeaba ostensiblemente, quizás en un lance del combate, o tal vez se produjo la lesión en una partida de caza anterior; de ahí que se explicara su permanencia en el interior de la aldea. Seguramente la mujer era su segunda o, tal vez, tercera esposa.

—Esta noche son tuyos, pero mañana debes devolverlos en perfecto estado o atente a las consecuencias —le amenazó su comandante.

—Ya sé que son muy buena mercancía y se pueden obtener muy buenos dineros por ellos. No te preocupes, nada les ocurrirá —contestó el capitán agraciado.

—¡Eso espero! ¡Para esta noche, quédate con la tienda grande y pide ayuda si la necesitas! —le aconsejó en medio de sonoras risotadas.

—¡Muchas gracias!

—¡Que disfrutes lo que puedas! —se alejó sin poder parar de reír.

El capitán ordenó que ambos fueran atados a un poste de castigo, situados en los extremos de la tienda. Se podían ver, pero nada más. Ambos parecían dos leopardos enjaulados. Golpeaban sin cesar con sus cadenas los mojones donde estaban amarrados. Se retorcían, a la vez que hacían grandes esfuerzos por librarse de sus ataduras. El negrero esperó un buen rato a que se cansaran, pero cuando pretendía acercarse a cualquiera de los dos, era recibido con una sarta de movimientos intimidatorios que le impedían cualquier intento de aproximación. La inusitada fuerza que ambos parecían poseer le hizo comprender que aquella noche iba a resultarle mucho más complicada de lo que inicialmente hubiera imaginado. Entonces comprendió el motivo de las risas de su comandante, así como el último consejo que le ofreció. No se lo pensó dos veces y mandó llamar a varios hombres de su confianza. Al acudir a su llamada, nada más entrar, comprendieron el motivo de su presencia en el interior de la tienda grande. No hizo falta explicar nada más y rápidamente se dirigieron hacia la hembra para sujetarla. Sin embargo, su capitán los frenó de inmediato.

—¡Alto! ¡No la toquéis! ¡Dejadla como está!

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos?

—¡Sujetad al macho! ¡Mandad llamar a Yusuf!

—¿Me has mandado llamar? —este se presentó, al rato, en la tienda, acompañado de otros tres bereberes.

—Sí.

—¿Qué precisas?

—¡Quiero que convenzas a esta pareja de esclavos para que se rindan a mis deseos!

—¡Muy bien! Pero ¿cómo he de hacerlo sin causarles daño?

—¡Quiero que traigas tu estaca, esa que guardas para ocasiones especiales, y hagas cuanto te indique!

—Enseguida.

No tardó, apenas unos minutos, cuando Yusuf se presentó con una especie de apéndice grueso de forma redondeada y tamaño medio, que representaba la forma de un pene en erección y que además estaba dotado de un mango para ser manejado con comodidad. El artilugio estaba confeccionado mediante una pasta amalgamada de pieles de diferentes animales, que después de una prolongada cocción y de secados al sol, se había solidificado según la forma deseada. Tenía un tacto muy suave a la vez que una dureza extrema. En su preparación y desarrollo, el artista debió de actuar de una manera muy parecida a como lo hacen los alfareros con la arcilla cuando moldean sus creaciones.

El aparato fue enseñado previamente a la pareja, quienes se retorcían de ira, en un intento por librarse de sus cadenas, esfuerzo que les resultó del todo inútil. No hablaban entre sí; tan solo emitían gruñidos propios de los esfuerzos que realizaban por evitar lo que aquellos desconocidos pretendían hacer con ellos. En contra de lo que inicialmente podían haber pensado las víctimas, los negreros se dirigieron hacia el macho y dejaron en paz a la hembra para que pudiera comprender lo que se esperaba de ella. Fueron necesarios siete hombres para someterle; le sujetaron con fuerza por las extremidades, cuello y torso, ya que no paraba de moverse y de chillar ante lo que presuponía que le iba a ocurrir en breves instantes. Le habían desnudado y le mantenían izado, suspendido en el aire, para evitar que tuviera un punto de apoyo, y con las piernas completamente separadas de los glúteos, abiertas. Yusuf esgrimía una sonrisa maliciosa mientras mantenía en su mano diestra el artilugio, presto a ser utilizado, a la espera de que le dieran la señal para introducirlo por el ano del macho. Los primeros intentos resultaron baldíos, pues la víctima apretaba el esfínter anal y hacía imposible su penetración, circunstancia que aprovechaba el esbirro que estaba libre para propinarle fuertes correazos sobre el culo con

el fin de que cediera en la presión que voluntariamente ejercía. En esa parte del cuerpo la mercancía no se deterioraba, y sabían, por ello, que no había problema alguno si se pasaban con la contundencia del castigo aplicado. Mientras tanto, el capitán recompensado daba claras muestras de lo que quería de la esclava a cambio de soltar a su pareja. La misma operación se repitió cuantas veces fueron necesarias hasta que el macho quedó exhausto por los esfuerzos realizados para evitar su sometimiento y por la soberana paliza que recibió. Fue solo entonces, cuando ya no tenía fuerzas ni para gritar, cuando la mujer accedió a mantener sexo con el pirata a cambio de evitar mayor sufrimiento a su hombre. Así se hizo; abandonado en un rincón de la tienda grande, aquella noche fue testigo de la entrega obligatoria por parte de su mujer hacia un blanco, que gozaba a su antojo del cuerpo de esa negra con cuantos caprichos sexuales se le ocurrieron en una noche que al desdichado esclavo le pareció la más larga de su vida; un cuerpo, que días antes había recorrido libre muchos lugares bonitos que la sabana africana les ofrecía en todo su esplendor y riqueza. Ambos lloraron en silencio, porque no querían reconocer que su futuro acababa de cambiar de una manera radical. Después de aquel fatídico momento de inflexión en sus vidas, vendrían muchos más lloros, casi siempre motivados por las mismas viles acciones, pero con otros hombres diferentes. Hasta tal punto, que lo extraordinario resultaba que el esclavo 15-A pudiera ni tan siquiera reunirse con la esclava 14-A, ya que aquella pequeña bubi se había convertido en el capricho del campamento y todos los hombres querían conocerla íntimamente. Sin embargo, el fondo de la mirada del esclavo 15-A había cambiado para siempre y ahora sus ojos reflejaban un odio infinito difícil de apaciguar.

Aquellos cazadores de humanos, como forma de entretenimiento entre ellos mismos, cruzaban apuestas por cualquier cosa que se les pudiera ocurrir por descabellada o ruin que fuera. Había grandes cantidades de dinero depositadas en un fondo común, dotado en favor de aquel que lograra ganarse los favores voluntarios de la esclava, por lo que todas las noches recibía la indeseable visita de un candidato diferente, al que debía complacer en todas sus exigencias, si no quería que su hombre sufriera las consecuencias de su negativa. Los negreros intuían por experiencia que esa hembra joven, por fortaleza física y por sus innatas características, si se quedaba preñada, soportaría perfectamente el viaje y, además, tendría un valor mucho más alto cuando fuera vendida en el mercado. Por ello, se aplicaban en la tarea de una manera

concienzuda.

—¡Dos por el precio de una! —se decían entre ellos.

En otras ocasiones, cuando se percataban de la indignación que mostraba en la mirada el esclavo 15-A mientras se mofaban de su situación, le solían consolar con frases parecidas a «No sufras, que los cuernos solo duelen cuando salen; después te acabas acostumbrando».

A diario, como un goteo permanente, acudían los cazadores con sus nuevas presas, que primero debían someterse a un rutinario examen médico. Prácticamente, todos resultaban aptos debido al buen oficio de los ojeadores en el momento de la elección de las presas. En caso contrario, en las escasísimas ocasiones en que se debía rechazar la mercancía, el procedimiento consistía en eliminar de inmediato el problema. Los negreros conocían la existencia de epidemias y de diversas fiebres propias de la zona, y si no querían correr riesgos innecesarios, con la consiguiente pérdida económica, tenían que evitar la propagación de la manera más contundente posible. No se podían arriesgar a un contagio en altamar, porque perderían toda la carga y, por tanto, al comprador de esta, quien rápidamente avisaría del problema a otros compradores para que dejaran de negociar con los estafadores. Además, el médico del bergantín también tenía que dar su visto bueno al estado de salud de los esclavos en el momento de su embarque.

Mientras tanto, en la costa, el capitán Armijo esperaba impaciente la llegada de los cautivos, que en número de trescientos debía transportar hasta su puerto de destino. Aquel improvisado muelle costero donde debía aguardar hasta el suministro de dichas unidades le producía una honda preocupación por la descompensación que mostraba la zona, debido a las escasas posibilidades de defensa en comparación con la enorme inseguridad que le suponía permanecer al descubierto durante tanto tiempo. La precaria situación le disgustaba en gran medida por los grandes riesgos que corrían de ser encontrados por buques abolicionistas, situación que ningún barco negrero deseaba, aunque en su mayoría eran mucho más veloces. Por eso, en mar abierto sus alternativas de escape eran mucho más elevadas que anclado. El capitán Armijo no desconocía que si ofrecía la más mínima posibilidad de abrir fuego contra su nave, sus perseguidores no se lo pensarían dos veces, y era consciente de que estaba escondido dentro de una ratonera de la que le resultaría imposible salir si otro buque se apostaba en la bocana de la pequeña bahía. Ante ese temor, varios vigías, provistos de catalejos, permanecían durante la duración de la luz solar

apostados en los lugares más estratégicos, con el fin de no dejarse sorprender por sus enemigos y avisar de inmediato de su presencia.

Con el paso de los días, una calma tensa comenzó a impregnarse en todas las actividades cotidianas. También, el temor por la presencia de los piratas de agua dulce, que sin duda aguardaban en tierra firme su momento más propicio para sorprenderlos, ayudaba a complicar la convivencia entre unos nerviosos marineros, que comenzaban a discutir con demasiada asiduidad por motivos nimios y sin importancia relevante. Solo el reconocimiento de la autoridad de los oficiales mantenía los ánimos en calma y evitaba que el comportamiento de algunos comenzara a dar síntomas de estar más cercano a un motín que a una pacífica convivencia con el resto de los miembros de la tripulación.

Armijo sabía que, si la cosa iba a más y para no perder el mando, no tendría otro remedio que dar un escarmiento ejemplar. Se resistía, porque necesitaba a todos sus hombres en plenas facultades físicas para hacer frente a un hipotético ataque o para colaborar en la realización de una posible maniobra precipitada de huida. Por ello, asumió que aguantaría hasta el máximo posible antes de emprenderla a latigazos con los insumisos.

Al final, su paciencia obtuvo los resultados que deseaba, y al cabo de veinte días de permanencia en aquella costa, le llegaron noticias de que se acercaba el cargamento prometido. Consistía en una larga hilera de esclavos jóvenes que se desplazaba lentamente por el último tramo de un penoso éxodo sin retorno y que todavía tardaría en llegar a las inmediaciones del campamento de la playa un par de jornadas, lo que significaba que, casi con toda seguridad, podría emprender el viaje de regreso a lo sumo en tres días más.

CAPÍTULO IV

Transcurrido el plazo previsto, una dolorida procesión se acercaba en silencio, abriéndose camino por entre los frondosos matorrales, esos que están dotados con puntas que cortan como navajas y crecen en las zonas de los litorales. Para muchos de aquellos prisioneros, suponía la primera vez que contemplaban el azul del mar y su perfecta combinación con el verdor de sus profundidades. Aquella imponente magnitud que se perdía a lo lejos del horizonte solo la podían comparar con algo para ellos conocido, con la extensión de la sabana de donde habían sido arrancados a latigazos. No pudieron por menos que quedar extasiados ante aquel desierto de agua de desconocida belleza que se perdía en el infinito del alcance de sus miradas. Los que no supieron reaccionar a tiempo, porque fueron incapaces de sobreponerse de la atrayente combinación de colores y de los variados ecos de la naturaleza costera, quedaron sumidos en un éxtasis desconocido. Junto con el roncar de las interminables olas al romper con brusquedad contra los acantilados, se combinaba el sonido de la suavidad al mecerse el mar sobre la harinosa playa. Pero pronto fueron rápidamente despertados de su letargo con azotes de soga gruesa sobre sus piernas y glúteos, para evitar que pudieran retrasar la marcha del resto.

Un rosario de hombres y mujeres muy cansados fueron apareciendo poco a poco sobre la solitaria cala, en espera de un necesario descanso ante el esfuerzo al que habían sido sometidos. Aunque mostraban sus rostros desencajados por cansancio, el mayor dolor que padecían lo llevaban dentro del corazón, un penar que se agrandaba por cada paso que los alejaba de sus familias y de la tierra que los vio nacer. Cuando la gran canoa se acercó hasta sus posiciones, comprendieron que ya no había marcha atrás y que su mundo, tal como lo habían conocido, pronto pasaría a ocupar simplemente una pequeña parte de sus recuerdos. Una nueva vida, desconocida e incierta, se acababa de abrir en forma de futuro, al que muchos de ellos no llegarían nunca a acostumbrarse. Nuevas normas, religión, idioma, trabajo y, sobre todo, amos. Unos dueños que decidirían sobre sus vidas o, tal vez, que intervendrían muy directamente en la forma y en el momento de sus muertes.

Los recién llegados iban ocupando los destartalados barracones. Hacinados como bestias, esperaban su turno para cumplir con los trámites necesarios a fin de que los representantes de las partes dieran su visto bueno a las condiciones pactadas y se pudiera ultimar definitivamente la transacción comercial. Uno a uno, fueron obligados a someterse, en una improvisada consulta ambulatoria, a la inspección por parte del médico especialista en enfermedades tropicales que el armador había enviado junto con la tripulación del capitán Armijo, para revisar las condiciones físicas de la mercancía antes de ser embarcada. Prácticamente la totalidad de los prisioneros fueron aceptados como válidos, por lo que después de ser reconocidos fueron conducidos desde la playa a la nave en pequeños botes que no dejarían de repetir el mismo trayecto hasta completar la carga, o hasta que las condiciones de visibilidad lo permitieran.

Durante tres días completos se trabajó a destajo; era el plazo fijado por el contramaestre para terminar el trabajo. Una vez que los sollados de bajo cubierta, preparados para tales fines, quedaron repletos de su contenido, la tripulación del Daniya ya deseaba salir cuanto antes de aquella trampa mortal en la que el buque llevaba anclado demasiado tiempo.

Solo restaba abonar el importe convenido. Para ello, hubo que esperar la presencia del intermediario, que fue el último en aparecer, una vez que tuvo la comunicación, por parte de sus lacayos, de la finalización de la elección de ejemplares y su posterior embarque. Su presencia era esperada por muy diversos motivos. Unos, para saldar deudas y salir cuanto antes; otros, para recibir sus felicitaciones y alguna recompensa que pudiera tener a gracia conceder.

Una hora después de haber finalizado las tareas, apareció un hombre barbudo, grueso, que lucía una camisola blanca de algodón que hacía juego con unos pantalones del mismo color, ambas prendas inmaculadas. Montaba un caballo árabe de gran alzada, con silla y correajes repujados en una combinación de oro y plata que destacaban sobre el color negro azabache del brioso animal. Iba secundado por una guardia pretoriana bien armada, que a todos miraba de reojo y desconfiaba de cualquier movimiento inesperado de los allí reunidos. Fumaba plácidamente un gran habano, que consumía sin prisa alguna, a la vez que contemplaba el velero situado en el centro de la rala. Aunque tenía aspecto de vivir bastante bien con su negocio, sin embargo, demostraba excesivas prisas por zanjar rápidamente el cobro. A juzgar por el desprecio

que demostraba por aquel sitio y por sus mercenarios, parecía estar más interesado en cobrar y abandonarlo cuanto antes. En ese caso, tenía la misma intención que el capitán Armijo.

—Usted debe de ser el comandante de este bello bergantín —se dirigió al capitán extendiéndole su mano diestra.

—Soy el capitán Armijo. Y sí, efectivamente, ese es mi barco, el Neptuno —le correspondió estrechándole la mano.

—Más conocido con el Daniya —contestó el recién llegado sin soltarle.

—Me halaga que lo conozca por su mote de guerra.

—Señor, su fama lo precede.

—Muy agradecido.

—Soy Ramón Barbosa, factor de este territorio —le soltó la mano.

—Encantado de conocerle.

—El placer es mío. ¿Qué tal ha resultado su estancia en nuestra humilde factoría?

—Bien, aceptable; gracias.

—Me imagino que el Tuerto no le habrá dejado en paz. Debe perdonar sus impertinencias. En un hombre con muy poco de casi todo. Pero, en cambio, resulta ser un magnífico perro guardián. Esta cualidad es muy apreciada por estas tierras, y esa es la razón por la que aún sigue con vida.

—Comprendo.

—Bueno; espero que la mercancía haya resultado de su total satisfacción.

—¡Excelente!

—¿Cuántos ejemplares ha embarcado?

—Los trescientos pactados, más quince que sobraban y que me llevo por mi cuenta. Aquí tiene el precio convenido por los primeros, y en esta otra bolsa, el dinero del resto.

—¡Perfecto! ¡Cuenta saldada!

—¿Desea algo para España o para el nuevo mundo?

—Para mí, nada. Sin embargo, tengo que pedirle un favor muy especial.

—Usted dirá.

—Viene conmigo, al final de mi séquito, junto a unos prisioneros negros que conduzco a mi factoría principal, un misionero dominico que atiende por el nombre de padre Clemente. Pues bien, me gustaría que desapareciera de esta zona.

—¿Por qué?

—Porque se inmiscuye en mis intereses y avisa de nuestra

presencia.

—Comprendo, pero ¿qué hago con él?

—¡No sé! ¡Devuélvalo a su convento, de donde nunca debió salir!

—¿Y dónde se encuentra su congregación?

—¡Eso da igual! ¡Déjelo en tierra firme, que ya se apañará como pueda! ¡Lo importante es que me lo quite de encima! Ya sabe; se ponen muy pesados con eso del alma de los negros y la perdición de la nuestra. No quiero tenerle por aquí espantando la caza. Por otro lado, soy católico practicante y no le deseo ningún daño, pero quiero que me deje trabajar tranquilo. ¿Me comprende?

—¡Entiendo! Pero usted sabe que no puedo obligarle a embarcar.

—Lo sé. Por eso le voy a regalar otros quince esclavos que provienen de la misión que dirigía en el interior de esta maldita jungla. No está dispuesto a abandonarlos a su suerte; cuando los vea subir a su barco, estoy seguro de que su decisión final será la de acompañarlos voluntariamente. Para él, son como sus hijos adoptivos.

—Bueno. Si es así, por mí no hay inconveniente alguno, siempre que se ajuste a mis órdenes y a las normas de la navegación.

—¡Por eso no se preocupe! Es un buen fraile; obediente de las leyes humanas y divinas, y sobre todo, muy temeroso de Dios.

Barbosa ordenó a uno de sus hombres que fuera a buscar al dominico para hacer las oportunas presentaciones. Cuando estuvieron a punto de reunirse los tres, comenzó a llamarle desde lejos.

—¡Padre Clemente! ¡Venga! Le voy a presentar al capitán Armijo.

Ante ellos, se presentó un hombre joven de algo más de treinta años; enjuto, quizás extremadamente delgado por la falta de ingestión de alimentos; moreno, de baja estatura, y presentaba una tez oscura claramente castigada por el sol. Vestía un hábito repleto de jirones, que el día que lo estrenó debió de ser de color blanco. De profunda mirada directa, de inmediato demostró que no se arrugaba ante nadie y que llamaba a las cosas por su nombre, pesara a quien pesara.

—Lamento conocerle en estas tristes circunstancias —saludó con voz muy baja.

—¿Qué hace un misionero por estas selvas?

—Intento ganar cristianos para Dios.

—¿Cuánto tiempo lleva por aquí, padre?

—¡Tres años!
—¡Mucho tiempo es!
—¡No para completar mi misión! Y ahora, por culpa de la intervención del hombre blanco, todo está perdido.
—Bueno; yo les dejo, que tengo muchas cosas que hacer —intervino Barbosa, mientras se despedía de ambos.
—Adiós, don Ramón.
—Buen viaje, capitán; vuelva cuando tenga otra operación. Le prometo que el Tuerto le tratará mucho mejor la próxima vez.
—No sé si habrá próxima vez; las cosas se complican cada día más.
—No le falta razón, pero alguna solución encontraremos. Dé muchos recuerdos a don Ildefonso.
—De su parte —se despidieron muy cortésmente.
Dominico y capitán se quedaron a hablar un rato más, mientras su anfitrión se alejaba del lugar de la cita, como si hubiera quedado con alguien o tuviera mucha prisa porque llegara tarde a algún sitio. Armijo quedó muy sorprendido por la exquisitez en el trato de aquel hombre interesado en la trata de negros, que, a todas luces, se encontraba perdido del mundo civilizado en aquella costa.
—No se deje engañar por los refinados modales del portugués —comentó el dominico.
—¿Por qué?
—¡Le conozco muy bien! Detrás de toda esa fachada se esconde un corazón sin sentimientos; vacío de todo contenido de humanidad.
—No quiero entrar en discusiones con usted, pero esto es un negocio y como tal hay que tomarlo.
—Sí, un negocio donde se trafica con seres humanos.
—Es legal.
—¡Claro! Por eso se esconden de las naves de otros países, que ya han empezado a perseguirlos porque consideran poco ético su negocio.
—¡Nos escondemos porque no queremos perder la carga!
—¡Y la vergüenza, y hasta la vida si los cogen!
—¿No me permite responderle?
—¡No! ¡No quiero seguir con esta inútil conversación!
—¡Una pregunta más! —se atrevió a volver a intervenir el dominico, al comprender que no era el momento de continuar con esa línea de discusión.
—¡Diga!
—¿Qué va a ser de mis feligreses?

—¿Se refiere a esos quince negros que le acompañaban?

—¡En efecto!

—Pues que embarcarán conmigo y serán vendidos.

—¿Puedo acompañarlos?

—¿Adónde quiere ir?

—¡Me da lo mismo! No quiero abandonarlos en su infortunio.

—Por mi parte no hay problema, siempre que se someta a mis normas.

—¡Se lo prometo!

—¡Pues venga! Ya le acomodaremos en algún sitio.

—Muchas gracias.

—De nada, padre.

A lo lejos, Ramón Barbosa, catalejo en mano, comprobaba la efectividad de su artimaña y se felicitaba por haberse quitado de encima al empalagoso fraile, quien no cesaba de recordarle las penas del infierno para los pecadores.

—Ha resultado algo caro, pero ¿qué no cuesta dinero en esta vida? Además, mi alma bien vale el pago de quince negros —se comentaba.

A la mañana siguiente, muy temprano, el navío abandonó la pequeña cala que durante muchos días le había servido de refugio y escondite. En cuanto pudo, desplegó la gran superficie de su velamen cuadrado, que estaba sujeta por dos imponentes mástiles y que hábilmente combinaba con las otras velas en forma de cuchillo. Pronto adquirió su velocidad óptima de crucero, nada más que los vientos le fueron ligeramente favorables.

Los esclavos, conforme embarcaron, fueron recluidos en las bodegas de carga, donde permanecieron encadenados en los entrepuentes, muy juntos entre sí, casi toda la duración del viaje hasta la llegada al último punto de destino. Nada más tomar posiciones en sus lugares de acomodo y antes de partir, los prisioneros fueron obligados a ponerse a duras penas en pie, y desde arriba, se les roció con un polvo desinfectante de color blanco conocido por el nombre de zotal.

Tan solo eran liberados de aquellos mugrientos lugares de permanencia en periódicas ocasiones en la cubierta del navío, y cuando las condiciones de la navegación lo permitían. Estaban tan prietos que debían dormir unos echados encima de otros; por tanto, no se les permitió la salida al exterior, a excepción de pequeños periodos de tiempo, en los que por riguroso turno, distribuidos en pequeños grupos, se les facilitó lo necesario para asearse y también para que pudieran airearse un poco. Los hombres bajo las órdenes

del contramaestre baldeaban sobre los prisioneros agua salada, que recogían del mar por medio de cubos dotados de largas cuerdas para facilitar su recuperación una vez que los tiraban por la borda. Aquellos marineros, al realizar esta operación sanitaria, reían por los gritos de escozor de los prisioneros cuando la sal entraba en contacto con sus heridas abiertas. Luego, dejaban que se secaran unos breves instantes al sol, para ser devueltos de inmediato a sus mugrientos chiscones.

A pesar de todos sus sufrimientos, los prisioneros tenían suerte de haber dado con un capitán con un sentido práctico de la economía de mercado, pues una de sus prioridades consistía en la necesidad de que la mercancía no se estropeara y, por tanto, debía llegar al mercado en las mejores condiciones posibles. Además, se le consideraba un buen conocedor de las costumbres y de muchas de las enfermedades que padecían los negros. Esta combinación de buen hacer marinero y conocimientos adicionales a su profesión garantizaba un seguro de regreso a puerto sin contratiempos excesivos, salvo tropiezo indeseado, a tiro de cañón, con algún crucero británico. Cosa sin importancia, al ser más lentos que el barco de Armijo. Su único temor era ser pillado por sorpresa sin posibilidad de maniobra por falta de tiempo. Su nave era un *clipper;* un barco muy moderno que había sido construido en los astilleros de Baltimore y podía ser considerado como uno de los más veloces de su época, amén de la contrastada pericia del capitán en su patroneo.

Sabedor de los múltiples problemas que se originan en un viaje de semejantes características, mantenía unas normas de obligado cumplimiento para su tripulación en relación con el trato que debían suministrar a los negros. Rara vez permitía el uso del látigo, salvo en situaciones límite como podrían ser intentos de sublevaciones a bordo. Las salidas al exterior eran continuas, dentro de las condiciones particulares que permite un velero de transporte. Para Armijo, era de vital importancia evitar las epidemias que frecuentemente se propagaban en este tipo de travesías, que junto con las pésimas condiciones de salubridad de los sollados donde residirían los esclavos durante varios meses de viaje facilitaban la muerte, al menos, y con mucha suerte, del veinte por ciento del número de embarcados. La escasez de ventilación propiciaba un calor sofocante en el interior de la bodega donde permanecían los esclavos, situación que les producía mareo, con los irreprimibles vómitos que sobre ellos mismos o sobre vecinos expulsaban de manera incontrolada. La falta de higiene por escasez de agua en

buenas condiciones, la suciedad acumulada y el insoportable hedor producido por sus propias heces y orines eran factores desencadenantes que ayudaban a extenderse por el buque enfermedades, tales como la viruela, la peste, la disentería, la hidropesía, la oftalmia e incluso la lepra. La precaria ingestión de alimentos producía con mucha frecuencia fuertes anemias, que junto con la aparición de piojos terminaban por completar unos cuadros sanitarios extremadamente deficientes y, en muchos casos, mortales. El médico de a bordo no daba de sí para curar las enfermedades, ni tan siquiera las úlceras que se presentaron en los primeros días de navegación como consecuencia de la infección de muchas de las heridas de los esclavos.

La primera noche de viaje, el capitán ofreció una cena a sus oficiales para celebrar el éxito en la culminación de la primera parte de su arriesgada expedición.

—¡Señores! ¡Es muy posible que en este viaje obtengamos importantes beneficios!

—¡Dios lo quiera! —contestó el primer piloto.

—¡Bien dicho, Ramírez! —contestó el segundo piloto.

—¡Ramírez! ¡Deje a Dios fuera de este sucio negocio! —intervino el dominico, quien también fue invitado al igual que el médico y el contramaestre.

—¡Padre! No nos amargue la fiesta —replicó Ramírez.

—¿Qué planes tiene? —preguntó el padre Clemente al capitán.

—Nos dirigimos rumbo a las Islas Canarias. Allí rendiré cuentas al representante de mi armador, don Ildefonso de Benjumea. Después de efectuar una escala para aprovisionarnos de lo necesario, partiremos de seguido hacia el puerto de La Habana. Cuando lleguemos, y después de la obligada cuarentena, venderemos nuestra mercancía y la cambiaremos seguramente por tabaco, ron, azúcar, café y algodón. Una vez repleta la bodega con los nuevos productos, se regresará a Cádiz para entregarlos al armador y cobrar nuestros buenos dineros.

—¡Así sea! —Brindó por ello toda la oficialidad allí reunida, a excepción del tercer piloto, quien en aquellos momentos gobernaba el navío.

—Usted, padre, puede abandonar el barco en cualquiera de los puntos que le he indicado —le aconsejó el capitán.

—Estoy muy triste por el fin que van a tener mis queridos hijos.

—¡Por Dios! Que no son sus hijos.

—¡Sí que lo son ante los ojos de Dios!

—¡Pues dígaselo al papa!

—¡Bien que le diría muchas cosas si pudiera!

—¡Lo siento, padre, pero yo no puedo hacer nada, y mucho menos ir en contra de mis propios intereses! ¡Entiéndalo!

—La vida está llena de intereses propios y ajenos que hacen que tratemos mal a nuestros semejantes.

—Padre, que no son nuestros semejantes —intervino Ramírez.

—Si no sabe distinguir a los hermanos en la fe, que además son de su misma especie, aunque tengan color y costumbres diferentes, no es posible que continuemos esta conversación —concluyó el dominico al verse en clara minoría, circunstancia que poco le importaba.

—¡Está bien! ¡Dejémoslo estar aquí! —El capitán dio por finalizada la discusión, nuevamente con su radical manera de terminar las conversaciones que no le interesaban.

De momento, todo parecía en orden. Los hombres cumplían con su cometido; la situación en el interior de la bodega estaba controlada y no se apreciaba presencia alguna de barco enemigo. De todos modos, Armijo prefería navegar a gran velocidad para no dejarse sorprender por ningún problema inesperado.

Los días se sucedían con bastante monotonía y aburrimiento, pero, aparentemente, sin dificultades importantes dignas de reseña. Sin embargo, a las dos semanas de haber abandonado la costa occidental africana, las primeras enfermedades importantes entre los esclavos comenzaron a producirse. El cirujano no daba abasto para atender a los enfermos, y el capitán deseaba perder el menor número posible de ejemplares. Los dos tenían el mismo objetivo, pero no terminaban de encontrar un punto de equilibrio que contentara a ambos en las medidas que era preciso adoptar. Mientras el cirujano solicitaba más aire limpio y un incremento de otros medios adicionales para sus pacientes, como la mejora del agua, más suministro de medicinas destinadas a la tripulación en exclusiva, de vendajes e incluso en las raciones de comida, el capitán no quería perder la seguridad en el interior de la nave ni hacer concesiones extras. La tensión se incrementó entre los dos hasta que los primeros cadáveres de negros infectados se arrojaron directamente al mar, que seguro sirvieron de pasto a unos tiburones que con frecuencia merodeaban la estela de los navíos por la facilidad de encontrar comida fácil. Desde este momento, Armijo flexibilizó en parte las medidas de seguridad en pos de una menor pérdida de su valiosa mercancía. No obstante, los vigilantes fueron aleccionados por el contramaestre para que prestaran la máxima atención y se anticiparan en evitar posibles sublevaciones.

La mejoría en la calidad de vida de los esclavos pronto dio los frutos esperados en sus respectivos estados físicos, y muchos de ellos sanaron en poco tiempo. Sin embargo, las frecuentes peleas por conseguir las mayores porciones de alimento y en otras ocasiones por saldar viejas rencillas obligaban a sus carceleros a tener preparados grandes recipientes de agua, permanentemente hirviendo, que arrojaban sobre los insurrectos ayudados por enormes cucharones cuando las circunstancias así lo requerían. Era la única manera de mantener controlados sus odios, ya que muchos de los apresados eran enemigos declarados por pertenecer a tribus diferentes que llevaban muchos años de guerra entre sí, y entre los que aún quedaban muchas deudas pendientes por zanjar. De hecho, algunas de las muertes de los prisioneros estaban motivadas por un interés en saldar cuentas por familiares asesinados en antiguas incursiones tribales.

Todo parecía controlado y, poco a poco, daba la impresión de que los esclavos se acomodaban a su nuevo régimen de vida. Las hembras viajaban sin encadenar, y los machos, aunque estaban obligados a llevarlas, día a día se ganaban la confianza de sus guardianes, lo que les permitía alguna salida extra al exterior por prescripción facultativa. La comida se les suministraba en pequeños grupos dos veces al día, y nunca comían todos juntos, situación muy propicia para que se amotinaran. Normalmente, se les daba maíz, arroz, mandioca y también yuca. Para evitar el temido escorbuto, junto con el agua, que no siempre estaba en buenas condiciones por el elevado tiempo de almacenaje en barriles u otros recipientes sin ventilar, se les facilitaba zumo de limón y vinagre. De todas maneras, la falta de proteínas se notaba fehacientemente en el estado físico de los esclavos cuando llegaban a puerto, situación que no importaba en exceso al capitán, pues luego tendría la cuarentena obligada para que engordaran con vistas a su venta. La única preocupación consistía en mantenerlos vivos hasta que fueran cambiados por otra mercancía. Por ello, quien se negaba a comer, y siempre había algún voluntario para esta práctica, era alimentado a la fuerza para evitar su fatal pérdida.

Sin embargo, en una de esas mañanas tediosas de un verano indolente, cuando fueron a sacar al exterior al grupo donde se encontraba el esclavo 15-A, el compañero de Ganna, este, ante un descuido de sus carceleros y apoyándose en su considerable fuerza, se precipitó contra sus dos guardianes, dejándolos de inmediato malheridos. Enseguida, les arrebató las llaves en un intento por liberar al mayor número de esclavos posible. Pronto salieron a

cubierta por las escotillas ante el desconcierto de una tripulación que se vio superada en número sin apenas darse cuenta, obligada a librar un desigual combate cuerpo a cuerpo con los rebeldes. Seguramente, hubiera acabado muy pronto aquella pelea, con un resultado muy favorable para los esclavos, si no hubiera sido por la oportuna intervención del capitán Armijo, quien, pistola y sable en mano, al igual que el resto de la oficialidad, y junto con un puñado de fusileros, abrió fuego contra los amotinados causándoles importantes bajas. Tuvo que repetir la misma operación por dos veces en total, hasta que se rindieron los sublevados en medio de un caos por los destrozos sufridos. Rápidamente fueron confinados en sus ubicaciones, esta vez sin ningún tipo de miramientos. En cuanto al cabecilla, el esclavo 15-A, fue localizado escondido en brazos de su fiel compañera, como si quisiera apurar en su compañía lo que consideraba que eran sus últimos momentos de vida. No se equivocaba el desdichado. Le apresaron y le golpearon sin piedad, y seguramente hubieran acabado allí mismo con su vida, de no ser por la oportuna intervención del misionero dominico, quien abrazándose al prisionero comenzó a recibir los golpes que iban destinados hacia el detenido e hizo desistir de su acción a unos marineros muy enojados por el grave estado en que se encontraban sus compañeros agredidos y por el elevado riesgo de perder la nave, e incluso sus propias vidas, de no ser por la sangre fría del capitán Armijo, quien intervino en el momento más oportuno para sofocar la revuelta. De nada sirvieron los lloros de Ganna ni las súplicas del padre Clemente. El responsable de la embarcación decidió que al alba del día siguiente daría con él un escarmiento ejemplar.

Al culpable no se le permitió despedirse ni de su mujer. Sin embargo, y por las insistentes peticiones del misionero, sí que le permitieron al dominico velar el último sueño del que sería ajusticiado en breves horas. El conocimiento de su idioma, por parte del misionero, facilitó una fluida comunicación en sus últimas horas. Después, antes de que se cumpliera el castigo, solicitó entrevistarse con el capitán en un último intento por salvarle la vida.

—¿Por qué se ha sublevado? —preguntó Armijo.

—Porque no quiere vivir el resto de su vida encadenado como si fuera una bestia. Yo le dije que comprendía sus sentimientos, pero que debió resistir esos impulsos, aunque solo hubiera sido por su mujer. Ahora les ha dado motivos más que suficientes para que le puedan ajusticiar impunemente —le indiqué.

—¿Resistir sus impulsos?

—¡Sí! Aunque usted no los considere, son seres humanos dotados de irrenunciables sentimientos; sienten la deshonra a su manera, pero con el mismo contenido que nosotros; saben distinguir entre libertad y opresión, y tienen la misma sed de venganza ante una injusticia como cualquiera de sus marineros o usted mismo. Me contó que su mujer había dejado de serlo desde que los apresaron, porque había tenido que ver cómo abusaban de ella todos los negreros del campamento. Para ellos, era simplemente un juego. En cambio, cada vez que se acostaban con Ganna, perdía un poco de su propia estima por no poder ayudarla a reparar ni a evitar tanta indignidad. No supe qué contestarle, porque no encontré palabras de alivio.

—¡No le creo! Usted se empeña en colocar en boca de un salvaje palabras que son de su propia cosecha.

—¡Eso no es verdad! Ha nacido libre como los animales de la selva y no desea verse por más tiempo encadenado con esta nueva condición. Si no pueden regresar, prefiere morir cuanto antes. No tiene miedo a la muerte. Él se considera un gran cazador. Me relató que su desgracia es que he tenido que ver cómo se ha destruido su poblado, cómo han abusado de su mujer, cómo sus hijos han quedado abandonados a su suerte y cómo han aniquilado a todos aquellos ancianos que le enseñaron cuanto conoce. ¿Qué más le queda por soportar?

—¡No me convence! Le concede con mucha facilidad sentimientos propios de un ser civilizado —contestó muy molesto el capitán.

—Ciertamente lo es, pero actúa basado en su educación. No podemos exigir a estas criaturas de Dios que respondan de la misma manera que lo haríamos nosotros mismos, que provenimos de lugares con una historia y con unas posibilidades que ellos no conocen —contestó el dominico.

—¡Padre! Me parece que usted no tiene malas intenciones, pero se engaña a sí mismo —le señaló Armijo.

—Es curioso que diga una frase que también me ha dicho el condenado —informó el padre Clemente.

—¿Cómo? —preguntó intrigado Armijo.

—El esclavo me dijo textualmente: «Tú pareces bueno, pero los de tu raza son hienas en busca de presas fáciles». Después le pregunté si necesitaba algo, en un intento por sosegar su estado anímico, y me contestó que deseaba encargarme el consuelo de Ganna; «Dile que para mí es mejor morir que vivir esclavo. Que hemos sido muy felices juntos y que pronto volveremos a

encontrarnos».

—¿Y después? —volvió a preguntar el capitán.

—Estuvimos casi toda la noche de conversación. Me explicó cómo había sido su vida en compañía de sus familiares, vecinos y amigos. También me contó la mejor forma y la hora más propicia para acercarse sin ser descubierto a algunos de los animales que muchas veces capturó para alimentar a su tribu. Poco a poco, al oírle relatar sus conocimientos sobre la naturaleza, de la manera en que la disfrutó intensamente mientras fue libre, comprendí que aquel negro estaba enamorado de su tierra y de su condición de cazador. Que no quería ser otra cosa diferente ni soñaba con ello. En definitiva, era uno de los pocos hombres que he conocido en mi vida que se mostraba contento con su condición; la aceptaba abiertamente sin reparos y disfrutaba día a día de lo poco que la selva le regalaba. Si el resto tenía que conseguirlo por medio del duro trabajo, no le importaba con tal de llevar algún bocado a su mesa. Vivía el presente sin olvidar el pasado y sin que le preocupara el futuro. En el fondo de mi corazón, sentí una envidia sana por la simpleza que demostró poseer ese hombre negro en una demostración de psicología práctica frente a las dificultades que supone llegar hasta la noche en un medio tan hostil como la selva.

—¡Por favor; váyase! ¡Déjeme solo! ¡No quiero escuchar más! —le pidió el capitán.

A la mañana siguiente, instantes antes de despuntar el alba, el esclavo fue desnudado y fuertemente amarrado por muñecas y tobillos, bocabajo, sobre una espaldera de madera, que actuó como base para sujetar el cuerpo del prisionero. Le colocaron una correa alrededor de su cuello, como si de un perro se tratara, la sujetaron con fuerza a la tabla para evitar sus movimientos de cabeza. La tripulación estaba formada en cubierta, como testigos de excepción a la inminente ejecución.

—¡Ejecuten el castigo! —ordenó el capitán.

—¡Ejecuten el castigo! —repitió el contramaestre.

Los tambores comenzaron a redoblar con su sonido seco. Pronto se empezaron a escuchar en el aire unos silbidos implacables, seguidos de unos golpes secos. Aquellos que ya habían presenciado algún castigo ejemplar por medio del temido látigo esperaban el tercer sonido imprescindible en el acto; el grito de dolor del ajusticiado cuando la punta de la fusta entraba en contacto con su carne. Sin embargo, en esta ocasión no se produjo el gemido esperado. El verdugo, con precisión milimétrica, descarnaba poco a poco la espalda del esclavo, así como sus costados, glúteos y

piernas. Por cada golpe que le asestaba, su piel se levantaba como si se tratara de papel, mientras trozos de carne salían despedidos por otro lado. Parecían seguir la dirección que marcaba la hábil muñeca del encargado de ejecutar el castigo cuando descargaba su mortífera andanada. La sangre manaba a borbotones por doquier y acompañaba fielmente al doloroso proceso en todas sus fases desde el inicio. Ayudada por la punta del látigo, salpicaba las guerreras de muchos de los asistentes con cada movimiento de recogida para después proyectar su violenta descarga. Cuando el suelo que rodeaba al ajusticiado quedó completamente teñido de color rojizo, comenzaron a asomar los huesos de sus costillas, codos, hombros y brazos. Sin embargo, no despegó sus labios para proferir queja alguna, lo que indignó aún mucho más al capitán Armijo, porque quería dar un escarmiento colectivo y aquella respuesta no satisfacía sus intereses. El verdugo, después de perder la cuenta, por cada golpe adicional, miraba incesantemente al contramaestre para recibir la orden de parar el castigo, y este, a su vez, al capitán, quien callaba y hacía gestos ostensibles de continuar adelante. Le estaba desollando vivo y aquel macabro espectáculo empezó a no gustar a ninguno de los presentes. En la mente del prisionero estaba fija la idea de no dar gusto a sus captores, porque así infundiría valor a sus compañeros, y a su vez no quería que su compañera le recordara bajo semejante martirio en los últimos instantes de su vida. Deseaba ser recordado por aquellos momentos en los que jugó con sus hijos al atardecer, aprovechaba las largas noches para contarles muchas historias de grandes cacerías, que a su vez le contaron sus abuelos, o traía abundante comida para varios días porque había abatido un antílope o, tal vez, una gacela. Tal vez, la importancia de estos recuerdos le mantuvo aislado del dolor que padecía ante tan duro castigo.

En el otro extremo de la nave, por cada chasquido que se oía, era como si a Ganna le clavaran un puñal en el corazón; pero estaba muy desconcertada al no escuchar la voz de su hombre. De todos modos, las últimas flagelaciones no sirvieron de nada, pues el condenado había perdido el conocimiento desde hacía un buen rato y ya no respondía a ningún estímulo, ni siquiera con esos temblores musculares o contorsiones del cuerpo al sentir el dolor, como le ocurrió al inicio del martirio.

También estaban presentes los heridos amotinados, quienes no pudieron reprimir el llanto y las caras de horror al comprobar por sus propios ojos el estado en que había quedado el esclavo 15-A. Seguidamente, cuando terminó el terrible acto, los prisioneros

muertos, en número de doce, fueron arrojados directamente al mar, sin ningún tipo de mortaja ni acto piadoso. Por último, el negro causante de la sublevación, moribundo, pero aún con un hilo de vida, también fue arrojado por la borda de la misma manera que sus compañeros. El padre Clemente no pudo asistir a esa ejecución como un mero espectador; primero, suplicó por la vida del condenado; después, elevó sus protestas a insistentes requerimientos, y al final, sus quejas se convirtieron en exigencias, que en ningún caso sirvieron absolutamente de nada. Quería, al menos, conseguir permiso para suministrar consuelo y paz espiritual al castigado en esos trágicos instantes. Pero, al no ser cristiano el receptor de los últimos sacramentos, le fueron rechazadas sus peticiones.

La pérdida de estos trece esclavos, más otros siete que fallecieron por empeoramiento de sus heridas, supuso un duro golpe para la rentabilidad de la expedición. Además, el fallecimiento de los dos guardianes terminó por colmar la paciencia del capitán, quien derogó las medidas especiales de gracia para con los negros y aplicó un férreo control durante el resto del viaje, como si se tratara del traslado de presos, juzgados y condenados a galeras, por crímenes cometidos contra la sociedad.

—No me gusta estropear la mercancía. Prefiero que se maten entre ellos —sentenció con autoridad.

Se dirigió al bodeguero del buque y, con una muy potente voz que todos pudieron escuchar, le dijo:

—¡Bodeguero!

—¡Señor! —contestó asustado.

—Quiero que a partir de este momento usted y sus muleques se ocupen de poner orden entre los esclavos. Le hago responsable de los desórdenes que pudieran ocurrir hasta nuestra llegada a puerto, y responderá con su propia vida y la de sus negros. Seré inflexible con cualquier acto de rebeldía y volveré a repetir esta ejecución cuantas veces sean necesarias y con cuantos osen desafiar la seguridad en mi barco. Quiero que mis órdenes sean traducidas a estos esclavos, que se aseguren de que las han entendido correctamente y que velen por su total cumplimiento. ¿Está claro?

—¡Sí, señor! —contestó el bodeguero.

Nadie se atrevió a contradecir sus deseos, ni tan siquiera el bueno del misionero dominico, quien había quedado muy abatido por los últimos acontecimientos y a partir de aquel momento decidió que sus servicios debían ser dirigidos hacia los más débiles, ya que los poderosos estaban demasiado distraídos con ganar dinero

a costa de los sometidos y, a todas luces, se habían olvidado de cualquier norma de ética religiosa para con sus semejantes.

—¡Se han olvidado de Dios! —se decía con bastante frecuencia.

Aquel viaje supuso un golpe muy duro para la fe del padre Clemente, quien ante tanta acumulación de dolor entró en una especie de amargura que le hizo plantearse muy seriamente la existencia de ese Dios, infinita bondad y misericordia, que por tantos sitios había predicado y que, a su entender, era capaz de permitir esos atropellos contra la dignidad del hombre, y en especial de los más débiles. Precisamente, esa misma cualidad en el ser humano que desde niño, cuando entró en el convento, le habían enseñado que estaba reproducida a imagen y semejanza del Divino Creador.

Por otro lado, esa sutil hipocresía de los responsables de la Iglesia, junto con ese doble rasero que utilizaban con frecuencia para valorar las distintas situaciones, según soplaran los vientos de las conveniencias políticas y económicas, le dejaban muchas veces sin palabras para explicar semejantes comportamientos. Al final, y para no apostatar de su religión, se refugiaba en la oración, para después, llegar a la conclusión de que, si era así, de esa manera, sería por alguna razón sobrenatural que su torpe mortalidad y corto entendimiento le impedía reconocer en esos momentos. No tenía otra salida posible, a excepción de convertirse en un humanista en estado puro que deseara hacer el bien por el bien y en favor del hombre como máximo exponente de la creación. De momento, se limitó a atender de la mejor manera posible a aquellos pobres desgraciados que iban camino hacia lo desconocido, desgarrados de dolor por la pérdida de sus seres queridos y de su forma de vida como siempre la habían conocido. A su modo de ver, se presentaba un futuro incierto para sus protegidos y para él mismo.

CAPÍTULO V

Después de varias semanas de navegación a contar desde la fecha de los incidentes mortales, sin que ninguna otra cuestión interna de tal calibre perturbara la seguridad de la nave, por fin se divisaron las costas españolas ante la alegría general de la tripulación. Antes hubo que dar varios importantes rodeos ante el avistamiento de la presencia de buques sospechosos que merodeaban la zona. Posiblemente se trataba de mercantes, pero ante la duda, lo mejor resultaba pasar lo más desapercibido posible.

Se aguardó en altamar el tiempo necesario, hasta poder arribar de noche a la costa canaria y evitar ser descubiertos por las incómodas e inoportunas autoridades portuarias. En un punto convenido de una de sus pequeñas calas, los esperaba el velero Peleón, que les serviría de buque de aprovisionamiento antes de iniciar el salto hacia su destino final. Cuando ambos navíos estuvieron fondeados de costado, se inició el trasvase de víveres, agua, medicinas y demás artículos de primera necesidad. Tenían que darse la máxima prisa posible para concluir el trabajo, pues se debía partir del lugar antes de que las primeras luces del alba descubrieran su presencia. Mientras se ultimaban los preparativos, el capitán Armijo se entrevistó en el otro velero con Domingo Molina, representante en las islas del armador, y por tanto jefe de ambos, don Ildefonso de Benjumea.

—¿Cómo se encuentra, amigo Molina?

—Muy bien, capitán. Con ganas de acabar con este asunto.

—¡Pues ya somos dos!

—Le creo. Las cosas se complican cada día que pasa.

—Con esto del lío del bloqueo, he tenido que incrementar más días de travesía con tal de no coincidir con otro bergantín. Cualquier vela me parece sospechosa de esconder a una fragata armada, dispuesta a quitarme la carga, y si le viene a mano, incluso ahorcarme junto con toda mi tripulación. Pero llevo demasiado tiempo fuera de circulación, por lo que prefiero que me ponga al tanto de los últimos acontecimientos. ¿Qué noticias tiene?

—Pues fíjese; los portugueses, esos que siempre se han caracterizado por ser los más prolijos en la trata de esclavos, ahora resulta que dicen que han suprimido toda actividad relacionada en

los territorios al sur del Ecuador. Como bien sabe, ya lo hicieron en 1815 con los territorios al norte, y parece que han completado su estrategia, seguramente para quedar bien ante algunos gobiernos europeos en los que deben tener mucho interés.

—A este paso, nos vamos a quedar solos en este negocio.

—Esa idea no va en absoluto descaminada.

—¿Por qué?

—Se dice que Inglaterra y Francia preparan un convenio bilateral para la supresión de la trata de negros. Ya se sabe; cuando estos acuden juntos de la mano, suelen sacar buena tajada de sus propuestas.

—Ya veremos. Mientras haya ganancias, se permitirá la trata, aunque sea de tapadillo como se hace ahora —contestó Armijo.

—Ojalá tenga razón —replicó Domingo.

—¿Qué tal este viaje? —volvió a intervenir.

—Muy complicado.

—¿Qué ha pasado?

—He tenido que sofocar una revuelta que casi me cuesta la carga y el barco. Ya sabe que no me gusta utilizar métodos expeditivos, pero en este caso no he tenido más remedio que acudir al uso de las armas.

—¿Tan grave ha sido?

—Sí, y para colmo, me he visto obligado a dar un escarmiento ejemplar, para que sirviera de aviso al resto.

—No le veo muy contento con su éxito.

—¡Es verdad! ¡No me siento orgulloso por ello!

—¿Por qué?

—Primero, porque he perdido a dos buenos marineros; después, porque he tenido que disparar contra varios esclavos, produciéndoles la muerte, y una importante pérdida por su venta; y por último, porque he sacrificado a un magnífico ejemplar con el que se hubieran obtenido muy buenos dineros. Ya sabe cuánto me disgusta estropear la mercancía.

—Lo sé. Pero a veces no hay más remedio.

—Pero dígame, Molina; ¿cómo se encuentra don Ildefonso?

—Muy bien, pero preocupado con el cariz que toma nuestra profesión en los últimos tiempos.

—¡La culpa la tiene esa lacra de políticos de media suela que padecemos!

—No le falta razón, capitán, pero hemos de aprender a convivir con ellos. En la medida en que sepamos adaptarnos, mejor nos irá a todos.

—No sé si seré capaz, Molina. No sé.

—Demos tiempo al tiempo, capitán.

—Tendré presentes sus recomendaciones.

—Gracias, capitán. De momento, usted no se deje coger por ningún barco del escuadrón británico abolicionista.

—Lo intentaré, Molina.

—De ello estoy seguro. Espero volverle a ver a su regreso de tierras americanas.

—Nos veremos, Molina. Nos veremos.

—En cuanto tenga todo lo que necesite, puede partir cuando quiera.

—Muchas gracias, Molina.

—Adiós, capitán. Informaré a don Ildefonso de nuestra conversación.

—Así lo espero.

En pocas horas, después de un intenso trabajo de trasvase, el Daniya estuvo listo para volver a zarpar, justo antes de que comenzara a amanecer. En cuanto a los esclavos, apenas se movieron de sus ubicaciones, aunque el mero hecho de no sentir el constante vaivén de la nave al surcar por encima de las olas, al menos les sirvió para recuperar una pequeña parte del equilibrio vital que habían perdido desde el instante en que partieron de las costas africanas.

El momento más delicado de la maniobra correspondía a ese primer recorrido de alejamiento de la costa. Suponía prestar la máxima atención a cualquier luz, movimiento o sonido que hiciera sospechar la presencia de otro barco por la misma zona. El capitán no olvidaba que algunos colegas habían sido apresados justo en esas comprometidas situaciones en las que el barco todavía no ha adquirido buena velocidad, por el excesivo peso que registra al llevar la bodega repleta de toda la carga que es capaz de transportar. Su experiencia le hacía ser más cauto que de costumbre, pues conocía la posibilidad real de que cualquier espía pudiera haber dado el aviso de su posición exacta. En alguna ocasión anterior, presintió una posible emboscada y siempre supo contrarrestar el peligro gracias a actuar con la suficiente anticipación a los movimientos de sus perseguidores. Afortunadamente para sus intereses, esta vez no había nadie que esperase al acecho, y pronto pudo alcanzar aguas profundas sin mayores problemas, situación que se mantuvo inalterable hasta conseguir arribar al puerto de La Habana.

CAPÍTULO VI

Después de la venta de los esclavos, y mientras esperaba llenar la bodega del Daniya con su nueva carga, al capitán Armijo se le había echado encima el invierno, y aunque esa estación del año era muy suave en aquella parte del Caribe, su temor se centraba en los fuertes vientos gaditanos a los que se debería enfrentar a su regreso; viento que a muchos veleros hizo naufragar por romper sus velas en plena maniobra de aproximación, por lo que a ningún marinero le gustaba arriesgarse con tales aventuras. Pero, por otro lado, cuando ya no cabía un gramo más de producto, el capitán sabía que cuanto más tiempo pasara la carga inmovilizada en la bodega del bergantín, en más gastos de estancia portuaria incurría, y por tanto, los beneficios serían menores. Además, en este caso, se daba el añadido de que la venta de sus quince negros le había proporcionado muy buenas ganancias, que había vuelto a invertir, junto con el cobro correspondiente a la venta del resto de los esclavos negros, en la misma mercancía que ahora debía llevar hasta Cádiz, y que no finiquitaría hasta su venta. En definitiva, estaba implicado en el negocio como un socio más, de ahí su interés por regresar cuanto antes al puerto hispano. Por eso, unido a las enormes ganas de dejar ese indigno trabajo y a su deseo de establecerse por su cuenta, desoyendo las recomendaciones de sus oficiales de esperar a la siguiente estación del año, decidió, en contra de todos los consejos y del sentido común, izar las velas del Daniya y partir rumbo a Cádiz, sin importarle unos riesgos que minimizó con las compensaciones de no encontrarse en esa época del año con los temidos piratas y corsarios que con mucha frecuencia solían abordar los barcos mercantes que encontraban en su misma ruta.

La travesía, tal como la había imaginado el capitán Armijo, fue muy dura, no exenta de continuas averías producidas por las molestas rachas de fuertes vientos, que los desplazaron bastante lejos de su ruta y los obligaron en varias ocasiones a permanecer al pairo hasta conseguir arreglarlas, aunque fuera de una manera provisional. Sin embargo, en todo momento estuvieron libres de encontrarse con bucaneros y otros facinerosos. Al menos, ahora transportaban solo mercancía y no tenían que ocuparse de un

cargamento de esclavos, que tantos problemas les ocasionaron en su último viaje. A duras penas, con bastante retraso según el calendario previsto y con una tripulación agotada por los permanentes esfuerzos que tuvieron que realizar para mantener a flote el bergantín, después de varios meses de navegación y de haber perdido el rumbo en varias ocasiones, una mañana de febrero creyeron divisar, muy a lo lejos en el perdido horizonte marino, las ansiadas costas españolas. Con los vientos favorables que les entraban de popa, enfilaron la nave hacia aquel destino, que conforme se acercaban les confirmaba que se trataba de alguna costa de la península ibérica, pero también les indicaba que se dirigían hacia una zona que presagiaba tormenta. Sin embargo, los caprichos de la mar les hicieron adentrarse en medio de un fuerte temporal que azotaba aquellas costas como jamás había conocido otro de esa intensidad el propio capitán Armijo, a pesar de su dilatada experiencia como curtido marinero. Las olas comenzaron a sobrepasar por mucho la altura de la embarcación y a golpear su casco sin piedad y con colosal fuerza, tanto que la nave parecía empequeñecer por momentos, hasta convertirse en un simple juguete en manos de la implacable fuerza de un viento que la empujaba como si de papel se tratara. La sal del agua marina que los salpicaba incansablemente, no les dejaba ver y se clavaba igual que pequeños puñales sobre el rostro de unos marineros que no sabían cómo maniobrar para zafarse del mortal ataque del que eran objeto por la temida naturaleza del mar. Cegados y tambaleantes sobre una cubierta impracticable, apenas tenían tiempo para agarrarse a unos cabos que suponían en aquellos trágicos instantes la única esperanza para no caer por la borda y evitar así ser tragados definitivamente por las fauces de las embravecidas aguas. Temerosos ante el inminente desenlace que intuían y exhaustos por el titánico e inútil esfuerzo realizado para intentar gobernar el navío, muchos comenzaron a encomendarse a los santos de quienes eran más devotos en un último intento por salvar al menos sus almas. Comoquiera que fuere, cuando se vieron envueltos en medio de aquella trampa mortal, la carga almacenada en las bodegas se desplazó súbitamente hacia uno de los costados del buque como consecuencia de los terribles zarandeos de aquella galerna. La tripulación, tremendamente cansada por los esfuerzos realizados, no supo responder a las exigencias del momento, y al cabo de poco tiempo se vio impotente para contrarrestar la fuerza de una tempestad con la que nadie había contado, responsable de provocar el inesperado desequilibrio de la nave.

Como presagio de los acontecimientos que estaban a punto de producirse, algunos de los marineros gritaron con estupor:

—¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!

—¡Está prohibido quejarse en esta nave! —contestó uno de los oficiales.

—¡Hay que arriar los botes! —solicitó otro marinero.

—¡Tú! ¡Si no te callas, recibirás treinta latigazos! ¡Tu comportamiento no es propio de un marinero! ¿Es que quieres minar la moral de tus compañeros? —le recriminó el propio capitán.

—¡Señor, este es el fin! —replicó otro miembro de la tripulación.

— ¡Cállate o te ensarto aquí mismo! ¡Esto acabará cuando yo lo diga! ¡Cobarde! —insistió Armijo.

—¡La nave está impracticable! —le indicó el contramaestre.

—¡No pienso abandonar mi carga! —contestó el capitán.

—¡Pues moriremos todos! —intervino por primera vez el primer oficial, quien parecía estar más conforme con las tesis de la marinería.

—¡Pues sea así! —sentenció el capitán, mientras desplazaba de un empujón al timonel; se ataba al timón con una fuerte maroma y a la vez se limpiaba la cara de una cortina de agua que, en forma de lluvia torrencial, le cegaba.

Aproximadamente, a una distancia de sesenta millas de la fortaleza de Sagres, como consecuencia de los choques contra el salvaje oleaje, se partió el timón. A continuación, se desplomaron los dos mástiles para quedar la nave sin posibilidad de maniobrar al capricho de las olas que, después de jugar a su antojo con ella durante unos interminables minutos, rompieron su casco en dos mitades, lo que hizo que naufragara, enviando al fondo del mar la carga que transportaba junto con la totalidad de la tripulación. Muy pocos sobrevivieron al accidente y sus cuerpos no pudieron ser recuperados. Parecía como si los dioses del mar hubieran tomado tributo a tanta arrogancia.

A pesar de los numerosos intentos, nada pudo salvarse de aquella terrible desgracia, a excepción de algunas partes de la quilla, de la cubierta y unos cuantos aparejos que se recuperaron unos días después, cuando por fin regresó la calma, porque aparecieron a flote cerca de la orilla de algunas playas próximas a la zona del siniestro.

CAPÍTULO VII

En Cádiz, cuando se conoció la terrible noticia del naufragio del Daniya, fue muy lamentada la pérdida de la tripulación, porque muchos de sus componentes eran vecinos de la ciudad y por tanto tenían entre sus calles a un buen número de familiares, amigos y conocidos, lo que motivó un sentimiento de consternación popular. Se llevaron a cabo muchos actos religiosos por las almas de los fallecidos, y las demostraciones públicas de dolor por la tragedia fueron organizadas por las distintas hermandades y cofradías de la zona. A la cabeza de todas ellas se situó don Ildefonso de Benjumea, magnate piadoso donde los hubiera, para quien aquella operación resultó muy costosa, no solo en valores de vidas humanas, también en términos económicos, por suponer un duro revés del que tardaría tiempo en recuperarse.

La tarde en que recibió el comunicado de la tragedia, se encontraba en su casa, ocupado con la celebración de un importante acto social al que asistían invitados grandes magnates de la ciudad junto a sus esposas. El anfitrión estaba considerado como uno de los hombres más cultos y ricos de Andalucía, fama que le venía de antaño a su familia a través de sus antecesores, quienes gozaban de la misma calificación desde hacía varias generaciones. Su fortuna provenía por herencia, lo que le situaba como actual patriarca de uno de los clanes más influyentes de la región.

Entre sus amigos más íntimos pasaba por ser una persona muy reservada para sus asuntos y, tal vez, excesivamente desconfiada y cautelosa. Era un hombre ya entrado en años, grueso, de amena conversación, que lucía bigote y pequeña perilla muy morenos. Siempre vestido con chaleco de complemento, de uno de cuyos bolsillos colgaba, con una visible cadenita de oro, un monóculo con el que jugaba de manera obsesiva. Peinaba hacia atrás; el pelo todavía le nacía rebelde en la raíz, por lo que se le solía levantar con bastante frecuencia a pesar de aplicarle un fijador, traído del lejano oriente, de un olor intenso y penetrante.

Unos golpes precipitados se entremezclaron con los sonidos propios de la velada mientras una doncella acudía presurosa para que no se repitieran.

—¡Don Ildefonso! —se acercó la gobernanta de la casa casi a su

oído.

—¿Qué ocurre? —contestó contrariado por la interrupción.

—¡Una terrible noticia! —contestó mientras portaba en la mano un sobre cerrado.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ha naufragado el Daniya!

—¿Cómo?

—¡El barco se ha hundido! —le entregó el aviso.

—¿Dónde se encuentra el capitán Armijo? —fue lo primero que preguntó con insistencia.

Se apresuró a leer su contenido y, efectivamente, las noticias no podían ser peores. De inmediato suspendió el acto y despidió como mejor pudo a sus invitados. El comunicado también detallaba que el capitán Armijo logró salvar la vida y se encontraba convaleciente en un hospital cercano al lugar del siniestro.

Las pérdidas fueron muy cuantiosas, situación que dejó tocado financieramente a don Ildefonso de Benjumea, quien no tuvo más remedio que recurrir a préstamos para solventar el desequilibrio que le produjo el siniestro. En realidad, era la actividad más lucrativa de cuantas intervenía, si bien también resultaba ser la más arriesgada, porque las posibilidades de siniestros eran muy elevadas, y cuando ocurrían, las pérdidas resultaban brutales y de difícil compensación, ya que no había compañía que quisiera asegurar una mercancía que ya comenzaba a estar considerada como prohibida.

Armijo se repuso rápidamente y enseguida volvió al trabajo a las órdenes de la familia Benjumea. Para don Ildefonso no había capitán más efectivo, ni a ningún otro le reconocía como el mejor de todos cuantos le habían servido jamás. Continuó con el servicio activo, intercalando envíos periódicos que se organizaban en función del número de capturas, con el transporte de mercancías diversas, que casi siempre suponían el retorno a Cádiz con las bodegas cargadas como consecuencia del pago en especie por la venta de los esclavos. Sin embargo, sus sueños de establecerse por su cuenta para iniciar otra actividad diferente quedaron hundidos para siempre junto con el resto de la carga y de parte de su tripulación cuando naufragó el Daniya. Los siguientes años estuvieron marcados para el capitán Armijo por una huida permanente frente a escuadras internacionales que pretendieron controlar tenazmente el comercio marítimo de esclavos. Sus viajes, cada vez se convirtieron en mucho más peligrosos ante el aumento del riesgo a ser hundidos, y tanto él, como su tripulación, a ser

apresados y ahorcados bajo el cargo de piratas. Pronto comprendió que el negocio del transporte de las capturas en África tenía los días contados, porque cada vez resultaba más difícil burlar el cerco y también el acoso al que fueron sometidos los últimos tratantes de esclavos por parte de las naciones partidarias de abolir la práctica de la trata.

CAPÍTULO VIII

Mientras tanto, en La Habana, el padre Clemente decidió hacer caso a las recomendaciones y consejos de Milagros Ruiz, la Salerosa, y cambió su estrategia. Su principal objetivo no varió en relación con sus primeras intenciones, pero sí lo hizo en cuanto a la forma de preparar el terreno para conseguirlo. No resultaba fácil cambiar una concepción que llevaba establecida desde hacía muchos siglos en los más profundos sentimientos de la alta sociedad de la época. Había calado tan hondo en la aceptación popular la necesidad de contar con la mano de obra fuerte y barata de los esclavos, que casi nadie se planteaba otra opción que no fuera su explotación. La obtención de buenos resultados aconsejó la permanente repetición de esta forma de trabajo campesino, que luego amplió sus cometidos a ocupaciones domésticas, lo que supuso un pequeño avance para el esclavo negro, que comenzó tímidamente a integrarse en lo más reservado de los hogares de sus amos. Así, de forma solapada, pudo comenzar a tantear el pulso de sus señores; a conocer los motivos que les causaban preocupaciones y alegrías o a participar, aunque fuera a escondidas, de sus intimidades. En definitiva, aprendió sus costumbres a través de la observación de la convivencia familiar de sus amos, importante conocimiento que, llegado el momento, utilizó en beneficio propio.

Desde prácticamente el día siguiente de entrar en la taberna La Salerosa, Clemente contó con la inestimable ayuda de Milagros, su nieta Rosina, la esclava Ganna, y después, otros muchos vecinos anónimos se incorporaron poco a poco entre sus filas de voluntarios deseosos de acabar con esta tiranía que suponía la trata de negros. El misionero comenzó a construir lo que dio por llamar la misión de los negros. Su idea inicial solo contempló la adhesión de gentes de color, pero rápidamente conoció a muchos blancos que mantenían sus mismos principios éticos y morales, y por tanto, no solo compartían sus inquietudes; además, deseaban fervientemente acabar con la esclavitud como forma de comercio.

Clemente consiguió levantar en una zona del extrarradio de la ciudad una pequeña edificación de madera que quería imitar o parecerse a una iglesia convencional. Y a fe que lo consiguió; si por fuera no pasaba de ser un barracón, en su interior se vivía con

intensidad ferviente un deseo de libertad como pocas veces a lo largo de la dilatada historia del cristianismo se había sentido, a excepción de sus mismos inicios en la Roma de los césares.

Ganna, una vez adaptada a la marcha del negocio, comenzó a aprender muchas cosas en casa de Milagros, gracias a su ayuda y la de Rosina, quienes se comprometieron con Clemente en sacar adelante a la joven de su dolencia psicológica. Y así fue como ocurrió; a los pocos meses, la esclava ya se hacía entender correctamente y podía atender el mostrador con relativa desenvoltura. Parecía que el recuerdo de sus familiares perdidos y de las horribles experiencias relativas a la muerte de su macho habían quedado superadas. Por fin, tenía la esperanza de volver a recuperar una vida que estuvo a punto de quedar truncada. Todavía era joven y tenía mucho tiempo por delante. Acompañaba a los servicios religiosos a su ama, quien siempre iba con Rosina, y allí fue donde se interesó por las cosas que decía el padre Clemente. Sin apenas darse cuenta, se convirtió en otra feligresa de su parroquia. Entre aquellas humildes paredes se sentía bien porque encontraba paz y sosiego en sus homilías. Le gustaba conversar con su salvador para contarle sus pensamientos, dudas, preocupaciones y cualquier otra cosa que se le pasara por la cabeza. Para ella, aquel hombre resultaba ser más un amigo confidente que un padre espiritual en el estricto sentido de la palabra.

Una mañana de domingo, después de los oficios religiosos, Milagros se dirigió a las otras dos mujeres:

—Rosina, vete con Ganna a la taberna y entre las dos atended el negocio, que yo tengo que hablar un momento con el padre Clemente. En cuanto acabe, iré con vosotras.

La nieta aceptó las órdenes de su abuela con una afirmación que dio con un movimiento de cabeza, y ambas se fueron a paso ligero para atender el negocio familiar, que en breve se llenaría de clientes, mientras la dueña esperó a que se hubieran marchado el resto de los parroquianos.

—¿Cómo estás, Clemente?

—Muy bien. Parece que las cosas empiezan a tomar sentido gracias a la ayuda de buena gente como tú.

—Gracias, pero es una labor que hago de mil amores, por lo que no tiene mérito alguno.

—Dime, ¿ocurre algo?

—Nada importante. Quero que hablemos de Rosina y de Ganna.

—Bien, tú dirás.

—Ambas tienen una edad muy parecida; a lo mejor es algo

mayor Ganna, pero sus orígenes la han condicionado bastante.

—Es cierto.

—Bueno, creo que están en edad casadera y deberíamos pensar en que tarde o temprano se fijaran en algún pretendiente.

—¿Por qué dices esto?

—¡Qué torpe! ¿Es que no sabes nada de la llamada del sexo?

—¡Casi nada! ¡Y cuando llama a mis puertas, lo mejor es pensar en otras cosas!

—Cuando se cumple cierta edad, la mujer desea formar un hogar y tener sus propios retoños. Va con la condición femenina. Todavía puedo controlar a Rosina, pues no tiene experiencia, pero me extraña que Ganna, mujer conocedora de estas cuestiones, no haya dado señal alguna.

—Tal vez los acontecimientos vividos le hayan dejado una huella tan imborrable que no pueda permanecer al lado de ningún otro hombre —contestó Clemente.

—Pudiera ser, pero creo que deberíamos estar preparados para cualquier contingencia que se pudiera presentar para ambas.

—¿Qué propones?

—Quiero que pensemos en un buen pretendiente para mi nieta y en otro posible para Ganna.

—¿Y yo qué pinto en todo esto?

—Cuando le tengamos elegido, tú serás el encargado de dar solemnidad a la decisión. A ti te harán más caso que a nadie y, de seguro, serán aceptadas tus decisiones como si vinieran del mismo Vaticano.

—Esto me suena a montaje. No sé si me va a gustar intervenir en tu idea.

—Piensa que es por una buena causa. Es por el bien de ambas; lo que ocurre es que ellas todavía no lo saben. No me gustaría que ninguna cayera en manos de un desaprensivo.

—Sí, pero eso de hacer de celestino, no sé si es correcto.

—¡Olvídate por una vez de tus prejuicios! El futuro de ambas está ligado por el negocio.

—¿Por el negocio?

—¡Claro! ¿Quién crees que lo heredará cuando yo falte? Por otro lado, me he dado cuenta de que Rosina ha cogido mucho cariño a Ganna. Son casi como dos hermanas y no concibo la vida de una sin la otra.

—Sí, pero la posición de Rosina es mucho más ventajosa que la de Ganna.

—Es verdad; pero para ellas eso carece de importancia, salvo

que Rosina se equivoque y se case con un déspota. Entonces, perderá el negocio por el que tanto he luchado, y la más perjudicada será la propia Ganna, que pasará a ser nuevamente una pobre esclava sin futuro. ¿Entiendes ahora la importancia de elegir correctamente?

—¡Lo entiendo!

—¡Pues manos a la obra, muyayo!

La broma le hizo mucha gracia al misionero, pues nunca nadie le había llamado de esa manera tan coloquial. En aquel instante, mientras se alejaba la Salerosa de su humilde centro espiritual, de repente se dio cuenta de que si bien él se podía considerar el padre espiritual de esa incipiente comunidad, Milagros se había convertido en su propia consejera personal, aparte de en una incondicional amiga con la que podría contar para todo cuanto quisiera.

La Salerosa era una mujer mayor; tanto, que nadie del lugar sabía con exactitud los años que realmente tenía. Muchos afirmaban que cuando llegaron los primeros conquistadores ya estaba allí esperándolos. Enjuta, de pelo corto rizado que algún día debió de ser oscuro, estaba dotada de una prominente nariz aguileña y seguramente se ocupó mucho de lucir una dentadura muy cuidada. Bajita en estatura pero grande de corazón, todo cuanto sabía lo había aprendido por las calles, a base de los innumerables golpes que recibió en su adolescencia. Su gramática era parda, como la de todos aquellos que se forjan así mismos. Aunque nunca fue a la escuela, distinguía con infalible precisión las letras y, sobre todo, poseía un sentido muy especial para captar las dobles intenciones de los demás. Su negocio era uno de los más antiguos de la ciudad; fue asentado, en su día, en uno de los barrios más peligrosos donde matones, delincuentes de todo tipo y marineros se daban cita para dirimir sus cuestiones. Y en medio de todo ese alboroto, la Salerosa debía permanecer al frente de un negocio que daba cabida a todos ellos juntos. Mujer de fuerte carácter, nunca se dejó amilanar por ninguna amenaza de sus clientes y también supo mantener las distancias con las autoridades de la zona. Según ella misma solía decir, nunca se sabe con cuál de los dos te vas a ver las caras antes, si con Dios o con el diablo. Aunque no estaba dotada de una belleza como para quitar el hipo, en su juventud tuvo un amante, un soldado español que servía en un galeón, que la dejó preñada y del que nunca volvió a saber cuando se enteró de la buena nueva. Eso sí, tampoco tenía una simpatía ni gracia especial como para que la llamasen la Salerosa. Aunque nadie sabía el origen del apodo, los

más viejos del lugar afirmaban que el mote provenía por la gran cantidad de sal que solía echar a las comidas para disimular su verdadero sabor y que fueran comestibles. Con todo y con ello, a los nueve meses tuvo a su único hijo, un varón blanco de tez morena, que luego resultó caprichoso y maleducado, porque según decía ella misma, no supo educarle por el gran parecido físico que guardaba con su padre. El niño creció y se hizo hombre, pero nunca ayudó a su madre con el negocio; le gustaba más el juego, los amores y las peleas, hasta que en una de las muchas reyertas en las que participó, acabó por dejar la vida en una esquina a manos de otro más fuerte. Aquel doloroso trance fue aceptado con bastante entereza por parte de Milagros, pues ya esperaba desde hacía mucho tiempo un desenlace similar, a la vista del comportamiento de su temerario hijo. Antes de morir, un día apareció con una guapa negra que decía haber ganado en una partida de cartas. La madre pensó que le vendría bien una ayuda para su negocio, ya que se iba haciendo mayor, y al fin y al cabo, la negra haría el trabajo que su hijo no realizaba. Sin embargo, los planes no salieron de esa manera y enseguida quedó encinta de su nuevo amo, quien continuaba con sus continuas salidas. Además, contrajo una extraña enfermedad durante el embarazo que acabó con su vida en el momento del parto y dejó a cargo de la suegra a una mulatita que, aunque al principio le supuso una carga extra, con el consiguiente enfado, pronto se convirtió en su inseparable colaboradora. «Lo único que tengo que agradecerle —decía— ha sido este precioso regalo», y señalaba a Rosina, quien bajaba tiernamente la mirada al suelo, mitad en señal de agradecimiento por el piropo, mitad por timidez.

Durante los meses siguientes, tanto el misionero dominico como la tabernera, aparte de las labores propias de sus ocupaciones y las otras comunes encaminadas a la captación de nuevas aportaciones para facilitar el crecimiento de la aún incipiente misión, también se tuvieron que dedicar a seleccionar, de los muchos pretendientes posibles, a los candidatos más idóneos. A esos que pudieran cumplir con los planes establecidos de casamiento para sus dos protegidas. Los interesados en Rosina fueron muchos, pues se trataba de una belleza mulata. Pero, además, tenía el atractivo adicional de poseer un cuarto de sangre negra, que le corría por las venas, lo que le otorgaba un tono de color en la piel propio de las cuarteronas caribeñas perfectas. Con todos aquellos atributos, con la edad idónea para el casamiento y heredera de un próspero negocio, no cesaban de llamar a su puerta un gran número de personajes que decían haber quedado prendados de sus encantos y estar dispuestos

a cumplir cuantos juramentos fueran necesarios para llevarla al altar.

En cambio, los antecedentes de Ganna no ayudaban para la atracción de novios, aunque no parecía que le importara este asunto lo más mínimo. Su ilusión era ver desposada a su amiga Rosina, con quien había adquirido un notorio grado de intimidad. La cercanía en las edades de ambas suponía un punto importante de coincidencia; se habían convertido, de una manera natural, en mutuas confidentes sentimentales y asesoras matrimoniales. Sin embargo, para la esclava, a pesar de poseer un cuerpo muy apetecible y de no ser nada fea de cara, no se presentaba pretendiente alguno. La prominencia de unos marcados rasgos africanos incluso le servía para potenciar esa belleza salvaje y sensual que la diferenciaban, muy a su favor, del resto de las otras negras que tanto interés suscitaban entre los blancos. Esa mirada viva y penetrante, mezcla de animal depredador y de fiera arrinconada, les daba mucha personalidad a sus gestos. A lo mejor eso era precisamente lo que más intimidaba a los hombres a la hora de acercarse a su lado con intención de conquistarla. O tal vez fueron los antecedentes de su anterior condición de prisionera, aunque ella nunca se sintió identificada con ese estado que consideró transitorio y propio de un accidente involuntario. Desde que fue vendida, actuó siempre como si fuera una mujer libre; como si estuviera invitada de forma provisional en un país extraño del que saldría para regresar a su verdadero hogar. Por fortuna, fue acogida en casa de Milagros; en otro lugar, y con ese comportamiento tan especial, es casi seguro que hubiera muerto a manos de sus amos, quienes con toda seguridad le habrían aplicado un castigo ejemplar con la utilización del temido látigo. Comoquiera que fuere, el número de hombres dispuestos a entablar relaciones formales con Rosina crecía por días, mientras que por Ganna nadie estaba interesado. Nadie a excepción de su benefactor, quien no podía salir de su asombro ante ese desprecio generalizado.

Por aquel entonces, una mañana de primavera, el padre Emilio volvió a recibir una misiva del arzobispo general en la que conminaba al padre Clemente para que se reincorporara de inmediato a su convento de origen. Por tanto, exigía su regreso a España y el acatamiento de sus órdenes bajo pena de excomunión y, por consiguiente, de expulsión de su orden con pérdida de su condición de religioso. El oficio remitido hacía el número cinco y no había contestado a los cuatro anteriores. Aquella actitud fue interpretada como una burla, y ninguna autoridad eclesiástica

estaba dispuesta a tolerar semejante humillación pública. Sin embargo, pese a las recomendaciones del padre Emilio, Clemente se negó a explicar su cometido por aquellas tierras, y aunque el párroco titular contestó en su nombre y dio cuantas informaciones consideró oportunas para solucionar este engorroso asunto, el arzobispo estaba empeñado en que se doblegara el implicado y fuera él mismo quien se dirigiera con respeto y obediencia a su eminencia, en virtud de los sagrados votos a los que se había comprometido cuando fue investido como cura tras los estudios en el seminario. Se obsesionó con el comportamiento despectivo del misionero y parecía no tener otro asunto más importante encima de su mesa. Aquella situación resultaba muy delicada, y aunque el padre Emilio trataba por todos los medios de proteger a su colega, temía que tarde o temprano el padre Clemente pudiera perder su condición de religioso para convertirse en un simple seglar y, además, apartado de por vida de la Santa Madre Iglesia.

Al año y medio siguiente, los preparativos de la boda de Rosina se ultimaron en medio de una alegría desbordada para la casa de Milagros y para todos los componentes de la pequeña misión, quienes estuvieron entretenidos durante meses, porque quisieron aportar su granito de arena en facilitar que el ágape resultara lo mejor posible. Estaba radiante, y el blanco satén de su vestido contrastaba con su color de piel. Resultaba como si una diosa de ébano acabara de bajar del cielo para repartir bendiciones entre los presentes. Los dos oficiantes estaban tan emocionados como el resto de los invitados. Era la primera vez en la historia de esa villa que una mulata libre contraía matrimonio católico con un blanco. En primera línea de bancos, Milagros, su abuela, y Ganna, su íntima amiga, contemplaron extasiadas la luz que emitía el rostro de la joven enamorada cuando su futuro marido derramó las arras sobre sus manos y después de cruzar los anillos se prometieron amor y respeto para siempre. Algunas lágrimas se derramaron y, para todos, fue la primera vez que vieron llorar a la Salerosa.

Su ya marido, de nombre Cipriano Ferré, poseía una propiedad de cultivo de caña de azúcar conocida como La Mercenaria, que le daba lo suficiente para vivir holgadamente, no sin tener que realizar diariamente un duro trabajo para sacar la hacienda adelante. No parecía que se hubiera interesado por la condición de heredera de Rosina, pues no quiso abandonar el trabajo en sus tierras. Antiguo mercenario español de fortuna, puso muchas veces su espada al servicio del mejor postor; de ahí el nombre de su propiedad. Cuando llegó a La Habana, cansado de tanto guerrear, se enamoró

de un cúmulo de cualidades que supo apreciar como nunca antes sintió en lugar alguno de cuantos conoció. Quizás fue la combinación atrayente de los múltiples colores de su vegetación; tal vez el olor de la tierra cubana; a lo mejor esa luz por la que se dejó atrapar desde el primer día que desembarcó en sus costas. Lo cierto fue que decidió establecerse por su cuenta y abandonar sus anteriores ocupaciones para encauzar por el recto camino una vida que en tiempos estuvo plagada de muertes y atropellos.

Cipriano gustaba de escuchar todas las noches aquellas canciones melancólicas que cantaban los esclavos, así como contemplar el movimiento de las parejas en esos bailes, unas veces dulzones y otras veces rítmicos, traídos de mil lugares diferentes del continente africano; le hacían recordar sus años de juventud en España y le alegraban el corazón. Pequeñas aficiones que pronto se convirtieron en costumbre porque las incorporó a la diversión de acudir cada dos días a la casa de la Salerosa. Los años debieron apaciguar su carácter bélico, porque solía mantener largas conversaciones con cuantos se acercaban a su mesa, y así, con el tiempo, se hizo un asiduo parroquiano del local. Después se interesó por la misión del padre Clemente y fue uno de los primeros en incorporarse a su obra. Se comprometió con sus contenidos e ideas, y siempre demostró con hechos que el corazón tenía el mismo color para todos los hombres, independientemente del color de su piel.

No le resultó muy difícil que Rosina se fijara en él y le reconociera con capacidad más que suficiente para quererla y protegerla de cualquier peligro que pudiera surgir inherente a su condición, circunstancia muy a tener en cuenta en aquellas latitudes, y, a la vez, hacerla feliz mientras compartían un futuro común. También ayudó bastante para terminar de enamorarla que fuera el primer hombre blanco que se dirigió a ella con palabras educadas y amables, y que la tratara como a una persona libre, aparte de ser un hombretón de casi metro noventa de estatura cuyo rostro estaba curtido por mil batallas libradas. Aunque ya tenía más de treinta y seis abriles muy trabajados, no presentaba canas en su pelo moreno, que llevaba recogido con una pequeña coleta que le daba cierto aire de bucanero a la antigua usanza. Dotado de ancho bigote y voluminosa perilla, ambos del mismo tono, presentaba en su conjunto una estampa muy parecida a lo que los esclavos imaginaban que fueron los primeros conquistadores. Entre quienes le conocían, siempre fue un hombre respetado por sus grandes ideales y muy temido por su oscuro pasado.

Los meses siguientes sirvieron para consolidar un matrimonio

que muchos esperaban que se hubiera roto a los primeros días de convivencia. Las cosas no podían ir mejor para Clemente y sus amigos. Ya hacía algún tiempo que el arzobispo sufrió una enfermedad repentina, posiblemente motivada por un cólico miserere, que le produjo un rápido fallecimiento. Así, gracias a la divina providencia, se consiguió paralizar los requerimientos y amenazas que cada año recibía de su ilustrísima, el rebelde fraile. Por entonces, Milagros apenas salía de casa, pues sus piernas ya no aguantaban su peso, pero recibía permanentes visitas de amigos, entre los que se incluía al dominico, quien aprovechaba esos momentos para mantener prolongadas conversaciones sobre su protegida Ganna. Esta, en compañía de Rosina y de su marido, no faltaba un solo domingo a los servicios religiosos, momento especialmente querido para ella, porque se confesaba con el misionero, aunque realmente era una conversación privada más que otras cosa, pues Ganna no había abrazado todavía a la fe cristiana.

Una tarde plúmbea del verano de 1853, Milagros mandó llamar a Clemente con carácter urgente. Cuando el misionero fue informado, pensó en lo peor y corrió al encuentro de su buena amiga. Al llegar a su casa, el ambiente se parecía más a un velatorio que a otra cosa. Entró sigilosamente, medio tembloroso, y allí, en el cuarto que servía de salita de estar y de dormitorio, se encontró reunidos y en completo silencio a Milagros junto a Rosina, Cipriano y Ganna.

—¿Estáis bien? —preguntó dubitativo.

—¡Perfectamente! —contestó briosa la Salerosa.

—¿Entonces, qué ocurre?

—¡Pues que Rosina está embarazada!

—¡Es una magnífica noticia! —señaló el misionero—. ¡No entiendo esas caras!

—¡También lo está Ganna!

—¿Cómo?

—¡Clemente! ¡Pareces ido! —le gritó Milagros. ¡Que Ganna ha hecho el amor con alguien y está preñada! ¿Lo entiendes?

—Sí, sí; lo entiendo, pero...

—¡Pero nada! —volvió a intervenir Milagros—. ¡No quiere decirnos el nombre del padre!

—¡Ganna! ¿Estás segura? —le preguntó con suavidad el dominico.

La joven, que miraba cabizbaja al suelo, asintió con la cabeza mientras grandes lagrimones le corrían por las mejillas. Los presentes se miraron entre sí, pero no quisieron decir nada, a la

espera de que interviniera Clemente para poner algo de cordura en aquella casa que momentáneamente había perdido el equilibrio con tantos e inesperados acontecimientos. El dominico meditó por unos minutos bajo la atenta mirada de sus amigos, y de seguido, se prestó a dar su opinión al respecto.

—¡Mirad! Siempre he creído que la venida de un ser humano al mundo es un motivo de alegría. Sé que los momentos por los que vivimos no son los más adecuados para dar pasos en falso ni para cometer equivocaciones tan torpes, pero lo hecho, hecho está, y además, ya no tiene remedio. De nada sirven las lamentaciones ni los lloros. Ahora ha llegado el momento de dar soluciones a futuros problemas que se nos pueden presentar.

—¡Yo quiero saber el nombre del padre! —interrumpió Milagros.

—¿Para qué? —preguntó Clemente.

—¡Para abrirle en canal con mis propias manos! —contestó indignada la Salerosa.

—¡Conforme! ¿Y después? —volvió a preguntar el misionero.

—¿Qué propone, padre? —intervino Rosina.

—Creo que a grandes males, lo mejor es encontrar grandes remedios.

—¿Quiere explicarse? —solicitó Cipriano.

—¿Cómo te encuentras, Rosina? —contestó con otra pregunta.

—¡Muy bien!

—¿De cuánto estás?

—Creo que de dos meses.

—¿Y tú, Ganna?

—También de lo mismo.

—¿Qué insinúas? —preguntó Milagros.

—¡Es muy sencillo! ¡Rosina debe tener gemelos!

—¡No me puedo creer lo que propones!

—¿Tienes alguna idea mejor?

—¡Sí! ¡Encontrar a ese bastardo para darle un escarmiento, y a esta boba sacarle la piel a latigazos!

—No creo que quisieras ponerte a la misma altura de todos aquellos contra los que llevamos tanto tiempo de continua pelea. Tus palabras son fruto del disgusto, pero ni las piensas, ni las sientes. Recapacita por un momento. ¿Qué le puede ocurrir a una esclava negra embarazada de un desconocido?

—¡Me da lo mismo!

—¡Sabes que no es así!

—¡Está bien! Le ocurriría lo que hemos pretendido evitar a toda costa desde que hablamos por primera vez de este asunto.

—¡Efectivamente! Y si antes no lo deseabas, ahora tampoco. En casos como este, lo mejor es ocultar la verdad, y si fuera necesario, mentir como bellacos. No considero que sea pecado salvar vidas con mentiras piadosas. Pensad en lo que le ocurriría a Ganna y a su futuro hijo si este embarazo llegara a oídos de las autoridades.

—Entonces ¿qué podemos hacer? —preguntó Cipriano.

—¡Escuchad con atención! Debemos actuar con suma cautela y esconder este embarazo hasta sus últimas consecuencias. Para ello, Rosina y Cipriano deberán continuar con su vida con total normalidad. Ante los ojos de todos, debéis disfrutar de este embarazo como la cosa más natural del mundo. En cuanto a ti, Ganna, tendrás que intentar disimular todo lo posible tu engorde. Para ello, vestirás sayas muy amplias y poco llamativas. Dos meses antes de que se produzcan los nacimientos, te trasladarás a la casa de Cipriano y de Rosina con el pretexto de ayudar con las tareas domésticas. El tiempo que estés fuera de la taberna, te suplirá en tus quehaceres cotidianos algún voluntario de la misión, que seguro encontraremos, máxime si tenemos en cuenta el enorme cariño que os tienen. Recordad que todo debe quedar en la más absoluta discreción; es muy importante que nuestro secreto no salga de esta habitación; no nos debemos fiar de nadie, pues cualquier indiscreción puede llevarnos a todos a la cárcel, y lo que es peor, perderíamos para siempre a Ganna y a su hijo. Cuando llegue el momento de los partos, solo podremos contar con nosotros mismos y con las capacidades que cada uno pueda aportar. La matrona deberá ser avisada muy tarde para que cuando se persone en la casa, ya se encuentre a los dos recién nacidos en brazos de quien será considerada como madre de ambos. Este secreto deberá acompañarnos hasta la tumba.

—Por mí, estoy conforme. No me importa tener dos hijos en vez de uno —se adelantó en jurar Cipriano, y extendió su mano para asir la de Clemente y facilitar que los otros juramentados aceptaran, uno a uno, la arriesgada propuesta.

—Por mí, también —secundó con el mismo gesto Rosina.

—No entiendo nada, pero contad conmigo. Como no sabéis hacer nada sin mí, tendré que asesoraros cuando vengan las criaturas. Además, para lo poco que me queda de vida, no sé por qué me sofoco tanto —exclamó Milagros.

—Me da mucha pena perder a mi hijo, pero comprendo que no hay otra solución. Al menos, podré verle crecer en mi propia casa. —Ganna, terminó por aceptar la propuesta, aunque de mala gana y con una congoja imposible de sofocar.

—Ahora, marchad a vuestras ocupaciones y dejadme a solas con Clemente —pidió la vieja tabernera.

—¿De qué quieres hablar, Salerosa?

—¡De ti!

—¿Y bien?

—Reconozco que me has sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque nunca te he oído hablar tanto y tan seguido, y sobre todo, para urdir una trama semejante, que dejaría en pañales al más facineroso de mis clientes.

—No sé a qué te refieres.

—Mira, padrecito; soy vieja, pero no tengo un pelo de tonta.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Este pequeño discurso no te ha salido de repente. Esto lo tienes pensado desde hace mucho tiempo.

—¿Qué dices?

—¡Lo que oyes! Que tú sabes algo de este lío desde hace mucho más tiempo que yo. Que no te ha pillado por sorpresa como a mí y que ya tenías preparada una solución para el caso de que se produjera algo parecido. Por tanto, o bien Ganna te ha contado la verdad, o bien sabes quién es el padre del retoño. Tanto me da. Para mí, lo importante es que de alguna manera estás implicado en esta trama.

—Desde luego, he de reconocer que más imaginación no te hace falta.

—¡Escúchame bien! Si tú fueras el padre del hijo que espera Ganna, te juro por el Dios que ahora nos vigila que no me importaría en absoluto; es más, me alegraría por ambos. Si hay un hombre sobre esta tierra, capaz de hacer feliz a Ganna, ese eres solamente tú. No puedo andar como antes, pero todavía tengo muy buena vista y he observado la forma tan tierna en que os miráis cuando creéis que estáis solos. La complicidad que revelan vuestros ojos, sin daros cuenta, os delata. No queréis, pero os comportáis como dos enamorados. A lo mejor, a los otros los podéis engañar, pero a mí no.

—¡No digas tonterías! ¡Soy un sacerdote!

—Sí. pero primero es tu condición de hombre con los mismos sentimientos y necesidades que cualquier otro, y en tu caso, por la mucha necesidad que has pasado, en plena fogosidad cuando estás cerca de Ganna. Además, para ella eres un amigo íntimo que la ha salvado de sus enemigos; nunca te ha visto como un hombre religioso con el que no pueda soñar en sus largas noches de soledad.

—¡Has perdido la razón!

—¡No! Con la edad he ganado cordura y cada día veo las cosas más claras. Si esa criatura fuera tuya, ¿cómo podrías aguantar que te la quitasen? ¿Cómo podrías permanecer impasible ante el sufrimiento de Ganna? Está claro que la mejor opción, sin descubrirte, es que recaiga en casa de Rosina, la íntima amiga de Ganna, su hermana de sangre, de quien no tienes ninguna duda que dejará que le visite cuando y como quiera; porque al fin y al cabo se comportan como dos hermanas, y así es como se quieren de veras. Tengo que reconocer que has aprendido muy bien la lección que te ha ofrecido la vida; ahora eres mucho más listo que aquel día que apareciste en la barra de mi taberna con aspecto andrajoso y cara de necio. Ahora te has convertido en un peligroso adversario, porque has sabido pasar desapercibido ante todo el mundo. Eres todo un genio del camuflaje. Desgraciadamente, no estaré presente, pero cuando te llegue el momento fatídico en que tengas que decidir sobre qué camino quieres continuar, acuérdate de proteger a Ganna y a tu hijo. No los abandones por nada del mundo, porque no hay dinero suficiente ni nación importante ni razón válida, por justa que sea, que apruebe una conducta semejante. Solo te pido que apeches con tus actos y actúes en consecuencia sin dejar a nadie atrás; sin sacrificar a nadie por ti o por tus intereses, y muchos menos a quienes te han ayudado y se han entregado a ti a cambio de una idea que a lo mejor puede quedar en nada, porque no prospere y se muera en el camino como tantas otras. Ese resultado no te deberá importar a la hora de decidir en conciencia.

—Me acordaré de tus consejos y procuraré seguirlos.

—Eso espero. Ahora vete, que no quiero cansarme más ni sonsacarte algo que de momento no quieras reconocer. Queda con Dios.

—Que siempre esté contigo y te acompañe por los caminos difíciles para que nunca te encuentres sola —se despidió Clemente.

Los meses del embarazo transcurrieron demasiado deprisa y, sin apenas darse cuenta, ambas jóvenes estaban a punto de dar a luz casi simultáneamente. Los planes del padre Clemente se cumplían de manera casi matemática, y Rosina parecía que iba a ser la primera en romper aguas. Varios días antes del alumbramiento, Milagros, con mucho esfuerzo, se trasladó a la finca de la pareja para preparar tan importante acontecimiento. La noche del tercer día, la nieta comenzó con las contracciones, y después de un rápido proceso de dilatación, impropio de una primeriza, dio a luz a un precioso varón mulato, al que pusieron por nombre Marcelo.

Estaban presentes en la casa todos los juramentados, por lo que Clemente le bautizó de inmediato, ante la presencia del resto, quienes actuaron como padrinos y testigos. Ganna, a pesar de su estado, actuó como una perfecta comadrona, práctica que conocía desde su niñez, allá en el seno de la tribu de donde fue secuestrada. Cipriano ayudó como enfermero en todo cuanto se le pidió con el agua caliente, las vendas, las sábanas y demás útiles que facilitaron el parto. En cuanto a Milagros, dirigió con voz firme los movimientos y respiraciones de su nieta para facilitar la llegada del recién nacido. Con relación a Clemente, rezó como nunca lo había hecho, y seguro que aquello también ayudó lo suyo, aparte de colaborar como pinche de Cipriano en la preparación del material necesario.

En la madrugada siguiente, le tocó el turno a Ganna y se volvió a repetir el mismo proceso, esta vez con la ayuda de Rosina, quien a pesar de su reciente parto, no dudó ni un solo instante en colaborar para que su hermana estuviera atendida de la mejor manera posible. El resultado fue idéntico, y también tuvo otro varón, al que llamaron Gregorio, que, además, presentó un tono de piel muy parecido al de Marcelo. Aquella coincidencia sorprendió a todos, pues suponía que el padre no era negro y ninguno de los presentes conocía a blanco alguno interesado por la madre. A todos, menos a Milagros, para quien supuso la confirmación de lo que desde el principio sospechaba. Fueron respetuosos y nadie hizo el más mínimo comentario al respecto. Después, dejaron a la recién parida a solas con su hijo, para que tuviera ese momento mágico de íntima comunión, pero enseguida Clemente fue invitado por Milagros para que entrara a acompañarlos, con la excusa de facilitar el apoyo de un hombre en esos especiales momentos. Ambos sabían que pocas veces se podría repetir la unión del trío como una familia convencional; por eso, Milagros, convencida de su teoría, entendió que debían aprovechar cualquier oportunidad que tuvieran para estar juntos, y actuó en consecuencia para facilitarles la primera y, posiblemente, la que más recordarían el resto de sus vidas. Clemente se dejó querer; aceptó la invitación y no hizo el menor comentario, cerrando la puerta tras de sí cuando penetró en la habitación ocupada por Ganna y por Gregorio. Mientras tanto, Cipriano marchó a toda prisa para avisar al médico y a la matrona del inminente nacimiento de su hijo. Efectivamente, cuando quisieron llegar los asistentes, se encontraron a Rosina en su lecho con los dos bebés en el regazo, y a los demás a su alrededor, incluida Ganna, quien a pesar de su cansancio por los esfuerzos

realizados sacó fuerzas de flaqueza y aguantó en pie hasta que después de reconocer a madre e hijos, certificaron los nacimientos, dieron la enhorabuena y se marcharon.

Durante los siguientes años, el matrimonio se esforzó por educar a los niños sin ningún tipo de distinción entre ambos, enseñándoles poco a poco todo cuanto consideraron que les sería de utilidad para cuando fueran mayores. Ganna acudía a visitarlos con bastante frecuencia, algunas veces acompañada por Clemente, quien también disfrutaba con la visión y las ocurrencias de aquella pareja de revoltosos chavales que ya comenzaban a despuntar, cada uno con sus innatas habilidades, y siempre en sana rivalidad fraternal.

En 1858, cuando Marcelo y Gregorio contaban cuatro años de edad, tuvieron que acudir con sus padres a la casa de la abuela Milagros, aquella señora tan vieja que vivía con Ganna, porque decía que no se encontraba bien y quería verlos por última vez. Siempre se lo pasaban en grande cuando iban a la taberna, porque escuchaban historias de piratas mientras permanecían escondidos tras la barra, en una especie de alacena que se utilizaba para guardar las garrafas de ron. Los críos tenían muy bien clasificados a los clientes de la Salerosa, e incluso cada uno tenía a sus favoritos. Pero aquel día no pudieron escabullirse para cumplir con el ritual que más les gustaba. Debieron permanecer al lado de Milagros, como si de una despedida formal se tratara. No terminaron de entender los llantos velados de sus padres, ni la cara de preocupación de la hermana de su madre, Ganna, pero aguantaron la aburrida velada y dieron a Milagros todos los besos que les pidió.

Efectivamente, a la Salerosa la vida se le apagaba como una velita que hubiera consumido su cera y solo le quedara una pequeña mecha encendida, como si simbolizara al último soplo de unión con lo terrenal. Pasaron casi treinta días desde la visita de los chicos, y la anciana se había convertido en una moribunda que recobró una brizna de fuerza al reconocer a su amigo Clemente, a quien le pidió que se acercara para hablarle con un tono de voz muy bajito, casi imperceptible, como si le quisiera contar algo en secreto. Todos los allí presentes entendieron que deseaba confesión y se alejaron para mantener una distancia de cortesía. Ambos estuvieron en conversación bastante tiempo, pero a juzgar por los gestos, parecía un interrogatorio dirigido al cura, más que un reconocimiento de culpas de quien iba a someterse en breve al juicio supremo. Al final, después de unas largas palabras del religioso, quien perdía unas visibles lágrimas, Milagros Ruiz, la Salerosa, sonreía y se abandonaba para continuar viaje hacia lo

desconocido. Su gesto de sosiego revelaba a los presentes que había hecho las paces con todos aquellos a quienes conoció en vida y se había marchado de este mundo sin dejar cuenta pendiente alguna por saldar. Ese único pensamiento reconfortó de su pérdida a familiares y amigos. La impronta que tanto la caracterizó, por su fuerte personalidad y carácter, fue durante mucho tiempo recordada por cuantos la conocieron en vida.

CAPÍTULO IX

En los últimos días de diciembre de 1855, don Ildefonso de Benjumea aún continuaba con sus oscuros negocios, y en cierto modo, aunque maduraba la idea de abandonar tarde o temprano sus cada vez más peligrosas actividades clandestinas, no conseguía encontrar la salida más idónea a semejante problema. En su gran mansión gaditana, en el transcurso de una de esas veladas con amigos y otras familias influyentes, quiso hacer partícipes a sus invitados de una noticia que a todos sorprendió por lo inesperado.

—¡Señoras! ¡Señores!

Don Ildefonso golpeó suavemente su copa, acto que sirvió para cortar de raíz todas las conversaciones. Con esta inusual intervención, llamó la atención de los invitados y les rogó que se sirvieran acudir hasta el lugar donde se encontraba en esos instantes.

Las caras de los asistentes mostraban cierta sorpresa, pues de sobra conocían que el anfitrión no era muy dado a informar casi de nada, por lo que presagiaron que el contenido de sus próximas palabras sería de gran importancia. Los asistentes guardaron un respetuoso silencio.

—¡Damas, caballeros! Su atención, por favor. Me complace aprovechar esta velada para comunicarles una noticia que considero va a tener una repercusión trascendental para el resto de mi vida. He de anunciarles que desde este preciso instante tengo la intención de retirarme paulatinamente de la vida laboral activa en todos los negocios que posee mi familia, para ceder la dirección a mi único hijo, Isaac, y por tanto mi heredero universal, aquí presente, que como todos ustedes saben ha sido preparado para realizar este cometido desde niño. Yo me quedaré durante algún tiempo en la retaguardia por si mi experiencia puede servir de ayuda, hasta que mi hijo decida que puede valerse por sí mismo.

Los aplausos y los vítores no se hicieron esperar, pero se entremezclaron con protestas cariñosas de aquellos que consideraban demasiado pronto una retirada para don Ildefonso. De todos modos, los asistentes quisieron felicitar a la familia Benjumea por el traspaso de poderes y desearon toda clase de venturas al joven Isaac en su nueva andadura, quien ya contaba con quince

años de edad y mostraba magníficas aptitudes para desarrollar a la perfección el cometido asignado por su padre.

La primera en felicitar al joven heredero fue su propia madre, quien no quiso dejar pasar esta oportunidad para enorgullecerse de su retoño. Mujer cuya familia aportó como dote una sustancial cantidad de dinero, además de propiedades valiosas, fue educada bajo una formación austera, pero muy completa, para emparentar con alguien de su misma posición. Por ello, sabía permanecer en una posición discreta en relación con su marido, aunque en la intimidad fuera ella quien manejara los hilos de su casa. Tenía fama de conocer a la perfección todos los negocios de su marido, y se decía que en muchas ocasiones era ella misma quien aconsejaba a don Ildefonso acerca de las decisiones más convenientes. Sin embargo, cuando le preguntaban, parecía desconocer cualquier cuestión relacionada con esos asuntos, por lo que públicamente afirmaba estar totalmente desentendida porque su esposo se encargaba de todo.

—¿Estás contento, hijo? —le preguntó a la vez que le besaba.

—¡Mucho, madre! ¡Es la mejor noticia que nunca he recibido!

—Ahora te toca aprender para que te hagas cargo de todo cuanto antes.

—¡Pero es muy pronto; aún tengo quince años!

—Son años más que suficientes para aprender una profesión.

—No es eso; es que todavía no entiendo bien el trabajo de padre.

—Por eso no te preocupes; lo sabrás con el tiempo.

—Es que esto parece una despedida de padre.

—¡No lo es! Considéralo como un anticipo de lo que va a ser tu futuro. Ahora tienes la oportunidad de preguntar a tu padre lo que no sepas.

Un año antes, fue abolida oficialmente la esclavitud en Francia, lo que supuso un nuevo giro de tuerca de control sobre sus ilegales operaciones. Claramente, la decisión de casi todos los gobiernos estaba volcada en suprimir estas prácticas, y la presión mundial se les volvió una vez más en su contra. La situación volvió a cambiar de manera radical y, ahora, los implicados en el negocio de la trata debían ayudarse mutuamente, porque todos necesitaban de los demás para poder subsistir en un sector que no querían abandonar, y cada vez se mostraba más perseguido. Posiblemente ese argumento, su enfermedad y la presión de su esposa, Salomé, fueron los motivos principales que hicieron tomar la difícil decisión a don Ildefonso en favor de su hijo.

En otro ámbito de cuestiones, los criados y sirvientas conocían a

la señora con el mote de la Loba, posiblemente porque no había nada que se escapara a su control y resultaba extremadamente difícil distraer algo de su atención; o quizás por esa forma tan característica suya de girar la cabeza hacia atrás que recordaba al mencionado animal cuando protegía su madriguera. Aunque daba la sensación de que no miraba, siempre observaba con aquellos grandes ojos pardos que parecían no descansar nunca. Cuando quería llevar algo a la práctica jamás abandonaba, costara lo que costara y tardara lo que tardara, convicción que, sin duda, aplicó en la educación de su hijo. Doña Salomé poseía la carrera de piano y pintura, leía más libros que nadie de la casa y gustaba de acudir a tertulias femeninas donde se discutían las obras más recientes del mercado literario.

El joven Isaac, al cabo de cinco años, estaba preparado para dirigir los negocios familiares, y su padre por entonces se encontraba cansado y enfermo. A pesar de sus dolencias, estaba satisfecho porque le había dado tiempo a transmitirle todos sus conocimientos, y a juzgar por su respuesta, los había asimilado muy bien, e incluso ampliado por su cuenta. Ese año significó el paso de hijo a patriarca del clan, con todas sus responsabilidades y obligaciones. No obstante, todavía quedaban algunos flecos por descubrir al joven Benjumea, que hábilmente su padre le ocultó, para dejarle al margen de aquellos asuntos más turbios que aún no habían terminado de arreglarse definitivamente. Se hacía necesaria una larga conversación explicativa, e Ildefonso no encontró mejor momento para llevarla a término que la fecha de su cumpleaños.

—Isaac, deseo hablar contigo.

—Dime, padre.

—Sé que ya estás de sobra capacitado para ocuparte de los negocios familiares; yo diría que mejor preparado que yo a tu edad. Creo que ya no me necesitas.

—¿Y tú?

—Yo estaré a tu lado el tiempo que Dios me dé y con las fuerzas de que disponga. Después, tendrás que seguir solo.

—Pero todavía me falta mucho por aprender.

—No lo creo. Solo te hace falta soltura y seguridad. Y esas características se adquieren con la experiencia; nadie te las puede enseñar. Es más; considero que mi presencia en la dirección de las empresas te resta protagonismo y ahora comienzo a ser una pesada losa más que la solución a tus futuros problemas.

—Padre, no hables así. Sin ti, esto no funcionaría.

—Mira, hijo: mientras he podido, he trabajado por aumentar las

riquezas de nuestra familia. Y aunque me he equivocado en muchas ocasiones, el resultado final ha sido positivo. Pero mi tiempo se ha cumplido y ya es hora de que tomes el relevo. Cuanto antes comiences tu andadura solo, antes te podrás organizar a tu manera. No dejes jamás que los demás te impongan sus formas, sé tú quien se las imponga. Debes rodearte de aquellos que consideres que mejor te pueden servir y nunca facilites la totalidad de la información a tus empleados. Quédate con los secretos para ti; en ellos residirá tu verdadera fuerza. Después, solo te faltará saber elegir a los mejores asesores y a una buena compañera de viaje. Mientras viva, te podré aconsejar en la primera; en la otra, te deseo mucha suerte, pues a nadie se nos enseña acerca de estas cuestiones. Yo me casé con tu madre muy mayor y ahora me arrepiento de no haberlo hecho mucho antes.

—Pero, padre, parece que te despides de mí.

—No lo interpretes así. Considera que te doy el discurso de bienvenida y que te paso las riendas. Ya está todo arreglado legalmente y a partir de mañana serás reconocido como el nuevo jerarca de nuestra familia. Pero antes tenemos que hablar de cierta cuestión que aún no conoces.

—Te escucho, padre.

—Verás: como bien sabes, por tradición familiar, nos hemos dedicado a la obtención de productos derivados de tierra y así es como se nos reconoce en la región. Somos agricultores, cosecheros, bodegueros y ganaderos, todo a gran escala y gracias a las magníficas fincas que poseemos, esas que hemos heredado de nuestros antepasados. Pues bien, hace bastante tiempo que estas actividades dejaron de ser rentables, lo que nos obligó a dirigirnos hacia otro tipo de negocios para salvarnos de la ruina.

—¿De qué actividad se trata?

—Aparte de lo que conoces, también nos dedicamos al comercio de la trata.

—¿De la trata de negros?

—Efectivamente.

—¿Es una broma?

—Sabes que en estas cosas nunca bromeo.

El joven Isaac enmudeció ante aquella inesperada noticia y en esos instantes no supo cómo reaccionar. Ildefonso comprendió sus dudas y le propuso que se tomara un tiempo de reflexión. Pensó en dejarle el plazo de un mes para retomar la conversación, pero no hizo falta; a los quince días, por iniciativa de Isaac, volvieron a hablar del asunto.

—Padre; he meditado mucho sobre nuestra última charla y me gustaría que la termináramos.

—¡Muy bien!

—Quiero que me cuentes todo lo que necesito saber para proseguir con el negocio.

—¡No esperaba menos! Primero, debes saber que se trata de una actividad peligrosa y muy comprometida.

—¿Por qué?

—Las razones vienen desde muy antiguo. Antes era una práctica muy habitual abastecerse de esclavos para que realizasen las tareas más duras. Todas las grandes naciones lo consideraban como botines de guerra. Luego, las colonias de ultramar necesitaron mano de obra barata y poco cualificada, por lo que el comercio se desvió hacia aquellos lugares donde demandaban sus servicios. Fueron los grandes hacendados quienes solicitaron el suministro de esta mercancía tan atípica. Por nuestra parte, fue en tiempo de tu bisabuelo cuando iniciamos esta actividad, aunque siempre al por menor y casi por encargo. Pero cuando las cosas comenzaron a cambiar en nuestra contra, no tuve más remedio que aumentar el número de capturas y de viajes.

—Me doy cuenta —contestó Isaac.

—No es que hayamos variado nuestro negocio; es que el mundo ha cambiado demasiado deprisa y una sola generación no basta para poder adaptarse a las nuevas exigencias. Observo desde hace años que las naciones vecinas imponen sus criterios, y lo que antes era una práctica honrada, ahora se ha convertido en un acto de piratería. El negocio de la trata de negros está herido de muerte. Es cuestión de tiempo que tengamos que olvidarnos de él. Los movimientos internacionales van encaminados a la creación de estados libres en las antiguas colonias que hoy están repobladas con esclavos bozales. Cada vez son más los países que se unen a las distintas asociaciones abolicionistas y promulgan leyes en contra del tráfico negrero. En otras palabras: cada día estamos peor vistos y más perseguidos.

—¿Cómo has solventado durante tanto tiempo estos problemas?

—¡Con tapaderas! En eso debes estar tranquilo, pues nadie de nuestro entorno conoce la existencia de estos negocios. En cuanto a la operativa, siempre he contratado a testaferros a través de terceros para que actuaran como nuestros administradores en el extranjero, que ni ellos mismos conocen. Tenemos muchos colaboradores interpuestos que he querido colocar entremedias para evitar ser descubiertos. El personaje más importante es el capitán

del navío. Cuando mis barcos entran en el puerto de Cádiz, traen mercancías del nuevo mundo que pueden ser inspeccionadas por cualquiera.

—¿Cuántos navíos tenemos ocupados en este negocio?

—Hemos llegado a tener un máximo de diez, pero con los siniestros se han reducido a tres, y no quiero ampliar su número en previsión de lo que estoy seguro acontecerá en un periodo muy breve de tiempo.

—¿Qué es lo que esperas que ocurra, padre?

—Este negocio, tarde o temprano, se irá al garete, y para entonces debemos estar preparados. A mí no me ha dado tiempo; si ahora debiéramos dejar esta ocupación, también deberíamos cerrar otras muchas más actividades que no son rentables. Pero tal vez se te ocurra alguna idea que yo no he sabido ver. En eso confío. Ten presente que debemos cumplir los compromisos adquiridos con nuestros socios, pues ellos confían en nuestra discreción de la misma manera que nosotros en la suya. A los efectos, somos una hermandad de conjurados y así será hasta que muramos o hasta el cese de esta actividad por razones ajenas a nuestra voluntad.

—¿Tan convencido estás de que esto no seguirá por mucho tiempo?

—¡Sí! Estamos en un callejón sin salida porque dependemos demasiado de los ingresos que provienen de la trata, y los negocios habituales no nos dan los beneficios que necesitamos para mantener abiertas todas nuestras actividades campesinas. Este es nuestro dilema, y me temo que también el legado que te dejo.

—¿Y si cambiamos de negocio?

—Aparte de tener que cumplir con la hermandad, los costes de esta operación serían elevadísimos, amén del abandono de la mayoría de nuestros trabajadores rurales.

—Pero no estamos arruinados; somos una familia muy poderosa en Andalucía.

—¡Cierto! Pero la base de nuestra posición está sustentada por las ganancias de una actividad que se considera ahora ilegal y tiende a desaparecer. Además, los riesgos cada vez son mayores. Nuestros barcos no pueden ser asegurados en todos los trayectos, es decir; solo son susceptibles de ser cubiertos, en lo que al riesgo se refiere, cuando transportan mercancía que se puede inspeccionar o bien cuando van de vacío a recoger las nuevas capturas. No existe una compañía aseguradora que quiera emitir una póliza de garantía a favor de un barco que transporta esclavos. Por tanto, si ocurre una desgracia en ese viaje, todas las pérdidas corren por nuestra

exclusiva cuenta.

—¿Te ha ocurrido eso alguna vez?

—En tres ocasiones, y te aseguro que nuestra economía se vio seriamente amenazada; pero gracias a intensificar la actividad negrera salimos adelante y pudimos recuperarnos con el tiempo. Si ahora nos ocurriera lo mismo, no sé qué sería de nuestra familia.

—El panorama que me muestras no es nada alentador. Mis dudas han aumentado conforme te he escuchado.

—Lo entiendo. Desde mi punto de vista, creo que cuanto mejor conozcas este negocio, antes decidirás qué se debe hacer —aconsejó Ildefonso a su hijo.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Con sinceridad, lo desconozco. El problema es que estamos a merced de decisiones de terceros que no controlamos. Mientras haya negociaciones internacionales, creo que tendremos algún margen, pero debes tener presente que el tiempo se agota más aprisa que el hallazgo de soluciones viables. El tiempo que me quede estaré para aconsejarte en lo que pueda y sepa.

Con un fuerte abrazo dieron por terminada la conversación más importante y seria que jamás había mantenido Isaac. Aquel día aprendió cosas que los libros no le enseñaron. En una sola sesión maduró lo que ningún joven de su edad conseguiría en los próximos periodos de formación. La responsabilidad depositada sobre sus espaldas fue muy elevada, pero su capacidad, junto con las inmensas ganas de emular a su progenitor, le dio fuerzas suficientes para aceptar su destino como una obligación impuesta por razones de cuna.

CAPÍTULO X

Con una actitud siempre positiva, los siguientes años estuvieron marcados por una carrera obsesiva por conseguir una reconversión urgente. Su padre, al principio, colaboró con la intensidad que pudo, pero conforme pasó el tiempo, sus capacidades se vieron seriamente dañadas y ya no era aquel hombre de antaño que poseía aquella clarividencia. Isaac se había hecho cargo de la dirección absoluta de todos los negocios y manejaba con más soltura que su padre los hilos del destino familiar. Sin embargo, como le ocurrió en su momento a Ildefonso, no le resultaba fácil conseguir ese cambio radical en el que estaba empeñado.

En lo relativo a su estado personal, el joven Benjumea se convirtió en un respetado hombre de negocios, y siempre resultaba ser muy bien valorado por cuantos le conocían. No se podían organizar fiestas con pretensiones de ser consideradas de buena distinción si no contaban con su presencia y la de su nutrido grupo de amigos, todos provenientes de las más importantes familias de la alta sociedad gaditana. Y al igual que las organizaba, también asistía a todas a las que era invitado. Heredero de la elegancia, educación y cultura de su padre, era buen conversador. Pero a diferencia de su progenitor, también contaba entre sus cualidades con una extrema simpatía y con la condición reconocida de excelente bailarín, ambas aprendidas de su madre, esta última habilidad, muy apreciada en los círculos donde se solía relacionar. En definitiva, presentaba una notable mejoría en relación con la presencia física de sus predecesores, ya que acaparó para sí los mejores dones de cada uno de ellos.

Con todo, resultaba ser uno de los solteros más cotizados y perseguidos de Cádiz. Después de habérsele relacionado sentimentalmente, como le ocurriera en su momento a Ildefonso, con un número muy elevado de damas, de repente, sin que nadie imaginara nada, hizo a sus padres un regalo inesperado: les anunció su intención de comprometerse formalmente con la señorita Sara Agag. Para el viejo armador y su esposa, la noticia supuso la continuidad de la saga, pero en aquellos instantes desconocían que aquella grata sorpresa sería una de las últimas que recibiría el cansado corazón del traficante negrero.

Después de un primer intenso interrogatorio al que sometieron a su hijo, conocieron por su boca que se trataba de una buena familia de origen sefardí que siempre vivió en Gibraltar.

—¿Son judíos? —preguntó el padre.

—¡No! ¡Son cristianos!

—¡Mejor! —contestó la madre.

—En España, todos tenemos algo de sangre mora y judía —comentó Isaac.

—¡Más judía que mora! —añadió Salomé.

—Entonces, ¿debo entender que esto no es un impedimento para vosotros?

—Mi nombre es judío y tu apellido habría que analizarlo muy detenidamente. Benjumea se puede dividir en dos partes: Ben Humea, y así, escrito de esta manera, no me negarás que parece hebreo.

—¡Pues es cierto!

—Entonces no te preocupes por su origen, que a lo mejor somos hasta parientes muy lejanos —le tranquilizó su madre.

Al igual que ocurrió con sus padres, se llevaron a cabo todos los pasos que marcaba el protocolo. Por eso, al mes siguiente, los tres miembros de la familia Benjumea se trasladaron a Gibraltar con el objeto de solicitar formalmente la mano de Sara a sus padres. Aunque fueron recibidos en una casa típicamente inglesa, encontraron en su interior a unas personas que hablaban un cerrado andaluz. Para los Benjumea, esta vez, no significaba una cuestión de dinero aquella futura unión. En esta ocasión, la cara de enamorado de su hijo y la ilusión que ponía en todo lo relacionado con Sara simbolizaban el mayor logro. Además, pronto comprobaron que la posición económica de sus consuegros, aunque muy desahogada, nada tenía que ver con la suya propia. Eso, unido a que la futura esposa de Isaac era la que hacía la número seis de un total de ocho hermanos, les dejó bien a las claras que las motivaciones de su hijo no estaban marcadas por intereses económicos.

Durante una semana fueron los huéspedes de honor de la casa Agag, tiempo que sirvió para que se conocieran con más intensidad, no solo los novios, sino también los futuros consuegros. En el tiempo que duró su visita recibieron un sinfín de agasajos, y fueron tantas las permanentes muestras de cariño sincero que sus anfitriones les mostraron, que en la cena de despedida no tuvieron por menos que reconocer públicamente la magnífica impresión que les había causado su hospitalidad. Además, no tuvieron inconveniente alguno en aceptar de muy buen grado la elección de

Isaac y que, por lo tanto, la novia pasara a formar parte de su reducida familia, ya que quedaron plenamente convencidos de que Sara sería la mujer ideal para su hijo.

La joven, diez años más joven que el heredero de la casa Benjumea, tenía merecida fama de ser una persona dulce, atenta, sumamente educada y complaciente con todo aquello que pudiera solicitar su prometido o cualquiera de sus padres. El tono azulado intenso de sus ojos ayudaba a configurar su rostro como el de una persona de mirada limpia volcada hacia la bondad y las buenas maneras. De profundas creencias religiosas, tenía una formación muy similar a la de su futura suegra, coincidencia que facilitó un acercamiento entre ambas más que elocuente. Hasta tal punto, que muchas veces, cuando salían de compras o de paseo, la gente solía pensar que eran madre e hija.

Fue recién terminada la primavera del año de 1876 cuando ambos contrayentes se situaron frente a frente en el altar mayor de la catedral de Cádiz para darse el sí definitivo que los uniría para el resto de sus vidas. Aquel día, todos los ciudadanos estaban pendientes del que fue considerado como uno de los eventos sociales más importantes del lustro. Las calles estaban abarrotadas de gente que quería presenciar el paso de las comitivas. Aquellos que llegaron tarde para ocupar los mejores sitios se situaron en la playa de Santa María del Mar, también conocida popularmente como la playita de las mujeres, donde aguardaban a que los novios se dignaran asomarse, una vez estuvieran casados, para poder felicitarlos por su nuevo estado civil.

La catedral aquella mañana presentaba sus mejores ornamentos, ayudada por un sol radiante que se reflejaba sobre los dorados azulejos de la cúpula mayor, y daba la impresión de que se hubiera construido con oro macizo. El primero en aparecer, como le correspondía, fue el novio. Un coche tirado por una recua de caballos cartujanos se abrió paso entre una muchedumbre que apenas cabía en las calles más próximas al lugar de la celebración del acto religioso. Isaac y la madrina, perfectamente ataviados para la ocasión, descendieron con distinción del carruaje y presto acudieron a reunirse con los testigos, que aguardaban su presencia bajo la puerta principal del templo. Tardaron bastante tiempo en recorrer la poca distancia que los separaba, pues eran muchas las felicitaciones y saludos que debían corresponder a su paso entre los invitados. Una vez alcanzado el lugar de la cita, esperaron con serenidad, pero no sin impaciencia, la llegada de la novia. No tuvieron que esperar mucho tiempo, pues al poco no tardó en

aparecer la deseada, también en una calesa que había sido adornada para la ocasión con errajes dorados y unos sonoros cascabeles que anunciaron su proximidad a no menos de tres calles de distancia.

Por su parte, Salomé quiso preparar la mejor boda para su hijo y no escatimó en esfuerzos ni en dinero para conseguirlo, pero, a la vez, también quiso conmemorar el aniversario de la suya. En cuanto a Ildefonso, aceptó de buen grado la iniciativa de su mujer, seguramente porque intuía que quizás era su última celebración. Y, efectivamente, eso fue lo que ocurrió: a los diez meses exactos, fallecía en su casa de Cádiz don Ildefonso de Benjumea a la edad de setenta y siete años, víctima de un paro cardíaco. Sus últimos días transcurrieron en la tranquilidad del hogar, rodeado de familiares y amigos, y con la esperanza puesta en llegar a conocer a sus nietos, petición que no le fue concedida por la naturaleza.

A los pocos días del fallecimiento del patriarca de los Benjumea, Sara anunció que estaba embarazada. Gracias a la expectación por el próximo alumbramiento y a los intensos preparativos para acomodar la casa, la idea de volver a tener de nuevo entre aquellas paredes a un niño pequeño les hizo sobreponerse a su reciente tristeza y les facilitó la posibilidad de contemplar el futuro con voluntades y ánimos renovados. En esto, mucho tuvo que ver el carácter afable y tranquilo de Sara, quien se reveló como una mujer con una vocación extraordinaria de servicio hacia los demás. Con una sonrisa en la boca, siempre tenía una palabra amable para alabar las virtudes de quien tenía enfrente. Nunca se encontraba disconforme con cuanto le proponían y sabía reconocer los puntos positivos de todas las situaciones. Poco a poco, con su quehacer diario, se convirtió en el alma visible de su nueva casa; supo introducir hasta tal grado su toque personal de armonía que resultaba muy difícil entender una convivencia sin su presencia. Isaac, a lo largo de su vida, siempre recordaría agradecido el cariño que manifestó hacia su padre en todos sus cuidados cuando estuvo en el lecho de muerte. Lo mismo le ocurriría a Salomé, quien voluntariamente se retiró a un segundo plano al reconocer que resultaba mejor anfitriona que ella misma. Sara, con la irradiación de esa paz interior que llevaba dentro, supo ganarse el corazón de su marido y el de su suegra.

En los primeros días de un frío mes de enero de 1878 nació una niña que llevaría por nombre Ruth. Su llegada fue recibida por sus padres y abuela igual que si de un regalo se tratara, como una bendición del cielo destinada a compensar su aún muy reciente pérdida. De nuevo se volvieron a escuchar inconfundibles llantos

que reclamaban su alimento, y un olor característico, mezcla de talco y colonia, se apoderó de todos los rincones de aquella lujosa mansión. Luego tocaría su turno a los sonajeros, muñecas y juguetes, que terminaron por acaparar la atención de cuantos habitaban o trabajaban bajo su techo.

Sin embargo, no todo fueron motivos de satisfacción: desde que Isaac se hiciera cargo de los negocios, las desgracias y reveses que se produjeron no dejaron apenas respiro al joven. Pese a su decidida intención de cambiar su sistema de captación de recursos, los acontecimientos y decisiones externos apenas le permitieron salir de la espiral donde le dejó su difunto padre. Aparte de ir de mal en peor la marcha de los negocios en una España arruinada, ya se había perdido otro barco, fruto de un naufragio cerca de las costas canarias.

Harto de tantas dificultades por sacar a su familia adelante, decidió jugarse el futuro de su familia a una sola carta. Llamó al capitán Armijo para ordenarle el viaje más importante y peligroso de cuantos hubiera realizado para su familia.

—Quiero que dirija a la vez los dos barcos que me quedan hacia nuestros factores de Angola y de Guinea respectivamente. Allí, en el punto de embarque de cada lugar, cargará las bodegas al completo con esclavos y partirá con las dos naves hacia el puerto de La Habana, y además, debe cubrir la travesía en un tiempo récord —le ordenó.

—¿Por qué ese riesgo tan elevado? —preguntó Armijo.

—Porque hemos dejado insatisfechos a muchos clientes; si ahora no somos capaces de abastecerlos en sus necesidades, comprarán la mercancía en otro sitio o tal vez se lo piensen mejor y desistan de su empeño. Además, necesitamos ese dinero con urgencia —se sinceró.

—Comprendo. Pero es un viaje muy arriesgado.

—Lo sé, pero sabré recompensarle.

—¿Cómo?

—Quiero mil pesos de media por cada esclavo. Lo que se obtenga de más, se lo podrá quedar, aparte de sus honorarios como capitán de ambos barcos, que le pagaré conforme arribe en el puerto de Cádiz.

—¿Qué he de hacer con sus ganancias?

—Mi representante en La Habana, don Diego Pereda, se hará cargo de todo. Por eso no debe preocuparse. En cuanto haya depositado la mercancía, deberá regresar lo antes que pueda, y si es posible, con algún transporte que cubra nuestros gastos.

—¡Está bien, acepto!

El capitán Armijo cumplió su parte del trato y en cuestión de seis meses regresó a Cádiz con el encargo realizado a plena satisfacción. Sin saberlo, había conseguido para la historia que el último envío de esclavos entrara en el puerto de La Habana y que la familia Benjumea obtuviera un importante remanente que quedó en Cuba.

Más adelante, a mediados de 1880, se propuso una reunión, por iniciativa de Isaac, entre los grandes magnates del comercio negrero que aún operaban con los pocos países que todavía aceptaban su inconfesable mercancía. El detonante que aprovechó el gaditano y que a la postre facilitó la aceptación de la cita propuesta fue el establecimiento, por parte del gobierno de Cánovas, a mediados de febrero del mismo año, de un patronato que limitaba la esclavitud a un máximo de ocho años, señal inequívoca del final de este tipo de negocio en las últimas colonias de ultramar, ya que resultaba fácil imaginar que ningún hacendado estaría dispuesto a pagar una pequeña fortuna por un esclavo al que tendría que conceder la libertad en poco tiempo. Para entonces, Isaac ya tenía dos hijas; la mayor, Ruth, que contaba con dos años, y otra recién nacida, que recibió el nombre de Paula.

Se eligió Gibraltar para la celebración del citado encuentro, en una especie de taberna inglesa que Isaac previamente se ocupó de alquilar al completo para sus invitados. Realmente, fue una buena recomendación de su suegro, quien se encargó de buscar el sitio más idóneo para organizar una tranquila reunión de socios. Una vez que la totalidad de los asistentes hubieron llegado, el joven Benjumea, como así le llamaban cariñosamente, tomó la palabra.

—¡Respetados amigos! Todos me conocéis, al igual que muchos de vosotros conocíais también a mi padre. Sabéis de nuestra lealtad y de lo mucho que nos hemos esforzado por mantener a flote, y nunca mejor dicho, este negocio. Sin embargo, desde hace bastante tiempo las cosas comenzaron a complicarse y ahora estamos en un punto en el que resulta casi imposible obtener nuestra mercancía, y ya no digamos colocarla en el mercado. En definitiva, estamos ante un negocio ruinoso y peligroso, porque es considerado ilegal por casi todo el mundo y debemos admitir que se encuentra al borde de la extinción. Por tanto, los riesgos que corremos en la actualidad no compensan los beneficios que nos reporta.

—Entonces, ¿qué propones? —intervino Wenceslao Pujol, un naviero catalán.

—El último refugio que nos quedaba era la península Ibérica y

sus colonias de ultramar. Pero, al igual que yo, todos conocéis los recientes acontecimientos: las revueltas en España no cesan y han conseguido empobrecerla hasta valores nunca antes conocidos. Ya no somos la potencia de antaño, y nuestros vecinos portugueses también se han sumado a la abolición de la esclavitud para sus territorios africanos. Es cuestión de tiempo que se propague al resto de sus colonias. Amigos, debemos admitir que nos hemos quedado solos en una sociedad que cambia hacia otros rumbos diferentes a los nuestros.

—Creo que todos estamos en tu misma situación. Comprendemos tus palabras; sabemos que estamos en el final de un ciclo, pero desconocemos cómo salir del problema sin vernos afectados de una manera radical.

Intervino un mercader de Rabat suministrador de esclavos, conocido por todos como Kadar, aunque nadie conocía su verdadero nombre; es posible que ni él mismo lo supiera a ciencia cierta.

—Parece que lo más lógico sería dar por zanjadas lo antes posible nuestras operaciones comerciales y dedicarnos a otro tipo de negocio. Sé lo que significa esta propuesta, pero al menos no caeremos todos juntos —planteó esa posibilidad un asentador portuario lisboeta llamado José dos Santos.

—Pienso que lo mejor es disolver nuestra asociación, cerrar las últimas operaciones que aún estén en curso, y dejar plena libertad de actuación a cada cual. Creo que ha llegado el momento de liberarnos mutuamente de cualquier compromiso adquirido —sentenció Isaac.

Las opiniones y los distintos planteamientos se prolongaron durante casi toda la noche. Al final, con la oposición de una minoría, seguramente la más afectada por el cambio, se llegó a la aceptación del pacto propuesto por Isaac. De madrugada, salieron los antiguos asociados como hombres nuevos y sin ningún vínculo con el resto; unos con las manos libres para actuar mientras otros se encontraron de la noche a la mañana con las manos vacías para emprender un largo camino de cambios obligados por unas circunstancias de las que hacía mucho tiempo habían perdido por completo el control. Aunque intentó con todas sus fuerzas disimular, el más contento resultó Isaac, quien ya se había adelantado a unos acontecimientos que presumiblemente iban a ocurrir, por lo que llevaba cierta ventaja en relación con sus antiguos socios.

De inmediato quiso regresar a su casa en Cádiz, no sin antes despedirse de sus padres políticos, con quienes tuvo una deferencia

en muestra de agradecimiento por la ayuda prestada. Durante el camino de vuelta, se apoderó en su ánimo una sensación agridulce que le acompañó toda la duración del recorrido. Se sentía satisfecho por haberse librado de unos compromisos que cada vez le pesaban más y que poco a poco le consumían la salud; porque estaba convencido de que irremediablemente terminarían por conducirle a la ruina, y quién sabe si también darían con sus huesos en un oscuro penal. Por otro lado, aunque era una decisión muy dura, entendió que ya no tenía obligación alguna de dedicarse a enderezar los negocios ruinosos heredados, y cuanto antes se deshiciera de ellos, mejor para todos. Había llegado el momento de tomar decisiones importantes por duras y drásticas que fueran. Estaba seguro de que Sara accedería a cuanto le pidiera; en cambio, Salomé, su madre, tal vez por su edad, a lo mejor no estaría tan dispuesta a realizar significativos cambios en su vida. Pensó que si alguien podía convencerla, serían sus nietas; esa era su mejor baza para que accediera a cumplir sus próximas peticiones.

Cuando apareció en su domicilio, puso a todos en antecedentes desde los prolegómenos de la cita hasta su conclusión, así como acerca del buen estado de salud de la familia de su esposa. En realidad, desde que contrajeron matrimonio, Sara no quiso inmiscuirse en los asuntos de su marido, por lo que nunca le forzó a que le contara algo que no quisiera o pensara que no debiera saber. Por eso, evitó extenderse en detalles innecesarios de operaciones que solo conocía con precisión Salomé, quien tampoco hizo ningún ademán por informar de estos a su nuera. Después, en cuanto terminó de facilitarles la información, dejó pendiente una conversación que Isaac quería mantener con ambas y que consideró de vital importancia para perfilar el inmediato futuro familiar. A la mañana siguiente, una vez ya repuesto del cansancio del viaje, se reunió con su esposa y con su madre, y les expuso sus razones.

—Los negocios han ido de mal en peor y nuestras pérdidas superan con creces los beneficios que hemos obtenido. Esta situación, unida a los elevados gastos de los naufragios, nos ha colocado en una posición límite.

—¿Qué quieres hacer? —solicitó la madre.

—Padre me puso al corriente de nuestras dificultades, pero no tuvo nunca la oportunidad de intervenir en un arreglo definitivo, porque tenía las manos atadas por sus socios. Pero, por suerte, ya hemos roto todo tipo de compromiso, por lo que podemos tomar decisiones que solo nos afecten a nosotros. Yo tengo una idea muy diferente a la que él mantuvo viva durante su vida. Nunca se le pasó

por la imaginación hacer otra cosa que no fuera aumentar nuestra posición e importancia dentro de la sociedad gaditana.

—¿Y tú? ¿Qué tienes en mente? —volvió a preguntar su madre.

—Creo que nuestros problemas pueden corregirse si vendemos las posesiones y emigramos de estas tierras.

—¡Estás loco! ¡Has perdido el juicio! —exclamo Salomé indignada.

—¡No, madre! Nuestra ruina viene como consecuencia de su empeño, y el tuyo, de mantener a toda costa nuestras propiedades en Andalucía.

—¡Llevamos toda la vida aquí! ¡Somos una de las estirpes más veteranas! ¡Tus antepasados de muchas generaciones atrás se encuentran enterrados bajo este suelo! ¡Bajo ninguna circunstancia abandonaré mis raíces! —exclamó enfurecida Salomé.

—Lo entiendo, madre, pero tú también debes entender que estamos en una situación extremadamente apurada y ello requiere decisiones drásticas que antes ni tan siquiera se nos hubieran pasado por la cabeza.

—Según tú, ¿cuál sería la solución? —le preguntó Salomé.

—Desde mi punto de vista, la única posibilidad de salvación consiste en vender todas las propiedades por lotes más pequeños para que puedan optar más compradores.

—¿Y después?

—Empezaremos de nuevo en otro sitio más propicio, ayudados con lo que saquemos en limpio de la venta de todo nuestro patrimonio y con lo que tenemos ahorrado fuera de España. Son buenas propiedades y seguro que hay muchos interesados en ellas dispuestos a pagar su valor.

—¿Has pensado en algún sitio? —intervino por primera vez Sara, quien hasta ahora había permanecido callada.

—¡Sí! ¡He pensado en Cuba, y más concretamente en La Habana! Es un lugar donde todavía los españoles tenemos mucha fuerza, y además tienen tierras muy propicias para el cultivo del café, el algodón y la caña de azúcar. tres productos muy demandados en Europa y cuyos precios suben de continuo. Allí todavía nos quedan colaboradores dispuestos a ayudarnos para comenzar una nueva vida. Con nuestro capital seremos todavía más importantes que aquí.

—Parece que lo tienes todo muy meditado desde hace bastante tiempo —le hizo la observación su madre.

—¡Es cierto! Pero antes no podía tomar ninguna decisión.

—Mis hijas y yo te seguiremos a donde vayas —intervino Sara.

—A mí me cuesta abandonar lo que ha sido mi vida.

—Madre, a excepción de nosotros, ya no tienes aquí a nadie que te importe.

—¡Déjame pensarlo!

—¡Está bien! Tienes todavía tiempo para decidirte.

CAPÍTULO XI

En La Habana, desde que falleciera Milagros Ruiz, la Salerosa, la mejora en las duras condiciones de vida para los esclavos se abrió camino muy poco a poco, gracias a mucho trabajo, esfuerzos y un sinfín de sacrificios. La mulata Rosina se hizo cargo de la taberna de su abuela, ayudada por su inseparable Ganna, mientras que su marido Cipriano continuó con la explotación agraria de su pequeña finca, asistido por los gemelos Marcelo y Gregorio, quienes se hacían hombres bajo la atenta mirada de sus padres.

Al padre Clemente, como consecuencia del fallecimiento del párroco oficial, don Emilio, se le multiplicó el trabajo, pues quedó como único representante de la Iglesia en aquellas tierras. Los aires de libertad con que siempre impregnaba sus homilías atrajeron a muchos hombres y mujeres que se sintieron identificados con esos sermones que hablaban de la recuperación de la integridad de la persona; de la valía del alma independientemente del color de la piel; del derecho a la tierra, al trabajo y al cobro de un jornal que supusiera una remuneración justa con la que se pudiera vivir dignamente. Sus palabras calaron como lluvia fina sobre buen abono y pronto germinó una semilla que no dejaría de crecer hasta obtener sus deseados frutos.

Sus palabras, aunque eran cuestionadas por las autoridades, no pasaban de ser consideradas como simples comentarios derivados de las opiniones personales de un cura que poco sabía de ocupaciones militares, y mucho menos de riqueza. Los responsables no quisieron prohibirle la exposición de aquellos discursos subversivos y le permitieron que continuara con aquello que consideraron majaderías extravagantes, porque al fin y al cabo, sí era cierto que tenía buena capacidad de convocatoria sobre antiguos esclavos y algunos blancos renegados, pero también pensaron que indirectamente los ayudaba a mantenerlos localizados en un sitio muy determinado, donde podrían ser apresados cuando ellos quisieran. Las autoridades no se dieron cuenta de que sus consejos se escribieron con grandes tizas sobre unas pizarras de espíritus muy jóvenes, que aún permanecían en blanco y esperaban la mano firme de aquel que con fuertes trazos las dejara marcadas para siempre.

Cuanto más tiempo pasaba entre los suyos, más próximo se sentía Clemente a Ganna. Las visitas de esta a la misión se convirtieron en una rutina diaria, y aunque no suscitó murmuraciones, sí que llamaba la atención el grado de intimidad que había surgido entre ambos. Todos quisieron ver en aquella relación la victoria de la igualdad entre razas sobre el estado denigrante de esclavitud hacia otro ser humano. Su pasión por ella solo era superada por su obsesión de liberar a todos los esclavos de Cuba. Por eso, cada vez había más esclavos liberados que mostraban sus simpatías y afectos por el padre Clemente, quien se convirtió, seguramente sin darse cuenta, en un verdadero líder libertador. Su implicación llegó a tal punto que hubo un momento en el que ya no supo distinguir entre su condición de hombre comprometido con una causa real de liberación para sus semejantes más oprimidos y su vocación sacerdotal, aunque él sabía que la una no podía existir sin la otra, pues a ambas las sentía íntimamente relacionadas en lo más profundo de su ser.

En otra índole de cuestiones más mundanas, cuando estaba a solas con Ganna disfrutaba al máximo de esos momentos. Después, sentía arrepentimiento sincero, seguido de un elevado grado de ofuscación. Pero al separarse de su lado, en medio de una soledad intensa, su corazón sufría un dolor que le resultaba insoportable. En aquellos odiosos instantes le hubiera gustado gritar al mundo sus verdaderos sentimientos, pero debía reprimirse por el bien de Ganna y de su hijo Gregorio.

Cuando los gemelos contaban con trece años, se sintieron animados por unas decisiones de gobiernos de otros países vecinos ya liberados, encaminadas a conseguir la abolición total de la esclavitud en la zona. Por eso, ambos solicitaron a su padre que les inculcara la instrucción militar; querían participar en cuantas campañas organizara un incipiente Ejército Libertador Mambí, todavía clandestino, que, formado en su inmensa mayoría por cubanos de origen africano, libertos, esclavos, cimarrones y algunos burgueses, se sintió con fuerza para imitar el ejemplo de Jamaica y Haití. Un ejército que se abasteció de mandos militares a través de estudiantes y profesionales procedentes de familias acomodadas, que en materia de guerra fueron, en muchas ocasiones, autodidactas, porque aprendieron sobre la marcha por acumulación de experiencia personal en las numerosas sublevaciones en las que participaron. Su número no cesaba de crecer y continuamente aparecían nuevos líderes que acaparaban la atención, tanto de los insurrectos como de las fuerzas coloniales españolas.

—Padre, tú sabes mucho de combatir. Nos has contado que participaste en muchas batallas. ¿Por qué no nos enseñas? —le preguntó Marcelo.

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que os maten!

—Si nos enseñas bien, no nos matarán —replicó Gregorio.

—¡Entonces seréis vosotros los que mataréis!

—¿Y qué?

—La primera vez que se mata a otro hombre, no se olvida nunca la expresión de su cara; su mirada te acompaña todas las noches del resto de tu vida. Os aseguro que no resulta grato recordarla.

—¿Aunque se lo mereciera?

—¡Aun así!

—Queremos aprender a defendernos —le explicó Gregorio.

—¡No lo necesitáis!

—¡Claro que sí! Ahora tú nos proteges, pero luego, cuando seas mayor, ¿quién te protegerá a ti? ¿Y a mamá? ¿Y a la tía Ganna? —replicó Marcelo.

—No queréis proteger a nadie; solo deseáis luchar contra aquellos que llamáis invasores, sin recordar que yo también soy de su país y, por tanto, pudiera ser que alguno de vuestros amigos quisiera considerarme otro enemigo, y a lo mejor intentara matarme.

—¡No digas eso, padre! Aquí todo el mundo te conoce y sabe cómo eres —contestó Gregorio.

—¡Siempre hay un loco en todas partes! Nunca lo olvidéis.

Los chicos callaron, pero en la primera oportunidad que tuvieron volvieron a insistir, esta vez a su madre. Rosina fue bastante más receptiva a sus peticiones, tal vez porque su condición personal le permitió ver las cosas desde otro punto de vista al de su marido o quizás porque en el fondo de su corazón sabía que sus dos hijos, al igual que los hijos de los otros, tarde o temprano pondrían sus vidas a disposición de la causa para que sus ideas prosperasen.

—Cipriano, tú has sido militar y sabes que las ideas no sirven de nada sin una fuerza que convenza con las armas —le dijo una noche mientras permanecían tumbados en la cama.

—He sido mercenario y no me gustó aquel trabajo.

—¡Da igual! ¡Los resultados fueron los mismos! Recapacita y piensa que no vamos a poder sujetarlos en casa por mucho más tiempo. Tarde o temprano se unirán con cualquier compañía que les ofrezca la posibilidad de luchar por sus ideales.

—¡Son modas pasajeras que pasarán con el tiempo! ¡Siempre ocurre lo mismo!

—¡Sí! Pero después de haber combatido. Esta vez, los esclavos van en serio, animados por los resultados obtenidos en otros países vecinos. Cada vez vienen más esclavos libres a ayudar en esta causa.

—¡No quiero que mueran por mi culpa! —exclamó Cipriano enfadado.

—¡Si tienen que morir, que así sea! Prefiero que acaben sus días en un campo de batalla a que se dejen la piel poco a poco en una tierra que no les ofrece ninguna oportunidad de futuro, y que envejezcan sin haber conseguido nada.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Enséñales a matar enemigos! Al menos, morirán con dignidad.

—Me pides que les enseñe a matar a los míos.

—¡Esos no son los tuyos! ¡Nosotros somos tu familia y a quien te debes! Hace mucho tiempo que dejaste de ser como ellos; ahora eres tan esclavo como cualquiera que trabaje míseramente estas tierras. ¡No importa que seas blanco!

—Si les enseño, se irán enseguida.

—¡Se irán de todas maneras! Es algo que no podemos evitar. Al menos, no te pesará en la conciencia que por no haberlos adiestrado en el manejo de las armas permitiste que se fueran al matadero sin ninguna oportunidad de defensa.

Estas últimas palabras le hicieron comprender que nuevos vientos de libertad soplaban en su casa y el ímpetu de la juventud inquieta llamaba a su puerta. Comprendió que ya no podía negarles la instrucción en la disciplina que mejor conocía, y por tanto, al día siguiente, comenzó con las prácticas que le solicitaron sus dos hijos.

Tanto Marcelo como Gregorio aprendieron el manejo del sable, del fusil, de la bayoneta calada, del mango de la pistola, del cuchillo y hasta a combatir con las propias manos. También les enseñó el uso de la pólvora, a cargar las armas, a disparar contra blancos móviles y fijos, a fabricar proyectiles y bombas, y cuantas actividades se le ocurrieron con tal de mantenerlos entretenidos el mayor tiempo posible. A partir del inicio de esas clases particulares tan especiales, los muchachos empezaron a reconocer en su padre unos valores que antes habían pasado desapercibidos. Poco a poco, se dieron cuenta de que convivían con un héroe anónimo que por su propia sencillez y prudencia nunca se había jactado de hazaña alguna. Las artimañas y los trucos en el combate que aprendieron de su progenitor les sorprendían todos los días, y el grado de

connivencia entre los tres aumentó de manera muy considerable. Después, dejaron paso a una admiración que, combinada con el cariño, ayudó a crear un vínculo que resultaría inquebrantable.

Cipriano interpretó, no sin cierta lógica, que hasta que no los reconociera perfectamente preparados para el combate no les permitiría salir de su casa. Su plan consistió en calificarlos muy por debajo de lo que hubieran sido sus verdaderas notas para así poder retenerlos a su lado el tiempo que quisiera. Por ello, decidió ser el examinador más exigente de cuantos hubieran existido. Solo existían errores, fallos, torpezas y hasta incapacidades para la lucha. Sin embargo, cuanto más les exigía, mejores resultados obtenían, aunque frente a ellos negara sus evidentes avances. Hasta el propio Cipriano, algunas veces, quedaba maravillado de las habilidades innatas que ambos hermanos demostraban tener para el manejo de todo tipo de armas. Aprendían demasiado deprisa y cada vez le costaba más esfuerzo encontrar nuevas actividades y excusas que pudieran dar al traste con sus destrezas. De todos modos, su instructor sabía que solo era cuestión de tiempo que adquirieran lo único que les faltaba: fuerza y cabeza.

Marcelo y Gregorio, gracias a su padre, se habían convertido en unos verdaderos expertos en todo lo relacionado con el combate. En destreza y habilidad ya habían superado al maestro, pero aún seguían supeditados a sus bajas calificaciones. Para entonces, la lucha contra las múltiples insurrecciones que surgieron a lo largo de estos últimos tiempos había dejado un reguero de muertos en casi todas las casas, animados por el ejemplo de otros países que ya habían conseguido sus libertades. Sin embargo, y aunque ya no aparecían en los puertos barcos cargados con esclavos de una manera tan ostensible como antes, las conspiraciones en oposición frontal al poder no cesaron de manera alguna, lo que produjo un continuo enfrentamiento armado entre españoles y criollos.

Un día, mientras terminaban de comer, surgió una disputa entre los gemelos y su padre por causa del inicio de unos timoratos movimientos políticos acaecidos recientemente en la provincia en favor de la supresión de la esclavitud. Como casi siempre, los dos muchachos tenían una forma muy distinta de ver las cosas; la templanza de su progenitor se daba de bruces con el carácter impulsivo de los jóvenes, quienes deseaban una oportunidad para alistarse lo antes posible y librar su primera batalla. Ambos esperaban con impaciencia cualquier llamada que supusiera entrar en acción lo antes posible, seguramente para poner en práctica las técnicas aprendidas. El maestro siempre intentó limar al máximo

esas apetencias desde que comenzaran con su instrucción militar, pero a juzgar por las insaciables ganas que tenían de entrar en combate, los resultados obtenidos con sus consejos no fueron los esperados.

En medio de aquella airada disputa verbal, cuando el padre insinuó que continuaban sin estar debidamente preparados para acometer esa empresa, los gemelos le informaron de que muchos de sus amigos ya habían acudido a algunas escaramuzas con mucha menos preparación que ellos. En ese preciso instante fue cuando Cipriano cometió su primera y única equivocación: afirmó que solo estarían listos para partir cuando fueran capaces de vencerle. Entonces, un destello de malicia les iluminó los ojos; fue como si llevaran tiempo a la espera de recibir esa respuesta, como si después de permanecer el cazador al acecho de su presa, esta pasara por delante de su puesto y cayera en su trampa. Les bastó simplemente con seguir las recomendaciones de su instructor y retarle de inmediato a una especie de campeonato particular en el que debían intervenir todas las especialidades aprendidas hasta entonces. Drásticamente cambió el contenido de la conversación que mantenían para centrarlo únicamente hacia el establecimiento de las normas que deberían regir las distintas pruebas, así como su puntuación, con el fin de facilitar el recuento final. Cipriano, en aquellos momentos, comprendió demasiado tarde que ya no podía rectificar su propuesta, por lo que intentó dirigir las diferentes pruebas hacia aquellas que él mejor dominaba, y, además, se aseguró de otorgarles la mayor puntuación, con el fin de contar con alguna ventaja adicional que le diera la victoria y que sirviera para contrarrestar la diferencia de edad que existía entre sus otros dos contrincantes, pues ya contaba con cincuenta y nueve años bien trabajados, frente a los implacables veintiuno de sus hijos.

Las diferentes pruebas se celebraron solo durante los domingos de todo un mes; los tres adversarios dispararon con fusil y con pistola, tanto a blancos móviles como fijos; compitieron en rapidez con las diferentes cargas, según el arma, para la repetición de varios disparos seguidos en el menor tiempo posible. También combatieron con sables y cuchillos de madera. En todas y cada una de las confrontaciones el resultado fue idéntico; siempre resultó vencedor Gregorio, seguido de Marcelo, y en último lugar, el hasta ahora maestro de ambos. Ambos gemelos parecían poseer unas especiales condiciones para la lucha que les conferían unas características innatas como jamás había conocido Cipriano en sus muchos combates como consecuencia del arrendamiento de sus

armas a cualquiera que estuviese dispuesto a pagar.

El último domingo, ya anochecido, cuando el matrimonio estaba solo en casa, porque los chicos se fueron a festejar su victoria con unos amigos, Rosina se enteró del resultado final y sintió como si un puñal se le clavara en lo más profundo de su corazón. En aquel instante le turbaron dos preocupaciones: por un lado, pensó temerosa en la incertidumbre de las próximas decisiones de sus hijos, ahora que se sentían fortalecidos. Después, una honda pena ante el reconocimiento obligado que tuvo que hacer su marido: que ya no tenía la fuerza ni la habilidad de antaño.

—Querida Rosina, la vejez se ha instalado en mi cuerpo y jamás me va a abandonar hasta que muera —le dijo con voz entristecida.

—Cipriano, todavía ninguno de mis hijos trabaja con tu intensidad.

—Sí, pero los dos me han vencido; no he sido capaz de ganarles en nada.

—¿Por qué no piensas que esto es consecuencia de tus buenas enseñanzas?

—No es por ellos; es por mí.

—¿Por ti?

—Ha sido la primera vez que he tenido que reconocer una derrota, y me temo que a partir de ahora no será la última.

—Creo que lo ves desde un punto de vista equivocado. Ahora, solo piensas en lo poco que te queda por delante porque estás enfadado por el resultado de esa estúpida confrontación, que de seguro traerá repercusiones dolorosas.

—Seguro que tienes razón, pero no puedo evitarlo. He perdido en lo que mejor sabía hacer, y reconozco que eso no me gusta.

—Pues deberías pensar más en nuestros hijos.

—Lo sé, pero ha dejado de preocuparme ese tema.

—¿Cómo?

—Aunque te parezca extraño, ya no me preocupo por la seguridad de nuestros hijos.

—¡Qué dices! ¿Te has vuelto loco?

—No; simplemente los he visto manejar las armas y creo que son los otros quienes deben prepararse para luchar contra ellos.

—¿Y las emboscadas? ¿Y las balas perdidas de las que tanto les has hablado? ¿Y los cañonazos incontrolados? ¿Cómo piensas salvarlos de todos esos peligros?

—En esas cosas influye mucho la suerte y no hay forma de intervenir en esas cuestiones. Creo que pronto se irán, y debes estar preparada.

—¡Una madre nunca está dispuesta para perder a un hijo!

—Mujer, no los pierdes; se van por un cierto tiempo.

—¡No! No se lo permitiré.

—Estate tranquila, que sabrán cuidarse mejor que yo mismo.

—¿Tan seguro estás?

—Sí; se irán cuando menos te lo esperes.

—¿Qué será de ellos?

—Los dos son mejores soldados que yo; en cuanto tengan una oportunidad y los vean luchar, no tendrán problemas para hacerse con los mandos. En especial, me ha sorprendido Gregorio. Cuando combate, le cambia la mirada y se convierte en un animal depredador que acosa a su víctima hasta matarla. No vacila ante el riesgo y asesta golpes contundentes y precisos. Utiliza muy poca fuerza y, además, consigue, con apenas desgaste, unos resultados increíbles. Por eso se cansa mucho menos que su propio hermano, quien siendo un fuera de serie no consigue llegar a su altura. Son muy habilidosos y saben combinar a la perfección fuerza con rapidez y destreza. Sin embargo, hay una cosa que me tiene preocupado.

—¿Qué cosa?

—Cuando pelean, no parece que conozcan la compasión con el enemigo, y te aseguro que yo no les he enseñado a ser así.

—¿Entonces?

—Estoy convencido de que el causante de esa forma tan radical de ver al contrario es Gregorio. Tiene mucha influencia sobre Marcelo y le transmite unos sentimientos de odio que, si no saben controlar, pueden convertirse en su perdición. En algunos trances de las peleas que he mantenido con él, me ha parecido que se cegaba y que veía en mí a un enemigo a abatir y no a su padre que competía en un campeonato por puntos. Era como si estuviera en otro sitio.

—No olvides que es hijo de Ganna.

—Pero él no lo sabe.

—Ya, pero sus raíces las lleva muy dentro y tarde o temprano es posible que puedan salir al exterior.

—En mis largos años de mercenario, nunca conocí a nadie con unas características tan bien dotadas para el combate. No te puedes imaginar cómo marcaba sin piedad una y otra vez mis puntos más vulnerables. Hizo gala de una rapidez y precisión hasta entonces desconocidas para mí; no me dejó un solo instante de respiro. Por mucho que intenté con mi fuerza contrarrestar sus furiosos ataques, me resultó imposible ni tan siquiera rozarle. Mientras yo trataba en

vano de protegerme de sus golpes, cuando quise darme cuenta ya me había degollado un par de veces, asestado dos mandobles en el centro del corazón y traspasado por cuatro o cinco veces el estómago. Fue algo increíble e insólito. Menos mal que las armas eran de madera.

—No me gusta lo que cuentas.

—Ya me imagino, pero es la pura verdad.

—Y de eso, ¿no te diste cuenta en los entrenamientos?

—¡No! ¡Supo ocultármelo a conciencia!

—Entonces, ¿cuándo destacó de esta manera?

—Eso es lo que me preocupa, que no lo sé. Es como si lo llevara dentro del alma y le saliera de una forma espontánea. Da la sensación de que con un arma en la mano se transforma en otro ser mucho más violento y mortal.

—¿Y qué opinas de Marcelo?

—¡Es muy bueno! ¡Mucho mejor que yo en mis mejores momentos! Es mucho más sensato que Gregorio y tiene más cabeza; pero no se acerca ni de lejos a su nivel. El otro es aguerrido y todo fortaleza, se rige por impulsos que ni él mismo puede controlar y eso es precisamente lo que le hace ser imprevisible y peligroso, que no sigue ninguna norma. Por otro lado, se complementan de maravilla, lo que puede convertirlos en una pareja muy difícil de abatir si son capaces de reconocer sus escasas carencias y aceptar que ambos se pueden ayudar mutuamente.

—No creo que sea difícil. Son hermanos y nunca se han peleado.

—Sí, pero al igual que en la vida cotidiana es Marcelo quien dirige a su hermano, en el campo de batalla y en todo lo relacionado con la lucha es Gregorio quien domina y, por tanto, quien dirige las ofensivas.

—¿Cómo lo sabes, si nunca los has visto en una guerra?

—Lo intuyo; he visto los ojos de admiración de nuestro hijo hacia su hermano. Cuando combaten entre ellos, Marcelo sale vencido antes de comenzar porque reconoce tácitamente su inferioridad. Y tiene razón; en verdad así es.

Rápidamente, comenzó a vislumbrarse una intensificación de un decidido movimiento nacional. El proceso se inició con la proclamación de independencia por parte de un grupo de hacendados que liberó a sus esclavos y los incorporó al recién creado ejército rebelde. La noticia pronto fue conocida por la población, y de una manera natural cundió el mismo ejemplo en todos los rincones del país. En pocos meses, la llegada masiva de voluntarios a los distintos batallones configuró una fuerza armada

de cerca de quince mil efectivos. Dos de ellos, como no podía ser de otra manera, eran los hermanos Ferré, quienes tan pronto como tuvieron conocimiento de los hechos, corrieron a alistarse a una milicia que no distinguía de condición social, religión ni color de piel. En ese paso decisivo tuvieron la seria oposición de la madre, pero su enérgica actitud contra su participación en el conflicto no fue suficiente para hacerlos desistir de una decisión que tenían tomada desde hacía bastante tiempo.

Cuando llegaron al banderín de reclutamiento, la única condición que pusieron fue la de marchar juntos al combate, y así se lo prometieron. A partir de este momento, los acontecimientos se sucedieron con una rapidez tan vertiginosa que no daba tiempo a asimilar unas noticias cuando otras aparecían como primicias de una confrontación abierta en muchos pueblos. Las distintas informaciones que llegaban del frente fueron canalizadas a través de la misión del padre Clemente, quien contaba con una solvente red de emisarios y también con muy buenos espías al servicio de la causa. A diario, al acabar la jornada, se reunía con Ganna, Rosina y Cipriano con el fin de mantenerlos informados de las novedades, tan pronto como se le comunicaban. En el rostro de los cuatro, la angustia por el desconocimiento del paradero concreto de los chicos, junto con el dolor que podría suponer su pérdida, se reflejaban de tal forma que, sin querer, se desencajaban cada vez que Clemente abría una nueva misiva con las últimas noticias.

Los hermanos, durante un periodo bastante largo, apenas estuvieron en tres o cuatro ocasiones muy contadas en casa de sus padres. En cuanto a la comunicación, fue muy escasa y siempre indirecta a través de personas de mucha confianza. En poco tiempo formaron la compañía de guerrilleros más sanguinaria de cuantas participaron en acciones de castigo contra el ejército español. Se los conocía bajo el sobrenombre de «Compañía Látigo» en recuerdo de los duros castigos que sufrieron muchos de sus componentes con el susodicho utensilio de tortura. Esa era una de las razones de peso que mejor explicaba el comportamiento tan violento de ese grupo de combatientes, que fue seleccionado y liderado por Gregorio, un jefe respetado y admirado que aplicó técnicas de ataque desconocidas por aquellas tierras y que fue secundado por su hermano Marcelo, el mejor asistente que jamás tuvo un líder.

Los enfrentamientos convencionales entre ambos ejércitos casi siempre se saldaron con victorias de las fuerzas coloniales, ya que estaban mucho mejor adiestradas que las tropas revolucionarias. Sus posiciones en los lugares de combate, junto con la férrea

disciplina de sus soldados, que no retrocedían hasta recibir la correspondiente orden, resultaron circunstancias definitivas que, a la postre, hicieron que la balanza se inclinara hacia su lado en las batallas en que intervinieron ambos hermanos. Bastaron varios resultados desfavorables a los intereses de los insurrectos para que Marcelo le hiciera notar tal ventaja a su hermano, quien también se había percatado del serio inconveniente con el que debían contar, sobre todo a campo descubierto. Por ello, al acabar uno de sus muchos encontronazos, no dudó en elaborar un plan de ataque que presentó a su inmediato superior, el capitán Amador. Este ya se había dado cuenta de las magníficas condiciones que tenían ambos hermanos, en especial Gregorio, tanto para la lucha como para el mando. Desde que se percató en las primeras campañas, intervino en su favor y los recomendó para que fueran ascendidos a sargentos, petición que, gracias a sus informes favorables, fue casi de inmediato aceptada.

—¡Mi capitán! ¿Da su permiso? —Entraron decididos los hermanos en la tienda de campaña.

—¡Adelante!

—Venimos a exponerle una idea que puede cambiar el rumbo de esta guerra.

—¡Hablen rápido! ¡Les escucho! ¡No tengo mucho tiempo!

—El ejército español nos ocasiona muchas bajas porque los atacamos como un cuerpo de militares al uso. Pero nosotros no contamos con su formación, ni con su experiencia, ni con su armamento; por tanto, el resultado siempre nos será desfavorable. La única solución que nos parece factible para cambiar el signo de esta guerra es contraatacar mediante la utilización de una nueva estrategia basada en una guerra de guerrillas —expuso Marcelo, quien actuó como portavoz.

—Eso no es honorable —contestó el capitán.

—Puede, pero es muy práctico y nos ahorrará muchas vidas —contestó de inmediato Gregorio.

—¡No lo veo claro! Además, hemos venido a combatir en nombre de una nación que quiere ser reconocida por el mundo entero, y no podemos permitir que nos acusen de bandidos.

—Los mismos españoles la implantaron en su guerra de independencia contra los franceses, y resultó ser un arma invencible —intervino Marcelo.

—Tenemos que utilizar los recursos que mejor conocemos, tales como el clima, las condiciones del terreno y aquello que evite servir un blanco fácil al enemigo —expuso Gregorio.

—¿Como qué? —preguntó interesado el capitán.

—Pues apoyarnos en la población para ocultarnos, atacar de improviso, realizar emboscadas, cortar sus suministros y realizar cuantas acciones consideremos necesarias para dejarlos aislados y desabastecidos.

—¡No permitiré que se exponga a los civiles! ¡Váyanse! —contestó enérgicamente el capitán.

Aquella conversación quedó en el más absoluto olvido, y a los pocos días, la columna a la que pertenecían los hermanos Ferré volvió a intervenir en una acción militar contra el ejército enemigo. La misión encomendada consistió en recuperar una loma de importante valor estratégico que estaba bien defendida, pues aunque de cota baja, suponía el control sobre una inmensa llanura que se perdía en el horizonte, llave imprescindible para acceder a Caonao, pueblo importante por su producción azucarera, que distaba siete kilómetros de Cienfuegos, municipio que hacía las veces de cabecera de partido de la comarca.

Después de intensos combates que se repitieron durante bastantes días, los milicianos rebeldes consiguieron hacerse con el pequeño fortín que fue defendido por una tropa muy inferior en número, no sin tener que pagar un coste elevadísimo de pérdida de efectivos, entre los que se encontró el capitán Amador. Descabezada esa ala del ejército insurrecto, el Consejo General no dudó en ofrecer el mando a Gregorio con el grado de teniente, oferta que fue rechazada de plano por el interesado. Por su extraña negativa a asumir la dirección y ante la necesidad de encontrar un sustituto idóneo, a los pocos días recibieron la inesperada visita del comandante en jefe de las fuerzas de la región del sur, quien no conseguía entender la actitud del recomendado del capitán Amador, pues supuso que no se correspondía con las características descritas por el militar recientemente fallecido.

—Quiero hablar con el sargento Gregorio —solicitó en cuanto se personó en el campamento rebelde.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —saludó Gregorio.

—Vengo a hablar con usted y a conocerle en persona.

—Es un honor, mi comandante.

—Quiero saber por qué ha rechazado la dirección de este destacamento.

—Porque no me gusta perder, mi comandante.

—¡Explíquese!

—Estoy convencido de que si continuamos con esta forma de combatir contra el enemigo, es cuestión de tiempo que perdamos la

guerra.

—¿Acaso conoce alguna otra fórmula mejor?

—Sí, señor.

—¡Cuéntemela! Le escucho.

Los hermanos volvieron a explicar el mismo plan que en su día relataron al fallecido capitán Amador. Fue tanta la pasión que pusieron en el planteamiento de sus futuras acciones, que terminaron por convencer a su comandante sobre la necesidad de crear un cuerpo de elite especializado en combatir de otra manera a las disciplinadas tropas españolas de ocupación. Al final de la conversación, y antes de la despedida, el visitante le preguntó:

—¿Qué graduación quiere ostentar para llevar a cabo su propuesta?

—Prefiero ser capitán de bandidos que general de ejércitos — contestó Gregorio.

—Pues sea la de capitán.

—Una cosa más, mi comandante.

—¡Diga!

—No sé pelear sin mi hermano.

—¿Por qué?

—Porque es mi cabeza y mi espalda. Piensa por mí, vigila mi sueño y me protege cuando estoy distraído.

—¡Quién tuviera a alguien así para todos los días!

—Es mucho más templado que yo y siempre sabe aplicar el equilibrio emocional que a mí me falta.

—Prefiero soldados fogosos que me solucionen los problemas sobre la marcha a intelectuales que mediten sobre la conveniencia de las cosas.

—Marcelo es el mejor soldado que conozco y deposito mi seguridad y mi vida en sus manos. Sin él no participo en ninguna acción.

—¡No lo dudo! No puede ser de otra manera, pues aparte de tener muy buenos informes suyos, no sería lógico que un combatiente como usted se fiase tanto de un incompetente. Por ello, aceptaré cualquier petición lógica que me presente.

—Quiero que venga como mi segundo, con la misma graduación de capitán.

—¿Dos capitanes?

—Está perfectamente capacitado. Si yo cayera en combate, la compañía continuaría sin problemas bajo su mando; tal vez mejor, pues su sed de venganza le haría mucho más peligroso.

—Comprendo. No hay peor enemigo que una persona cerebral

con ira contenida.

—Así es, mi comandante.

—¡Está bien! ¡Accedo a lo solicitado! Considérense desde ahora mismo capitanes de esa especial compañía y ocúpense de seleccionar a los hombres que necesiten, que yo me encargaré de los trámites oficiales necesarios y de encontrar un sustituto que ocupe el puesto que inicialmente venía a ofrecerle.

—Gracias, mi comandante.

—Una cosa más: solo reportarán justificación de sus acciones ante mí. Y procuren encontrar un apodo que les permita permanecer en el más absoluto anonimato; no quiero represalias sobre familiares o personas allegadas, ¿comprende?

—Perfectamente, mi comandante.

De esta manera tan poco convencional nació la Compañía Látigo; un grupo armado bajo las órdenes de Gregorio y Marcelo, que a partir de este momento intervino en todo tipo de sabotajes en toda la geografía nacional. Como consecuencia de sus positivas intervenciones, el ejército colonial se vio obligado a solicitar el envío de refuerzos, situación que supuso un importante incremento del coste de mantenimiento de esta campaña. Con todo, cuando los hermanos Ferré notaron que el cerco comenzaba a cerrarse en torno a ellos y a sus colaboradores, fue el momento en que decidieron volver a sus casas para desempeñar sus actividades como cualquier otro hacendado.

CAPÍTULO XII

Los hermanos Ferré, desde el inicio de sus actividades de sabotaje, comprendieron la necesidad de asfixiar a las tropas enemigas por medio de la interceptación de suministros y de la destrucción de sus vías de avituallamiento.

Mientras tanto, las gestiones diplomáticas españolas se complicaron en gran medida cuando fueron interceptados varios buques ingleses y norteamericanos que portaban armas para los insurrectos. Ocurrió que en una de esas transacciones los servicios de inteligencia españoles tuvieron conocimiento de que la expedición del navío Anita fue abastecida en un punto secreto de la costa norte de Estados Unidos por el bergantín Thomas Ferguson. Desde el origen se espiaron los movimientos de la mercancía, y en el momento más idóneo fueron interceptados, decomisada la mercancía y detenidos los transportistas. El gobierno colonial de la isla de Cuba, harto de lo que dio en considerar una inaceptable traición, sin autorización expresa de la metrópolis, procedió a fusilar a los detenidos entre los que se encontraban ciudadanos ingleses y norteamericanos, decisión que provocó un conflicto internacional en contra de los intereses españoles por incumplimiento de las leyes internacionales firmadas con esos mismos países implicados. Afortunadamente, el asunto se resolvió por conducto diplomático, pero dejó heridas de muerte las futuras relaciones con el exterior en relación con los planteamientos españoles sobre la guerra contra los insurrectos cubanos. Las naciones agraviadas supieron soportar a duras penas, no respondieron de inmediato por la muerte de sus compatriotas porque consideraron que aún no había llegado el momento más conveniente para vengar la afrenta; pero aquella acción no sería olvidada.

Finalmente, en 1879, la paz se consiguió mediante un pacto entre los bandos contendientes que dejó a los rebeldes sin la independencia reclamada. Pero a cambio consiguieron la proclamación de la abolición gradual de la esclavitud y la expresa prohibición, con entrada en vigor de manera inmediata, de la entrada en el país de nuevas capturas. A pesar de la firma del tratado de paz y del cese oficial de las hostilidades, se produjo una

escisión entre las filas independentistas, ya que una fracción del ejército rebelde no aceptó aquel acuerdo por considerarlo una claudicación en forma de derrota innecesaria. Por ello, y en contra de las directrices marcadas por sus propios mandos superiores, continuó con una política de acoso a las fuerzas españolas mediante la acción de permanentes escaramuzas. Aunque la guerra había finalizado oficialmente, el goteo de pérdidas de vidas humanas por ambos bandos fue constante. Para entonces, los hermanos Ferré tenían veinticinco años, y durante este periodo de tiempo alcanzaron la graduación de coroneles.

Sin embargo, el amor se abrió camino en sus vidas y ambos tuvieron tiempo para elegir pareja y formar sus respectivos hogares. Gregorio se unió con una mulata liberada descendiente de españoles, de nombre Berta Ponce, una joven de piel canela, cuatro años más joven, que se caracterizaba por poseer unos grandes ojos verdes claros, con importantes trazos de color miel alrededor de las pupilas, que resaltaban sobre cualquier otro rasgo significativo. Mujer combativa de fuerte carácter y físico robusto, parecía interesarse por todo aquello relacionado con los temas que preocupaban a su pareja. Siempre dispuesta para ayudarle, desde que le conoció no vaciló en abandonar a su familia para seguirle dondequiera que fuera. No llamaba la atención por poseer un cuerpo escultural ni por una elegancia sobresaliente; en cambio, aquella energía que irradiaba a cuantos se encontraban a su alrededor fue lo que enamoró a Gregorio, aparte de unos grandes pechos y aquellas caderas que cuando caminaba sabía contonear igual que si fuera una pantera en celo.

Tuvieron un hijo de piel muy blanquita, al que llamaron Zoel, quien ya contaba con tres revoltosos años por esas fechas y había heredado los mismos ojos de su madre. Ante la carencia de una propiedad independiente que les diera cobijo, se quedaron a vivir con Cipriano y Rosina; se repartieron los trabajos y mientras uno ayudó a sus padres con los trabajos propios de la finca, además de compaginarlos con sus ocupaciones secretas como militar clandestino, Berta se ocupó de ayudar en los cometidos de la taberna. Lo mejor, para evitar cualquier tipo de sospecha, era que se les viera con trabajos activos y continuos. La llegada de aquel niño supuso la entrada de nuevas alegrías a una casa que había olvidado los sonidos de los juegos infantiles. Ganna, la verdadera abuela, aunque continuó con la regencia de la taberna La Salerosa, quiso fijar su residencia en la finca de su hermana, para estar así más cerca de ellos. No hubo inconveniente alguno, y de repente todos

volvieron a juntarse de nuevo, aunque solo fuera para compartir los últimos momentos de la dura jornada laboral. A pesar de que cada día le costaba más mantener su secreto, Ganna tuvo que contentarse con ver crecer a su nieto en medio de un ambiente familiar como siempre deseó para sus descendientes. Era una mujer extraordinaria, dotada con un sentido muy práctico y natural sobre la palabra sacrificio; por eso, para ella, aquel acto de renuncia tan solo significaba una demostración más de entrega incondicional en favor de la seguridad de los suyos.

En cuanto a Marcelo, por su parte, conoció a Angélica Mieles, hija de un hacendado de origen español que estuvo muy próximo a la causa rebelde y que en algún momento de desesperación ante el acoso cercano de sus enemigos dio cobijo a los hermanos Ferré y a su grupo de activistas, evitando así su inminente apresamiento. La joven estaba educada al estilo clásico español. De cabello castaño claro y estrecha cintura, sabía elegir el mejor vestuario para resaltar sus encantos como ninguna otra mujer en la isla. Acostumbrada a hacer siempre su voluntad, no dudó en acosar con todas las armas de mujer a su alcance para que Marcelo se fijara en ella. Antes de que comenzara aquella guerra particular ya la tuvo perdida el coronel rebelde.

Los jóvenes, ambos de la misma edad, nada más conocerse enseguida se enamoraron perdidamente y se casaron a los seis meses de haberse declarado. La familia de la novia, para que pudieran iniciar una vida en pareja, les proporcionó vivienda y algunas propiedades no muy lejos de ellos, en un lugar cuyo conjunto configuraba un paraje conocido como La Alameda Verde, que estaba situado a las afueras de La Habana, aproximadamente a unos cincuenta kilómetros de distancia, en un lugar que los viejos del lugar denominaban Puente de Ley. Aquel regalo envenenado, en realidad, suponía la obligación de mantenerse cerca de la familia de la esposa, porque la explotación de la finca obligó al matrimonio a fijar su residencia en el lugar de trabajo, lo que garantizó al padre de ella cierta información permanente sobre la situación de su hija y sobre la marcha de los negocios de su único yerno. Esa situación fue perfectamente entendida y bien aceptada por los padres de Marcelo, quienes supieron valorar en su justa medida el regalo de sus consuegros y, por supuesto, reconocieron de inmediato la posibilidad que tenía su hijo de contar con un futuro mucho mejor del que ellos mismos le podrían haber facilitado. Por eso, y aun a sabiendas de que serían muy breves los espacios de tiempo en que podrían disfrutar de la compañía de Marcelo y de su familia,

estuvieron encantados con la celebración de aquel matrimonio.

Con la llegada de la paz, oficialmente reconocida por ambos ejércitos contendientes, Cipriano, Rosina y Ganna pensaron que una nueva etapa se abría en sus vidas; un periodo de calma que serviría para equilibrar la maltrecha economía familiar y para reunificar de una manera, quizás no definitiva y estable pero sí cercana, a todos sus miembros. Sin embargo, sus apreciaciones estuvieron muy alejadas de la realidad. Tanto Gregorio como Marcelo, a pesar de ser de los pocos que podían contar con propiedades a su cargo, fueron de aquellos escasos combatientes que incluso con sus buenas perspectivas económicas decidieron no rendirse y continuar con la lucha armada, siempre ayudados por el padre Clemente, quien a pesar de sus muchos años permaneció activo en la dirección de un eficaz servicio de información y comunicaciones entre los insurrectos, creado a escondidas por él mismo desde que comenzara el conflicto. Marcelo, aunque ya estaba muy motivado en hacer rentable la propiedad regalada por los padres de su esposa Angélica, consiguió que, cuando las circunstancias así lo requerían, pudiera abandonar sus ocupaciones sin dejar desatendida la hacienda gracias a un pacto tácito con su suegro, que consistía en que cada vez que se tenía que ausentar por esos motivos secretos e inconfesables era de inmediato sustituido por este último para que no se notara su falta. Además, le servía de tapadera y coartada en caso de necesidad.

En cuanto a Cipriano, su avanzada edad ya no le permitía realizar las mismas tareas que cuando era más joven, por lo que tuvo que organizarse al amparo del trabajo de su hijo Gregorio, quien pasó a distribuir su tiempo entre la responsabilidad de la preparación de las acciones militares y el sostenimiento sobre sus hombros del peso de la carga familiar, ayudado por las insuficientes aportaciones que recibía de su cansado padre. En realidad, el tiempo que dedicaba a la actividad relacionada con la guerra siempre fue muy superior al otro, porque era en esa faceta en la que se sentía más cómodo y mejor dotado para conseguir metas importantes. Aunque Cipriano veía con claridad que la finca no estaba bien explotada y que no rendía al máximo de sus capacidades, nunca se atrevió a hacer el más mínimo comentario al respecto. En el fondo de su corazón, era consciente de que él mismo, con treinta años menos, seguramente emularía su comportamiento y continuaría con una presión incansable contra las tropas de ocupación españolas, hasta que se ultimara su total retirada de aquellas tierras. Por eso, no tenía nada que reprocharle

ni podía en conciencia recriminarle por el abandono que sufría su pequeña propiedad.

Sin embargo, ninguno de ellos imaginó que los sufrimientos para la familia Ferré no habían hecho más que comenzar. Durante el tiempo que se tomaron de descanso para ultimar la preparación de uno de sus muchos atentados, se produjo la detención del padre Clemente bajo los cargos de colaboración necesaria con los insurrectos como miembro activo responsable de las comunicaciones rebeldes internas, confidente y traidor a la patria. El origen de esa decisión fue como consecuencia de una denuncia interpuesta por parte de un mulato llamado Clodoaldo Pérez, que sirvió en la misión del padre Clemente como monaguillo y que luego resultó ser un espía infiltrado a las órdenes de las autoridades españolas. Por desgracia, cayeron en su poder algunos folios que alguien dejó olvidados en la mesa del fraile, en los que se hacía mención a la posibilidad de algunos golpes contra las fuerzas invasoras, que luego resultaron fallidos ante el refuerzo de las guardias nocturnas en los objetivos considerados más importantes. En el resto de las incursiones, se les dejó que actuaran como si no se conocieran sus planes para comprobar la veracidad de los informes. Los señuelos fueron polvorines que en realidad solo contenían barriles de pólvora con mucha metralla, lo que hizo creer a los atacantes que habían volado unos importantes almacenes que contenían gran cantidad de armas.

Ya muy de noche, los componentes de una patrulla se acercaron sigilosamente hasta la puerta de la conocida misión de los negros. En su interior, encontraron al anciano fraile que dormitaba recostado sobre la mesa de su escritorio, víctima del cansancio por el trabajo de la dura jornada anterior. Permanecía con una pluma en la mano y una hoja de papel que aún no había comenzado a escribir; una vieja lamparita de aceite iluminaba tenuemente su pequeño cuarto, aquel que le servía de estancia y que también destinaba para distintos usos, según las necesidades de cada momento.

Cuando Clemente fue despertado por la fuerza le leyeron de viva voz los cargos que pesaban sobre su persona, pero aquello no pareció inmutar lo más mínimo al fraile. El sonoro estropicio que organizaron los asaltantes mientras registraban palmo a palmo las dependencias de la misión en busca de pruebas comprometedoras tampoco pareció intranquilizarle en exceso. Permaneció impertérrito en la misma posición sin mostrar sobresalto alguno; era como si llevara tiempo a la espera de que ocurriera algo parecido.

El sosiego con que se comportaba era señal evidente de que su ánimo ya estaba preparado de antemano para esta desagradable posibilidad. En un primer intento no se pudo encontrar prueba alguna en su contra, pese a lo cual le llevaron hasta los calabozos para ser interrogado aquellos mismos que tiempo atrás conoció por intentar evitar la venta de esclavos en pública subasta.

Al día siguiente, mientras el religioso era interrogado por los alguaciles, sus vecinos y amigos se enteraron de la noticia por boca de Ganna, quien al acudir como de costumbre a la misión para llevarle algo de comer se encontró con unos guardias que impidieron su paso y la informaron de lo ocurrido. La desconsolada mujer corrió de inmediato todo lo que le permitieron sus piernas, camino a casa de su hermana, para contar lo sucedido. Cuando divisó la finca, nada más coronar una pequeña cuesta, Gregorio se encontraba en el campo atareado con la reparación de unas alambradas; la reconoció de inmediato, pero por sus movimientos enseguida adivinó que algo no marchaba bien. Sin pensarlo dos veces, corrió en su busca, y cuando llegó a su altura, la mujer se desvaneció entre sus brazos. Tenía los ojos llenos de lágrimas, la respiración entrecortada y los nervios apenas le dejaban hilar alguna palabra que otra. Lloraba desconsoladamente, por lo que no se hacía entender por su hijo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntaba una y otra vez Gregorio.

—Clemente, Clemente —decía sin parar.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Se han llevado a Clemente!

—Pero ¿quién se ha llevado a Clemente?

—¡Los guardias!

Gregorio, rápidamente, entendió lo que pasaba; intentó consolarla, pero no había palabra que apaciguara su ánimo. En el pequeño porche ya aguardaban impacientes Cipriano y Rosina, quienes se percataron de la existencia de graves problemas tan pronto como vieron correr a su hijo al encuentro de su verdadera madre.

—¡Tenemos que ayudarle! —suplicó Ganna cuando se tranquilizó un poco.

—¡Por supuesto que lo haremos! —contestó Cipriano.

—¡Hay que movilizar a los feligreses! —propuso Rosina.

—¡Esperad! —dijo Gregorio.

—¿Por qué? —preguntó Ganna.

—Porque las autoridades esperarán el tiempo necesario hasta conocer la identidad de quienes quieran organizar su rescate. Así

podrán detener a sus cómplices —explicó Gregorio.

—Salvo que le torturen y cuente lo que sabe —apuntó Cipriano.

—¡Clemente no hablará! —exclamó Ganna.

—¿Cómo lo sabes? Al fin y al cabo es un hombre de avanzada edad; nunca ha combatido y además no conoce sus técnicas para causar dolor. Otros más fuertes han sucumbido al castigo —señaló Gregorio.

—¡Clemente no hablará! —volvió a repetir contundentemente Ganna, mientras sollozaba.

Los interrogatorios duraron varios días, y a juzgar por el bloqueo permanente de la pequeña misión y por el intenso trabajo de búsqueda que realizaban en su interior, todavía no se había conseguido información alguna que sirviera para encausarle ni para descubrir la identidad de sus colaboradores. No obstante, el denunciado permaneció incomunicado para evitar filtraciones a terceros implicados. Tan solo se le permitió recibir la visita del denunciante, Clodoaldo Pérez, quien le insistía para que contara la verdad e informara de sus andanzas a las autoridades para así salvar su vida.

—¿Eres tú, Clodoaldo, el responsable de esto?

—¡No soy lo que parece! —contestó.

—¿Tan mal me he portado contigo?

—¡Esa no es la cuestión!

—Entonces, ¿cuál es?

—Es mi trabajo; a mí me pagan por averiguar secretos ajenos.

—¿Y el deber hacia la patria?

—Mi patria es quien me da de comer. Además, me siento español como el que más, mucho más que usted. La traición a España no puede compararse con mi fidelidad.

—Entiendo —contestó afligido Clemente.

—Padre, diga todo lo que sabe y descanse de una vez —le dijo a continuación.

—No quiero salvarme de este cáliz. No me gusta la manera de vivir que veo en esta tierra —contestó mientras miró hacia otro lado en señal de desprecio.

—¡No tiene sentido que siga con este castigo!

—Mi sufrimiento es físico y desaparecerá con mi muerte; en cambio, el tuyo es moral y siempre, aun después de muerto, serás recordado por esto.

En aquel momento, ante la serenidad del religioso y al ver que no iba a sacarle nada en claro, agotó su paciencia y los nervios comenzaron a hacer mella en su comportamiento. Por eso, en un

intento por asustarle mediante daño físico, la emprendió a golpes con el anciano. En realidad, también estaba presionado por sus superiores, quienes no encontraban una razón suficiente que justificara ante la opinión pública aquella inusual detención y, por tanto, si no progresaba su denuncia tendrían que soltarle y dejar al descubierto a su acusador, con los riesgos que ello suponía ante posibles venganzas de los partidarios del detenido.

—¡No diga tonterías! —le contestó a la vez que le abofeteó en repetidas ocasiones, provocándole un abundante sangrado nasal.

—Me das mucha pena. De todos modos, te perdono por esto —contestó Clemente mientras se limpiaba con la mano.

—¡Lo que usted necesita es una buena lección! —le dijo mientras le tiró al suelo con intención de patearle las costillas.

Entonces, el espía se convirtió en el mayor de los torturadores y comenzó a golpearle con la hebilla de su cinturón. Ante la falta de respuestas, continuó con patadas secas propinadas con el tacón de sus botas, pues quiso evitar que la puntera de su calzado rompiera un hueso hacia adentro y se clavara en el corazón o pulmones, lo que habría significado la muerte instantánea del preso. Como consecuencia del uso abusivo de la fuerza en sus repetidos intentos, Clemente no cesaba de manar sangre por la nariz, la boca y los oídos, además de sentir intensos dolores por todo el abdomen, que le dificultaban enormemente la respiración. A pesar de la brutalidad de la paliza para un hombre de su edad, no comprometió el nombre de nadie y tan solo se limitó a emitir quejidos conforme recibía las andanadas de castigo.

Fueron tan sonoros los golpes y tan profundos los lamentos del torturado, que el jefe de guardia de los calabozos, un cabo llamado Evaristo González, acudió en su ayuda cuando no pudo soportar por más tiempo aquella situación.

—¡No voy a permitir que continúe con este innecesario castigo!

—¡Eso lo decidiré yo! —contestó Clodoaldo.

—¡La responsabilidad de la seguridad del preso es mía!

—¡Tengo que sacarle la información! —exclamó Clodoaldo.

—¡Usted no es el apropiado para ello!

—¡Tengo permiso!

—¡Tiene permiso para interrogar! ¡No lo tiene para torturar!

—¡No sabe en qué lío se ha metido! —le amenazó el espía.

—¡Este hombre, mientras yo esté de guardia, no morirá!

—¡Daré parte de usted!

—¡Váyase de inmediato o le ensarto con la bayoneta! —le apuntó Evaristo e hizo ademán de empujar el arma contra el

estómago de Clodoaldo.

—¡Esto no quedará así! —Se marchó indignado.

Nada más salir el espía del calabozo, el cabo se inclinó hacia Clemente para prestarle ayuda. Estaba muy dolorido y había perdido mucha sangre, por lo que una preocupante debilidad se apoderó de su cuerpo. Con palabras entrecortadas se dirigió a su buen samaritano.

—¡Hijo mío! Agradezco tu intervención, pero no has debido inmiscuirte.

—No he podido evitarlo.

—Pero ahora te van a complicar la vida por mi culpa.

—¡Por su culpa no! ¡Por culpa de ese canalla!

—¡El resultado será el mismo!

—¡Ya veremos!

Durante los días siguientes, el fraile apenas probó bocado y casi no bebió el agua que le suministraron, por lo que su precario estado de salud se agravó considerablemente. En cuanto a la población, las protestas por parte de todos los feligreses fueron en aumento y las autoridades no sabían cómo solucionar el problema en que se habían metido. No querían mostrar al fraile en la penosa situación en que se encontraba y, por otro lado, necesitaban una información que no obtenían como coartada justificativa de la detención. Las autoridades militares del alto mando también pedían explicaciones porque entendieron que se corría un riesgo muy elevado de nuevas sublevaciones en un contexto de paz incipiente que había sido apuntalada provisionalmente con alfileres. Los médicos castrenses que le atendieron no eran capaces de cortar definitivamente sus hemorragias internas, lo que hacía presuponer que el fatal desenlace estaba muy próximo.

La solución la proporcionó, sin querer, el propio cabo Evaristo González, quien se apresuró a emitir su informe antes de que Clodoaldo Pérez hiciera lo que le prometió en su airada discusión. Así, preparó una carta explicativa de los hechos que remitió a su teniente, y este la cursó de manera muy oportuna a la cadena de mando. En ella daba su versión de lo ocurrido y, asimismo, relataba el abusivo trato que a su entender recibió el preso, consecuencia directa del deplorable estado en que quedó después de la visita del espía y del que sería muy difícil que se recuperara.

Ante esta información que sirvió como prueba fehaciente y después de una intensa investigación, se emitió un comunicado que lamentó profundamente el importante deterioro de la salud del padre Clemente. También se declaró culpable de lo ocurrido a

Clodoaldo Pérez por haberse excedido de sus funciones, eximiendo de toda responsabilidad a las autoridades militares, quienes aprovecharon la ocasión para manifestar públicamente que en ningún momento ordenaron un trato semejante al detenido y para proclamar su inquebrantable amistad y respeto hacia el pueblo cubano. Por último, en prueba de gratitud y consideración con el cabo Evaristo González, se le ascendió al grado de sargento por haber tenido el valor suficiente de enfrentarse al torturador, por auxiliar al torturado y por atreverse a dar parte de la situación precaria del prisionero.

Mientras se hacía público este contenido para conocimiento general de la población, el padre Clemente fue trasladado a un hospital en un vano intento por salvarle la vida. Allí, fueron muchos de sus parroquianos a visitarle y a rogarle que peleara por su vida, pero el viejo fraile estaba muy cansado de luchar por causas perdidas y no deseaba otra cosa que reposar para siempre en aquellas hermosas tierras.

La visita que más le emocionó fue la de Ganna. Acudió la familia al completo, pero al cabo de un rato, por indicación de Rosina, todos abandonaron la pequeña habitación para dejarlos solos. Clemente estaba muy cansado y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por respirar, pero la presencia de la madre de Gregorio le reconfortó más que cualquier medicina o que cualquier oración.

—¿Por qué no quieres curarte? —preguntó entre lágrimas Ganna.

—No es que no quiera, es que ya no me responde este viejo cuerpo —contestó cogiéndola de la mano.

—¡No es cierto! ¡Me engañas! Todos me dicen que no quieres comer y apenas bebes.

—Estoy muy cansado de vivir, de ver comportamientos que nunca se debieron permitir. Recuerdo los primeros años de África, la dureza de aquellas condiciones de vida y, sin embargo, nunca fui tan feliz en otro lugar de los que conocí.

—¡Cómo añoro mi tierra! —contestó Ganna, a la vez que se apretaban las manos.

—Te creo; también me pasa a mí lo mismo. Seguramente, allí las cosas contigo hubieran sido muy diferentes.

—No te engañes; no habría habido nada entre nosotros, porque yo seguiría unida a mi pareja y tú no pasarías de misionero de una tribu.

—Puede que tengas razón, pero no puedo borrar de mi memoria lo que ocurrió en aquel barco siniestro durante el trayecto hasta

aquí, y luego todos estos momentos de intensa lucha en los que he cometido pecados de los que me arrepiento muy sinceramente. En estos días he hecho un profundo análisis de conciencia y creo que mis ansias de libertad para con este pueblo y otros que he conocido anteriormente me han cegado a la hora de reflexionar sobre mis implicaciones en una revolución armada que ha costado muchas vidas, de las que, en alguna medida, soy responsable. Sé que no es excusa, pero he visto tanto dolor reflejado en los rostros de los esclavos que quizás he querido devolverlo a sus causantes en aplicación de la vieja ley del talión. Al final, mirándome a mí mismo, me doy cuenta de que he obrado de la misma manera que aquellos a quienes durante tanto tiempo critiqué y combatí. Ahora que hago balance de mi vida, tengo que reconocer que me he comportado igual que mis enemigos; he caído en sus mismos errores, solo que en bando contrario. El odio que acumulé se convirtió en venganza cuando tuve la primera oportunidad de ayudar a los rebeldes. En estos largos años he aprendido a rebuscar en el interior del corazón humano lo que de verdad merece la pena. Sé lo que es capaz de hacer, tanto para lo bueno como para lo malo. He visto acometer a la misma persona grandes obras de misericordia y perdón en unos casos e inmediatamente grandes atrocidades en otros, según le conviniera. He sabido interpretar las señales de mis semejantes y, sin embargo, no he querido leer el alma de quien estaba más cercano; yo mismo. Este es mi gran pecado y tendré que rendir cuentas por mi soberbia.

—¿Y de lo nuestro? ¿Estás arrepentido?

—¡No! ¡De lo nuestro no! Te aseguro que volvería a hacerlo de nuevo. Me has dado unos maravillosos instantes de plena felicidad y te agradezco que hayas permanecido siempre en la clandestinidad por salvar mi reputación. Siempre estaré en deuda contigo y reconozco que no he podido corresponderte de la misma manera. Por ello, te pido perdón. No he sabido darte una familia tradicional y me arrepiento de mi cobardía.

—Me enamoré del hombre, no del religioso. Además, desde el principio los dos sabíamos que era un juego muy peligroso y decidimos amarnos en secreto; siempre aceptamos sus consecuencias, aunque nunca quisimos decir nada.

—Diles a todos que estén tranquilos, porque no han conseguido obtener ninguna información de mis labios.

—Ya lo saben.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo. Te conozco muy bien, y aunque no eres fuerte físicamente,

sí que lo eres de espíritu. Nunca delatarías a tu propio hijo.

—Me hubiera gustado formar una familia contigo y con Gregorio que se pareciera a la que todos tienen, pero mi condición de fraile lo hubiera complicado todo. No nos habrían dejado vivir tranquilos en este mundo que no conoce de comprensión ni de cambios y cuyas normas y estructuras están establecidas por gentes que no entienden de parejas de diferente color de piel.

—Lo sé. No te apures por ello. A pesar de los inconvenientes, te estoy muy agradecida, pues en contra de mis sentimientos iniciales, esos que me llevaron a decidir dejarme morir cuando llegué prisionera a estas tierras, he sido muy feliz a tu lado. Me conformo con esos inolvidables momentos que hemos compartido juntos, esos en los que la existencia del resto del mundo no nos importó. Contigo me he sentido una mujer amada, te has entregado a mí al máximo de lo que te han permitido tus obligaciones y de la mejor manera que te han dejado las circunstancias. Desde el principio sabíamos que lo nuestro era un amor imposible, pero, a pesar de todo, quisimos correr el riesgo y nos hemos amado durante muchos años; más que muchas parejas tradicionales, como tú dices.

—¡Eres lo único que me retiene en este mundo!

—¡No quiero perderte!

—Ahora, después de verte de nuevo, ya me he quedado tranquilo. Ya puedo partir cuando me llamen. No es que tenga miedo a la muerte, pero me preocupa el desconocimiento al momento del tránsito.

—¿Qué es el tránsito? —preguntó Ganna atemorizada.

—Para los cristianos, es el paso de lo material a lo inmaterial, del cuerpo al alma, del plano físico al plano espiritual. Es el momento en el que nuestros actos deben ser juzgados y, en función de nuestras acciones, se dictará un veredicto justo.

—No entiendo mucho de tu religión, pero hay una cosa en que se parece a la mía. Si yo, que soy insignificante dentro del infinito universo, he sido capaz de sobrevivir a todo el mal que me han hecho mis semejantes y a pesar de mis limitaciones te quiero con todos tus defectos, entonces no es posible que tu Dios, ese al que llamas bondad y misericordia infinitas, sea más severo y te condene por algo que yo admiro por encima de mi propia vida.

Clemente, antes de quedar medio adormilado por el esfuerzo tan enorme que tuvo que realizar para mantener aquella conversación con su amada, acarició su rostro y recibió de esta su primer y único beso fuera del anonimato de la pequeña misión. A partir de aquel día, Ganna consiguió el oportuno permiso para permanecer a su

lado, pero el régimen de visitas no les duró por mucho tiempo, porque transcurridos varios días enseguida entró en un estado comatoso del que ya no pudo salir. A punto de finalizar la tercera jornada desde su nueva situación física, cuando estaban a solas falleció entre sus brazos. Ganna, con lágrimas en los ojos, que caían lentamente por sus mejillas, solo pudo decir entre labios:

—Adiós, amor mío, hasta que volvamos a encontrarnos en tu paraíso.

La antigua esclava, muerto Clemente, permaneció serena y demostró una entereza encomiable, pero en realidad estaba completamente destrozada en su interior por la terrible pérdida de la que jamás logró reponerse. Fueron muchas las renuncias que había tenido que realizar a lo largo de su azarosa vida, incluido el reconocimiento público a su propio hijo y posteriormente a su nieto, pero siempre contó con el apoyo del misionero, quien consciente de su complicada situación intentó por todos los medios a su alcance aliviar sus sufrimientos. Ahora, al igual que le ocurrió en el trayecto en barco cuando fue hecha prisionera, se había vuelto a quedar sola. No contaban sus amigos íntimos, considerados durante estos años como su verdadera familia, como Cipriano y Rosina, o su hijo Gregorio, que desconocía la verdad; ni tan siquiera su nieto Zoel, con quien jugaba al escondite como cualquier abuela lo haría, pero, en su caso, siempre con unas limitaciones que cada vez le resultaban más difíciles de cumplir.

Quien se convirtió en su fiel compañero de esa vida que les tocó vivir fue aquel que yacería en una tierra salvaje que levemente pudieron doblegar a fuerza de sudor y muchos sacrificios, esfuerzos que ahora no le parecía que hubieran merecido la pena. Desde el preciso instante en que arrojó el primer puñado de tierra sobre el féretro que contenía los restos de su amado, adoptó una actitud pasiva donde la tristeza motivó la búsqueda de la soledad, y ambas terminaron por acampar de forma permanente en el corazón de la indómita Ganna, quien se rindió como hizo antaño ante tanta adversidad. Su único deseo era reunirse cuanto antes con Clemente, dondequiera que estuviese.

La noche del día posterior a su fallecimiento, una vez que finalizó la ceremonia del entierro de Clemente, ya desde las primeras horas nocturnas, una extensa red de colaboradores rebeldes se puso en movimiento para intentar localizar el paradero secreto del que fue considerado desde esos instantes como el enemigo público número uno para la causa independentista, el espía mulato Clodoaldo Pérez. Solo dos días más tardaron en

encontrarle cerca de un pequeño pueblo llamado Ventisquero, bastante alejado de La Habana. En una taberna medio camuflada a la entrada de una plantación comunitaria de caña de azúcar, fue reconocido por varios braceros simpatizantes con la insurrección que ya tenían noticia de su fechoría. El siniestro personaje bebía confiado porque se sentía amparado en el anonimato de su identidad para las gentes que moraban en aquel lugar tan apartado y abandonado de la mano de Dios. Sin embargo, era tanto el afán de los hermanos Ferré por encontrarle, que hicieron correr panfletos con su figura pintada a carboncillo para que no hubiera dudas en cuanto a su identificación. Antes de terminar el tercer vaso de ron, fue interceptado por algunos rebeldes y retenido en la trastienda hasta que llegaran Gregorio y Marcelo para rendir cuentas.

Clodoaldo no cesaba de suplicar por su vida; imploraba misericordia a la vez que contaba cuanto sabía de las penalidades que sufrió el fraile cuando estuvo detenido en los calabozos, sin que él tuviera nada que ver con sus torturas. Pero aquella información llegaba demasiado tarde, y a los rebeldes no les interesaban sus explicaciones. Dos días más esperó el prisionero a que llegaran al lugar sus juzgadores. Cuando le tuvieron delante, Marcelo se prestó a interrogarle, pero Gregorio tenía otros planes muy diferentes. Su mirada, cargada de odio contenido, daba miedo hasta a su propio hermano. Ya durante el trayecto no soltó palabra alguna, y aquello preocupó bastante a Marcelo, quien no le reconocía en aquel estado. El temido coronel no le dejó ni comenzar a balbucir; en cuanto le tuvo delante, le golpeó sin piedad, repetidamente, con la mano abierta, pues no quería que acabara pronto el castigo. Cuando las primeras gotas de sangre comenzaron a salir por la nariz y boca del detenido, de inmediato Marcelo se interpuso frente a su hermano para recriminarle su violento comportamiento, pero un enloquecido Gregorio que tenía necesidad de venganza desoyó sus palabras; quería oír y sentir como le crujían los huesos de la cara al detenido, conforme poco a poco se los rompía con sus propias manos. Por primera vez, los dos hermanos forcejearon en serio entre sí.

—¿Es que no te importa lo que le hizo a Clemente? —preguntó Gregorio a su hermano.

—¡Claro que sí!

—Entonces, ¿por qué le defiendes?

—¡Porque no quiero ser como ellos!

—¡Estoy de acuerdo! ¡Si quieres vencerlos, hay que ser peor! —exclamó Gregorio.

—¡Es una brutalidad lo que has hecho con este desgraciado!

—¡La misma que hizo con Clemente!

—¡Necesitamos respuestas!

—¡No necesitamos nada de este perro!

—¡No permitiré que continúes por este camino! —le avisó Marcelo.

—¿Te enfrentas a mí por defender a un asesino?

—¡No le defiendo! ¡Me opongo a que utilices sus mismos métodos! ¡No somos iguales a ellos! ¡Por eso nos enfrentamos a sus leyes y nos hemos levantado en armas! ¡No te reconozco!

—Hermano, tienes blando el corazón y ese es tu punto débil. Morirás por seguir sus inútiles consignas.

—Al menos, moriré con la conciencia tranquila por seguir mis principios.

—¿Qué piensas obtener de ese cobarde? Te dirá cuanto quieres escuchar con tal de salvar su asquerosa vida.

—Es posible que tengas razón, pero al menos déjame intentarlo. Quizás nos cuente algo que pueda interesarnos.

—¡No quiero pelear contigo! ¡Con una muerte en casa ya tenemos bastante! —exclamó Gregorio mientras abandonaba la habitación.

Una vez que salió del improvisado calabozo acompañado por sus ayudantes de campo, se dirigió a la barra de la taberna para tomar unos tragos de ron que le aclarasen las ideas. Marcelo permaneció con el detenido a la espera de que se recuperara y pudiera obtener alguna información relevante. Conocía muy bien a su hermano y sabía que no había ser humano en la tierra capaz de hacerle desistir de una intención que quisiera realizar. Por tanto, era tan solo cuestión de tiempo que volviera al ataque y fulminara al prisionero. Cuando este se encontró mejor, y a pesar de tener que soportar unos intensos dolores, le sentó frente a una mesa y le dijo:

—Tienes una hora para hacer una confesión completa por escrito. Si comprobamos que nos mientes, te dejaré a manos de mi hermano y me olvidaré de ti para siempre. Si por el contrario nos informas de algo que nos interese, te perdonaré la vida. Tú decides.

El tembloroso Clodoaldo comenzó a redactar la petición de su salvador mientras Marcelo se dirigió en busca de su hermano. Antes de abandonar el pequeño cuarto, ordenó a dos hombres de su confianza que le vigilaran, junto con el que hacía las veces de médico de campaña, por si se presentaba alguna inesperada complicación física.

—Es necesario que escriba cuanto sepa. Suministradle los

calmantes que necesite para que lleve a cabo mi encargo. Quiero que me aviséis cuando termine. ¿Entendido? —les dijo.

—¡A la orden! —contestaron.

Seguidamente, se dirigió hacia su hermano y le invitó a sentarse junto a él en un pequeño apartado de la cantina.

—¿Qué te pasa, Gregorio? —le preguntó preocupado.

—¡Que estoy harto de esta maldita guerra! —contestó muy airado.

—Pero eso no es motivo para comportarte como un salvaje sin principios.

—Ya no me interesan los principios; ahora lo que quiero son los finales rápidos. Quiero regresar cuanto antes a casa para vivir una vida tranquila con mi familia. Estoy cansado de matar por una causa en la que ya no sé si creo.

—¡Qué dices, hermano!

—¡Lo que oyes! Me he dado cuenta de que hemos pasado nuestra juventud entre trincheras y siempre con el olor a pólvora quemada sobre nuestras cabezas. Ahora mismo no sé si ha merecido la pena. Pero de lo que sí estoy convencido es de la cara de pena de nuestros padres y de la tía Ganna cuando enterramos a Clemente. Esta guerra nos obliga a hacer demasiados sacrificios y a renunciar a demasiados seres queridos. Y, total, por nada.

—¡Por nada no, Gregorio! Si no hubiera sido por la rebelión, aún vivirían muchas personas como esclavos.

—No me sermonees, que conozco de memoria esas teorías. He visto morir a muchos amigos a mi lado que han luchado por nuestra misma causa, pero cuando quien fallece es uno de los tuyos, uno de los que realmente te importan, entonces las cosas son muy diferentes.

—¡No puedo permitir que te conviertas en un vulgar asesino! ¿Qué diría tu hijo si el día de mañana se enterara?

—¡No mezcles a mi hijo con esta basura! ¡Esto no es un asesinato!

—Entonces, ¿cómo lo llamas?

—¡Ajusticiamiento!

—¡No puedo creer lo que me dices! ¡Ya no eres el ejemplo a seguir que tanto he respetado! ¡Hubiera entregado mi vida por ti! Y, sin embargo, ahora solo veo a un miserable, rencoroso y egoísta que busca venganza personal sin importarle el futuro de sus hombres y el de sus familias, incluidas también las nuestras.

—¡A nadie consiento que me hable de esta manera!

—¡Hermano! Te quiero y deseo lo mejor para todos.

—¡Nunca nos pondremos de acuerdo! —le dijo Gregorio.

—Es la primera vez que discuto tus órdenes y creo que será la última.

—¿Qué me propones?

—Permite que el prisionero termine su redacción y, si nos satisface, perdónale la vida.

—¡Te equivocas, hermano! En cuanto le dejes en libertad, ahora que conoce nuestras identidades, correrá hacia las autoridades españolas para delatarnos —expuso Gregorio su punto de vista.

—No se atreverá —insistió Marcelo.

—Con tu petición pones en serio peligro a nuestras familias —replicó Gregorio.

—¡Dale una oportunidad! ¡He empeñado mi palabra y él empeñará la suya! ¡Te lo prometo!

—¡Parece que no te duele la muerte de Clemente a manos de ese canalla!

—Fue Clemente quien nos enseñó que en el perdón está la verdadera fuente de la sabiduría.

—¡Y así le fue!

—¡Por favor!

—¡Está bien! —contestó Gregorio a regañadientes y con muchas dudas.

—¡Gracias, hermano! ¡No te arrepentirás! —Se abrazó a Gregorio como lo hacían cuando eran pequeños.

Como mejor supo, Clodoaldo preparó una especie de rudimentario borrador con toda la información de que disponía e incluso con las circunstancias que recordaba de su vida personal. Luego, la confesión fue ampliada a viva voz a requerimiento del propio Marcelo, quien cuando la hubo terminado se entrevistó con él durante un largo periodo de tiempo para actuar como su escribano y completar la declaración, mientras el resto de los hombres esperaba en compañía de Gregorio en las dependencias contiguas de la taberna. Quería presentar a su hermano un documento impecable y preciso que sirviera para aplacar su ira y, a la vez, para obtener su perdón y salvar la vida del prisionero. Cuando finalizó el trabajo, Marcelo se la presentó debidamente corregida a su hermano para que diera su visto bueno; tenía la esperanza de que con ese resultado se diera por satisfecho y desistiera de sus intenciones. Finalmente, la confesión quedó redactada en los siguientes términos:

«Yo, Clodoaldo Pérez, nací en 1850 en la casa La Cegadora, una pequeña finca cercana a la población de Asunción de Baracoa,

antigua capital de nuestro amado país. Soy hijo de Modesta Cabeira, mulata de origen africano que consiguió la libertad al ser comprada por mi padre, Clodoaldo Pérez, teniente de las tropas coloniales españolas, que estuvo destinado en Baracoa, que luego pasó a prestar servicios en Santiago de Cuba y después en La Habana. Mis padres se enamoraron nada más conocerse y aunque no se casaron, siempre convivieron como una familia al uso tradicional español. Mi padre me enseñó cuanto sé; recuerdo que se preocupó por darme estudios y una educación al estilo español que fuera suficiente para poder relacionarme con los mandos y autoridades establecidos en nuestro país. Interesado en mi futuro, a partir de la edad de quince años hizo que le acompañara muchas veces a su puesto de mando para que me conocieran sus superiores y para que aprendiera la vida militar. Cuando cumplí los dieciocho me presentó en el banderín de alistamiento para incorporarme al ejército. Sin embargo, mi petición fue rechazada porque su coronel tenía otros planes muy distintos para mí. Así, propuso a mi padre que permitiera mi preparación en realizar labores de espionaje para la Capitanía General, con la graduación inicial de cabo.

»Siempre me he sentido soldado español por legal herencia directa de mi padre, por lo que comencé de inmediato con mi especial instrucción. Al año siguiente intervine en mi primera misión, que consistió en ayudar a obtener la información necesaria para localizar el punto exacto de suministro de armas para los rebeldes por parte de sus simpatizantes norteamericanos, a través de la utilización del navío Lancaster como medio de transporte. Con el éxito de ese encargo, recibí otros muchos que unas veces coroné con acierto y otras resultaron un fracaso total.

»Mi madre murió de unas fiebres cuando yo contaba con veinte años; a partir de la muerte de mi padre en combate contra las tropas insurrectas, mi única familia fueron aquellos soldados amigos de mi padre que me seleccionaron en secreto y que me procuraron una paga suficiente para vivir sin levantar sospechas.

»En La Habana, poco antes de finalizar la guerra larga, recibí la misión de vigilar al padre Clemente e informar de sus movimientos y del contenido de sus sermones. Desde hacía algún tiempo, el Estado Mayor tenía serias dudas sobre el comportamiento poco leal del fraile para con el ejército compatriota. Mi cometido consistió en recabar las pruebas necesarias que permitieran su detención. Me las ingenié para que me aceptara como monaguillo y comencé con mi labor de espionaje. Desde el principio, mi experiencia me hizo ver con claridad que había suficientes indicios para sospechar del

religioso. Sin embargo, y a pesar de mis esfuerzos, no conseguí ninguna documentación que le pudiera poner con éxito delante de un tribunal militar sumarísimo; era muy astuto y reservado, y nunca se descuidó. Después llegó la paz, y las posibilidades de descubrir sus actividades se redujeron bastante al cesar los combates y, por tanto, sus intervenciones en favor de los rebeldes.

»Pero algo ocurrió que me hizo permanecer en mi puesto de observación durante más tiempo. Una tarde, al acabar los oficios, apareció por la pequeña misión un hombre, para todos desconocido, que pidió hablar con Clemente. Bueno, para todos no, porque yo sí que le reconocí. Era uno de los responsables de suministros de armas que llegaban a través de Puerto Rico. En realidad, se trataba de armamento de Estados Unidos que se almacenaba en unos hangares de uno de los puertos de ese país caribeño hasta que partían hacia un punto secreto de desembarco en las costas del litoral cubano. Aquel hombre, después de entrevistarse a solas, dejó unos papeles al fraile. Todos los parroquianos se habían marchado y yo me escondí dentro del confesionario para ver cómo acababa aquella visita. De repente, se abrió la puerta de la pequeña iglesia con un hombre que gritaba auxilio espiritual para su madre que agonizaba en casa. Clemente recogió los efectos religiosos y marchó a toda prisa para suministrar el sacramento de extremaunción. Pero, con las prisas, dejó olvidados encima de su mesa de trabajo los papeles que le dio aquel desconocido. Entonces, aproveché para copiar la información que en ellos se decía y comuniqué a mis superiores el resultado de mi trabajo.

»A partir de aquel momento, la inteligencia militar española sospechó que Clemente era el verdadero artífice y responsable de las comunicaciones de las tropas rebeldes. Pero como ya estábamos en periodo de paz y los combates entre los cuerpos de ejércitos de ambos bandos habían cesado, no cabía otra posibilidad más que se tratara de la pequeña fracción de insurrectos que no aceptaron el tratado ni se rindieron, aquellos que continuaron la guerra con sabotajes a las instalaciones y con ataques por sorpresa a las tropas coloniales. Para comprobar la veracidad de mi información, se dejaron varios de los objetivos marcados sin una atención especial de vigilancia, pero con su contenido más valioso repartido en otros puntos dotados con mejores sistemas de protección. Cuando fueron atacados esos polvorines, se confirmó su autenticidad. Por eso, me ordenaron permanecer en mi puesto hasta que consiguiera averiguar la identidad de los componentes de los grupos de milicianos guerrilleros. Sin embargo, transcurrió algún tiempo y

nunca más volvió a aparecer aquel sujeto, y aunque los ataques continuaron, no pude localizar otro documento comprometedor. Mis superiores estaban necesitados de éxitos contra los pequeños focos de resistencia y se impacientaron ante la falta de resultados por mi parte. Por eso, decidieron detener aquella noche al misionero; pensaron que sería fácil obtener la información que necesitaban con una leve aplicación de fuerza. Sabían que era un hombre ya mayor y con un físico muy debilitado por su avanzada edad. Sin embargo, en contra de la opinión de cuantos intervinieron en sus interrogatorios, el anciano no se vino abajo. De manera insospechada y con increíble entereza, soportó las torturas sin confesar nada. Cuando yo entré en su celda, ya había sido golpeado en repetidas ocasiones. No quedaba mucho tiempo, pues ante la aclamación popular, cada vez más insistente, que reclamaba su inmediata liberación, el Estado Mayor se puso muy nervioso, porque entendió que la operación se les había ido de las manos y se corría el riesgo de una nueva confrontación militar, situación totalmente prohibida por el gobierno central de España. Como última tentativa se pensó en que tal vez, al reconocerme, se pondría nervioso y confesaría, pero nada más lejos de la realidad. Criticó mi comportamiento y me adoctrinó como si dirigiera uno de sus sermones desde un púlpito imaginario. Al principio, creí que se había demenciado con tanto castigo que llevaba soportado. Pero luego, al escucharle, me di cuenta de que sabía muy bien lo que decía. Aquello me enfureció, y al recordar a mi padre, se me fue la ira contra aquel a quien en aquellos instantes consideré principal responsable de su muerte. Reconozco que le pegué con brutalidad, pero nunca estuvo en mi ánimo causarle tanto daño. Me arrepiento del mal causado a Clemente, y si pudiera retroceder en el tiempo, juro que no volvería a hacerlo. Asimismo, juro por Dios que si me dejan en libertad, no volveré jamás a atentar contra la causa independentista».

Gregorio la leyó con mucha atención y, después de meditar durante unos instantes, dirigió la mirada hacia su hermano.

—Se nota tu mano en este escrito —le dijo Gregorio.

—Es posible, pero no me he inventado absolutamente nada —contestó Marcelo.

—¡Tenías razón! Esta información nos pone en aviso sobre las sospechas de los españoles.

—Está claro que nos buscan en el entorno de Clemente, lo que nos hace más vulnerables —contestó Marcelo.

—Están muy cerca; a partir de ahora, debemos ser mucho más

cautelosos —aconsejó Gregorio.

—¿Qué hacemos con el prisionero? —preguntó uno de los lugartenientes de Gregorio.

—Dejarle aquí hasta que se reponga y luego permitir que se vaya —contestó Marcelo.

—Tenemos que salir de inmediato. No nos pueden echar en falta, porque comprometemos a todas nuestras familias —ordenó Gregorio.

—Esperemos que nos dé tiempo a llegar —añadió Marcelo.

—¿Tienes la confesión? —preguntó Gregorio a su hermano.

—¡La tengo!

—¡Pues en marcha! Pero antes voy a comprobar el estado del prisionero y a dejar algo de dinero al tabernero por sus próximos cuidados —señaló Gregorio.

Los hombres de la partida permanecieron en el exterior a la espera de que saliera Gregorio. Sin embargo, a los pocos segundos de haber penetrado en la taberna, se escucharon dos disparos consecutivos; el primero de rifle, y el siguiente, de pistola. Los milicianos se precipitaron a la carrera para averiguar lo ocurrido. Cuando llegaron, las armas de Gregorio todavía humeaban. En el suelo, tendido bocabajo, el espía yacía muerto bajo una ventana, a varios metros de distancia de la mesa que le sirvió para escribir su confesión. Cuando le reconocieron, comprobaron que presentaba un gran agujero de entrada en el pecho con salida algo más pequeña por la parte dorsal. Todos los presentes entendieron que, al entrar en la habitación, Gregorio disparó su rifle contra Clodoaldo, que permanecía aún sentado frente al improvisado escritorio. Por la fuerza del impacto, salió despedido hacia atrás hasta chocar contra la pared posterior, que le sirvió de tope en su violento recorrido. Tal como quedó, y por si aún le quedaba un hilo de vida, el ejecutor le remató con un tiro de pistola en la cabeza, lo que le dejó fulminado al instante. Cuando Marcelo llegó a la escena del ajusticiamiento, se dirigió hacia su hermano.

—¿Por qué, Gregorio? —preguntó indignado.

—Porque no voy a dejar cabos sueltos en este asunto. Está en juego nuestra seguridad y la de nuestras familias.

—¡Pero diste tu palabra!

—Si para proteger a los míos debo romper una promesa, no tengo dudas —contestó con dureza.

—¡La guerra te ha endurecido hasta valores que jamás hubiera creído!

—¡A todos nos ha cambiado!

—¡No volveré a combatir a tu lado! —le anunció Marcelo.

—¡Nunca te he obligado!

—¡No quiero ser cómplice de tus viles asesinatos!

—Este mulato tenía una profesión muy determinada y sabía los riesgos que corría. Yo también tengo mis responsabilidades para mi familia y las de mis hombres. Es mi trabajo y lo he cumplido eficazmente. No hay nada más que hablar.

—¡Asesino! ¡Mentiroso! —le contestó Marcelo.

Aquella respuesta enfureció tanto a Gregorio que saltó hacia su hermano, puñal en mano. Cuando le tenía asido por el cuello y arrinconado contra una esquina, los hombres que los acompañaban lograron separarlos, no sin realizar un considerable esfuerzo para poder apartar un cuchillo de caza de grandes dimensiones de la garganta de Marcelo, quien apenas hizo ademán alguno por defenderse. Cuando se tranquilizaron algo los ánimos, cada hermano partió por su lado junto con sus respectivos hombres. En los siguientes meses, no se volvieron a dirigir la palabra y de nada sirvieron los múltiples intentos de sus padres y de Ganna por conseguir su reconciliación. La herida abierta entre ambos resultaba demasiado grande para que cerrarse con un simple abrazo. Indudablemente, los dos jefes guerrilleros necesitaban un margen de tiempo mucho mayor para que pudieran reflexionar sobre lo acontecido y encontraran una solución definitiva a su problema personal.

Marcelo disolvió provisionalmente su grupo guerrillero y permaneció inactivo a la espera de tener la confirmación de que las autoridades se habían olvidado de ellos o de que, al menos, los buscaban por otro sitio. En esa tarea de despiste, indirectamente, ayudó mucho la nueva actitud de Gregorio. Aunque redujo bastante el número de ataques, se cuidaba muy mucho de realizarlos lo más lejos posible de sus lugares habituales de convivencia. Además, modificó su forma de operar y de combatir para convertirse en un guerrillero sin escrúpulos mucho más cruel y sanguinario. Le cambió el carácter y también la manera de comportarse en el campo de batalla. Quienes le conocían de antaño no daban crédito a esa asombrosa mutación; parecía como si se transformara en otra persona cuando empuñaba las armas contra los enemigos. No permitía rendiciones ni deserciones entre los suyos, so pena de muerte. Otra orden polémica fue la de evitar prisioneros en ninguna circunstancia y por ningún bando. Los enemigos que se rendían eran ejecutados de inmediato; los propios que resultaban heridos de gravedad y debían ser abandonados se sacrificaban antes de huir de

sus posiciones. Después, una vez muertos, se les aplicaba ácido sobre las caras hasta dejarlas irreconocibles o, en su defecto, se les cortaba la cabeza para hacerla desaparecer posteriormente por medio del fuego. Aquella nueva estrategia tenía muy confundido al servicio de inteligencia militar español, quien llegó a creer que se trataba de una nueva fracción no disuelta del ejército rebelde con una dirección muy distinta a la que buscaban desde hacía tiempo y que acababa de crearse con parte de sus antiguos miembros para continuar con el permanente acoso a las tropas de ocupación. Por ello, consideraron extinguida a la primera y continuaron con los trabajos de localización de esta última, que calificaron como aún más peligrosa.

CAPÍTULO XIII

Fue una mañana tranquila de finales del tercer trimestre de 1880 cuando se pudo divisar a lo lejos del horizonte la presencia de dos grandes velas. Se trataba de dos barcos que navegaban en compañía y que, con toda seguridad, tenían como destino el puerto de La Habana.

En la cubierta de uno de los veleros, la familia Benjumea al completo contemplaba nerviosa la costa de ese desconocido país que los iba a acoger como nuevos vecinos y quizás, quien sabe si con el tiempo, hasta como compatriotas. Para la abuela Salomé, atrás quedaron muchos recuerdos, posiblemente los más entrañables e importantes de su vida. En cambio, para Isaac y su esposa Sara, aquel importante cambio suponía el inicio de una nueva vida, la posibilidad de prosperar con la realización de negocios legales y la consolidación de un buen futuro para sus hijas.

Ayudados por una suave brisa que soplaba de popa, los navíos se acercaron poco a poco a su punto de atraque. Entretanto, bastante gente se arremolinó a la espera de conocer el cargamento que transportaban los barcos y también con la esperanza de ser contratados para realizar su descarga. La bocana del puerto tradicionalmente servía como lugar de inicio de los saludos de rigor que mediante el flamear de pañuelos siempre cruzaban pasajeros y tripulantes con una concentración de personas que respondían a sus señales y que, en este caso, aguardaban con paciencia para conocer el desenlace de la presencia de los misteriosos barcos.

Cuando el primero de los buques se encontró a la altura del pantalán del muelle asignado, casi eran perceptibles los rostros alegres de cuantos ocupaban la cubierta en aquellos momentos. Marineros y estibadores intercalaron potentes silbidos y enérgicas salutaciones mediante movimientos con los brazos; unos por haber terminado con bien el viaje, los otros en señal de bienvenida. Por fin, la extensión de la pasarela sobre tierra firme señaló la última maniobra antes de iniciar el desembarco, momentos que sirvieron para realizar todo tipo de comentarios y observaciones ante la presencia de unos desconocidos que rápidamente fueron recibidos por un hombre de buena presencia.

—¿Don Isaac de Benjumea? —preguntó con mucha cortesía

mientras realizaba una visible reverencia.

—¡Soy yo!

—Mi nombre es Mario Pereda. Mi padre, don Diego Pereda, sirvió al suyo muchos años; yo espero mantener esa tradición familiar con usted.

Se presentó un hombre elegantemente vestido con un traje de chaqueta blanco impoluto, color que repetía obsesivamente como parte fundamental en su vestuario. Manejaba con mucha habilidad un estrecho bastón como si de un florete se tratara, lo que llamó la atención de Isaac y su familia. Por sus seguros movimientos, enseguida se percataron de que no necesitaba el utensilio en cuestión como punto de apoyo para caminar; era más bien un juguete que le permitía distraer la gesticulación constante de sus manos; un instrumento que tranquilizaba al inquieto personaje. Aquel desconocido era hijo del representante en La Habana que don Ildefonso mantuvo durante los años que duraron sus relaciones comerciales con la isla, y que luego el propio Isaac mantuvo en los últimos envíos.

—¡Señor! Muchas veces oí a mi padre referirse con inagotables elogios al suyo. Para mí, será un verdadero honor contar con su ayuda.

—Muy agradecido, don Isaac. ¡Favor que usted me hace!

Seguidamente, Isaac procedió a la presentación de su esposa, madre e hijas.

—Hemos pensado que lo mejor es que les dejemos un margen de tiempo para que puedan descansar del viaje y luego, si lo desean, podrán tomar contacto con sus nuevas posesiones.

—Muy agradecidos por sus desvelos —contestó Isaac.

—De momento, hasta que puedan vivir en su finca, me he permitido acomodarlos en mi humilde casa. Está todo preparado, serán mis invitados hasta que puedan mudarse a la suya.

—¡Muchas gracias!

—¡De nada! Mi mujer y yo estamos muy ilusionados con tenerlos entre nosotros. ¡Pero síganme! Un coche nos espera.

Pereda los dirigió hacia un coche tirado por cuatro preciosos caballos, del mismo color que su traje, que los esperaba pacientemente.

—¡Bonitos caballos! —exclamó Salomé al verlos.

—¡Son jerezanos! Que para dar tronío y realce, no los hay mejores.

—Razón no le falta, amigo Pereda. No imaginé ver en estas tierras tan lejanas caballos de nuestra tierra. Le felicito —intervino

Sara.

—¡Muchas gracias! No será la única sorpresa que por aquí encuentren.

—¿A qué se refiere? —preguntó Salomé.

—Pues que aquí todo lo que suena a español gusta mucho. Estamos en una colonia de ultramar que ha sabido y querido adoptar nuestras costumbres por voluntad propia. Lo han aprendido como algo natural, y de esa manera se ha entendido por la población sin que nadie se lo haya impuesto por la fuerza.

—Entonces, si nos quieren tanto, ¿por qué el asunto de la guerra? —preguntó Isaac.

—Nos quieren mucho, es cierto, pero más quieren a su libertad. Creo que ustedes llegan en buen momento, pues todo parece mucho más calmado. Es posible que tengamos una paz duradera que nos haga prosperar a todos.

—¡Dios le oiga, amigo Pereda! ¡Lo que menos necesitamos ahora es otra nueva guerra! —contestó Isaac.

—¡Tengamos esperanza en ello! —añadió Mario Pereda.

—¿Cómo es la gente? —preguntó Sara.

—La alegría es su mejor virtud. ¡Siempre están sonrientes! También son muy aficionados al cante y al baile de canciones muy movidas. Cualquier ocasión es buena para organizar una fiesta. No son muy trabajadores en cuanto a la constancia, pero sí que son imaginativos. Hay que vigilarlos de continuo para que cumplan con su cometido. Entre ellos hay muchos descendientes de españoles, porque se ha abusado en exceso del emparejamiento con indígenas, e incluso con esclavas de origen africano. Ya saben, por aquello de la fama de la fogosidad hispana.

—Entiendo —contestó Sara.

—¿Tendremos dificultades en encontrar trabajadores? —preguntó Isaac.

—¡En absoluto! Hay muchas familias necesitadas que en cuanto se enteren de la posibilidad de ser contratados por un jornal acudirán de inmediato a su puerta para solicitar el puesto.

—¡Eso espero!

—¡No se preocupe, podrá hasta seleccionar a quienes más le convengan!

—¡Me alegra saberlo! ¿Conoce a alguien que me pueda ayudar con esa selección?

—¡Yo mismo! Estaré encantado de colaborar en todo lo que pueda —se ofreció Mario mientras jugaba con su inseparable bastón.

—Es muy amable. Se lo agradezco de corazón.

—Nada, nada. Para eso estamos aquí, nos gusta ayudar en lo que podamos.

—Esa es una buena estrategia —apuntó Salomé.

—Los que llevamos muchos años fuera de nuestro país, hemos aprendido que la necesidad compartida se hace mucho más llevadera.

—Dígame, Mario. Las tierras que ha adquirido en nuestro nombre, ¿se encuentran muy lejos de aquí? —preguntó Isaac.

—Considero que están cerca de la ciudad. Aproximadamente, a media hora en coche, y sobre unos quince minutos a caballo. Mañana, cuando estén más descansados, si les parece, iremos a visitarlas.

—¡Nos parece muy bien! —contestaron los tres al unísono.

Animados con la conversación, sin apenas darse cuenta, llegaron a las puertas de una preciosa casa, tipo palacete, que inmediatamente les recordó a las hermosas mansiones gaditanas que acababan de abandonar.

—Hemos llegado a mi casa, que desde hoy también es la suya.

—¡Qué bonita! —exclamó Sara.

—¡Es preciosa! —secundó Salomé.

—¡Muchas gracias! Espero que se sientan casi como si estuvieran en Cádiz.

El coche detuvo su marcha ante una estupenda mansión al más puro estilo andaluz. Una cancela bordeaba todo su perímetro y dejaba por su parte delantera un generoso espacio para zona ajardinada, mientras que la trasera se complementaba con un lugar propio para tendedero y usos del servicio. En la fachada, se entremezclaba el color albero del enfoscado de las paredes con las formas que dibujaban unos arcos mudéjares de ladrillo macizo, que coronaban los dinteles de las ventanas y los hacía resaltar por encima de cualquier otro adorno. La puerta principal sobresalía en especial por las tallas de su imponente hoja y por la extremada calidad de los azulejos que componían su entorno.

La señora de la casa, la esposa de Mario, desde que a primera hora de la mañana le anunciaron su llegada, esperaba impaciente el momento de conocer a tan distinguidos invitados. Para ambos, aparte de la posibilidad de crear unos importantes lazos de amistad con una de las familias más poderosas de Andalucía, aquella visita suponía la entrada de información directa de una patria muy alejada; revelaciones con las que podrían pulsar por ellos mismos la situación en que se encontraba España por aquellas fechas.

Nerviosa, hizo preparar todas las estancias con sus mejores galas y revisó personalmente hasta los más mínimos detalles; era una ocasión donde no podía fallar absolutamente nada. Constantemente miraba a través de los cristales de sus ventanas cuando le parecía oír ruidos de cascos de caballos que se acercaban. Al percatarse de la detención de la calesa frente a su cancela, salió de inmediato a recibirlos. Los Benjumea no habían descendido aún del carruaje cuando vieron como se abría el portón y del interior de la casa salía una mujer joven, esbelta, de pelo moreno y ojos negros como el azabache, pero piel extremadamente clara. Lucía un bonito vestido escotado al más moderno estilo parisino. Con una amplia sonrisa que dejaba lucir unos carnosos labios pintados de rojo pasión, no disimuló su satisfacción por recibirlos, mientras Mario realizó las correspondientes presentaciones.

—Mi esposa, Cristina.

—Muy agradecidos por su hospitalidad —se adelantó Isaac con una reverencia, en nombre de los tres.

—Es un honor tenerlos con nosotros —contestó la dama.

Las mujeres se besaron y enseguida se reconocieron de una edad muy parecida. La anfitriona aprovechó para piropear a las niñas, que ya comenzaban a estar algo cansadas y sus párpados comenzaban a suponer una pesada carga que mantener abierta. Al comprender la situación, Cristina los dirigió hacia sus habitaciones. Entraron a un vestíbulo muy amplio que finalizaba en un gran patio central. Este presentaba una decoración muy conocida para los recién llegados por la utilización de mármoles y azulejos. Estaba complementado con una enorme variedad de plantas tropicales, lo que le daba una conjunción muy bella en cuanto a forma y colorido. Unas preciosas puertas de roble americano permitían el acceso a las distintas dependencias nobles de la casa. Asimismo, una escalera del mismo material, que partía desde una de las esquinas, realizaba la función de distribuidor de la planta superior. Conforme ascendieron, llamó mucho la atención de los invitados la magnífica luminosidad que tenía aquella zona de la casa, que junto a los aromas que desprendían las miles de flores y la competencia que se debía establecer entre ellas por la belleza de sus variados colores les hizo presuponer unas veladas sumamente agradables en aquel impresionante edén. Cristina, al darse cuenta de la admiración de sus invitados por su jardín interior, se sintió muy recompensada.

Al finalizar la cena, se sentaron a conversar en el vergel interior. Las preguntas del matrimonio Pereda sobre la situación de España se atropellaban sin apenas dejar margen de tiempo para que

pudieran ser contestadas. El trasvase de información era muy interesante, pero resultó tan abundante que no hubo más remedio que posponerlo para los siguientes días, pues el sueño y el cansancio acumulado por los días de navegación hicieron acto de presencia.

CAPÍTULO XIV

Al día siguiente, por la mañana, los dos matrimonios se desplazaron hacia la comarca conocida como Los Palmerales. Se trataba de una zona de tierra muy rica, con abundancia de agua. Allí fue donde compró una hacienda llamada Palmeritas, cercana a mil quinientas caballerías de extensión; una magnífica tierra productiva que podría convertir a Isaac en uno de los terratenientes más poderosos de La Habana. En un lugar prominente, una construcción colonial de dos plantas se alzaba solemne sobre una suave loma que le facilitaba la mejor contemplación del lugar.

—Es una casa muy buena. Aunque lleva varios años abandonada, con unos arreglos quedará en perfecto estado —informó Mario a sus invitados cuando la divisaron a lo lejos.

—Tiene buena pinta. ¿Podemos verla por dentro? —solicitó Sara.

—¡Por supuesto! —contestó Mario a la vez que apartaba con su bastón diversas plantas que impedían el paso de las damas.

—¿Qué tal son las tierras? —preguntó Isaac.

—¡Muy fértiles! Si les parece bien, después daremos un paseo, hasta la hora de comer —propuso Mario.

—¡Estupendo! —contestaron.

El edificio estaba construido de buena madera y sus nuevos dueños enseguida supieron apreciar que poseía el sello característico de las grandes mansiones de los estados sureños secesionistas. Cuando comprobaron su gran espacio interior; su buena distribución, la enorme altura de sus techos, el efecto aislante de la madera y las seis poderosas columnas de madera maciza que flanqueaban la fachada principal, no pudieron más que rendirse a la evidencia de que les serviría de morada definitiva.

—Amigo Mario, le felicito. No solo ha cumplido fielmente mis encargos; también ha acertado con la casa de nuestros sueños —le dijo Isaac.

—Me alegra saber que les gusta —contestó.

No hubo tiempo para más. La visita de la casa se prolongó demasiado y no resultaba recomendable permanecer a pleno sol en las horas centrales del día, mientras inspeccionaban la calidad de los terrenos.

—Mañana regresaremos para dedicarnos exclusivamente a la finca —apuntó Isaac.

—A nosotras, si les parece, nos dejarán en la casa para que pensemos las reformas necesarias —solicitó Sara.

—Bien, como ustedes quieran —contestó Mario, con el beneplácito de su esposa.

—¿Por qué vendió esta magnífica propiedad? —preguntó Isaac.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero yo tengo mi propia teoría.

—¡Por favor, cuéntenosla! —insistió Isaac.

—Su salida precipitada de Palmeritas coincidió con el inicio de nuestra guerra larga. Por tanto, hizo lo mismo que cuando la guerra de secesión de su país. Para mí, era un hombre al que no le gustaban los conflictos armados y prefería el abandono de las propiedades al riesgo de perder la vida.

—Y durante este tiempo, ¿quién ha explotado la finca y cuidado la casa? —preguntó Isaac.

—La finca se dejó sin explotar. En cuanto a la casa, la hemos cuidado nosotros mismos —contestó Cristina.

—¿Ustedes?

—¡Sí! Nosotros fuimos quienes compramos al americano. Durante la guerra, nadie se interesó por ella, por lo que decidimos mantenerla hasta que surgiera una oportunidad de venta, que al cabo de los años vino en forma de especial encargo de nuestra querida familia Benjumea —continuó Cristina con su explicación.

—Y doy fe de que lo han realizado a la perfección. Señora, se nota su mano y su buen gusto en todo esto —añadió Isaac.

—¡Muchas gracias! —contestó Cristina.

—¿Con la guerra larga corrieron riesgo los hacendados? —preguntó Sara visiblemente preocupada.

—En muy contadas ocasiones. Ambos ejércitos sabían perfectamente que la fuente de la riqueza nacional estaba en la explotación de estas fincas. Destruirlas significaba un suicidio colectivo irreparable. Las escasas escaramuzas en las que se vieron afectadas plantaciones fueron motivadas por acciones militares encaminadas a ganar una batalla en concreto o para proporcionarse una salida en una situación desesperada. En estos casos puntuales, la vida de los propietarios y de sus trabajadores nunca corrió peligro, pues fueron avisados de las posibles consecuencias con mucho margen para que pudieran estar preparados ante esas posibles contingencias.

—¿Y cómo está la situación ahora? —continuó Sara con sus preguntas.

—En cuanto a la seguridad, nada hay que temer. La guerra finalizó hace escasamente un año; creo que acabamos de entrar en una etapa de paz duradera que nos beneficiará a todos, y en especial a sus importantes inversiones —afirmó Mario.

—Dios lo quiera. Me preocupa que se reavive el conflicto armado —contestó Salomé.

—En los años que duró la guerra larga, nunca tuvimos el más mínimo problema con ninguno de los contendientes. Siempre nos respetaron a nosotros y a nuestras haciendas —contestó Cristina.

A los diez meses de su llegada a La Habana, las obras de reforma de la casa estaban finalizadas, y las extensiones de terreno, reservadas para las plantaciones seleccionadas. Las tierras estaban listas para ser sembradas con la planta del tabaco, algodón, caña de azúcar y café, cultivos que después se exportarían a grandes empresas interesadas en la comercialización de este tipo de productos dirigidos hacia el consumo del gusto europeo. Otras partes se dedicaron a la obtención de piñas, mangos, papayas y otras frutas tropicales. También se respetó una extensión grande de terreno que ocupaba el palmeral ya existente cuando tomó posesión de la finca la familia Benjumea.

El primer día que pudieron, y acompañados por sus ya íntimos amigos, los inseparables Pereda, quisieron inaugurar de forma estrictamente privada aquella magnífica hacienda. Después del obligado primer brindis, Isaac apareció con una gran bolsa, que a juzgar por sus escasos esfuerzos en transportarla debía de tener un peso bastante escaso. La saca estaba tapada con un paño bastante voluminoso, lo que impedía reconocer a simple vista su contenido. El paquete estaba coronado por un enorme lazo a modo de regalo, motivo por el cual lo situó en medio del salón donde se encontraban. Ante las reiteradas preguntas acerca del secreto que celosamente guardaba y en atención a sus numerosas peticiones, no tuvo más remedio que mostrar a sus intrigados acompañantes la sorpresa que les tenía preparada. Para ello, extrajo con sumo cuidado de su interior una pequeña maceta que contenía una planta perfectamente protegida y muy bien abonada.

—Se trata de una palmera datilera gigante africana que he traído desde España —les informó.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó Sara.

—La voy a plantar delante del porche principal de la casa, justo donde termina el camino. Así podré vigilar todos los días su crecimiento. Será el símbolo de nuestro progreso en este lugar. Estoy convencido de que su altura guardará una relación muy

directa con la marcha de nuestros negocios. Debemos aprender mucho de la forma de vida de la palmera y adaptar sus enseñanzas a nuestra propia existencia. Ella sabe cuándo debe ceder ante los fuertes vientos y dejarse mecer por ellos sin ofrecer resistencia. También conoce por propia experiencia cuándo debe alimentarse en épocas fértiles y cuándo debe retener agua para aguantar las épocas de sequía. Su forma de actuar está ligada a los caprichos de las inclemencias del tiempo y a diario nos ofrece una lección de humildad. Pese a todos los avatares y a todas las dificultades, en silencio, poco a poco y sin apenas hacer ruido, la palmera siempre acaba por sobrevivir y crecer por encima de cualquier otra planta. Así quiero que sean nuestros inicios y nuestra posterior consolidación en esta bendita tierra. Quiero que nos hagamos grandes y que seamos tan numerosos como los frutos que dentro de unos años nos va a ofrecer esta pequeña palmerita. Vamos a aumentar de tamaño de la misma manera que ella nos va a enseñar.

—¡Qué buen detalle! —afirmó Cristina.

—Quiero proponeros que a partir de este mismo momento esta finca se llame La Palma —anunció Isaac.

—¿La Palma? —repitió Salomé.

—Sí, porque las grandes hojas de la palmera se llaman palmas, y según su tamaño nos muestran la salud del árbol. Por tanto, son el espejo de su estado físico, representan la savia que corre por su interior, al igual que ocurre con nuestra propia sangre —explicó Isaac.

—¡La Palma del Indiano! —amplió el nombre Salomé.

—Me gusta, La Palma del Indiano —concretó Isaac.

—A mí también —secundó Sara.

—Y a nosotros —intervino el matrimonio Pereda.

—¡Pues está decidido! Desde hoy, nuestra plantación se llamará La Palma del Indiano. Y conforme crezca la palmera, así lo hará nuestra propiedad. Cada día que pase, disfrutaré con su mayor tamaño porque significará que también nosotros habremos crecido en esa misma proporción —concluyó Isaac.

—¿Por qué no elegimos el mejor sitio para plantarla? —solicitó Salomé.

—¡Vamos! —contestaron todos a la vez.

Enseguida se decidió que su ubicación debería ser frente al porche, en un lugar bien resguardado de los vientos del norte, con humedad suficiente y dentro de una tierra rojiza que indicaba la existencia de buena arcilla, con abono en abundancia y rodeada de pequeños arbustos que la protegerían al principio, pero que luego

no impedirían su crecimiento.

—Este será nuestro símbolo y nuestra marca —concluyó Isaac.

—Brindemos por su rápido crecimiento —invitó Mario mientras levantó su copa.

La inauguración oficial de la casa se realizó pasados quince días, una vez que estuvo amueblada y decorada al gusto de Sara. A la fiesta acudieron los representantes de todas las instituciones, tanto civiles como militares. También se cursaron invitaciones dirigidas a los grandes terratenientes del país y a la totalidad de los hacendados de la comarca, sin tener en cuenta el tamaño de sus posesiones. Isaac pretendía reunir a todos sus vecinos para conocerlos y tratar un asunto que le rondaba en la cabeza desde hacía algún tiempo. Nadie rehusó acudir a la cita, y con la excusa perfecta de la fiesta se juntaron todos aquellos que vivían de la explotación de sus tierras. Como no podía ser de otra manera, allí mismo se encontraban los hermanos Ferré con sus respectivas esposas y padres; Marcelo y Angélica en calidad de propietarios de la finca La Alameda Verde; los padres de Angélica en representación personal de sus fincas; Gregorio y Berta, junto con Cipriano y Rosina, en nombre de la hacienda La Mercenaria.

Los asistentes pensaron que se trataba de un acto social de los muchos que se organizaban, al que no podían faltar por la importancia del anfitrión. Sin embargo, pronto cambiarían de opinión ante una inesperada sorpresa que les aguardaba. De todos los presentes, los más sorprendidos fueron los coroneles clandestinos rebeldes, quienes a priori en ningún momento sospecharon de la trascendencia que aquella reunión tendría para su futuro. Los dos hermanos, que todavía continuaban sin hablarse, guardaron cierta distancia de separación entre sí para evitarse situaciones molestas o comprometidas. Cipriano y Rosina, por su parte, pensaron que aquella velada podría ser una buena oportunidad para romper el hielo que por entonces existía entre sus hijos, y convencieron a Gregorio y a Berta para que los acompañaran, convencidos de que cualquier mirada o gesto de cariño los volvería a unir. Sin embargo, pese a sus ímprobos esfuerzos, todo parecía indicar que nuevamente se habían equivocado. A mitad de la fiesta de inauguración, cuando parecía que todos los invitados se encontraban más animados, el maestro de ceremonias hizo sonar una pequeña campañilla para llamar la atención de los invitados.

—¡Damas y caballeros! Don Isaac de Benjumea y de Paula quiere dirigirles unas palabras.

Se hizo el silencio en el gran salón donde se encontraban los invitados, quienes irrumpieron con un sonoro aplauso en cuanto subió unos escalones para poder ser visible desde todos los puntos de la sala.

—¡Muchas gracias! Para mi familia y para mí es un placer contar con su presencia en este momento tan señalado para nuestras vidas. Al igual que todos ustedes conocen la situación tan delicada por la que atraviesa en estos momentos España, también allí conocemos las dificultades por las que han tenido que pasar a raíz de una guerra entre hermanos que, a mi entender, nunca debió producirse. Para trabajar por la continuidad de la paz y por la prosperidad en Cuba, he decidido constituir la primera asociación de hacendados, y están invitados a participar activamente en ella. Ha llegado la hora de cambiar el presente y prepararnos para alcanzar un espléndido futuro. Debemos darnos a conocer en el mundo mediante el reconocimiento de la calidad de nuestros productos, lo que servirá para concedernos una entidad internacional que ya nadie podrá arrebatarnos. Ese será nuestro objetivo.

Luego explicó con más detalle las aclaraciones que le solicitaron. Al finalizar, le ofrecieron una sonora ovación, incluidos los hermanos Ferré, quienes por su doble condición interpretaron el contenido del discurso más allá de la mera explicación comercial. En apenas unos trazos, se les reveló una nueva estrategia para conseguir personalidad propia en el exterior como país independiente. Con o sin premeditación, Isaac había diseñado un posible camino para conseguir la independencia de Cuba sin necesidad de la utilización de las armas. Los primeros en apuntarse al proyecto fueron precisamente los hermanos Ferré, quienes enseguida comprendieron que podían estar en contacto permanente con los dos bandos para conseguir su objetivo de independencia nacional. A partir de ahora, trabajarían como propietarios de terrenos con toda la información y poder que eso conllevaba, y en la sombra, como coroneles dispuestos a la prestación de sus servicios en un ejército insurrecto que, aunque oficialmente estaba disuelto, permanecía activo en la clandestinidad ante su posible rearme, probabilidad que a todos sus mandos se les presentó como un hecho, tarde o temprano, inevitable.

CAPÍTULO XV

El capitán Armijo, que los había acompañado en este viaje, había encontrado un acomodo provisional en La Habana. De momento, se encargaba de vigilar las labores de mantenimiento de los barcos, pero llegó al acuerdo con Isaac de continuar como responsable de una de las naves para los futuros viajes transoceánicos en los que únicamente llevaría como carga los productos obtenidos de la explotación de la finca adquirida. Se encargaría de suministrarlos a los compradores europeos, cobrarles y regresar de nuevo a Cuba con los beneficios obtenidos. Era una ocupación transcendental para la economía de la familia Benjumea y nadie mejor que el capitán Armijo para realizar ese trabajo de tanta confianza. En realidad iba a tener la misma función de antaño, pero en sentido contrario.

Durante los siguientes viajes, el resolutivo marino se encontró con muchas y variadas nuevas aventuras de las que siempre supo salir airoso. Luego, cuando regresaba a La Habana para descansar y reportar las cuentas a Isaac, aprovechaba esos momentos para contar historias increíbles que hacían que Ruth y Paula le creyeran algo parecido a un invencible héroe de la mar, a la vez que sus padres sonreían al ver el efecto que causaba sobre sus inocentes hijas. Sin embargo, ni en la intimidad fueron capaces de convencerle para que reconociera la exageración que ponía en sus relatos. Por eso, siempre les quedó la duda de si sus conversaciones se correspondían con la estricta realidad, bastante aumentada, o más bien solo era fruto de su inagotable imaginación. Aunque siempre tuvo la promesa formal por parte de Isaac de aceptarle como capataz en la hacienda cuando ya no pudiera navegar, nunca quiso plantearse semejante posibilidad y prefirió acabar su existencia en el lugar donde mejor se encontraba; en medio del océano, al mando de su nave.

Por su parte, aunque los dos hermanos Ferré continuaban con su enfado particular, los intereses de orden superior los obligaron a dejar aparcadas sus diferencias y a colaborar para conseguir acercarse lo máximo posible a Isaac y a la cúpula directiva de la reciente constituida Asociación General de Ganaderos y Agricultores de las Tierras Fértiles de Cuba, organización creada por él mismo, que se encargaba del control y reparto de los fondos aportados por

los socios, y donde se gestaban todas las propuestas que después se sometían a debate con los representantes de los poderes públicos de la isla caribeña.

El grado de colaboración y de convivencia continua entre los componentes de la directiva dio como resultado que a los pocos meses de trabajo intenso la amistad entre las familias Benjumea y Ferré dejara de ser una posibilidad para convertirse en una realidad fácilmente palpable. En poco tiempo, Isaac, Mario, Marcelo y Gregorio se convirtieron en los pilares básicos de la asociación y, por tanto, en los impulsores de todas las ideas e iniciativas que se formulaban.

Los insurrectos estaban encantados de haber podido colocar a dos topos en lugares estratégicos tan importantes. Por fin tenían información de primera mano, y de forma anticipada, sobre el contenido de los movimientos y de las decisiones al más alto nivel, esas que determinarían el futuro del país caribeño en los próximos años. Los rebeldes sabían que todavía no había llegado su momento y ahora tocaba un obligado tiempo de espera que serviría para recuperarse de las pérdidas de la anterior campaña.

A mediados del año 1885, todo el mundo parecía estar muy contento con la marcha de las finanzas. Sin embargo, para los hermanos Ferré, los acontecimientos estarían marcados por una desgracia personal para la que ninguno estaba preparado. Ocurrió al inicio de ese verano, cuando Cipriano, el viejo mercenario, comenzó a padecer fiebres muy altas y unas constantes toses que apenas le dejaban respirar. El médico le diagnosticó un fuerte enfriamiento como consecuencia de haber estado expuesto a corrientes de aire con el cuerpo sudado por motivo de la intensa humedad que reinaba en el ambiente de aquellos días. Quizás estuvo acertado con su dictamen, pero a las ocho semanas del comienzo de los síntomas, el enfermo los abandonó, no sin antes tener tiempo suficiente para despedirse de todos ellos. Contaba con setenta años de edad, y hasta el momento de su muerte sintió unas enormes ganas de vivir para realizar muchas cosas que consideraba que aún le quedaban pendientes. Nunca perdió la consciencia ni se consideró mayor, aunque reconocía que la vejez ya no le permitía hacer esas locuras que tanto le gustaron de joven. Algunos días antes de empeorar, conversó con Rosina e hicieron juntos una reflexión sobre lo que había significado para cada uno su vida en común.

—Mi querida Rosina, ¡cuánto te voy a echar de menos!

—¡Qué tonto te pones algunas veces! —le contestó.

—¡Esto se acaba! ¡Lo presiento!

—¡Calla! ¡Vas a conseguir hacerme llorar!

—No tengo miedo. De joven, siempre pensé que moriría en combate; sin embargo, lo mejor que me ocurriría en la vida me esperó para cuando fuera mayor. Me tengo que arrepentir de muchas cosas, pero solo recuerdo los momentos tan felices que he pasado contigo y con nuestros hijos.

—Eres un buen hombre. Nunca me importó lo que hubieras hecho antes de conocernos.

—Muchas veces, la desesperación nos obliga a cosas que en otras circunstancias…

—No quiero saber nada de tu pasado —le interrumpió—. Para mí, naciste cuando nos casamos. Realmente, has sido un buen marido y un buen padre.

—Debo irme sin rencores y sin cuentas pendientes, pero no tenemos a Clemente para que me dé el perdón.

—Es lo mismo; aunque no le veas, él está junto a nosotros.

—Sí, es verdad. Veo con frecuencia a muchos conocidos alrededor de mi cama.

—Estate tranquilo, porque a tu lado me he sentido dichosa como ninguna otra mujer. Me has dado una felicidad que nunca pensé alcanzar por el color de mi piel y por mi condición de hija de esclava. Sin embargo, nada de eso te importó y me aceptaste tal como soy. Me has querido, y con tu ejemplo has conseguido que otros siguieran tus pasos e hicieran lo mismo. Ahora, los matrimonios mixtos son mucho más frecuentes y ya no son tan rechazados por la sociedad como antes. Ese es tu mérito, y estoy segura de que se te compensará cuando tengas que rendir cuentas por tus actos.

—¿Tú crees? —preguntó tímidamente.

A los pocos días, Rosina entendió que algunas veces comenzaba a delirar como consecuencia de la elevada fiebre, por lo que se apresuró en llamar a Marcelo y a Gregorio para que pudieran despedir a su padre antes de que empeorara su estado de salud. También avisó a Ganna, que fue la primera en acudir por encontrarse en la casa.

—Hola, Cipriano —le cogió de la mano mientras le saludó.

—¿Quieres algo para Clemente? Le voy a ver enseguida.

—Dile que le añoro y que espero verle pronto.

—Se lo diré.

—Quiero darte las gracias por lo bueno que has sido conmigo y con mi hijo. Poca gente hubiera accedido a cargar con un problema

parecido.

—Para mí, Gregorio ha sido un hijo más. En cuanto a ti, siempre te he considerado la hermana natural de Rosina y, por tanto, mi cuñada verdadera. Quiero que te quedes a vivir aquí. Los chicos ya hacen sus vidas con sus familias y es mejor que ambas os quedéis juntas para haceros compañía.

—No te preocupes por nada. Ahora solo debes pensar en curarte.

—De sobra sabemos los dos que esto tiene muy mala pinta.

—La fiebre te nubla las entendederas, querido cuñado. Te dejo descansar un rato, que pronto vendrán tus hijos a visitarte.

Salió a toda prisa de la habitación para echarse a llorar abrazada a Rosina, quien tampoco tuvo fuerzas para continuar con aquella conversación.

Al poco tiempo, casi al caer la tarde, Cipriano se encontraba acompañado por sus hijos, quienes no cesaban de pasarle por la frente y la cara paños humedecidos con agua para aliviar su alta temperatura. Se encontraba consciente y con ganas de hablar, cosa que extrañó a sus hijos, pues durante toda su vida se caracterizó por ser un hombre parco en palabras, pero muy generoso en hechos. Sin apenas dar consejos, con sus ejemplos indicaba lo que esperaba de todos y cada uno de quienes realmente le importaban. Por eso les sorprendió tanto cuando les dirigió una petición.

—Hijos míos: desde que nacisteis nos habéis alegrado la vida con vuestra presencia en esta casa. Más adelante, cuando nos abandonasteis para luchar por este país, supimos contentar nuestros temores con el pensamiento de que lo hacíais por una causa noble y legítima. Rezamos mucho por vuestro regreso al hogar, y Dios escuchó nuestras plegarias. Pero no creo que todos estos padecimientos se hayan producido para que al final tengamos que asistir a ver un odio tan grande entre dos hermanos que haga irreconciliable un cariño que desde siempre existió entre vosotros.

—Padre, no sabes el origen de todo esto —se atrevió a intervenir Marcelo.

—Hasta ahora, os he dejado actuar por vuestra cuenta, porque he pensado que ya sois muy mayores para que tenga que intervenir en esto. Pero el tiempo se me acaba y no estoy dispuesto a abandonar este mundo sin dejar este último problema resuelto. No me importa ni el motivo del problema, ni quién fue el causante. Parece que vuestra relación ha entrado en una etapa de alejamiento definitivo donde el rencor impera más que el amor y el odio más que el perdón. Estoy seguro de que no voy a tener otra oportunidad para hablaros. Por eso, quiero que con un abrazo deis por zanjadas

definitivamente vuestras diferencias. Pensad la postura que tomaríais si fueran vuestros hijos quienes se odiasen así. ¡Si no lo hacéis por vosotros, hacedlo por ellos!

Por el respeto que le tenían, y vista la delicada situación en que se encontraba, ninguno de los dos se atrevió a contradecirle. Delante de Cipriano, ambos se abrazaron tal como les acababa de pedir y dieron por finiquitado y olvidado el asunto. Rápidamente, Rosina y Ganna entraron en el cuarto y se precipitaron para besarlos en demostración de alegría por el gesto que acababan de tener. Cuando Cipriano pareció algo cansado, le dejaron descansar en compañía de las dos mujeres, quienes se turnaron para velar su sueño.

—Hermano, padre tiene razón. Hemos sido dos necios —dijo Marcelo.

—Estoy muy arrepentido de mis actos; la ira y la venganza me cegaron —contestó Gregorio.

—Déjalo estar así. Acabamos de recibir la última lección de nuestro padre.

—No sé, yo no le veo tan mal; ha sonreído mucho y nos ha seguido en todas las conversaciones. Lo único, esa maldita tos que no le deja respirar —afirmó Gregorio.

—No te dejes engañar por las falsas apariencias. Lo que le ocurre es lo mismo que nos contaba cuando éramos pequeños.

—No recuerdo, ¿qué nos contaba?

—Aquello que llamaba la mejoría de la muerte. Nos decía que muchos de sus compañeros, horas antes de fallecer, parecían recuperar las fuerzas para luego dejarse llevar definitivamente. Era como si el cuerpo se preparara para realizar un último esfuerzo.

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado por completo!

—Vamos a descansar un poco, que mañana tendremos mucho ajetreo.

Esa noche, ambos se quedaron en su antiguo cuarto de solteros y aunque ninguno de los dos pudo conciliar el sueño, al menos permanecieron tumbados mientras hablaron de todo aquello que no se habían contado en un tiempo que ambos coincidieron en que era mejor olvidar. También aprovecharon para ponerse al día de las cosas personales de cada uno, y poco a poco sintieron un gran alivio en el corazón cuando recuperaron el cariño que nunca llegaron a perder. Gregorio, con las ganancias que consiguió durante este periodo boyante, pudo comprar una finca colindante con La Mercenaria, de tamaño un poco más grande, y allí se construyó su vivienda. Aunque realmente no existía separación entre ambas

fincas, las casas no distaban a más de trescientos metros la una de la otra. Sin embargo, aquella noche prefirió quedarse cerca de su padre en compañía de Marcelo, con el que tenía que recuperar el tiempo perdido. Le habló de su mujer, Berta, y de sus dos hijos, Zoel y Nicolás, que ya tenían nueve y cinco años respectivamente; también de sus ilusiones, de cómo veía su futuro de hacendado y, cómo no, de su opinión sobre la cercana consecución de la independencia de la colonia caribeña.

Marcelo, por su parte, le correspondió con la información sobre su esposa Angélica; la gracia de su hija María, de tan solo dos años, y la esperanza que tenía en el embarazo de su mujer para que le diera un varón que continuara con la labor iniciada por él mismo en la explotación de las propiedades heredadas de sus suegros. Todo tenía cabida en la relación de los hermanos, y como no podía ser menos, ambos deseaban un futuro próspero basado en una pronta solución para sus expectativas nacionalistas. La noche estuvo repleta de confesiones y de propósitos que se basaron en las buenas intenciones de restablecer una relación familiar que facilitara la convivencia entre los primos, que hasta entonces no existía.

Repitieron las guardias durante algunos días, hasta que una mañana, alrededor de las seis, Ganna se acercó a la habitación para sobresaltarlos con la preocupación del inminente fallecimiento de Cipriano. No tuvieron apenas tiempo para acudir a su lecho; al llegar, solo pudieron ser testigos de los últimos jadeos de esa dificultosa respiración que le acompañó durante sus días finales. Después, durante un buen rato, Rosina y Ganna permanecieron abrazadas sin decir una palabra, mientras los dos hermanos se inclinaron sobre el cuerpo inerte de su padre para rendirle una sentida despedida. Quisieron amortajarle, pero Rosina no lo permitió; esa era una tarea que había reservado para sí misma en soledad. Para ella, suponía la mejor muestra de cariño y reconocimiento hacia el hombre que se entregó sin reservas para hacerla simplemente feliz. Nadie se atrevió a contradecirla, pero ninguno quiso dejarla en ese intenso momento. Cuando comprendieron que estaba un poco recuperada del trance, abandonaron el cuarto para dejarle margen de tiempo suficiente antes de que se presentara el *rigor mortis* que impediría la flexibilidad de los músculos de Cipriano.

CAPÍTULO XVI

Desde la muerte de Cipriano, Rosina y Ganna se quedaron a vivir en la casa que sirvió de hogar a los Ferré, tal como fue el último deseo del viejo mercenario español, mientras Marcelo y Gregorio continuaron con sus obligaciones familiares en sus respectivas casas, si bien no pasaban dos días sin que ambos fueran a visitarlas. Ellas se sentían muy contentas al comprobar que había vuelto a renacer el cariño entre los dos hermanos y que pasaban mucho tiempo juntos, como antaño. El que lo tenía más fácil por proximidad era Gregorio, quien con mucha frecuencia pasaba a tomar la mejor limonada que se podía saborear en todo Cuba; una receta secreta de la Salerosa, que primero enseñó a su nieta y, más adelante, a su protegida.

La primavera de 1886 estuvo marcada por el nacimiento de un varón para la casa de Marcelo y Angélica, quienes organizaron una gran fiesta a la que acudieron, aparte de todos los familiares de ambos, las más importantes personalidades del lugar, así como sus amigos y otros propietarios de plantaciones. Para tal ocasión, también intervino un nuevo cura llegado de España, quien bautizó al recién nacido con el nombre de Adán. Los padrinos elegidos para el evento fueron Gregorio y su esposa, Berta, lo que hizo mucho más emotiva la ceremonia. Entre los invitados, figuraron en calidad de hacendados y, sobre todo, como amigos íntimos de la familia Ferré, los Benjumea y los Pereda. Estos últimos acudieron a la cita con una sorprendente noticia que mantuvieron en secreto hasta que se quedaron a solas con los anfitriones y con sus más allegados. Después de mucho tiempo de vanos intentos y casi sin esperanza alguna de conseguirlo, Cristina había quedado embarazada y esperaba dar a luz para los primeros meses del siguiente año. No podía haber mejor broche final para la velada y todos brindaron por la buena nueva y por la constatación de que la vida, a pesar de todos los inconvenientes que surgen a lo largo del camino, seguía su curso imparable. Sin apenas darse cuenta, llegó el deseado acontecimiento, y la familia Pereda obtuvo su mejor recompensa con el nacimiento de dos gemelos varones, que bautizaron con el nombre de Fulgencio y Sergio, respectivamente.

Esa década estuvo marcada por una frenética actividad de

mucha intensidad comercial muy beneficiosa para los intereses cubanos y durante la cual la ciudadanía mejoró notablemente su calidad de vida, situación que en principio pareció ir en contra de las aspiraciones independentistas. Sin embargo, la interceptación de importante información sobre cuestiones relacionadas con la soberanía nacional cubana desencadenó un cúmulo de sospechas que a la postre motivó un cambio radical en el rumbo de las relaciones entre España y su aún colonia de ultramar.

Ocurrió que un día de primeros de enero de 1894, el lacayo del gobernador civil de la colonia, miembro en la clandestinidad del ejército cubano de liberación, interceptó un correo entre su señor y su homólogo en la península, en el que claramente se indicaba la alegría de la corte por la prosperidad de Cuba, ya que el incremento masivo de las exportaciones dirigidas a los grandes mercados internacionales suponía una importante entrada de divisas, vía impuestos y tasas, en las necesitadas arcas españolas. El propio gobernador apuntaba que después de reconocer estos números tan positivos se presentaba una situación muy complicada ante la que resultaba muy difícil que se produjera una renuncia voluntaria de la madre patria por sus posesiones en el Caribe. Aquella información secreta no gustó a ningún nacionalista, porque se percataron de que cuánto más rica considerasen en el ámbito internacional a la colonia, más difícil sería conseguir la anhelada independencia. Además, con sus volúmenes de ventas colaboraban a fortalecer a la economía española, que tarde o temprano volvería a ser su más encarnizada enemiga.

Con las nuevas informaciones conseguidas, el planteamiento cambió radicalmente porque todo apuntaba hacia una negativa oficial en cuanto a la concesión de la añorada soberanía nacional. Fue a partir de ese momento cuando los líderes separatistas cubanos interpretaron que solo por la fuerza de las armas conseguirían sus objetivos, ya que estaba claro que por voluntad propia de España no iban a conseguir sus deseos. Por esa razón decidieron retomar nuevamente el camino de las armas. Los meses siguientes estuvieron repletos de reuniones secretas, todas ellas encaminadas a buscar una actuación global que anulara las pretensiones españolas de continuidad permanente de dominación sobre la isla. Después de muchas deliberaciones, la única alternativa que se consideró válida para resolver definitivamente el problema fue la de volver a movilizar al ejército rebelde y declarar la guerra a España.

El inicio de la insurrección independentista se llevó acabo el 24 de febrero de 1895, coincidiendo con una época de debilidad

hispana que estuvo claramente marcada por las innumerables revueltas internas por conseguir el poder político en España. Los primeros escarceos y enfrentamientos directos se saldaron a favor de las tropas coloniales. Nuevamente, la disciplina del ejército español se impuso en campo abierto a los ataques virulentos pero desorganizados de los independentistas. Pese a todo, las fuerzas rebeldes estaban muy bien abastecidas por los simpatizantes norteamericanos a través de transportes mercenarios que dejaban en salvaguardia la neutralidad de su gobierno en el conflicto armado, por lo que también causaron un importante número de bajas entre las filas coloniales.

Desde los primeros reveses, los cubanos prefirieron imponer su táctica de guerra de guerrillas mediante el acoso permanente a puntos muy concretos diseminados por la totalidad del territorio nacional, en vez de encuentros frontales al uso tradicional. El conocimiento exacto de los accidentes geográficos del terreno, así como de las condiciones climatológicas, fueron factores que jugaron en favor de los sublevados y, por ello, iniciaron una serie de movimientos evasivos que obligaron a las tropas españolas a perseguirlos durante muchos meses por todo el territorio, sin conseguir enfrentar al grueso de cada bando. Los insurgentes eran mucho más rápidos y ágiles, porque estaban organizados en pequeñas partidas que siempre evitaban la confrontación directa; tan solo se permitían pequeñas escaramuzas de desgaste que se saldaron con muchas bajas por ambas partes.

Las plantaciones y cosechas comenzaron a ser quemadas por un ejército o por otro, según quien facilitara la versión de los hechos, con el objetivo común de dejar sin provisiones al enemigo. En este lance, quienes resultaron más beneficiadas fueron las tropas rebeldes, porque estaban mejor preparadas para soportar la escasez de medios a su alcance y porque al no haber trabajo ni nada que comer, los campesinos se alistaron a la guerra como medio para, al menos, alimentarse, lo que supuso una entrada permanente de nuevos efectivos para el ejército que defendía la causa más cercana a los ideales de la clase históricamente menos favorecida. Cuanto más se empobrecía la colonia caribeña, más combatientes se apuntaban en las filas independentistas y, a la vez, desaparecía una posible adhesión hacia los españoles, a quienes la propaganda subversiva rebelde responsabilizó de las penurias por las que ahora atravesaba la rica colonia, en contraposición a unos magníficos estados de bonanza anteriores, ya casi olvidados.

Para la campaña que se preparó en 1896, Gregorio y Marcelo

permanecieron en sus haciendas encargados de la organización de varios grupos de resistencia en la zona, y además, tenían la misión de informar de los movimientos enemigos. Había transcurrido demasiado tiempo desde aquellos primeros enfrentamientos en su juventud, y ni los mismos interesados sabían cómo iban a responder con más de cuarenta años a sus espaldas y acomodados a una vida mucho más tranquila. También se alistaron, deseosos de entrar en combate, unos mozalbetes que apenas llegaban a alcanzar los veinte años, entre los que se encontraba Zoel, el hijo mayor de Gregorio.

La historia se repetía para Rosina y Ganna, quienes pensaban que aquello no dejaba de ser un buen pretexto para abandonar este asqueroso mundo, según decían algunas veces. Un día, en un lugar cercano a su casa conocido como Monte Alimoche, se produjo un enfrentamiento entre baterías de artillería que tenían por misión limpiar la zona para facilitar el avance posterior de su infantería. Los obuses no dejaron de silbar durante toda la jornada, y los cañones mantuvieron su intensidad de fuego también por la noche, complementados con fuego de morteros. Cuando, ya de recogida, Gregorio regresaba a su finca, las únicas luces que se podían divisar en el firmamento eran las producidas por los fogonazos de los disparos y por la trayectoria que marcaban las enormes balas de los cañones. También se podía reconocer, a mucha distancia, la iluminación de la casa de Rosina y Ganna; parecía que invitaban a los artilleros para que la utilizaran como blanco de prácticas. Espoleó al caballo para llegar cuanto antes a cegar de inmediato aquella inoportuna referencia. Al acercarse, cuando apenas le quedaban unos cientos de metros, pudo contemplar cómo un rosario de bombas caía alrededor de la casa en busca del señalado objetivo. Parecía como si ambos bandos creyeran que se trataba de una posición enemiga. Algo más retiradas, las casas de los sirvientes y braceros permanecían apagadas, y desde los porches reclamaban la atención de sus señoras, pero ninguno se atrevió a salir bajo esa lluvia de bombas que silbaban tan cerca. Gregorio accedió al interior de la vivienda, donde encontró a las dos mujeres en la sala grande, asustadas bajo la mesa camilla.

—¿Qué hacéis? ¿Estáis locas?

—¡Hijo! —contestó Rosina sobresaltada.

—¡Apagad inmediatamente todas las luces! ¡Tenéis toda la casa iluminada y los cañones disparan hacia aquí! —les ordenó mientras apagaba faroles.

—¡Pero nosotras no hacemos daño a nadie! —replicó Rosina.

—¡Eso no lo saben los artilleros; para ellos, de noche y sin

reconocer la casa, sois un posible objetivo!

—¡Sí, hombre; ahora nosotras somos peligrosas! —le increpó Rosina.

—¡No, madre! ¡Os pueden confundir con cualquier punto estratégico!

—¡Llevan todo el día con disparos y hasta ahora no nos han molestado! —le informó Rosina.

—¡Me da igual; apagad las luces! ¿Y los mozos? ¿Cómo os han permitido encenderlas?

—¡En esta casa mando yo! ¡Los mozos no pintan nada! —contestó airada Rosina.

—¡Madre, no quiero discutir! ¡Por favor, apaga todo lo que luzca!

—¡Está bien! ¡Ya lo hacemos! —contestó Ganna para suavizar el tono.

—¡Parece mentira que olvides con tanta facilidad la primera norma que nos enseñó nuestro padre para estos casos! ¡No es la primera vez que os encontráis en una situación así!

—¡Es cierto, pero nos hemos hecho demasiado viejas! —contestó Ganna.

—¡Y demasiado imprudentes! Esto me indica que no podéis vivir solas.

No terminó de argumentar sus razones cuando una bomba estalló en medio de la sala donde se encontraban reunidos. La letal onda expansiva arrasó todo cuanto encontró a su paso. A continuación, acertaron de pleno a la vivienda otras detonaciones con el mismo resultado. Los tres murieron en el acto. Fue tan rápido que nada pudieron hacer por protegerse en algún lugar más seguro. A la mañana siguiente, después de un intenso trabajo, encontraron esparcidos sus cuerpos por el interior de la vivienda en ruinas, bajo una tonelada de madera que dejó sepultados sus cadáveres.

Marcelo, por la múltiple y dolorosa pérdida, entró en un periodo de apatía generalizada que le llevó a un abandono radical de todos los asuntos en los que estaba inmerso. Por más que intentaron razonar con él, parecía que ya nada ni nadie le interesaba. Los íntimos amigos, a los que frecuentemente solía gastar muchas bromas, fueron los primeros en notar que algo no marchaba bien en el interior de su cabeza. En poco tiempo, un estado de melancolía depresiva se apoderó de su voluntad. Aquel hombre sonriente, en cuestión de días, quedó convertido en un personaje taciturno que únicamente deseaba la soledad como compañera. Entró en un estado anímico depresivo del que jamás volvió a recuperarse. Para

Marcelo, el fallecimiento de su hermano supuso la desaparición de su única referencia y, tal vez, de su verdadera conexión con el mundo real. No importaba que hubieran estado muchos años sin hablarse; para él, era suficiente con saber que en caso de necesidad siempre le tendría a su lado. Ahora, de una manera incomprensible, aquel hombre adulto que siempre se caracterizó por atender diligentemente sus responsabilidades familiares se sintió solo y comenzó a sufrir ataques de pánico de la misma manera que lo haría un niño que se sintiera abandonado en medio de una tortuosa senda de la que le resultara imposible salir. Se veía a sí mismo muy cansado, sin ganas de hacer nada. Se mostraba abatido mucho antes de comenzar a caminar, y envuelto en una especie de oscura espesura que le nublaba la vista y que le impedía ver más allá de la ventana de su dormitorio. Después, con la perspectiva perdida, también dejó escapar la lógica del entendimiento y comenzó a cambiar su comportamiento vital. El proceso de degradación mental continuó introduciéndole en un mundo ficticio que le aisló del resto de los familiares. Luego, la locura experimentó un cambio sustancial: primero, con desvaríos sobre el contenido de las cosas; después, con inventos de realidades imposibles, y, por último, comenzó a reconocer en cualquiera que estuviera a su lado al asesino de su hermano, con los consiguientes ataques de paranoia. Llegó un momento en que no reconocía ni a sus propios hijos. Nadie se explicaba lo sucedido; Marcelo había enloquecido y resultaba imposible mantener una conversación medianamente coherente con él. Además, se había vuelto muy peligroso, en especial para su propia familia, situación que aconsejó dejarle confinado en sus aposentos, donde acabó sus días olvidado por todos aquellos que alguna vez le quisieron.

CAPÍTULO XVII

Tal como vaticinaron muchos, la intervención militar de terceros países que se quisieron implicar en el conflicto fue decisiva para decantar en favor de sus protegidos cubanos el resultado de la larga contienda. Aunque la defensa de las tropas españolas fue heroica, nada pudieron hacer por conservar unos territorios que mantenían desde hacía varios siglos en su posesión ante la gran diferencia en relación con el armamento moderno y el número de efectivos que presentaron sus enemigos. Después de la salida obligada de las tropas españolas de la isla de Cuba en virtud de los pactos del tratado de París del 10 de diciembre de 1898 entre España y los Estados Unidos de Norteamérica, los primeros años de su recién estrenada calificación como nación independiente estuvieron marcados por la existencia de un gobierno mixto, compuesto por una junta militar norteamericana, junto con la asistencia de un grupo de ciudadanos cualificados e influyentes, entre los que se encontraba Isaac de Benjumea.

En lo referente a la población que optó por permanecer en sus casas después de terminada la confrontación armada, se podía dividir entre los que no tenían adónde ir y aquellos que no querían abandonar sus propiedades. En atención al tipo de raza, estaba claramente dividida entre negros descendientes de esclavos, blancos sucesores de los primeros conquistadores y un número bastante grande de mulatos. De estos últimos, un pequeño colectivo correspondía a hijos legítimos de parejas mixtas, que siempre estuvieron mal vistas por las clases sociales y que en todos los casos estaban formadas por padre blanco y madre negra. El resto provenía de múltiples cruces multirraciales fruto de relaciones ocasionales no estables y, en muchas ocasiones, de padres desconocidos. La práctica habitual del lugar contemplaba como una situación normal que al nacer los hijos pasaran al cuidado de la madre y no volvieran a tener contacto alguno con su progenitor, quien en muchas ocasiones incluso desconocía su paternidad, y en otras no se quería hacer responsable. Por eso, era muy frecuente encontrar a madres solteras acompañadas por su prole, todos hermanos de distintos padres. Por tanto, ninguno de aquellos habitantes se podía considerar oriundo puro del lugar, por lo que la

solución salomónica que se adoptó de una manera natural y tácita fue la de dar cabida a todos aquellos que, por los motivos que fuera, quisieran formar parte de su ciudadanía y adoptaran la nueva nacionalidad.

Durante este tiempo de difícil transición, Salomé, la anciana madre de Isaac, murió en el año de 1899. Tuvo una de esas muertes que se definen como dulces. Aún la noche anterior recordaba a su hijo el próximo vencimiento de unos pagos que había que atender de manera inmediata. Por la tarde jugó a las cartas con su nuera Sara y algunas amigas; también mantuvo conversaciones muy animadas con sus nietas, quienes ya estaban en edad casadera. Su muerte se produjo de noche, mientras dormía plácidamente; contaba con setenta y nueve años de edad y parecía disfrutar con las pequeñas cosas que le rodeaban.

Desde que desembarcó, nunca dejó de recordar su tierra natal gaditana ni a su esposo Ildefonso, de quien siempre manifestó estar profundamente enamorada. Al principio quiso ser enterrada junto a él, pero después comprendió que la lejanía en el tiempo y en el espacio no son impedimentos para sentir cerca la presencia de la persona a la que se ama de verdad. Por eso dejó de soñar con ese último viaje y prefirió que la enterraran cerca de la palmera que su hijo trajo de España; un extraordinario ejemplar que había crecido mucho. De su tronco surgieron largos brazos de cuyos extremos se abrieron grandes palmas en forma de abanico, que se mecían caprichosamente al compás del viento.

Salomé, cuando sus nietas eran pequeñas, les contaba que las palmas de la palmera eran sus manos; que al igual que los humanos, ellas utilizan sus palmas para saludar, despedirse, acariciar, dar y pedir. Aquella comparación gustó tanto a las niñas que su abuela tuvo que repetirla una y otra vez, e incorporar cada día nuevas actividades humanas para su árbol preferido. Así, aquellos inocentes relatos se convirtieron en sus cuentos favoritos. Aquellas tiernas historias quedaron grabadas para siempre en el recuerdo de las tres; fueron sus grandes secretos compartidos.

Un momento antes de iniciar el entierro de la abuela Salomé, ante la sorpresa de los presentes, Ruth solicitó intervenir para decir unas palabras a modo de responso. Con emoción contenida se dirigió a los asistentes allí reunidos.

—Mi abuela, desde que llegó a estas tierras, vivió rodeada de su familia, y seguro que ahora ya se ha reunido con nuestro abuelo Ildefonso. Le gustaba contarnos preciosas historias sobre España y sobre antepasados que nunca llegaremos a conocer. Sin embargo,

para Paula y para mí, la abuela Salomé quedará en nuestra memoria gracias a unos cuentos que todos los días se inventaba para jugar con nosotras y que nos hacían intuir las diferentes cosas que podía hacer esta palmera con sus manos imaginarias. Entre mi abuela y su palmera debió de surgir una gran amistad, y ahora se harán compañía mutua para que nunca se sientan solas. Aquellas historias fueron las más bonitas de nuestra infancia, y quiero pensar que la forma de agradecimiento de la palmera por crearle un corazón humano será darle cobijo bajo sus grandes palmas. Este sitio donde ahora estamos reunidos no fue elegido por mi abuela al azar; para ella significaba el paso de una vida ya consumida a otra nueva, el renacer a otro destino. Cuando éramos pequeñas, todas las tardes nos traía aquí para vigilar el crecimiento de este magnífico árbol. Nos decía que, al igual que nuestra familia, se extendería por todas partes con el tiempo suficiente; esta palmera sería muy alta y abriría unos grandes brazos en señal de triunfo por la vida. Que no importaba desde dónde venía ni que la tierra fuera diferente a la de sus padres; que la fuerza de sus raíces sería lo verdaderamente importante para primero levantarse del suelo y luego dar buenos frutos. Siempre creyó que este era el punto más importante de la finca, porque el cepellón de la palmera venía protegido y cubierto con tierra de España; una tierra que se introdujo en tierra cubana cuando se plantó este proyecto de árbol. Solo gracias a la perfecta fusión de ambas tierras fue posible que brotara la palmera con esta fuerza. El milagro se produjo y aquí está su resultado; un ejemplo a seguir para todos y, en especial, para los que somos palmeras españolas.

—Si tu abuela te hubiera escuchado, estaría muy orgullosa —le dijo su padre visiblemente emocionado.

—Seguro que está entre nosotros —le contestó Ruth mientras se abrazaban.

Los invitados al sepelio, poco a poco, se acercaron para mostrar sus condolencias a los familiares de la fallecida. Cuando le tocó el turno a Zoel Ferré, quien acudió acompañado de su hermano Nicolás, y ambos en representación de su familia, no pudo reprimir unas ganas enormes de felicitar a la joven por su intervención.

—Ha estado magnífica, señorita Ruth. Nunca se me hubiera pasado por la cabeza esa unión entre la vida de un hombre y la de un árbol.

—Muchas gracias, pero discúlpeme, ¿nos conocemos?

—¡Claro que sí!

Ante la dama se presentó un hombre de una planta excelente.

Aunque vestía muy elegante, se notaba que no estaba acostumbrado a ese tipo de ropas, pues con frecuencia tiraba de la tela como para intentar hacerla más cómoda. Su más que evidente perfil africano quedaba muy rebajado debido a su abundante ascendencia de sangre blanca, lo que le daba un aire llamativo a la vez que algo salvaje. La herencia de su madre, Berta, la recogió en sus grandes ojos verdes con amplias pinceladas de color miel alrededor de las pupilas, lo que le confería una mirada penetrante y misteriosa. Su cabello rizado lo peinaba muy corto, y aquello potenciaba aún más sus rasgos faciales.

—¿Quién es usted, caballero? —preguntó la joven desconcertada.

—¡Soy Zoel, el hijo mayor de Gregorio Ferré!

—¡Zoel!

—¿Se acuerda ahora de mí?

—¡Claro que te recuerdo! ¡Nunca te hubiera reconocido!

—Jugábamos juntos cuando nuestros padres se visitaban —amplió la información Zoel.

—¡Es cierto! Pero antes me parecías mucho más bajito.

—En aquella época teníamos la misma estatura; pero luego yo debí de crecer más.

—¡Y menos mal! No me gustaría ser tan alta como tú.

—De todos modos, está igual de preciosa que de pequeña.

Zoel era muy sincero en sus manifestaciones, pues nada más verla quedó prendado por ella. La joven mantenía una manera de comportarse muy parecida a la de su madre, y aquella dulzura que aprendió desde la cuna enseguida fue captada por el mayor de los hijos de Gregorio. El movimiento elegante y sosegado de sus manos conforme habló en su discurso, y ahora con él mismo, le comunicó una paz de espíritu como nunca antes había sentido; una sensación que le hacía sentirse muy bien en su compañía. En lo físico, Ruth también se parecía bastante a su madre, Sara.

En cambio, su hermana Paula había heredado los genes de la familia de los Benjumea; por tanto era bastante más morena e inquieta. Amante de su independencia, le gustaba escapar por el campo para perderse entre las distintas plantaciones y regresar pasadas varias horas con la consiguiente preocupación de madre y hermana. Con su padre era con quien mejor se entendía, posiblemente porque no quería cambiarla de hábitos ni de carácter.

—Muchas gracias —contestó con rubor por la galantería.

—¿Qué ha hecho durante estos años? —preguntó Zoel, en un claro intento por continuar con la conversación.

—Me imagino que hacerme mayor mientras estudiaba. ¿Y tú?

—Me fui voluntario a la guerra contra las tropas coloniales.

—¿Qué te pasó?

—No entiendo la pregunta.

—Es que te noto muy cambiado, ya no me pareces el mismo; intuyo que algo importante debió de ocurrirte durante este periodo de ausencia —le planteó sus opiniones con mucha sinceridad.

—Bueno, sí; ocurrieron muchas cosas —contestó muy sorprendido Zoel.

—Me gustaría conocerlas —le volvió a sorprender Ruth con aquella invitación.

—Me encantaría volver a verla —le contestó.

—Pues vente el próximo fin de semana.

—El sábado al mediodía estaré aquí.

—¡Muy bien! ¡Te quedarás a comer con nosotros! Por cierto; si quieres, que venga también tu hermano.

—¡Muchas gracias! Se lo diré.

—¡Ah, otra cosa! No me llamabas de usted cuando jugábamos de pequeños.

—Bueno, es cierto; pero ahora se ha convertido en una mujer que me impone mucho respeto —contestó azarado por lo inesperado de la observación.

—Soy la misma y quiero que me trates como antes.

—Así lo haré —se despidió.

Para Zoel, tardó mucho tiempo en llegar el día señalado. Desde el viernes por la tarde, se dedicó junto a su madre y hermano a preparar las ropas que al día siguiente se iban a poner para visitar a los Benjumea.

Nicolás era el segundo hijo de Gregorio y Berta. Los hermanos se llevaban cuatro años de diferencia y no parecía que fuera impedimento para que ambos se consideraran también amigos. El no haber podido acompañar a su hermano a la guerra por su corta edad no le gustó, pero supo ayudar en todas las tareas que le fueron encomendadas para mantener operativa la hacienda. Si bien su hermano heredó los ojos de su madre, este parecía una copia de Gregorio; incluso en la manera de ser, a excepción de la tonalidad del color de su piel, que era un poco más clara. Se mostraba mucho más fogoso, incisivo y apasionado que su hermano, viva estampa de lo que fue su padre en su juventud. De todas maneras, en ambos muchachos primaban unos rasgos salvajemente africanos que llamaban poderosamente la atención; esos mismos que aportó la abuela Ganna y que fueron muy suavizados gracias a la

intervención genética del padre Clemente.

—¿Por qué me han invitado también a mí? —preguntó Nicolás.

—Tal vez para hacer menos tensa la primera cita entre tu hermano y la señorita Ruth —contestó su madre, Berta.

—No me gusta ir de acompañante.

—Piensa que le haces un favor a tu hermano, que posiblemente te lo devuelva mucho antes de lo que imaginas.

—¡Madre! Tengo veinte años y no pienso por el momento en novias.

—De las cosas del corazón es mejor no hacer planes.

—¿Piensas que Ruth se puede haber enamorado de mí? —preguntó Zoel.

—Eso te lo contestarás tú mismo.

—Hay tanta diferencia entre nuestras familias que me parece imposible que se haya fijado en mí.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Nicolás.

—Porque nos aventajan en todo. Seguro que tienen mejores sitios donde elegir pretendientes.

—¡Estás equivocado!

—¿Por qué?

—¡Porque las mujeres no piensan así!

—¿Entonces? ¿Cómo pensáis? —preguntó intrigado Zoel.

—Para nosotras lo importante es el sentimiento del amor. Cuando conocemos a un hombre, lo que queremos saber es si podríamos ser felices con él, si estaríamos dispuestas a compartir nuestra vida con ese compañero, si reúne esas cualidades que nos hemos imaginado en nuestros sueños. El resto son atributos externos que igual que vienen se van. Si es por dinero, nadie de por aquí puede competir con la familia Benjumea. Además, no creo que ese asunto preocupe en absoluto a sus padres. Ellos, al igual que nos ocurre a todos, seguramente desearán la felicidad de sus hijas y querrán que se casen con los hombres que ellas elijan. Solo pedirán que sean buenos y capaces de sacar sus familias adelante. Con eso se darán por satisfechos.

—Sí, pero todos ellos son tan blanquitos... Seguro que nuestro color de piel será un impedimento —intervino Nicolás.

—A estas alturas, me parece que el color de piel es lo menos importante. Además, no olvidéis que vosotros también tenéis sangre española. El mejor consejo que os puedo dar es que acudáis a la invitación sin complejo alguno. Mostraos tal como sois, sin mentir ni engañar. Aplicad toda la educación que os hemos enseñado, y si no os aceptan, es que estaba de Dios que no llegarais a nada con esa

familia.

Al día siguiente, los dos hermanos madrugaron para dejar aviadas las faenas de la finca antes de partir para la casa de los Benjumea. La madre los despidió con dos sentimientos encontrados; por un lado, se sentía orgullosa de ver cómo sus hijos se hacían hombres y crecían en ellos buenos sentimientos. Por otro, al notar en el rostro de Zoel un cierto aire melancólico, propio de quienes se sienten enamorados, sintió miedo a una posible decepción que podría dejarle marcado por mucho tiempo. Su hijo mayor ya tenía veinticuatro años, y aquello no se parecía a los anteriores juegos amorosos de la pubertad; parecía que Zoel iba muy en serio con Ruth.

Cuando llegaron a la finca La Palma del Indiano, fueron cortésmente recibidos por Isaac y Sara, y casi de seguido salieron a su encuentro Ruth y Paula. Todavía faltaba algo de tiempo para almorzar, momento que aprovecharon los anfitriones para preguntar a los hermanos por el estado de salud de su madre.

—¡Decidme! ¿Qué tal se encuentra vuestra madre? —preguntó Sara.

—¡Muy bien! Pero se acuerda mucho de mi padre —contestó Nicolás con mucha espontaneidad.

—Yo apreciaba mucho a vuestro padre. Siempre me pareció uno de los hombres con más personalidad que he conocido —amplió Isaac.

—¡Muchas gracias, señor! —correspondió Zoel.

—¿Quién lleva las riendas de la finca? —volvió a preguntar Isaac.

—¡Mi madre y nosotros! —informó nuevamente Nicolás.

—¿Estáis solos? —intervino Ruth.

—¡No! Tenemos braceros contratados —contestó Zoel.

—Entiendo. ¿Y qué tal van las cosas? —repreguntó Isaac.

—No nos quejamos, aunque creemos que estarían mucho mejor si mi padre viviera —respondió Nicolás.

—¡No tengo ninguna duda de ello! —puntualizó Isaac.

—De todas maneras, mi hermano y yo ya tenemos edad suficiente para hacernos cargo de la hacienda —intervino Zoel.

—Tu madre es una mujer muy valiente y luchadora. Aunque hace tiempo que no nos vemos, prácticamente desde la muerte de vuestro padre. Si no os importa, decidle que me gustaría hacerle una visita —solicitó Sara.

—¡Estaremos encantados de tenerlos a todos ustedes! —Nicolás amplió la invitación para el resto con sincera alegría.

—¡Bueno! La comida ya está lista. ¡Entremos al comedor! Luego habrá mucho tiempo para conversar en la sobremesa —indicó Sara.

—Esta casa me trae muy buenos recuerdos —señaló Zoel cuando accedieron al interior.

—¿Qué recuerdos tienes? —preguntó Ruth mientras tomaba asiento.

—Me acuerdo de mi padre sentado junto al tuyo en aquel diván de la esquina; hablaban durante largo tiempo mientras fumaban unos enormes puros y bebían una especie de licor que os traían de España. Sus conversaciones nos parecían muy aburridas y preferíamos salir a cazar grillos o jugar a escondernos por la hacienda. Las madres solían permanecer en el porche con una jarra de limonada, único reclamo para que nos dejáramos ver cuando la sed nos apretaba.

—Tienes buena memoria —intervino Isaac.

El resto de la comida transcurrió en animado diálogo, porque todos quisieron participar con sus anécdotas y con algunas confesiones de sus travesuras infantiles. Ya en los postres, Ruth no pudo aguantar por más tiempo su curiosidad y preguntó abiertamente a Zoel sobre sus actividades durante ese desconocido periodo de obligado alejamiento.

—La última vez que hablamos prometiste que me contarías tus aventuras desde que dejaste de venir por casa —solicitó Ruth a su amigo.

—¡No seas impaciente! A lo mejor Zoel no se siente cómodo con nuestra presencia para contar esas cosas tan personales —le regañó su madre.

—¡Está bien! ¡No me importa! Dice mi madre que aquello que no se puede contar en público es mejor reservarlo para uno mismo. En mi caso, no tengo nada que ocultar, porque mi vida ha sido muy sencilla.

—Ese es un buen consejo —afirmó Isaac.

—No tengo inconveniente en relatar mi pequeña historia.

—¡Por favor! ¡Cuéntala! —le solicitó Ruth, cada vez más intrigada, posiblemente por la sencillez de Zoel.

La realidad era que Isaac y Sara estaban tanto o más interesados que su propia hija en conocer la clase de vida que había llevado su invitado durante ese tiempo que estuvo fuera del hogar familiar. Ambos sospecharon, desde que Ruth formuló su inesperada invitación, que su hija sentía algo más que una simple amistad de infancia por el hijo mayor de Gregorio Ferré. De momento, no quisieron emitir opinión alguna al respecto hasta no conocer sus

verdaderos sentimientos, pero todo aquello les interesaba sobremanera, pues el futuro de sus hijas era una cuestión de prioridad incuestionable frente a cualquier otra situación que se pudiera presentar. Querían saber qué cambios había experimentado el joven Zoel desde que acudía con sus padres a visitarlos. La víspera de su llegada, a solas, el matrimonio quiso recordar cómo era aquel muchacho que sentarían a su mesa en las próximas horas; tenían la necesidad de calificar a un posible pretendiente de su hija Ruth. Sin embargo, las imprecisiones les jugaron una mala pasada y no recordaban absolutamente nada que les sirviera como referencia. Para ellos, y a pesar de haberle tenido en su casa en muchas ocasiones, aquel personaje les resultaba un verdadero desconocido que se iba a valer de una tarjeta de presentación muy íntima para introducirse en su hogar por la puerta grande. Por todo ello, escucharon con mucha atención la información que Zoel estaba dispuesto a facilitarles.

—Al cumplir los dieciocho me alisté en la Compañía Látigo, aquella que durante las primeras campañas fue creada por mi padre y por mi tío, como ya todo el mundo conoce desde que la guerra terminó. Deseaba con todas mis fuerzas estar bajo sus órdenes, pero ellos nunca volvieron a tomar el mando. Sé que mi padre hubiera aceptado de inmediato regresar al combate, porque le gustaba estar en primera línea de fuego y preparar estratégicos golpes de mano. Sin embargo, el Estado Mayor tenía otros planes muy diferentes y nunca se lo permitieron. En cuanto a mí, al principio, creí que la idea de la independencia nacional cubana fue lo que me motivó para coger las armas y abandonar mi casa en contra de los deseos de mis padres. Pensé que un nuevo concepto de libertad, hasta entonces desconocido en nuestra isla, nos haría mejores y más fuertes. En las primeras semanas de convivencia con el resto de la tropa, comprendí que todas aquellas razones fueron meras excusas que me puse a mí mismo para convencerme del sentido de la guerra, porque lo que quería en realidad era emular a mi padre y regresar con gloria y reconocimiento por mis hazañas en el campo de batalla. Aquella situación en la que estaba metido me pareció un simple juego de soldaditos que en buena lógica debería acabar en unos pocos días, justo el tiempo necesario para ganar un par de veces a las tropas coloniales españolas, y después ya podría regresar como un héroe. Vivía dentro de mi sueño, pero bastó el primer combate para situarme en la cruda realidad de la guerra.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Paula.

—¡No interrumpas! ¡Deja que continúe! —le regañó Ruth.

—Nunca olvidaré la primera vez que me enfrenté con tropas enemigas. Me encontré, sin apenas darme cuenta, en medio del fragor de la batalla; los disparos silbaban por todas partes mientras los compañeros gritaban todo lo que podían para eliminar la tensión acumulada de las largas horas de espera antes de iniciar las maniobras de combate. Ese olor único de la pólvora quemada me embriagaba y envalentonaba para atacar los objetivos que marcaban los oficiales. Había un humo muy denso por todas partes, que apenas me dejaba distinguir hacia dónde iba ni el terreno que pisaba. Estaba muy contento; me sentía mayor y me dejé arrastrar hacia la dirección que marcaban los más veteranos de mis compañeros. Las explosiones, los gritos de dolor, las palabras de ánimo; todo me parecía haberlo vivido en mis sueños infantiles. Tropecé con un cuerpo inerte que se encontraba delante de mi camino; caí sobre él y enseguida desperté de mi ficticia ensoñación. Reconocí en aquel cadáver a José Heredia, mi mejor amigo; el mismo que se alistó conmigo, según decía para hacerme compañía, y que la noche anterior me animó para hacer planes con vistas al futuro. Le faltaba una pierna a la altura de la ingle, y el inmenso charco de su alrededor denotaba que se había desangrado como consecuencia del impacto de una bala de gran calibre, tal vez procedente de un mortero enemigo. La contracción extrema de dolor que mostraba su rostro me debió cambiar de inmediato el gesto de mi cara. Verle allí, impregnado todo él de un extraño lodazal, mezcla de tierra con su propia sangre, hizo que ya no me pareciera un divertimento aquella situación. Recordé de inmediato los felices momentos que vivimos juntos y las serias advertencias de sus padres, pues no querían que nos metiéramos en líos, y en eso Heredia era todo un especialista. Luego me pregunté quién llevaría ese cuerpo hasta su casa, quién daría la triste noticia a sus padres. Decididamente, yo no quería pasar por ese trago y, sin embargo, era el único que le conocía de todo mi regimiento. Por similitud recordé a mi madre, que seguramente estaría angustiada a la espera de recibir noticias del frente, y enseguida las manos comenzaron a temblarme; apenas tenía fuerzas para sujetar mi fusil. De repente, recibí un fuerte empujón por la espalda:

—¡Soldado! ¡Coge con fuerza tu arma y no dejes de caminar! —me ordenó el cabo.

—¡Es mi amigo! —contesté.

—¡Era tu amigo! ¡Ahora está muerto y no puedes hacer nada por él! ¡Camina!

—¡No puedo dejarle aquí! —le dije.

—¡Sí que puedes! ¡Continúa o de lo contrario nos matarán a todos! ¡Bloqueas el paso a los compañeros! ¡Si no te pones en marcha ahora, yo mismo te dispararé y tiraré tu cuerpo sendero abajo!

»En aquellos momentos, cuando presencié como el cabo apartaba a patadas el cuerpo sin vida de mi amigo, sentí que se me rompía el corazón en mil pedazos. En un solo instante, acababa de perder la inocencia de la pubertad para reconocer el aspecto más cruel del ser humano. No sé cómo habría reaccionado mi padre en una situación semejante; tal vez se hubiera encorajinado y su irritación le podría haber llevado a atacar con más furia a los enemigos. En mi caso, me hizo pensar en las desgracias irreparables que producen las guerras. Por primera vez, calibré el valor de la vida y sentí miedo a morir. Continué con mi grupo y, más adelante, cuando el sargento ordenó atacar con bayoneta calada, me estremecí de temor porque sabía que el enemigo estaba tan cerca que incluso podía oír su jadeante respiración. Ahora el combate sería cuerpo a cuerpo, y los contendientes descubriríamos el valor de los enemigos en la firmeza de sus miradas. Estaban a muy pocos metros de distancia, y ellos también hicieron lo mismo. Sin embargo, al recibir la orden, saltaron como un solo hombre de sus posiciones hacia nosotros. En un instante, nos deslumbró el reflejo del sol sobre sus bayonetas; relucían tanto que los hacían parecer mucho más numerosos de lo que en realidad eran. Ese momento de indecisión fue suficiente para decantar a su favor la batalla. Aquel día maté por primera vez a otro hombre que, seguro, igual que yo, deseaba volver a ver el siguiente amanecer. Todavía no sé cómo lo hice, pero el largo cuchillo que portaba en la boca de mi fusil acabó incrustado en el estómago de aquel infeliz. Era un muchacho joven, quizás de mi misma edad. Atacaba con los ojos cerrados, como si no quisiera mirar al enemigo. Nunca olvidaré ese sonido seco de la afilada cuchilla cuando comenzó a rasgar su uniforme; luego, noté en mi pulso como el acero se abrió paso entre sus carnes. Al sentir mi arma dentro de su cuerpo, tiró la suya y abrió los ojos para mirarme fijamente. Sus dos manos agarraron con fuerza el cañón de mi fusil, pero enseguida se desvaneció delante de mí. Instintivamente, saqué la bayoneta con un movimiento brusco hacia atrás, lo que le supuso una enorme hemorragia que tiñó toda su camisola de rojo intenso. Vomité y alguien debió de tirar de mí cuando dieron la orden de retirada; corrí con el resto de mis compañeros hasta encontrar un lugar seguro donde resguardarnos del fuego enemigo. Nunca me había encontrado tan mal. Por la

noche, en el improvisado campamento, comprendí que no estaba hecho de la misma pasta que mi padre; le respetaba, pero no le quería imitar ni tomarle como ejemplo de vida. Me había equivocado con la decisión de luchar, y ya no tenía remedio. Lo único que podía hacer era intentar mantenerme con vida y regresar cuanto antes a mi casa. Después de ese combate vinieron muchos más, y no tuve más remedio que continuar matando, pero siempre lo tomé como una obligación para salvar mi propia vida, y reconozco que jamás volví a pensar en los elevados motivos patrióticos que me llevaron al campo del honor. No he sido un soldado cobarde; he cumplido fielmente las órdenes recibidas, pero nunca disfruté en ninguna batalla, independientemente del resultado de esta. De la muerte de mi padre, mi abuela y de mi tía Ganna me enteré cuando ya estaban enterrados; por tanto, considero que no les debo nada a las milicias; más bien, creo que son ellos los que están en deuda conmigo. Después, cuando nos notificaron la firma del armisticio, nos licenciaron y regresé para ocuparme junto con mi madre y mi hermano de las tareas propias de la explotación de nuestra finca.

La sinceridad con que Zoel relató sus vivencias dejó enmudecidos al resto de los componentes de la mesa, quienes vacilaron unos instantes antes de continuar con la conversación.

—Me ha impresionado tu historia. No sé qué decir —intervino Ruth.

—No hace falta decir nada —contestó Zoel.

Después de un prudente carraspeo, Isaac tomó la palabra para dirigirse a su invitado.

—Querido Zoel; al principio, cuando comenzaste con tu relato, pensé que estábamos ante uno de esos casos que tienen idealizado a su padre, y que, a falta de vida propia y sobre todo por la fuerte personalidad del progenitor, pretenden imitarle en todos sus pasos. Sin embargo, después de escucharte, he de reconocer que mi primera impresión ha sido errónea. Si en algo te pareces a tu padre es precisamente en esa fuerza de carácter. En tu caso, posiblemente tu comportamiento tiene mucho más mérito, pues a pesar de las grandes carencias que reconoces tener frente a la vida militar, has cumplido con las obligaciones contraídas. Esto dice mucho sobre tu honradez y tu valía como persona. En tus decisiones, has procurado utilizar los mejores valores que el hombre lleva dentro, incluso por encima del revanchismo natural que se produce en una confrontación entre casi hermanos de sangre. En tus decisiones ha preponderado el sentido común por encima del deseo de matar,

aunque en muchas ocasiones no hayas tenido más remedio que luchar por tu país y por salvar tu propia vida, como bien reconoces tú mismo. Por todo ello, y a falta de la existencia de tu verdadero padre, a quien conocí en vida y consideré como a uno de mis más importantes amigos, permíteme que por esta vez le sustituya y te felicite por haber conseguido algo que muchos no logran a lo largo de toda su existencia: ser un buen hombre en el sentido más amplio de la palabra.

—¡Muchas gracias, don Isaac! Me reconfortan sus palabras —contestó emocionado Zoel.

—Ahora, vayan a pasear por la finca y olvídense de este par de viejos que bastante tiempo les han robado hoy —los invitó Sara para quedarse a solas con su marido.

—¿Os apetece recorrer la finca? —propuso Paula.

—¡Vamos! —contestaron animosos los dos hermanos.

Mientras se alejaban a caballo, el matrimonio continuó sentado a la mesa con la mirada puesta en los jinetes, momento que aprovechó Sara para continuar la conversación con Isaac.

—Has estado muy claro y contundente.

—He dicho lo que pensaba.

—¿Qué te parece Zoel?

—¿En qué aspecto?

—Como persona.

—Es un hombre válido de quien te puedes fiar; un digno sucesor de su padre.

—¿Y como yerno?

—¿Qué insinúas, mujer?

—¡Que ese hombre válido, como tú dices, le gusta a tu hija mayor!

—¿Cómo lo sabes?

—No tengo más que mirar a Ruth. Además, no disimules conmigo, que también lo has notado.

—¿Desde cuándo le interesa Zoel hasta ese extremo?

—Desde que le reconoció en el sepelio de tu madre.

—¿Así, de golpe y porrazo?

—Para el amor no existen tiempos. Cuando se presenta, lo hace de inmediato, sin avisos y sin razones. Además, piensa que tu hija ya está en edad de enamorarse y lo lógico es que se fije en muchachos de su edad.

—Entonces, si lo tienes tan claro, ¿qué quieres saber?

—Tenemos que estar preparados para cuando se presente el momento. Creo que, como padres, debemos mantener una única

postura frente a los posibles candidatos.

—Siempre aceptaré al hombre que elijan mis hijas —contestó sin vacilaciones Isaac.

—¡Eso es lo que quiero saber!

—¡Ya te lo he dicho!

—¿Sin investigar al candidato ni a su familia?

—¡No! ¡Eso no!

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Obtendré la información que necesite; se la comunicaré a la interesada y, además, le daré como propina mi impresión personal.

—¡Será nuestra opinión personal!

—¡Sí, bueno! ¡Eso quería decir!

—¿Y si el primer candidato es Zoel?

—No tengo que investigar nada. Conozco perfectamente a su familia, y a él casi desde que nació.

—¿Y?

—¡No entiendo!

—¡Me entiendes perfectamente!

—Reconozco que me gusta ese muchacho y veo en él grandes cualidades.

—¿Entonces?

—Sabes que no me importa si tiene mucho o poco dinero; me basta con que quiera a nuestra hija y se comprometa a mantener la propiedad. Sin embargo, si tengo que poner un pero, tal vez yo diría que tiene un color un poco más oscuro que el blanco de Ruth.

—¿Eso supondría un obstáculo insalvable?

—¡En absoluto! Esta nación se tiene que construir con la unión de todos sus ciudadanos. Me refiero a que, por una ley natural no escrita, lo más normal es que cada raza tienda a elegir especímenes iguales.

—Zoel es un mulato muy clarito y bastante apuesto —indicó Sara.

—¡Es cierto!

—¿Debo entender que no pondrías reparos en su elección?

—Si es el elegido y tú estás conforme, no tengo nada que objetar.

—¡Estamos de acuerdo! —concluyó Sara alzando su copa.

CAPÍTULO XVIII

Durante los meses siguientes, Zoel acudió asiduamente a la casa de los Benjumea. La actitud de ambos jóvenes cuando se reencontraban no dejaba lugar a dudas: estaban enamorados. Los largos paseos cogidos del brazo se prodigaban hasta casi anochecido, mientras hacían múltiples planes con vistas a un futuro que querían presuponer muy próximo. Las atenciones que Ruth recibía de su enamorado se multiplicaron conforme transcurría ese indefinido tiempo de conquista amorosa, y tampoco pasaron esos detalles desapercibidos ante sus padres, circunstancia que les hizo pensar en la necesidad de otorgar una consideración más apropiada para su asiduo invitado. En consecuencia, entendieron que lo más aconsejable sería dar un paso hacia delante y formalizar aquella relación mediante una fiesta que sirviera para anunciar públicamente el compromiso. Por aquel entonces, Sara y Berta habían retomado su antigua amistad, interrumpida por la muerte de Gregorio, y resultaba muy frecuente verlas juntas de compras por La Habana. En realidad, estaban encantadas con la unión de las dos familias, y tan pronto como aceptaron los novios la celebración de la fiesta se pusieron manos a la obra, junto con Ruth y Paula, para organizar este importante evento para la pareja, que debía ser considerado el preludio oficial que dejaba vía libre a la posterior ceremonia matrimonial.

En la primavera de 1901, la magnífica casa de los Benjumea sirvió para tan deseado acontecimiento. En esta ocasión acudió Angélica, la viuda de Marcelo, acompañada de sus hijos, María y Adán, que por entonces ya contaban con dieciocho y quince años, respectivamente. La hija había acumulado en sí misma todas las bondades de los Ferré y se la veía resuelta y emprendedora, al igual que lo fueron su padre y su tío. No existía nada que le turbara el ánimo ni le impidiera acometer cualquier deseo por difícil que fuera. En cambio, el chico tuvo alguna complicación al nacer que le dejó una pequeña cojera que se le acentuaba mucho más cuando creía que los extraños observaban su tara. Por eso, sus primeros años de adolescencia transcurrieron con la única compañía de familiares; circunstancia que le hizo comportarse de una manera retraída y, muchas veces, solitaria. Se supo proteger tras la lectura

cuando los demás organizaban excursiones en las afueras de las fincas respectivas. Sin embargo, en familia, se mostraba como el miembro más activo y arriesgado de todos los primos. Esa dicotomía en su comportamiento en presencia de extraños le acompañó prácticamente hasta que superó aquellos infundados complejos, ya rebasados los veinte años de edad, cuando entendió que la valoración de las personas no solo se hacía en función de la perfección de su físico.

Para Angélica, después de la muerte de su marido, las salidas sociales quedaron anuladas y permutadas por las tareas propias de la explotación de sus propiedades. En cuanto a su vida privada, también optó por trasladarse a casa de sus padres, quienes ya eran muy mayores y necesitaban constantemente sus atenciones. La fiesta de compromiso de su sobrino Zoel con la hija mayor de Sara e Isaac supuso un buen pretexto para salir de un encierro voluntario, aunque fuera por una vez, y pensó que quizás le serviría para volver a tomar el pulso de una sociedad a la que había abandonado desde hacía demasiado tiempo. La locura de Marcelo la aisló completamente del mundo exterior, bien porque ella no quería salir, bien porque los demás tenían muchas prevenciones a la hora de visitarlos. Luego, cuando se produjo su fallecimiento, la soledad anidó en el corazón de Angélica, quien se dedicó en exclusiva a la educación de sus hijos, mientras su padre, el abuelo de los niños, se ocupaba de la explotación de La Alameda Verde que tan gentilmente les cedió como regalo de boda. Más adelante, con el fin de tener ocupado el máximo tiempo posible, fue ella misma quien tomó las riendas de la finca, pues quiso dejar en herencia a sus hijos algo que mereciera la pena.

Sara e Isaac no contaban con su presencia, pues siempre declinó su asistencia a cuantos actos había sido invitada. Sin embargo, al aparecer tan hermosa y radiante con sus mejores galas, ambos se emocionaron y corrieron a su lado para agradecerle esa deferencia. El momento más emotivo de la fiesta resultó con el saludo de las cuñadas, Berta y Angélica, así como el de los primos, quienes llevaban mucho tiempo sin tener contacto alguno.

—¡Querida Berta! ¡Cuánto te he echado de menos!

—¡Y yo a ti también! ¡Por favor, no nos volvamos a separar!

—¡Te lo prometo!

—Necesitaremos algunas reuniones intensivas para ponernos al día de nuestras cosas —sugirió Berta.

—¡He cometido un gran error! ¡He privado a mis hijos de la compañía de la familia de su padre!

—¡No te preocupes! Todo eso tiene solución.

—¡Me he encerrado en mi soledad y he arrastrado con mi pena a quienes vivían conmigo!

—Ya hablaremos. Seguro que a partir de ahora tendremos mucho tiempo. ¡Vamos a disfrutar de este momento!

—¡Qué guapos están Zoel y Nicolás! —exclamó Angélica cuando los besó.

—Los cuatro primos tienen el sello Ferré —contestó Berta mientras se abrazaba con María y Adán.

El año de 1902 fue elegido para acoger estos importantes hechos que marcarían el futuro de la recién establecida pareja. Con la llegada del otoño se cambió la condición civil de los novios, quienes consolidaron la unión de los Ferré y los Benjumea con una de las ceremonias más impresionantes que se recordó en el lugar durante mucho tiempo después. Sin sospecharlo ninguno de los presentes, con aquel acto, por paradojas del caprichoso destino, se establecieron por primera vez vínculos de sangre entre los descendientes de los esclavos apresados en África y los de la familia gaditana que los capturó para que fueran vendidos en el puerto de La Habana como simple mercancía, en beneficio propio.

Zoel accedió a trasladarse a vivir en La Palma del Indiano. Era tan extensa su superficie, que toda ayuda resultaba escasa para sacar adelante su vasta producción. Había trabajo para todos, y de la finca se obtenían recursos suficientes para mantener holgadamente a varias generaciones a la vez. En muy poco tiempo, se ganó la confianza de su suegro y comenzó a dirigir la hacienda como si de la suya propia se tratara, circunstancia que agradó a Isaac. Tan pronto como el joven marido de Ruth se encontró con fuerzas suficientes para controlar la hacienda de su suegro y se sintió respaldado por este, no dudó un instante en organizar una reunión con su hermano Nicolás para mantener una importante conversación cuyo contenido le rondaba por la cabeza desde hacía algún tiempo, por lo que aprovechó la ocasión en la primera visita que realizó a su familia en el verano de 1903.

—Nicolás, necesito hablar contigo a solas —le dijo.

—Dime, hermano.

—En la hacienda de mi suegro tengo más trabajo del que puedo abarcar. Soy consciente de que no puedo desviar mi atención un segundo para ayudarte con la explotación de nuestra finca. Sé que soportas íntegramente toda la carga sobre tus hombros.

—No te preocupes; son cosas que pasan habitualmente cuando te casas con una rica heredera —le contestó Nicolás a la vez que

reía.

—Lo sé, pero considero que no es justo para ti —continuaba serio.

—No quiero que te preocupes por esta tontería. Mamá y yo estamos muy bien.

—Sí, pero quiero quedarme tranquilo con mi conciencia.

—¿Tranquilo? No entiendo.

—Mira, he pensado que lo mejor es que te quedes como único heredero de La Mercenaria.

—¡No me parece bien! Esta es la finca de nuestros padres y abuelos. ¡Es nuestro legado!

—Se mantiene boyante únicamente gracias a tus esfuerzos.

—¡Eso no tiene nada que ver!

—¡Claro que tiene que ver! Si no fuera por ti, la finca estaría abandonada.

—No, porque es nuestro sustento. Creo que es suficiente el pacto que tenemos de quedarnos con los beneficios sin compartirlos contigo. ¡La hacienda nos da de sobra para vivir bien!

—Lo sé, pero no me parece suficiente. Yo tengo con La Palma del Indiano más de lo que puedo gastar en toda mi vida. Me quedaría más tranquilo si aceptaras mi renuncia a la herencia.

—La vida es muy larga y nadie te puede asegurar que el día de mañana no fueras a necesitarla.

—Entonces, si eso ocurriera, no dudaría en pedirte ayuda.

—Pero ¿por qué todo esto?

—Soy consciente de que vivo del patrimonio de los Benjumea, y aunque me lo gano sobradamente y no tengo ninguna queja, siempre será la propiedad de mis suegros y de su familia. No pienses que tengo problema alguno ni que mi suegro quiere acaparar esta u otras propiedades; lo que me ocurre es que deseo que nuestra hacienda permanezca en poder de la familia Ferré.

—No lo veo, porque eso mismo me puede ocurrir a mí.

—¡Bien! Pues cuando te ocurra volveremos a plantearnos el problema. De momento, te ruego que aceptes mi propuesta.

—¡Está bien!

—¡Muchas gracias! Me dejas muy tranquilo. El próximo lunes dejaré preparada toda la documentación para firmar el documento notarial correspondiente.

—Por cierto, ya que estamos en faena, quisiera hablarte de otro asunto muy importante para mí —le dijo Nicolás.

—Tú dirás —contestó Zoel intrigado.

—Quiero comunicarte que desde hace algunos meses salgo con

una mujer de la que me siento muy enamorado.

—¡Enhorabuena! ¿Cómo es que no has dicho nada?

—Lo hemos querido llevar en secreto, por prudencia.

—¿Se puede saber quién es? ¿La conocemos?

—¡La conoces!

—¡Qué bien!

—Me gustaría contarte los detalles sin revelar su identidad.

—¿Por qué? Somos hermanos y no voy a contar algo que no me permitas.

—No es eso, es que no tengo su autorización para descubrir su nombre; he dado mi palabra.

—Lo entiendo. Bueno, pues cuéntame lo que puedas.

—Comenzamos nuestra relación el día de la fiesta de tu compromiso con Ruth, y desde entonces nos hemos visto cuando hemos podido.

—¿Eso quiere decir que era una de las invitadas?

—Sí.

—¡Muy interesante! Entonces también acudió a la ceremonia y al convite de boda.

—Sí.

—¿Os habéis visto en otras ocasiones?

—Sí.

—Perdóname, pero no veo el misterio por ningún lado como para evitar decir su nombre. Todo resulta de lo más normal.

—Nos hemos enamorado perdidamente el uno del otro. Aunque no queríamos, no hemos podido evitarlo. Es bella, cariñosa, complaciente y resulta ser mi mejor compañera. Estoy convencido de que es la mujer de mi vida, es con la que quiero compartir el resto de mi existencia. Lo que siento por ella nunca me había ocurrido con ninguna otra. El tiempo que paso con ella me resulta extremadamente corto. Al separarnos, nos sentimos perdidos en medio de un mundo que no nos interesa y que solo recobra su sentido cuando volvemos a estar juntos.

—Por lo que cuentas, entiendo que no hay ninguna duda sobre la sinceridad de vuestros sentimientos. Por ello, sigo sin comprender tanto misterio. No creo que nadie de casa te ponga la más mínima traba para que continúes con tu romance.

—Solo quiero que comprendas el amor que sentimos el uno por el otro para que luego, cuando llegue el momento oportuno, te resulte más sencillo comprender nuestra postura y el problema que ahora tenemos, y si es posible, me gustaría contar con tu ayuda —explicó Nicolás.

—¡Sea como quieras! Ya sabes que siempre puedes contar conmigo. De todos modos, entiendo que podré informar a Ruth de que tienes una pareja desconocida, ¿no?

—¡Por supuesto! ¡Gracias por todo, hermano! Te prometo que serás el primero en conocer su nombre.

Zoel no dio mayor importancia al contenido de la información que le acababa de facilitar su hermano hasta que ya en el camino de regreso a su casa se lo comentó a Ruth, quien después de escuchar con mucha atención el relato dejó escapar un ¡Dios mío! muy revelador.

—¿Por qué te preocupas? —preguntó Zoel a su esposa, extrañado por su reacción.

—¿No lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Pues que si no puede decir su nombre es porque se trata de una relación de difícil o peligrosa aceptación.

—¿En qué tipo de relación piensas? —volvió a preguntar Zoel.

—En una poco clara.

—¿Por ejemplo?

—Pues con una mujer casada o tal vez una viuda que tenga hijos; a lo mejor, una mujer conocida de mala reputación que podamos pensar que vaya en busca del dinero de tu hermano; quizás alguien demasiado próxima por vínculos de sangre; no sé, que su presencia suponga un conflicto familiar.

Ambos permanecieron callados durante buena parte del trayecto, hasta que Ruth no pudo reprimir sus pensamientos y exclamó:

—¡Tengo que hablar de inmediato con mi hermana!

—¡Por Dios! ¿Con tu hermana? ¡Dejas volar demasiado tu imaginación!

—¡Seguro que es así! Pero quiero disipar una duda que ahora mismo me acaba de surgir.

A pesar de lo avanzado de la hora, en cuanto llegaron a la hacienda, Ruth fue en busca de Paula para salir del estado de nerviosismo en que se encontraba. Después de relatar toda la información, no hizo falta formular la pregunta.

—Reconozco que Nicolás me gusta y además está muy bien. Sin embargo, jamás me ha demostrado un interés que fuera más allá de la simple cortesía como hermano de mi cuñado. Por tanto, querida hermana, quédate tranquila que no soy la afortunada.

Aquella clara y rotunda contestación dejó zanjada la preocupación de Ruth, aunque la incógnita, por motivos diferentes,

permaneció en la mente de quienes conocían una buena parte del secreto de Nicolás.

CAPÍTULO XIX

La primavera de 1904 vino marcada por noticias relacionadas con las cosas del corazón, que a la postre fueron las responsables de importantes cambios que ya habían comenzado a gestarse en el seno de una de las familias más antiguas de la sociedad acomodada de la Cuba de principios de siglo.

Por aquel entonces, Angélica contaba con cincuenta años muy bien llevados, pues mantenía intactos todo su porte y gran belleza a la vista de cuantos la admiraban. Se acercó a la casa de su cuñada Berta para sorprenderla con una visita inesperada, y la alegría por aquella grata sorpresa pronto se reflejó de una manera natural y sencilla en el rostro de la visitada, a lo que rápidamente correspondió de igual forma aquella quien se mostró espléndida al bajar de su coche.

—¡Qué alegría! —saludó Berta mientras se abrazaron efusivamente.

—¡Hacía muchos meses que no hablábamos! —contestó Angélica.

—¡Cierto! ¡Pero ven, entra en casa!

Después de los saludos de rigor y de las obligadas preguntas sobre la salud de todos los miembros familiares de cada casa, la perspicacia de Berta hizo que entrara directamente sin rodeos en el fondo de la cuestión.

—¡Dime! ¿Qué asunto te trae por aquí? Debe de ser muy importante para haberte desplazado hasta esta humilde morada y permitir que goce de tu presencia.

Le dejó el paso franco para que pudiera comenzar por donde quisiera, mientras no dejaba de sonreír en clara muestra de afecto sincero.

—¡Me conoces muy bien! ¡Contigo no puedo disimular! —contestó Angélica sin apenas sorprenderse.

—Bien, tú dirás. ¡Ya era hora de tener sabrosones cotilleos! —contestó Berta, sin ocultar que mantenía el mismo tono de voz jocosa.

—Vengo a dejar una confesión y a llevarme un consejo —comenzó Angélica con evidentes muestras de angustia.

—¿Qué te ocurre, criatura?

—Estoy muy enamorada.
—¿Cómo puede ser eso?
—¡Ni yo misma lo sé!
—¿De quién?
—¡De Simón Viñas!
—¿De Simón Viñas?
—Sí.
—Definitivamente, tú te has vuelto loca.
—Desgraciadamente, loca de amor.
—¿Qué quieres hacer?
—¡Queremos vivir juntos una temporada de prueba, y luego casarnos!
—Pero ¿sabes bien lo que cuentan de ese hombre?
—¡Sí! ¡Y todo es mentira!
—Todo el mundo le conoce como el marqués de España. Dicen que es un aristócrata español que tuvo que huir de Madrid por cuestiones de faldas, con algún asesinato de por medio. Cuando dilapidó la herencia de sus padres se convirtió en un cazador profesional de fortunas y se le ha relacionado con muchas mujeres, todas ellas con posibles. En los círculos habituales de La Habana, se le considera un hombre muy peligroso al que se le atribuyen varias muertes, sin que hasta la fecha se haya podido demostrar nada. Tiene fama merecida de no respetar a nada ni a nadie; no goza de la simpatía de ningún marido. Algunos se sienten amenazados con su simple presencia. Sin embargo, nadie se ha atrevido a hacerle frente, porque dicen que maneja muy bien el florete y que tiene muy buena puntería, tanto con pistola como con rifle. Además, y sin despreciar tu evidente belleza, es bastante más joven que tú, lo que me hace sospechar sobre sus verdaderas intenciones. Para mí, no pasa de ser un simple matón de barrio que no duraría ni un segundo contra nuestros Gregorio y Marcelo.
—Seguro que sí, pero ellos no están aquí para demostrarlo, y quienes tenemos que pasar todas las noches en soledad somos nosotras.
—¡A mí no me importa!
—¡Pues a mí sí!
—¡Yo prefiero honrar la memoria de Gregorio!
—¡Pues yo, tener la cama caliente en invierno!
—¡No te entiendo!
—¡Es muy simple! Todavía soy joven y atractiva, y por primera vez desde hace mucho tiempo me siento viva. Durante todos estos años parece que fallecí junto a Marcelo. Por un lado, reconozco

parte de mi culpa porque me encerré en mi casa con mis hijos y mi pena. Por otro, los demás también me consideraron muerta y nunca más nadie se acercó para hacerme una caricia, tan solo por ser yo misma. Desde que murió Marcelo, todas las muestras de cariño que recibí se me concedieron solamente por ser su viuda. Ahora se ha acercado un hombre a mi vida que me valora y no quiero perder la que, posiblemente, sea la última oportunidad que me quede para ser otra vez feliz. Tengo la conciencia tranquila porque estoy segura de haber cumplido sobradamente con todo el mundo; he cuidado y educado a mis hijos hasta que han sido mayores, estoy pendiente de mis padres, he atendido mis obligaciones como hacendada y he conseguido hacer prosperar la finca. Creo que ya ha llegado el momento de preocuparme por mi felicidad.

—Entonces, si lo tienes todo tan claro, ¿para qué me necesitas?

—A una de mis preguntas ya has contestado. ¡Ya conozco tu opinión sobre Simón! Sin embargo, me gustaría saber qué piensas sobre la reacción de la familia cuando se entere.

—Creo que no le va a gustar a nadie, esta noticia.

—¿Puedo contar con el apoyo de alguien?

—¡Creo que no!

—¿Ni con el tuyo?

—Yo respetaré tu decisión e intentaré, en la medida que pueda, que los demás hagan lo mismo. Incluso procuraré suavizar las reacciones de aquellos sobre los que tengo alguna influencia. Pero de ninguna de las maneras voy a enfrentarme con el resto de la familia.

—¡Gracias!

—A pesar de todo, pienso que cometes una gran equivocación. Creo que no has calibrado las consecuencias de tu decisión, sobre todo para tus hijos.

—Mis hijos son mayores y deben entender que su madre todavía tiene posibilidades de rehacer su vida.

—Para los hijos, eso de cambiar de repente de padre no suele ser sencillo —contestó Berta.

—¡Pues no les queda otro remedio que acostumbrarse!

—Te deseo toda la suerte del mundo, porque no es lo mismo el deseo que la cruda realidad.

—¡El tiempo lo dirá! —Angélica se quedó por el momento sin palabras.

—Con este bombazo que me has soltado, he olvidado comunicarte que voy a ser abuela —Berta inició oportunamente otra conversación.

—¡Enhorabuena! ¡Qué alegría!

—Estamos todos encantados.

—¿Para cuándo se espera que nazca el bebé?

—Para finales de año o muy a principios del que viene.

El resto del día, las cuñadas lo dedicaron básicamente a conversar sobre las novedades de sus respectivos hijos, sobre la nueva forma de vida en la isla y de la multitud de chismorreos que circulaban alrededor de la vida social de La Habana. Sin apenas darse cuenta, enseguida llegó el momento de regresar y ambas se despidieron con mucho pesar en el corazón. Sintieron una honda pena, porque las dos sabían que no se volvería a repetir otra visita perecida, tan secreta, tan privada, tan sincera.

—Por favor, comunica mis felicitaciones a la pareja.

—Así lo haré.

—Espero que nos volvamos a ver muy pronto. Ahora eres tú quien está en deuda conmigo, porque me debes una visita —le recordó Angélica.

—Te la pagaré en cuanto pueda. A lo mejor antes de lo que te imaginas.

—¡Ojalá! Sabes que siempre serás muy bien recibida y que me gusta mucho tu compañía.

—Lo sé. El cariño es mutuo.

—Adiós, Berta.

Las siguientes semanas supusieron una verdadera convulsión familiar cuando todos sus miembros conocieron la noticia. Los más afectados, tal como había vaticinado Berta, fueron María y Adán, quienes, con sus veintiuno y dieciocho años respectivamente, no eran capaces de aceptar ese cambio tan brusco e inesperado por parte de su madre. El hecho de compartir la intimidad de su casa con un desconocido ni les pareció una buena idea ni les apetecía en absoluto. Por eso, desde que conocieron las intenciones de su madre, las discusiones comenzaron a producirse sistemáticamente en la convivencia de los tres, lo que condujo a un inevitable deterioro de sus relaciones, situaciones desconocidas hasta entonces para ellos.

A pesar de la manifiesta oposición de los hijos y de prácticamente el resto de los familiares, Simón Viñas comenzó a acudir en calidad de pareja de Angélica a cuantas reuniones era invitada, lo que producía un exceso de comentarios de todo tipo y, algunas veces, hasta incómodas presencias, sobre todo cuando coincidían personajes que se definieron como contrapuestos con el conocido galán. Pero era tan fuerte la presión que ejercía el vividor

para acudir a las fiestas a través de la enorme influencia que tenía sobre la voluntad de la rica hacendada, que a esta última le resultaba imposible negarle cualquier cosa que él pidiera. Prefería enfrentarse a sus hijos antes de contravenir cualquier petición u orden de su amado. Cegada ante sus muchas habilidades en las artes amatorias, gracias a una amplia experiencia con todo tipo de mujeres, su grado de locura apasionada alcanzó tales valores que en poco tiempo se convirtió en dependencia extrema, para luego llegar a ser sumisión completa. Con estos impresionantes cambios de actitud, visibles para toda la clase alta de La Habana, pronto comenzaron a escasear las invitaciones sociales, que quedaron reducidas en breve plazo a la nada. Pero para entonces Simón ya se había instalado en La Alameda Verde y, de manera inmediata, a su llegada procedió a tomar posesión de la hacienda como si de la suya propia se tratara, con la complacencia de Angélica y ante el asombro y la perplejidad de sus dos hijos, quienes no podían creer lo que veían con sus propios ojos.

El marqués de España, que tenía bien ganada la fama de vividor y caprichoso, desde el principio de su relación no ocultó tales debilidades, que fueron interpretadas por la feliz enamorada como un finísimo toque de buen gusto y distinción que le diferenciaba del resto de los simples y aburridos hacendados. Ante tales apreciaciones de Angélica, Simón consideró que gozaba tácitamente de su autorización para dilapidar a su antojo el dinero que necesitara sin tener que hacer el más mínimo esfuerzo por variar su comportamiento. Es más, potenció su desorbitado gasto y continuó con él, muchas veces en actividades inconfesables, que siempre corrieron a cargo del patrimonio de su compañera sentimental. Sus hijos estaban al tanto de todos sus manejos gracias a una intensa vigilancia que aplicaron en todos sus movimientos. De ahí que enseguida interpretaran que el intruso malgastaba sin ningún pudor el esfuerzo familiar de muchos años de trabajo. Para ellos, era evidente que atentaba peligrosamente contra el futuro de la hacienda y, por añadidura, de su herencia. Comenzaron una campaña de desprestigio en su contra, así como de continuas quejas que casi nunca fueron atendidas, y en muchas ocasiones, ni siquiera escuchadas. Las distintas protestas insatisfechas enseguida se convirtieron en graves afrentas de convivencia que obtuvieron su correspondiente réplica, lo que al final obligó a la madre a convocar una reunión urgente con la esperanza de que sirviera para pacificar los ánimos de sus hijos, quienes cada día se sentían más engañados al verse obligados a tener que convivir con alguien a quien desde el

primer día consideraron un intruso aprovechado.

—¡Estoy muy disgustada por vuestro comportamiento! Desde que Simón vino a vivir a esta casa, no hemos tenido una sola conversación tranquila —inició la sesión Angélica.

—¡La culpa no es nuestra! —contestó María.

—¡No es cuestión de culpar a nadie! Tenemos la obligación de encontrar una solución duradera que nos permita vivir como una verdadera familia —contestó la madre.

—¡Eso es imposible! —replicó Adán.

—¿Por qué? —preguntó Angélica.

—¡Porque este hombre no es nuestro padre! —exclamó con saña María.

—¡Ya sé que no soy vuestro padre! ¡Nunca he pretendido sustituirle ni compararme con él! Comprendo que mi llegada os haya resultado muy difícil, pero creo que no debéis ser tan egoístas; también es necesario que pongáis algo de vuestra parte para procurar la felicidad de vuestra madre.

—¡Precisamente eso es lo que más nos preocupa! —contestó María.

—Desde que entraste por esa puerta, no te hemos visto más que gastar a manos llenas un dinero que no te corresponde.

—¡Siempre el cochino dinero! —replicó Simón.

—¡Siempre no! Porque antes de tu permanente presencia en esta casa, nunca habíamos mantenido conversaciones semejantes —contestó Adán.

—Si tanto te repudia, lo mejor es que dejes de cogerlo —aconsejó María.

—¡Nunca he cogido nada sin conocimiento de vuestra madre!

—¡Eso es verdad! —lo corroboró Angélica.

—¡Madre! Tu criterio no cuenta en este caso —señaló María.

—¡Cómo que no vale! —exclamó visiblemente enfadada.

—El amor te ha nublado el sentido y, sin darte cuenta, has perdido la objetividad en cuestiones relacionadas con este hombre. Le permites incurrir en gastos que después no justifica; no controlas el destino de las grandes sumas de dinero que maneja y parece que se ha convertido en el verdadero administrador de la hacienda —añadió María.

—¿Qué insinúas? —preguntó muy excitado Simón.

—¡Está muy claro! Has venido a por el dinero de mi madre, y tan pronto acabes con él, desaparecerás de la misma manera que llegaste —le contestó sin ningún recato María.

—No es justo que penséis así de vuestra madre ni de mí. Lo

único que ella pretende es lo mejor para todos. Si mi presencia os incomoda tanto, estoy dispuesto a abandonar esta casa en cuanto me lo pida su única dueña. Al fin y al cabo, desde que me visteis llegar no habéis dejado de provocarme continuamente con malos modos, reiteradas faltas de educación y un número incontable de trabas y zancadillas. La verdad es que he tenido mucha paciencia a la espera de un cambio significativo por vuestra parte conforme me fuerais conociendo, pero veo que no se ha producido y que tampoco habéis variado de actitud hacia mi persona. Ya me he cansado de vuestras impertinencias y solo me retiene aquí el gran amor y respeto que siento por Angélica. Tengo estudios en economía y estoy perfectamente capacitado para dirigir esta finca mucho mejor que vosotros. Mi único interés es el bienestar de los miembros de esta familia, que considero como mía propia. Además, quiero deciros que he puesto desinteresadamente al servicio de vuestra madre mis conocimientos para que los utilice como mejor estime conveniente —explicó Simón mientras cogía tiernamente de la mano a su amada.

—¡Todo es muy cierto! Esta conversación me ha hecho reflexionar y creo que ha llegado el momento de ceder la batuta de la dirección de la hacienda a la mano fuerte de un hombre experto. Por eso, quiero que desde ahora mismo sea Simón el encargado de todos mis asuntos, y que vosotros acatéis sus órdenes y le prestéis la máxima colaboración en todo cuanto os solicite. A partir de este momento voy a dedicarme a disfrutar lo que no he podido en estos últimos años de soledad. —Angélica quiso ofrecerle una satisfacción que le retuviera a su lado antes de que decidiera marcharse.

—¡Definitivamente has enloquecido! ¡No te reconozco! —la increpó Adán.

—¡Esto es lo que hay! Si ya eres mayor para opinar, también lo eres para trabajar. Si no estás conforme con mi decisión, sabes de sobra dónde está la puerta de salida.

—¡Esto no puede quedar así! ¡Investigaremos sobre nuestros derechos legales! —intervino María decididamente.

—¡Si queréis guerra, eso es lo que tendréis!

—¡No te excites! ¡Esto es una rabieta de adolescentes! ¡Vamos a descansar! Mañana, cuando estemos más calmados, todo se verá de forma diferente —aconsejó Simón.

—¡Tienes razón! Me prepararé una infusión de valeriana para descansar toda la noche.

—¡Muy buena idea!

Cuando se quedaron a solas los dos hermanos, no pudieron salir

de su asombro; aquel individuo acababa de dejarlos fuera de su casa, como si de dos extraños se tratara.

La madre únicamente veía por los ojos de su amante, y su obsesión consistía en mantenerle contento a su lado el mayor tiempo posible, costara lo que costara. Las perspectivas que se les presentaban no resultaban muy halagüeñas, y no tenían muchas más opciones que plantear, a no ser las estrictamente legales, situación a la que no quería llegar ninguno de ellos. Después de un rato de reflexiones compartidas, decidieron que lo más oportuno sería mantener la estrecha vigilancia sobre el intruso y darse un margen de tiempo para que los futuros manejos, que sin duda se iban a producir en un periodo de tiempo que se les antojaba más bien corto, les dieran o les quitaran la razón, por lo menos con vistas a sus propias conciencias. Esa noche les había quedado muy claro que la ceguera de su madre iba a permanecer hasta que no desapareciera Simón de su vida. Después, una vez agotado ese margen de confianza, consideraron que cualquier actuación suya sería entendible por todos, porque estaría perfectamente justificada y debería entenderse como una legítima defensa de sus intereses, como consecuencia de lo que presuponían que sería una nefasta administración de aquel invitado indeseable. Sin embargo, les preocupaba que la finca no tuviera capacidad económica suficiente para soportar los evidentes riesgos a los que gratuitamente estaban seguros la iba a someter Simón, únicamente para satisfacer sus derroches, tales como caballos para su uso particular, altas facturas en sastrería, invitaciones desmedidas a amigos personales que surgían de cualquier sitio, continuas apuestas y un largo etcétera de diversiones entre las que destacaban frecuentes visitas a las mejores casas de citas de la ciudad.

Una vez pactados sus próximos movimientos, se retiraron a sus respectivos dormitorios, pues ya estaba muy avanzada la noche, pero el contenido tan agrio de la discusión resultó mucho más virulento de lo que se habían imaginado, por lo que les dejó con un estado de nervios bastante importante, situación que a ninguno de los hermanos le facilitó conciliar el sueño hasta transcurrido un buen rato. Cuando Adán se quedó profundamente dormido, María aún permanecía despierta en su cuarto, entretenida con la lectura de una novela de aventuras de un escritor francés llamado Julio Verne. De repente, la puerta de su cuarto se abrió y apareció Simón en medio de la alcoba, esgrimiendo una sonrisa burlona y maliciosa.

—¿Qué haces en mi dormitorio a estas horas? —preguntó encolerizada.

—¡Conmigo no sirven tus ademanes teatrales, pequeña zorra!

—¡Si no te marchas inmediatamente, gritaré!

—¡Inténtalo y te taparé la boca con este pañuelo!

—¿Qué quieres?

—¡Hoy, solo hablar!

—¡Di lo que sea y vete!

—¡Escucha con atención, porque te lo voy a decir una sola vez! He elegido hablar contigo y no con Adán porque estimo que eres más lista y que estás en mejor disposición para entender mi mensaje. Además, si tu hermano me contradice en algo o se revuelve, es muy posible que no pase de esta noche y descargue mi ira sobre él.

—¡No te atreverás!

—¡Ponme a prueba!

—¡Si mi padre viviera!

—¡Sí, pero no es el caso! Como has podido comprobar, tu madre hace cuanto digo y secunda todos mis deseos. Ahora, desde mi punto de vista, tenéis dos opciones: la primera y más inteligente, no volverme a molestar ni a cuestionar mis decisiones; de esta manera, permitiré que continuéis en esta casa. La segunda, la más peligrosa, enfrentaros a mí. En este caso, conseguiré que tu hermano termine de mozo en los establos de la hacienda y tú en un internado para señoritas difíciles. Allí te podrás relacionar con otras locas y prostitutas de todas las clases sociales. Pero antes no te dejaré dormir tranquila y haré cuanto esté en mi mano para desquiciarte. Nunca estarás segura, porque en cualquier momento podré aparecer en tu dormitorio para hacer de ti lo que me plazca. Servirás para aliviarme de las apetencias que tu madre no satisface; así todo quedará en familia.

—¡Hijo de puta!

—No te inquietes; procuraré no ocasionarte ningún daño que no pudieras haberte producido voluntariamente por ti misma en uno de esos momentos de delirio que con tanta frecuencia sueles padecer y que te hacen distorsionar la realidad a tu antojo. Por supuesto, esta conversación nunca la hemos tenido y negaré haberla mantenido; será mi palabra contra la de una loca malcriada que pretende perjudicar a su delicada madre por motivos que solo existen en el interior de su cabeza.

—¡Se lo contaré a mi madre y a mi hermano!

—¡Haz lo que quieras! Pero recuerda las consecuencias. Si quieres protegerlos, consigue que me dejen en paz.

—¡Canalla!

—¡Puedes decir lo que te plazca!

—¡Si fuera hombre!

—¡Ya te habría matado!

—¡Cobarde!

—¡He asesinado a muchos por menos que esto!

—¡Seguro que por la espalda!

—Es muy posible que un amigo médico diagnostique que padeces una nueva enfermedad mental conocida como demencia precoz, posiblemente heredada de la locura de tu padre, y que por tanto se haga necesario internarte en una institución especializada.

—¡Un manicomio!

—¡Llámalo como quieras!

—¡Mi madre nunca lo permitiría! ¡Ni lo sueñes!

—No creo que me resulte muy difícil conseguir de tu madre su autorización. De esta manera, te podrán suministrar los tratamientos necesarios, que yo mismo me ocuparé de que sean los más eficaces contra tus dolencias. ¿Comprendes lo que te digo?

—¡Veo perfectamente tus intenciones!

—¡Muy bien, chica lista! Te dejo descansar para que puedas pensar en todo lo que hemos hablado; seguro que mañana lo verás mucho más claro.

Nada más desaparecer el amante de Angélica, la joven comenzó a llorar desconsoladamente, pues sintió como el alma se le corrompía en maldiciones contra aquel individuo conforme recordaba el contenido de sus amenazas. Era la primera vez que deseaba con plena conciencia la muerte para otro semejante. Una nueva sensación, mezcla de abandono e indecisión, le producía una terrible angustia que apenaba enormemente su corazón. En aquellos tristes momentos, debía decidir en soledad la opción más conveniente: proteger su integridad física y la de su hermano, o bien descubrir las cartas del intruso y correr los riesgos que le acababa de anunciar el despreciable visitante nocturno.

Aquella noche, posiblemente, le pareció la más larga de su corta existencia, pues no consiguió en ningún momento ni tan siquiera cerrar los ojos. Le veía camuflado entre las sombras que producían los sutiles movimientos de los grandes cortinajes o al acecho detrás de cualquier mueble a la espera de una oportunidad para asestar un golpe mortal. Su cara la veía reflejada en los cristales de las ventanas o en los espejos dorados que decoraban la estancia.

Cuando consiguió quedarse adormecida, las primeras luces del alba comenzaron a llamar al trabajo a todos cuantos prestaban sus servicios en la hacienda. De momento, y hasta no tener claro qué

iba a hacer, decidió no contar nada ni a su hermano ni a su madre. Al primero, porque no sabía qué reacción podría tener al enterarse y también para protegerle de las amenazas del cruel Simón. A la segunda, porque entendió que no serviría de nada después de la demostración de lo ciega que estaba por el intruso. Además, seguro que no tardaba ni un segundo en contarle todo a su amante y dejarlos al descubierto. Al menos, ya conocía las intenciones de aquel que se les había colado en casa y podría estar preparada para cualquier maniobra que quisiera ejercitar con ellos.

«A partir de este momento hay que jugar muy bien las cartas. Tendré que ser más lista e interpretar el papel que mejor nos convenga a Adán y a mí. Necesito tiempo para encontrar una solución, y eso es precisamente lo único que me va a dejar mientras me comporte como él quiere», pensó.

Durante los días siguientes, parecía que las cosas se habían tranquilizado bastante y la calma nuevamente reinaba en la casa de Angélica, situación que alivió en gran medida las tensiones padecidas con anterioridad. Simón, que fue el primero en notar el cambio, continuó muy confiado con sus actividades clandestinas convencido del efecto de sus amenazas. Angélica se sintió muy complacida por la reacción positiva de sus hijos. En cuanto a María, se limitó a contemplar los movimientos de su enemigo, pero no volvió a realizar ningún comentario peyorativo a su madre. Adán no entendió el cambio tan radical en el comportamiento de su hermana, pero aceptó de buen grado su petición de confianza, por lo que se limitó a esperar con paciencia un prometido plan, que ella misma le anunció que prepararía lo antes posible para después someterlo a su posterior aceptación.

CAPÍTULO XX

A finales de 1904, Zoel recibía la esperada visita de su hermano Nicolás, quien acudió en compañía de la madre de ambos para felicitar a la pareja tan pronto como tuvieron noticias del embarazo de Ruth. Los padres de la embarazada también estuvieron presentes en la reunión, pues cualquier excusa era buena para volver a saludar a sus amigos de siempre. Además, en este caso, era patente el cariño que sentía desde muchos años atrás hacia toda la familia del añorado Gregorio.

Después de compartir unas horas de animada conversación conjunta, se formaron pequeños grupos, según lo interesante del contenido de cada tertulia. Así, mientras las mujeres comenzaron a distraerse con ideas sobre vestidos para el bebé que con impaciencia ya esperaban, los hombres dirigieron su plática hacia aspectos más mundanos, tales como los beneficios actuales de las plantaciones, el sistema político cubano, el intervencionismo yanqui y un sinfín de aspectos que todavía quedaban pendientes por resolver en la joven república caribeña. Sin embargo, cuando más animado se presentaba el coloquio y pese a la voluntad de los participantes, se presentó de improvisto uno de los mozos de cuadras, quien reclamó de inmediato la atención de Isaac.

—¡Don Isaac! —le llamó precipitadamente el mozo.

—¿Qué ocurre, Oswaldo?

—¡Que la yegua andaluza está a punto de parir!

—¡Pues vamos!

—¿Te acompañamos? —preguntó Zoel.

—¡No! Quédate con tu hermano, seguro que os tenéis que contar muchas cosas. Di a Sara que volveré en cuanto pueda, pero que no sabemos el tiempo que llevará esto.

—¡Descuida! Así lo haré —contestó Zoel.

—¿Qué piensas sobre lo de la tía Angélica con su pareja? —preguntó Nicolás.

—¿Ese tal Simón Viñas?

—¡Sí! ¡Ese mismo!

—Es un caradura que se aprovecha de la fortuna de nuestra tía. Como se descuiden, en poco tiempo acabará con la herencia de nuestros primos.

—¡Eso pienso yo también! Por eso, creo que debemos hacer algo para ayudarlos.

—Mira, Nicolás; una cosa es tener una opinión sobre algo en concreto y otra muy distinta es intervenir en los asuntos particulares de otras familias, por muy próximas que estén a nosotros. Creo que lo mejor es quedarnos al margen de este asunto y que sean ellos mismo quienes lo solucionen.

—¿Y si necesitan ayuda?

—Primero deberán pedirla.

—¿Y si no pueden?

—¡No entiendo! ¿Cómo no van a poder?

—Porque a lo mejor pueden estar amenazados.

—¿Amenazados? ¡No sabes lo que dices! ¡Nadie puede amenazar a los Ferré y salir impune!

—¡No te lo tomes a broma; es mucho más serio de lo que parece! —contestó Nicolás visiblemente contrariado.

—Veo que te interesa mucho este problema. Hay algo que no me encaja y creo que debes contarme toda la verdad —solicitó Zoel al comprobar el estado de ánimo de su hermano.

Nicolás dudó por unos instantes; permaneció en silencio, hasta que decidió su respuesta.

—¡Está bien! ¡Te contaré toda la verdad, aunque luego me arrepienta! Pero antes debes prometer que quedará entre nosotros como el más importante de nuestros secretos; aquel que no podrás revelar a nadie hasta que no obtengas mi consentimiento.

—¿Es tan importante?

—No es por mí; es que comprometo a terceras personas a quienes he jurado proteger con mi silencio. ¡Júralo!

—¡Jurado queda!

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos hace unos meses sobre una mujer de la que me siento profundamente enamorado?

—Bueno, de eso hace más de un año —contestó Zoel de una manera un poco reivindicativa por el tiempo transcurrido sin haber tenido noticias.

—No me parecía que hubiera pasado tanto tiempo.

—Da igual. Sí, lo recuerdo. No he querido agobiarte con preguntas y por eso he preferido no insistir, para dejarte libertad de contarme lo que estimes conveniente cuando lo decidas.

—Y te lo agradezco. Pero el caso es que nuestra relación se ha consolidado con mucha más fuerza.

—¡Pues enhorabuena!

—Espera a conocer el resto de la historia.

—¡Me tienes muy intrigado! ¡Vamos, comienza de una vez!

—La identidad de la señorita era un enigma que quería desvelar en breve, pero los últimos acontecimientos me han hecho cambiar de opinión y creo que no es una buena idea.

—¿No puedes ser más claro?

—Se trata de María.

—¿Qué María?

—¡Nuestra prima!

—¿Te refieres a nuestra prima hermana María?

—Sí.

—¿No has encontrado a otra mujer en toda Cuba?

—¡Me gusta solamente ella!

—¡Dios mío! ¡Qué lío!

—¿Por qué?

—Primero, por la cercanía familiar; después, por los lazos consanguíneos, y por último, por el problema que tienen en esa casa, según tus propias manifestaciones de hace unos minutos. ¿Te parece suficiente?

—Yo no veo ningún problema, a excepción del último. Existen muchos casos de matrimonios entre primos, no vamos a ser los únicos.

—¿Quién lo sabe?

—Nadie; solamente María, tú y yo.

—Bueno, al menos tenemos tiempo para preparar una estrategia de presentación de esta bomba en las respectivas familias.

—¡No tenemos tiempo!

—¿Por qué? ¿Está embarazada?

—¡No!

—¿Entonces?

—Han ocurrido una serie de acontecimientos en La Alameda Verde que nos obligan a tomar una decisión urgente.

—¿Qué ha ocurrido?

Nicolás relató a su hermano toda la información que poseía sobre los desmanes de Simón Viñas, así como las amenazas contra Adán y su amada.

—¡Hijo de puta! —exclamó Zoel con todas sus fuerzas, después de conocer al detalle sus desmanes.

—Aparte del derroche injustificado y de la segura ruina de la hacienda de nuestros primos, otro problema radica en que María no puede permanecer por más tiempo en esa casa, porque está convencida de que cualquier noche, cuando regrese de una de sus juergas, se volverá a presentar en su dormitorio para forzarla. De

momento, la respeta porque mantiene la boca cerrada, pero ya comienza a dar las primeras señales de aburrimiento con la tía Angélica. En los últimos días ha cambiado de táctica y se fija demasiado en la prima. Comienza a gastarle lo que parecen inocentes bromas referidas a su físico, que para alguien que no conozca la situación real carecerían de importancia. Si además conociera nuestro secreto, Simón lo podría utilizar hábilmente con la ayuda de un especialista como una muestra más para justificar la posible locura de María. Así, de un plumazo se la quitaría de encima.

—¡Es un asunto muy turbio y muy complicado!

—Lo sé. Por eso, vengo a pedirte ayuda.

—No se me ocurre nada. Necesitaré tiempo para pensar una salida.

—¡No hace falta! Creo tener la solución, pero te necesito para llevarla a cabo.

—¿Qué quieres que haga?

—Necesito dinero para salir de Cuba y establecerme en otro sitio.

—¿Esa es tu solución?

—La presencia de Simón Viñas en casa de Angélica supone un riesgo muy alto que atenta contra la seguridad de María y que no estoy dispuesto a soportar por más tiempo. Para que me comprendas mejor, no veas a mi prometida como nuestra prima; piensa que en su lugar está Ruth y que debes encontrar un camino para liberarla de su prisión. Cualquier movimiento que se inicie para desenmascarar al impostor llevará consigo el inicio de su reacción y, por tanto, el riesgo de cumplimiento de sus amenazas.

—Una cosa es decirlo y otra muy diferente llevar a cabo una acción tan vil.

—¡Puede que tengas razón! Pero ¿debemos correr ese riesgo? ¿Lo aceptarías si estuviera Ruth en ese dilema?

—¡Rotundamente no! —contestó Zoel con gesto de preocupación.

—Mientras Simón controle la hacienda como único administrador, la finca y sus legítimos dueños tienen los días contados. Nuestra tía se siente muy tranquila ahora que ha pacificado los ánimos en su casa, por lo que no encuentra motivo alguno de preocupación. Su apoyo al galán es máximo y no va a permitir que nadie le arrebate ese estado de ensoñación amorosa en el que se encuentra. Pero, en realidad, es María quien soporta el peso del encubrimiento, únicamente por temor.

—¡Tiene que desaparecer de la casa, ese individuo! —exclamó Zoel.

—¡Estoy de acuerdo! —contestó Nicolás.

—¡Habrá que desenmascararle!

—Esa posibilidad es harto difícil. Hay que tener en cuenta que tratamos con un profesional del engaño que conoce perfectamente las debilidades de las mujeres a las que enamora. Su único medio de vida consiste en acoplarse en casas ajenas para desaparecer cuando ha agotado sus reservas. Mientras sepa que nuestra tía tiene dinero, no dudes que presentará batalla para defender lo que considera que ya es suyo. Después, cuando ya se haya ido, será muy tarde.

—Entonces, ¿qué tienes pensado?

—¡Voy a matarle!

—¡Has enloquecido!

—Lo he meditado y no existe otra solución.

—¡No lo consentiré!

—¡Tengo que proteger a María!

—¡Tendrás que encontrar otra alternativa!

—¡No existen más posibilidades!

—¡No se puede arreglar una situación con otra aún peor!

—¡Hermano, escúchame! Tienes que comprarme mi parte de La Mercenaria. No es necesario que me pagues todo el dinero que vale. Necesitaré lo imprescindible para establecerme con María en otro país. Después, cuando estemos seguros, contactaré contigo. Si necesito más ayuda, no te preocupes que te la pediré. Piénsalo un momento; es la mejor solución. De un solo golpe, nuestra tía Angélica, aunque ahora no puede apreciarlo, se libra para siempre de ese canalla. María y Adán recuperan su herencia y su libertad. Nosotros nos establecemos en otro lugar y comenzamos una nueva vida en pareja. En cuanto a ti, te quedas con la finca de nuestros padres y explicas en secreto lo sucedido mediante la utilización de esta carta manuscrita que ya tengo preparada.

—¿Y cómo quedan los sentimientos de quienes os queremos?

—Nunca perderemos el contacto, aunque sea por carta. Hasta es posible que con el tiempo vengáis a visitarnos donde quiera que nos encontremos. De todos modos, tú ya tienes una familia de quien preocuparte y es lógico que los demás nos quedemos en un segundo plano. En lo referente a Angélica, ha demostrado que ante una pasión desatada no existen hijos ni haciendas. Adán se quedará a cargo de todo y seguro que también nos ayudará cuando sepa la verdad por boca de su hermana.

—¿Y mamá?

—Siempre nos querremos mucho. Pero, para serte sincero, tengo serias dudas de que aceptara mi relación con nuestra prima. Al final, por unas cosas o por otras, seguro que me vería obligado a tomar una decisión que también me alejaría de vuestro lado.

—¿Tienes pensado cómo hacerlo?

—Alguna idea ya tengo, pero creo que será mejor para ti que no conozcas ningún detalle. Cuanto menos sepas hoy, menores complicaciones tendrás mañana.

—¡Lo entiendo! Pero sigue sin gustarme.

—Yo tampoco disfruto con esto. Piensa que con esta decisión me va a cambiar toda la vida, pero estoy obligado a liberar a María de las garras de ese cobarde matón.

—Por el dinero no te preocupes; hablaré con mi suegro y, con cualquier excusa, seguro que me hace un préstamo suficiente para cubrir tus primeras necesidades. Luego, conforme necesites, te remitiré más fondos con cualquier marinero de confianza que sirva en nuestros barcos. Lo importante será no dejar ningún rastro que haga posible tu localización.

—¡Gracias, hermano!

—Te ayudo, pero no apruebo lo que vas a hacer.

—¡Con eso me basta!

—¡Que Dios nos perdone!

—Lo tendrá que hacer, porque esto es muy similar a una legítima defensa.

—Tendrás que convivir con esta pesada carga sobre tu conciencia.

—Sería aún mucho peor que si por no hacer nada a María le ocurriera algo malo. Nunca me lo perdonaría; acabaría suicidándome de pena.

—¡Está bien! Veo que no hay manera de convencerte. De todos modos, creo que si estuviera en tu lugar haría exactamente lo mismo.

—¡No te puedes imaginar los ánimos que me dan estas palabras!

—¿Cuándo quieres contar con el dinero?

—¡Muy pronto! Aunque te avisaré con tiempo suficiente, ya puedes iniciar los preparativos.

—¡Muy bien! ¡Cuenta con ello!

Los dos hermanos se fundieron en un abrazo que bien se podría haber considerado de despedida. Ambos sabían que les quedaban muy pocos días para disfrutar de la fraternal compañía y, seguramente, una vez que se alejara Nicolás, sus caminos nunca más volverían a cruzarse.

CAPÍTULO XXI

El invierno de 1905 se presentó con unas temperaturas demasiado suaves para esa época del año. Para entonces, Simón se había afianzado en La Alameda Verde y ejercía una posición dominante de verdadero patriarca gracias al apoyo incondicional de su enamorada y al silencio resignado de los hijos de esta, quienes a diario se percataban de cómo malgastaba todo el rendimiento que se obtenía de la propiedad.

Con cierta frecuencia, el nuevo administrador de la hacienda de Angélica solía excusar su presencia, algunas noches, en la finca familiar, porque argumentaba que debía quedarse a pernoctar en La Habana por motivos de trabajo, ya que debía acudir a reuniones que solían acabar demasiado tarde por el obligado agasajo a los invitados, casi siempre hasta altas horas de la madrugada. En realidad, se trataban de meras mentiras que se inventaba para combatir el aburrimiento al que le sometía su pareja, mujer muy diferente a las que solía utilizar para aliviar su apetito sexual. Sus habituales recorridos por casas de citas, tabernas de alterne y otros saraos eran bien conocidos por todos aquellos que frecuentaban la noche de la ciudad. Sus juergas siempre solían terminar en tugurios de los alrededores del puerto, donde se daban cita los últimos que se resistían en terminar las juergas nocturnas. En una de esas escapadas, acompañado por tres amigos, acudió Simón a una afamada casa de putas para poner fin a una de esas fiestas que solía montar con cierta frecuencia.

Aquella noche se mostraba especialmente plácida gracias a una luna llena que iluminaba las plazas y avenidas portuarias. Sin embargo, Nicolás permanecía escondido bajo la sombra que le proporcionaba la cornisa de la fachada de una casa mientras aguardaba la salida de Simón de uno de sus locales preferidos de alterne. No era la primera vez que permanecía al acecho, pero en las ocasiones anteriores no pudo ni siquiera acercarse a su víctima, pues sus acompañantes nunca le dejaron a solas; al fin y al cabo, debían rendir pleitesía a aquel que corría con todos los gastos. Algunas veces también permanecían en su interior hasta el amanecer, lo que hacía imposible que se le pudiera presentar la oportunidad que esperaba desde hacía muchos días.

«Al menos, hasta que se le pase la resaca, durante varios días dejará tranquila a María», se decía a sí mismo para animarse ante tanto fracaso, cuando debía abandonar el lugar sin haber cumplido su propósito.

Por su parte, María era conocedora del plan de su novio, y aunque tenía la misma opinión que Zoel, estaba dispuesta a llevarlo a cabo, pues no conocía otra manera para librarse del suplicio en que se había convertido su vida. Ya había puesto al corriente de todo a su hermano Adán, y este deseaba colaborar activamente en su resolución. Cada cual tenía una misión que cumplir de forma matemática y las actuaciones debían realizarse coordinadamente en cuanto Nicolás notificara la muerte del intruso. El principal objetivo consistía en librarse para siempre del invitado de su madre y, además, tendrían que intentar hacer sufrir lo menos posible a Angélica cuando se enterara de su pérdida. Para ello, resultaba muy necesario que le localizaran en algún lugar comprometido, ante lo cual su reacción debería ser de desprecio y de olvido inmediato, simplemente por una cuestión de orgullo herido.

Como en veces anteriores, Simón salió a la calle acompañado por sus amigos, todos en estado ebrio. Nicolás conocía de memoria los siguientes movimientos que iba a realizar por habérselos visto hacer muchas veces antes: se mostraría tambaleante, fruto de la borrachera; se apoyaría en una esquina; se metería los dedos en la boca y vomitaría todo el líquido que contenía su estómago. Después de unos segundos, se incorporaría y continuaría su camino como si tal cosa. Impresionaba comprobar la capacidad de ese hombre para soportar los efectos del alcohol.

Sin embargo, aquella madrugada no estaría marcada por la suerte para el vividor holgazán. Esta vez se alejó mucho más de lo que era habitual; en esta ocasión, se dirigió hacia la posición donde se escondía su paciente ejecutor. Quizás pensó que resultaba muy gracioso vomitar en un portal de una casa de vecinos. Se acercó con suma lentitud mientras perfilaba su recorrido por medio de amplias eses que le llevaban de un extremo a otro de la calle, mientras escuchaba de fondo las sonoras carcajadas de sus amigos. Cuando consiguió apoyarse sobre la fachada se introdujo los dedos en la boca, pero alguien se le colocó delante para que pudiera reconocerle sin ninguna duda. Con su mano izquierda le cogió por el cabello para ayudarle a levantar la cabeza y le arrastró hacia la penumbra. A continuación, sin mediar palabra alguna, le asestó una terrible puñalada en su costado izquierdo. El agredido respondió con una bocanada de vómito que no pudo controlar, que empapó

las ropas de quien le acababa de atacar.

—¡Eres tú! —exclamó mientras caía al suelo abatido.

Los compañeros de correrías, que no se habían percatado de la presencia del extraño, permanecieron a distancia, entretenidos con sus incansables bromas. Nicolás retrocedió en busca de la protección de las sombras; no se atrevió a dejarse ver para rematar la faena. Sabía que su víctima se encontraba en mal estado, pero de momento la vida se resistía a abandonar aquel cuerpo maltratado por sus innumerables vicios. Quedó tendido sobre el duro pavimento; permanecía inmóvil e inconsciente; la sangre comenzaba a teñir la acera y pronto se acercarían sus acompañantes para comprobar su estado. Nicolás dudó, porque no tenía seguridad de que aquella única puñalada fuera suficiente para sesgar su despreciable existencia y tal vez se pudiera recuperar para denunciarle. Sintió pánico y no se atrevió a rematarle. Pensó que no había tiempo que perder; se hacía necesario escapar cuanto antes para ponerse a salvo junto con su amada. Los preparativos llevaban muchos meses dispuestos y tan solo era necesario ejecutarlos según los planes previamente trazados. En aquellos angustiosos y tensos segundos debía tomar una urgente decisión. «¡Huir! ¡Debo desaparecer ahora que aún tengo tiempo!», se dijo. Puñal en mano, por una calle trasera que apenas contaba con dos faroles para iluminarla, abandonó a toda prisa el lugar donde acababa de perpetrar su agresión sin que ninguno de los acompañantes pudiera reconocer la identidad del causante del ataque.

Simón Viñas consiguió salvar la vida gracias a la rápida intervención de sus amigos, pero permaneció en muy mal estado durante diez días. Después, estuvo varios meses postrado en una cama del hospital general de La Habana. Para cuando pudo relatar lo sucedido a las autoridades, la pareja se encontraba en paradero desconocido. Unos testigos afirmaron haberlos reconocido mientras caminaban por las calles de la ciudad de Santiago; otros, que huyeron hacia Baracoa para embarcar en una nave privada que los alejó de las costas cubanas. Las investigaciones especularon con muchas posibilidades que contemplaron distintos caminos de huida a través de países limítrofes, aunque las que cobraron más fuerza contenían informaciones sobre su paso por Florida, para luego perder su rastro por tierras norteamericanas.

El herido, durante su tiempo de convalecencia en el establecimiento hospitalario, no recibió ninguna visita por parte de Angélica, quien desde el principio reaccionó en clara protección hacia los intereses de su hija a pesar de tener aún muchos cabos

sueltos por aclarar. Conforme transcurrió el tiempo, y sin poder salir de su asombro, poco a poco recabó información del asunto. Así, pudo llegar a conocer con exactitud el papel que cada uno jugó en aquella trama mientras ella permanecía en la más absoluta ignorancia ocupada en mantener activo el fuego del amor, que de manera interesada aquel gigoló dejó brotar en su corazón. Cuando conoció toda la historia, y a pesar de no querer admitir la condición de pareja entre María y Nicolás, sí que reconoció que su comportamiento era el único culpable de haber ocasionado tanta desgracia y, sobre todo, asumió su responsabilidad por haber obligado a su hija y a su sobrino a cometer semejante barbaridad para librarse del impostor que se había establecido en la hacienda.

En contra de lo que en un principio se pudieran haber imaginado, aquella fatalidad terminó por estrechar los vínculos familiares entre aquellos que se quedaron en Cuba. Porque ahora tenían un objetivo común muy definido: no facilitar ninguna información al respecto y quedar a la espera de recibir noticias de los evadidos para ayudarlos en todo cuanto estuviera en sus manos.

Simón Viñas, cuando abandonó el hospital, acudió a su antigua morada como si no hubiera ocurrido nada. No sabía muy bien por qué su amada no le había visitado, tal vez por no estar en boca de las habladurías de la gente, pues, al fin y al cabo, su sobrino le agredió sin mediar palabra alguna. Por otro lado, cuando el Juzgado le preguntó, declaró que consideraba que lo había hecho por ayudar a su prima María, quien seguramente estaba implicada en su intento de asesinato debido a sus grandes celos y al estado mental degenerativo en que se encontraba, precisamente heredado de su padre. Él, que se consideraba una víctima, no encontró razón para no regresar al lado de Angélica ni para no continuar con el disfrute de su modo de vida. Estaba convencido de que Angélica continuaba enamorada, de que le recibiría con los brazos abiertos y le atendería como en las mejores ocasiones. Al fin y al cabo, su hija era la responsable del atentado en contra de su salud y del precario estado en que se encontraba. Sin embargo, al intentar acceder por la cancela principal, el guarda de la finca le impidió el paso.

—¡Lo siento, don Simón! Pero tengo prohibido dejarle pasar —le informó.

—¡No es posible, debe de haber un error!

—¡No, señor! Me han dicho que le diga que aquí ya no es bien recibido.

—¿Y mis pertenencias?

—Ya no están en la casa. Las tiene a su disposición en el hotel

del puerto.

—¡Me han herido por defender su amor y así es como me pagan!

—¡Yo no sé nada! ¡Solo cumplo órdenes!

—¡Esto no quedará así! ¡Buscaré venganza y justicia!

—Adiós, don Simón; que tenga buen día —le despidió con cierto tono jocoso.

Pese a los múltiples intentos de Simón por airear todo lo posible su caso, pronto descubrió la existencia de dos graves problemas para su causa: el primero, que tenía frente a sí a un grupo de las familias más influyentes de La Habana que no se escondían ni cedían ante sus constantes bravatas y que, además, estaban dispuestas a plantarle cara hasta sus últimas consecuencias. El segundo, que su popularidad de antaño se había convertido en desprecio generalizado y ya no gozaba de esa simpatía que le hizo famoso en los círculos sociales más importantes de la ciudad. Ya no era requerida su presencia en fiesta alguna, y si aparecía, abiertamente se le negaba la entrada sin ningún tipo de miramiento.

Así las cosas, su primera reacción fue ampliar las denuncias que inicialmente formuló contra Nicolás y María. Procedió a implicar a los familiares más próximos mediante argumentos poco sólidos que contemplaban la posibilidad de que permanecieran ocultos, con la necesaria colaboración de estos últimos, en lugares secretos ubicados dentro de las grandes haciendas que poseían. Apoyado sobre esa pobre acusación, solicitó registros en todas aquellas propiedades que fueran susceptibles de servir como escondite a la pareja. El Juzgado accedió a lo solicitado y durante varios meses mantuvieron entretenidas las funciones habituales de las fincas denunciadas con exhaustivos controles y verificaciones que en todos los casos arrojaron resultados negativos. En realidad, esa actuación fue fruto de una de las pocas acciones que podía ejercer el despechado contra la familia de su antigua mentora. Por el contrario, para Simón se habían agotado todos los cauces de percepciones económicas y poco podía hacer en La Habana para continuar con su modo de vida anterior. Nadie con cierta distinción quería relacionarse con su persona, había perdido el favor de aquellos que se consideraban sus amigos cuando las cosas marchaban a su antojo, y pronto agotó sus últimas reservas.

Los meses transcurrieron muy deprisa, y la falta de noticias sobre la pareja evadida hizo presuponer que se encontraba oculta en algún sitio seguro y con capacidad económica suficiente para permanecer mucho tiempo sin dar señales de vida. Precisamente, tiempo era lo que no tenía Simón, y debía tomar una decisión que

ya le resultaba acuciante. Por eso, para finales de septiembre de 1905, tuvo vendidas casi todas sus pertenencias de valor y comprado un pasaje rumbo a España. Ya no tenía cabida dentro de la estricta alta sociedad de La Habana ni tampoco en el resto de las grandes ciudades; los Ferré y sus amigos se encargaron de la propagación rápida y eficaz de noticias referentes a sus prácticas habituales, encaminadas hacia la captación de incautas adineradas que se dejaban embaucar por sus promesas amorosas. Perdida la esperanza de conocer el paradero de Nicolás y de María, cuando pisó la cubierta del buque que le alejaría para siempre de la gran isla caribeña, y mientras contemplaba por última vez sus extensos palmerales, movido por una ira incontenible que le aprisionaba el pecho, juró cumplido desquite contra la poderosa familia que en contra de su voluntad le obligaba a marcharse. «Este sacrificio no será en balde; tarde o temprano encontraré una manera de hacerles pagar esta afrenta», se dijo para consolarse en su desgracia. En el fondo de su alma, se sentía demasiado mayor para abrirse camino mediante la única actividad que conocía. También tenía muchas dudas y desconocimiento sobre la España que iba a encontrar a su regreso después de tan largo periodo de ausencia. «Seguramente, tendré que competir con hombres mucho más jóvenes, mejor preparados y con más vitalidad», pensó.

Envuelto entre sus más negativos pensamientos, sin prestar la más mínima atención al resto del pasaje ni a cuanto giraba a su alrededor, y sin nadie con quien contrastar sus terribles dudas existenciales, conforme se acercaba a su destino crecía la incertidumbre sobre su futuro en la península. Al quinto día de navegación, una señora de muy buen porte, que llevaba observándole desde que salieron de puerto, se hizo la encontradiza cuando ambos, por caprichos del destino, coincidieron para consumir uno de esos espléndidos cafés que se servían en el interior de sus salones bellamente decorados en estilo árabe.

—Buenos días —saludó la señora.

—¡Buenos los tenga usted! —contestó sin apenas levantar la mirada del libro con que ocupaba su tiempo.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—¡Depende!

—¿Depende?

—¡Claro!

—¿De qué depende?

—De adónde vaya; de las escalas técnicas que tengamos que hacer; del estado de la mar, del viento y, seguramente, también del

humor del capitán. Demasiados factores para poder concretar una fecha exacta de llegada.

—¡Muchas gracias por sacarme de dudas! —contestó secamente.

La brusca despedida contrariada de la dama por la sequedad de las respuestas de Simón le hizo levantar nuevamente su mirada y que se fijara mejor en su acompañante. A modo de disculpa por su evidente falta de tacto, la invitó a que se sentara en su mesa; el maduro vividor sería muchas cosas despreciables, pero a galantería y educación no le aventajaba nadie.

—Voy de regreso a mi casa, en Santander —le aclaró la dama.

—Entonces, desembarcará antes que el resto del pasaje, pues es la primera escala de la península.

—He visitado a unos parientes de mi difunto marido que viven en Trinidad.

—¿Le ha gustado?

—¡Mucho! No me la imaginaba tan rica.

—Ese comentario lo hacen quienes visitan por primera vez Cuba.

—¡Pues en mi caso es cierto!

—¿Va a volver alguna otra vez?

—Nunca se puede afirmar con rotundidad nada, pero creo que será difícil.

—¿Por qué?

—Me han atendido muy bien, pero son familiares de mi esposo, y su ausencia se ha hecho notar bastante en nuestra relación. Este viaje ha sido el cumplimiento de una promesa y no creo que se repita, ¿me entiende?

—¡Claro que la entiendo!

La mirada depredadora del cazador acababa de localizar lo que parecía a simple vista una presa fácil. Aquella señora debía de tener unos cinco, o tal vez seis años más que Simón, pero se la veía muy bien enjoyada, lo que le otorgaba una especial distinción y un interés que ninguna otra pasajera había despertado en el experto proveedor de sueños. Evidentemente, no era el tipo de mujer a la que estaba acostumbrado en tierras caribeñas, pero de inmediato entendió que debía cambiar de hábitos si quería mantener su forma de vida de siempre. Luego, más adelante, ya buscaría pareja para aliviar sus pretensiones insatisfechas, pensó mientras le mostraba la mejor de sus sonrisas.

—¡Dígame! ¿Viene acompañada?

—¡Pues no!

—¿Y eso, cómo es posible?

—Mi marido y yo no tuvimos hijos, y por mi parte no cuento con familiares.

—Pero alguna amiga sí que tendrá, ¿no es así?

—¡En efecto! Amigos no me faltan, pero ninguno con fuerzas, ganas y valor suficiente para acompañarme en este viaje.

—Comprendo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me extraña que una dama tan bella y elegante viaje sola.

—Es usted muy galante, pero a mi edad se deja de pensar en esas cosas.

—La edad es un atributo que la Divina Providencia nos regala. Es la que nos permite disfrutar de esos pequeños placeres que de vez en cuando la vida nos ofrece de manera inesperada. Unas veces nos ayuda en forma de experiencia cuando necesitamos acudir a sus consejos y otras se nos presenta en forma de sabiduría para no cometer errores de juventud. En la mayoría de las ocasiones nos ofrece ese temple, esa serenidad especial que nos sirve para analizar las cosas en sus justos términos.

—Debo reconocer que me agrada mucho conversar con usted —señaló la dama.

—El placer, le garantizo que es recíproco, y espero gozar con su inestimable presencia durante este largo trayecto; solo así se convertirá en inolvidable —contestó el adulador Simón.

—¡Por Dios! ¡Calle, que me sonroja!

—Si la belleza que muestran sus mejillas es solamente sonrojo, ¡por favor!, le ruego permanezca ruborizada todo el día.

—¿Este barco es seguro? —preguntó en un intento por cambiar a otra conversación menos agobiante.

—¡Mi querida señora! Se encuentra usted en el barco insignia de la marina mercante española; el afamado vapor transatlántico Alfonso XIII.

—Veo que se interesa por las historias marineras.

—No es eso, es que este barco forma parte de la historia de España.

—Por cierto, me llamo Amelia.

—¿Cómo dice?

—Que mi nombre es Amelia Montesolo.

—¡Por supuesto! ¡Encantado! Yo me llamo Simón Viñas.

—Encantada.

—¡Hemos comenzado a hablar sin conocer nuestros nombres! Qué falta de delicadeza por mi parte —se excusó Simón.

—¡No se preocupe! ¿Qué decía de la seguridad de este barco?

—¡Ah, sí! Pues que, posiblemente, este barco sea uno de los más bonitos que ha tenido la marina española.

Para entonces, sin apenas darse cuenta, el sol ya había caído sobre el horizonte y enseguida se iluminaron las numerosas bombillas eléctricas que daban al vapor transatlántico un aspecto envidiosamente romántico. En cuanto a Amelia, acababa de descubrir una faceta ilustrada en su acompañante que la dejó sin respiración. Luego, llegaron de improviso las miradas insinuantes, los gestos inequívocos, los inocentes roces, las invitaciones querenciosas y resto de expresiones propias de un cortejo en toda regla. Sus conversaciones versaban sobre temas variados; cualquier motivo, cualquier detalle era razón suficiente para alcanzar el corazón de una dama que ya comenzaba a mostrarse rendida por los evidentes encantos de su inseparable galán. Para cuando pudieron avistar tierra española, la pareja estaba totalmente consolidada como tal; Simón mantenía en su trato con Amelia una finura exquisita propia de la más elevada casta aristocrática. Aquellas atenciones sin par, esos detalles inesperados y las permanentes galanterías que de forma continuada utilizó para agasajarla durante el largo trayecto, esas contundentes declaraciones de amor que nunca antes escuchó de labios de pretendiente alguno avivaron el fuego de una pasión ya olvidada por la madura mujer a fuerza de soledad obligada y de una discreta vida social retirada.

Simón, que era un experto en el arte de la seducción, aportaba una perfecta combinación muy efectiva y mejorada con sus años de aprendizaje en la isla caribeña, que hacía que pocas mujeres pudieran permanecer inmunes a sus efectos de ensoñación amorosa. Mantenía la sobriedad en la conquista al más puro estilo español, pero mejorada con esa contundente manera de amar caribeña, melosa y apasionada, que daba un resultado de imposible renuncia para una dama que no estaba acostumbrada a ese tipo de relación tan especial y desconocida, pero que gustaba en cuanto la probaba por primera vez. Como no podía ser de otra manera, sus efectos inmediatos dejaron obnubilada a una presa fácil que comenzó a acatar los antojos y caprichos del profesional. Su voluntad ya no le pertenecía; ahora obedecía ciegamente a su único amo y señor. Estaba a merced del implacable cazador de corazones, que en cuestión de pocos días había hecho de ella su nueva compañera sentimental.

CAPÍTULO XXII

No fue hasta la primavera de 1906 cuando recibieron la primera noticia de los desaparecidos. Acababa de entrar en el puerto de La Habana uno de los barcos mercantes que tenía en propiedad la familia Benjumea. Como era su costumbre, Isaac se personó en el pantalán para revisar personalmente el estado de la tripulación, de la mercancía y del propio buque. Ya se disponía a regresar cuando se le acercó sigilosamente un marinero con un sobre cerrado, que portaba entre sus manos como si de un tesoro se tratara. En su frontal, únicamente aparecía escrito a mano el nombre de Zoel.

No se apreciaba sello ni distintivo alguno. El patriarca de los Benjumea enseguida imaginó de qué asunto se trataba y se apresuró en preguntar al improvisado cartero.

—¡Dime! ¿Quién te ha entregado esta carta?

—Fue un señor.

—¿Cómo era?

—Pues normal: joven, fuerte, elegante, bien vestido… y parecía mulato, aunque bastante claro de piel.

—¿Qué te dijo?

—Me preguntó si conocía al armador del barco. Yo le contesté que solamente de vista. Luego, me puso unas monedas en la mano junto con esta carta y me pidió que se la entregara solamente al armador; que no hacía falta que le dijera nada, porque usted enseguida comprendería. También me prometió que a la vuelta me buscaría para que le contara el resultado de su encargo.

—¿Dónde estabas cuando se acercó?

—Estaba en el muelle, a punto de embarcar en el puerto de Cádiz.

—¿Cuál es tu nombre?

—¡Noé!

—¡Muy propio para un marinero! ¿Eres discreto?

—¡Mucho!

—¿Has hablado con alguien de esta carta?

—¡No, señor!

—¿Conoces su contenido?

—¡Señor, no sé leer!

—¡No te he preguntado eso!

—¡Ni conozco lo que pone, ni se la he dado a leer a nadie!

—¡Eso está mucho mejor; eres listo! ¿Bebes?

—¡Muy poco!

—¿Qué es muy poco?

—Dos vasos al día.

—¿Solo?

—¡Se lo juro por el alma de mi madre, que en gloria esté! Jamás en mi vida me he emborrachado.

—¡Está bien, te creo! ¿Quieres ganarte un dinero extra?

—Señor, el dinero siempre viene bien.

—Tengo un trabajo para alguien fiel que sepa mantener la boca cerrada.

—¡Soy su hombre! —contestó de inmediato el marinero.

—A partir de este momento, aparte de tu trabajo en el barco, me vas a servir de correo particular con ese señor de Cádiz. Pagaré espléndidamente tus servicios y, sobre todo, tu silencio y discreción. Nunca más volverás a contactar directamente conmigo. Cuando arribes a puerto, un colaborador de mi máxima confianza te esperará para recibir la carta o el paquete que portes. Asimismo, la noche antes de partir para España recibirás las oportunas instrucciones en la taberna La Salerosa. ¿Queda claro?

—¡Muy claro, señor!

—Si me satisface tu trabajo, ganarás dinero con este sencillo encargo. Si, por el contrario, me traicionas, perderás ambos oficios y te juro que me encargaré personalmente de que no consigas enrolarte en barco alguno.

—¡Señor! No tiene que preocuparse por nada. Sé guardar un secreto y no soy curioso.

—¡Eso espero! Adiós —se despidió del marinero a la vez que dejó caer unas monedas en sus manos.

—Adiós, señor. Tenga un buen día y Dios premie su generosidad —le despidió mientras contaba las monedas.

Isaac se apresuró por regresar a La Palma del Indiano; quería entregar cuanto antes a su yerno lo que consideraba una importante noticia de su hermano Nicolás. Fue en su busca y le encontró en medio de los campos de tabaco. Cuando le tuvo frente a sí, le sujetó fuertemente por los hombros.

—Creo que tenemos noticias de tu hermano —le dijo.

—¿Qué sabes? —le preguntó con ansiedad mientras le abrazaba.

—Uno de mis marineros me ha traído una carta para ti, que dice que le entregó en Cádiz un hombre mulato, bien vestido, joven y fuerte —le contestó.

—¡No puede ser otro que Nicolás!

—¡Eso pienso yo también! ¡Toma la misiva!

Zoel cogió el sobre con manos temblorosas por la emoción, leyó con mucho detenimiento el contenido del escrito y después se lo facilitó a Isaac para que hiciera lo propio, quien una vez finalizada su lectura exclamó:

—¡Enhorabuena! ¡Por fin podemos relajarnos; se encuentran bien!

De la manera más discreta que pudieron, informaron al resto de las familias interesadas en conocer tan extraordinaria noticia y las citaron a una reunión de urgencia. Aprovecharon el primer domingo de mayo para darse cita Berta, Angélica, Adán, el matrimonio formado por Zoel y Ruth, así como los anfitriones Isaac y Sara, que también estuvieron acompañados por su otra hija, Paula. Una vez reunidos, con los nervios a flor de piel, Zoel procedió a leer en voz alta el contenido de la carta de su hermano. Decía así:

«Querida familia:

Muchos han sido los peligros y los riesgos que hemos tenido que solventar hasta encontrarnos a salvo en esta tierra. Nuestra salida de Cuba resultó tal como la habíamos planeado. Aquella noche, inmediatamente después del encuentro que tuve con ese bribón, permanecí oculto por el lugar para confirmar su muerte. Sin embargo, sus amigos acudieron a socorrerle demasiado pronto y, a juzgar por los resultados, fueron muy eficientes cuando le atendieron de sus heridas. Enseguida comprendí que si no moría esa noche, en cuanto pudiera hablar me delataría. No podíamos correr riesgos innecesarios, por lo que nos vimos obligados a ultimar los preparativos para salir lo antes posible de La Habana, aunque fuera de forma precipitada. En cuanto recogimos lo más necesario, nos dirigimos hacia Pinar del Río; esperamos la llegada de una embarcación privada que teníamos alquilada con bastante antelación. Sin embargo, tuvimos que permanecer ocultos varios días hasta que nos informaron de que nuestro velero estaba anclado en el cercano pueblo pesquero de La Coloma. Desde allí, navegamos rumbo hacia la península del Yucatán para después dirigirnos por tierra hacia Mérida. Debimos permanecer tres días en esta ciudad mexicana hasta que nos trasladaron a Veracruz, donde después de cambiar nuestras identidades compramos dos pasajes en la Compañía Transatlántica Española para el primer viaje disponible en el vapor Manuel Calvo, el que cubre la línea de Veracruz a Génova, que pasa previamente por La Habana, Nueva York, Cádiz y

Barcelona. Ya sé que suena extraño, pero lo cierto fue que regresamos a La Habana a bordo de ese navío, pero con nombres diferentes y como pasajeros procedentes de México. Fue entonces cuando supimos que nos buscaban y que Simón no había muerto. Por ello, permanecimos en el barco todo el tiempo que duró la escala. Al final, resultó la mejor estrategia, ya que se vigilaba la salida de Cuba, pero no la entrada. El resto del viaje transcurrió sin mayores contratiempos hasta que desembarcamos en Cádiz.

»A partir de entonces, buscamos un lugar donde poder iniciar una nueva vida y pasar inadvertidos. Al final, y después de muchas visitas, creo que lo hemos conseguido. María y yo hemos adquirido una pequeña casa en el centro de esta maravillosa ciudad de Cádiz. Ahora nos queda decidir a qué nos vamos a dedicar para subsistir en España, tarea ardua y difícil, pues aquí las cosas no pintan nada bien. Dicen que todavía queda lo peor por llegar, que desde el año pasado, que estalló una grave crisis en Cataluña, el ejército está revuelto porque ve en peligro la unidad del país. Muchas veces nos preguntamos si merecerá la pena permanecer en medio de esta inseguridad a la que parece que está destinado el futuro de España. Sin embargo, pese a todos sus problemas internos, algo tiene este lugar que nos atrae como un imán.

»Dile a madre que todos los días pienso en ella, que me habría gustado que las cosas fueran de otra manera, pero muchas veces el destino nos juega malas pasadas que ni nosotros mismos podemos evitar. En cuanto a Angélica, queremos que sepa que no la responsabilizamos de nada, que somos los primeros, por razones evidentes, en entender que cuando la pasión se cruza por la vida de las personas, resulta muy difícil salir de su atracción o, como dicen por aquí, salir de su embrujo. No sabemos si ya nos habrá perdonado, pero teníamos que hacer algo para evitar que ese canalla cometiera una tropelía con María. Para el resto de la familia, aprovecho estas líneas para agradecer la ayuda prestada y esperamos que esta misiva sea la primera de muchas más comunicaciones que os remitiremos por el mismo conducto, salvo que me indiquéis lo contrario.

Vuestros, María y Nicolás».

Terminada la lectura, un intenso silencio se apoderó de la gran sala donde estaban reunidos, tan solo interrumpido por los sollozos de Berta y Angélica, quienes no pudieron impedir que las embargara una enorme pena al comprender que mucho tiempo debería transcurrir hasta volver a verlos de nuevo, si es que algún día se producía ese milagro.

—No debéis preocuparos; mientras permanezcamos unidos, nada habrá de faltarles —intervino de inmediato Isaac.

—Muchas gracias, eres muy generoso, pero las familias tienden a crecer de forma natural y después se disgregan para formar otras nuevas. Esa es mi pena y desconsuelo —añadió Berta.

—Por mi parte, no tengo nada que perdonar. Estoy avergonzada por mi ceguera y daría mi vida si con ello consiguiera que estuvieran entre nosotros —señaló Angélica.

—¡De nada sirve lamentarse! Ahora lo que toca es preparar alternativas viables para ayudarlos todo lo que podamos —aconsejó Zoel.

—¡Cuenta conmigo! —le apoyó Adán.

—¡Y conmigo! —intervino Paula.

—¡Y con todos! —se apuntaron al unísono el resto.

Aquella demostración de cariño dejó algo más tranquilas a ambas madres que, poco a poco, comenzaron a interesarse por las ideas que surgieron de cada uno de los asistentes, e incluso ellas mismas aportaron sus opiniones y algunos consejos útiles. Mientras se desarrollaba aquella especie de preparación anticipada de lo que sería la respuesta a la carta recibida, Isaac hizo una señal a Zoel para que le acompañara a otra estancia, pues quería mantener una conversación a solas con su yerno.

—Siéntate, Zoel; quiero que hablemos un rato.

—¡Tú dirás!

—¡Verás! Creo que mi obligación es garantizar la continuidad de la explotación de La Palma del Indiano para las generaciones futuras, que en definitiva es la base de nuestro sustento. Esta herencia quiero transmitirla a mis herederos y, además, quiero evitar divisiones que cada vez la hagan más débil.

—¡Pero tienes dos hijas!

—Ahí es donde reside la dificultad de la operación que me propongo llevar a cabo. Mi deseo es que La Palma del Indiano pase directamente a Ruth. Creo que formáis una pareja estable con capacidad más que suficiente para mantenerla intacta. Pero esta decisión me obliga a compensar a Paula con otra propiedad que le solucione su futuro. Por otro lado, después de lo que hemos leído, no tengo duda alguna de que tu hermano necesitará tu ayuda de por vida. Dicho en otras palabras: a partir de ahora tendrás que anticiparle su herencia de La Mercenaria, cosa bastante difícil en los tiempos que corremos y que conoces tan bien como yo.

—¿Qué quieres proponerme, Isaac?

—En buena ley, Nicolás debe percibir la mitad de la finca de tus

padres y María debe recibir la mitad de La Alameda Verde. Con el dinero de ambas mitades podrán vivir tranquilamente y sin agobios donde ellos elijan, el resto de sus vidas. Yo estoy dispuesto a anticipar los fondos necesarios para cubrir la operación, siempre que te comprometas a ceder íntegramente La Mercenaria a Paula. Además, habrá que convencer a tu prima María para que haga lo propio con su parte. Así, de esta manera, mi segunda hija recibirá la totalidad de La Mercenaria y la mitad de La Alameda Verde como compensación a su renuncia por la mitad de La Palmera del Indiano.

—¿Y yo? ¿De qué manera quedo?

—Recibirás un documento notarial que te reconocerá como propietario de la mitad de mi finca, siempre y cuando permanezcas casado con Ruth.

—¿Y si nos separamos?

—Estarás obligado a devolver la finca a mi hija mayor, quien a cambio deberá compensarte económicamente en su justo precio. Debes considerarlo un pacto entre caballeros, pues lo que realmente prima es la mutua confianza.

—¿Por qué lo consideras así?

—Porque es fácil pensar que cuando Sara y yo muramos tendrás acceso ilimitado a todos los caudales y a todas las cuentas, por lo que si quisieras obrar con maldad, podrías dejar a mi hija descapitalizada para que no te pudiera recomprar tu parte. Sería una canallada mayúscula que ni se me ha pasado por la cabeza, pero debes reconocer que sería factible realizar. Confío ciegamente en tu palabra, y si me la das, para mí será garantía suficiente. Por otro lado, conoces tan bien como yo que sin Nicolás tu madre no podrá continuar con su dirección y se verá obligada a venderla. Considero que si Paula se queda con ella es una garantía de continuidad que debería alegrarte. Lo mismo ocurre con La Alameda Verde, pues mi idea es compensar a mi segunda hija con ambas haciendas; bien entendido, sin torcer las legítimas voluntades de sus actuales propietarios, quienes para mí son como de mi propia familia.

—Pero, ¿si no se acepta tu propuesta?

—Mi ayuda será igual de activa, pero lógicamente no podrá ser tan importante en cuanto a su contenido, ya que tendré que desviar fondos para preparar la herencia de Paula. Quiero serte muy sincero desde el principio ahora que estamos a tiempo para tomar una decisión que nos pueda beneficiar a todos.

—Me agrada que cuentes conmigo y no te puedes imaginar el

honor que me haces al compartir tus pensamientos.

—¿Pero?

—No puedo decidir yo solo el futuro de otras personas, máxime si son mi madre, hermano, tía y primos.

—Lo entiendo.

—No obstante, te prometo que hablaré con ellos para que tengas una contestación lo antes posible.

—Muy agradecido.

—Me gusta tu propuesta; haré cuanto esté en mi mano para ayudarte a realizar tus deseos tal como me los has planteado.

—Vamos con el resto de la familia, que la noche se presume larga. Hoy todos se quedarán a dormir en casa, y mañana, ya veremos si los dejamos partir. —Caminaron al encuentro de los otros.

CAPÍTULO XXIII

La situación por la que atravesaba España en aquellos delicados momentos, según revelaba la carta recibida, era muy parecida a la propia cubana. Que Cuba hubiera conseguido su independencia como país no había mejorado las expectativas de gran parte de su población. Esto produjo un clima de malestar social y derivó hacia el nacimiento de un movimiento obrero que decidió utilizar permanentemente la huelga como señal de protesta. Apenas inaugurada la República, una sucesión interminable de huelgas se produjo en el país caribeño, de tal forma que dejó aún más diezmada su economía.

La familia aceptó las propuestas de Isaac para la futura adquisición de La Mercenaria, la mitad de La Alameda Verde y la confirmación a su favor de una opción preferente de compra por la parte de Adán, situación que le obligó a realizar importantes esfuerzos económicos en pos de contar con la suficiente capacidad para acometer tales compras.

Asimismo, mantuvo los envíos periódicos de ayuda para María y Nicolás a través del medio inicialmente convenido, cantidades que les resultaron suficientes para mantener un buen nivel de vida y para iniciar los negocios que consideraron oportunos en tierras gaditanas. Por entonces, la familia Benjumea estaba considerada como la familia con más volumen de exportaciones de tabaco, algodón y azúcar, así como la más poderosa en cuanto a relaciones personales con otras familias también muy influyentes en países limítrofes, incluidos los Estados Unidos de Norteamérica.

Durante este periodo, el matrimonio formado por Mario Pereda y Cristina Pons decidió, sorprendentemente, vender todas sus propiedades y emigrar a Florida junto con sus hijos gemelos Fulgencio y Sergio. La razón fundamental fue que la familia Pereda, aunque bien acomodada social y económicamente, y a pesar de mantener una relación extraordinaria con los Benjumea, no vio claro el futuro en la isla para sus hijos, quienes ya habían cumplido veintidós años y aún no habían conseguido encontrar una candidata apropiada para formar sus familias. Además, Mario no presentía una vejez cómoda en la nueva república. En cuanto a Cristina, estaba impaciente por ser abuela y tampoco se cumplían sus sueños.

El momento parecía ser el más propicio para liquidar sus bienes a buen precio e iniciar una nueva aventura en otro lugar. Así las cosas, en otoño de 1909 se despidieron de sus viejos amigos sin que ninguna de las incontables peticiones de reconsideración les hiciera cambiar de opinión. Aquella decisión supuso un antes y un después en la vida de Isaac. Con la salida de Mario no solo perdía a un entrañable amigo, también se rompía un vínculo de relación profesional que perduraba desde tiempos de los padres de ambos. Era como si el pasado les quisiera jugar una mala pasada y en apenas un segundo se esfumara delante de ellos sin que pudieran hacer absolutamente nada para evitarlo. Con su marcha, desaparecía la familia española más antigua de La Habana y, seguramente, de toda la isla caribeña. A pesar de las reiterativas promesas de mantener un contacto permanente, el patriarca de los Benjumea fue consciente de que jamás volvería a ver nada de Mario y su familia. «Ve con Dios y con mi deseo de que con él llegues a un acuerdo cuando tengas que rendirle cuentas. Me quedo con tu recuerdo; a cambio, contigo te llevas mi amistad y mi eterno reconocimiento», reflexionó en voz alta mientras perdía de vista su silueta; aquella figura que tantas veces pudo reconocer a distancia por sus peculiares movimientos al andar con su inseparable bastón; esa que ahora parecía envuelta por una calima rojiza que le abrazaba a lo lejos mientras se perdía en el horizonte.

Las noticias que provenían de España hablaban de una permanente crisis política y social favorecida en parte por el intervencionismo de Alfonso XIII, que apoyaba a los sectores más conservadores. Nicolás y María no estaban afectados por estos cambios y recibían periódicamente sus remesas de dinero, lo que les facilitaba la supervivencia al margen de los conflictos políticos y sociales. Es más; el hecho de contar con capacidad económica de compra les facilitó magníficas oportunidades en una época marcada por un grave empobrecimiento nacional, y en particular para la región gaditana, pues en el reparto de Marruecos entre Francia y España, a esta última le correspondió la franja norte del territorio, situación que pronto derivó en el inicio de la guerra de Marruecos. Por cercanía geográfica al conflicto armado, sus efectos enseguida se dejaron notar en las provincias más próximas a las costas africanas y, por consiguiente, Cádiz no pudo quedar al margen del problema, como tampoco la economía de sus habitantes, ya de por sí seriamente afectada por los conflictos interiores.

CAPÍTULO XXIV

A comienzos de 1910, Paula tenía muy preocupados a sus padres, pues estaba a punto de cumplir los treinta años y todavía se mantenía aferrada, todos convencidos que por un acto de voluntad propia, a un estado de soltería que no quería abandonar en favor de ninguno de los pretendientes que durante bastante tiempo se interesaron por ella. A lo largo de este periodo, a pesar de ser muy numerosos los candidatos que llamaron a su puerta, sin embargo, ninguno logró inclinar hacia su lado esa particular balanza del amor de la que hacía gala la joven heredera de una de las fortunas más importantes de Cuba, y la elección se demoraba demasiado. Aquella muchacha que antaño fuera considerada inquieta y algo salvaje, amante de su independencia en su estado más puro, de fuerte carácter y con una marcada tendencia a defender criterios propios por encima de otras opiniones, aunque mantenía intacta la esencia de estos atributos, con los años se había convertido en una dama refinada y muy apreciada en los círculos de la alta sociedad habanera. Aparte de su innegable atractivo físico, en la isla nadie sabía manejar el abanico como ella, hasta tal punto que su uso la convertía en una mujer extremadamente sensual a los ojos de sus muchos admiradores.

—¿Cuándo vas a consolidar una relación definitiva? —le solía preguntar su madre.

—¡Cuando encuentre a un hombre que no me quiera por el dinero de mis padres! —contestaba airada la joven.

En su respuesta, sus padres siempre pensaron que se escondía un estado anímico de frustración por no encontrar a la pareja ideal de sus sueños. Hubo un tiempo en que los interesados no cesaron de acudir a las múltiples fiestas que se organizaron en La Palma del Indiano, así como en otras casas, con la esperanza de resultar elegidos por Paula. Sin embargo, fueron tantos los rechazados que prácticamente quedaron agotados los posibles aspirantes a la mano de la menor de los Benjumea. Aquella circunstancia no agradaba a Isaac y a Sara, porque veían que el tiempo transcurría y su hija pequeña no terminaba de concretar definitivamente su futuro. En contra de lo que pudiera parecer en esos asuntos sentimentales, con quien mejor se comprendía era con Isaac.

—¡Hija! Si no te complace la vida en pareja, no es obligatorio que contraigas matrimonio con nadie —le decía con frecuencia su padre.

—¡No es eso! Es que todavía no ha llegado mi momento.

—¡Es mejor mantenerse soltero que convivir el resto de la vida con alguien a quien no quieres!

—¡Lo sé, padre! Es que no me gusta ninguno.

—No quiero verte sufrir. Mi único interés es que seas feliz. Pareces no darte cuenta, pero desde un tiempo atrás has dejado de recibir invitaciones de los jóvenes solteros más importantes de La Habana.

—Sí que me he dado cuenta, pero la verdad es que no me importa que esos no se acuerden de mí.

—¡Entiéndeme! Conozco mejor que nadie tus valores como persona. En ese aspecto no tengo dudas, pero lo que quiero que comprendas es que cada vez quedan menos jóvenes de tu edad.

—¡Nuestra hacienda atrae a los moscones mucho más que yo misma!

—¡No seas malpensada! Con esta actitud no te será fácil elegir a nadie.

—¡No tengo prisa! Será lo que tenga que ser.

—¡Bien, hija! Será lo que tú decidas. De todos modos, debes saber que siempre nos tendrás a tu lado y te apoyaremos en todo lo que decidas.

—¡Gracias, padre! —le besó tiernamente.

Una vez que el matrimonio Benjumea estuvo en la intimidad de su alcoba, Isaac relató el contenido de aquella última conversación a su esposa Sara.

—No entiendo cómo esta niña, con lo cariñosa y buena que es, aún no ha encontrado al hombre ideal —señaló el patriarca.

—Lo que le ocurre a nuestra hija es que aún no ha recibido la llamada de la atracción por nadie —comentó Sara.

—Creo que si ella no tiene ninguna prisa, y además no se encuentra agobiada por la tardanza, no debe percibir por nuestra parte la más mínima presión —aconsejó Isaac.

—¡Me parece bien! Siempre hemos afirmado que nuestras hijas no nos estorban en casa —señaló Sara.

—No volvamos a incidir en este tema. Si Paula quiere que sepamos algo, ya nos comunicará lo que sea —propuso Isaac.

—Tal vez la hemos presionado un poco.

—Querida, nos hemos hecho muy mayores en muy poco tiempo; sin darnos cuenta, el mundo ha cambiado demasiado deprisa para

entenderlo.

—¡No seas tan pesimista! Comienzas a ser igual de gruñón que tu padre en sus últimos años.

—Tal vez sea porque me acerco a su misma edad.

—Yo no te considero viejo.

—Te lo agradezco, pero cuando paseo por el jardín y contemplo cómo ha crecido la palmera de mi madre, me doy cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. Al igual que ella se ha llenado de palmas, nuestra familia se ha asentado con raíces profundas sobre esta bendita tierra y comienza a mostrar los primeros frutos de una estirpe que me gustaría que se perpetuara en La Palma del Indiano.

—Eso es algo que de antemano nadie puede saber a ciencia cierta. Dentro de dos, o tal vez con mucha suerte de tres generaciones, ninguno de nuestros descendientes se acordará de quiénes fueron los artífices del inicio de su saga familiar en Cuba —señaló Sara.

—¡Tienes razón! ¡Lo sé! Pero eso es precisamente lo que no me gusta.

—No te mortifiques sin razón alguna. Esa posibilidad ni depende de ti ni la puedes controlar. Por lo tanto, sobran tus preocupaciones. Cuando ya no estemos en este mundo, nos dará igual lo que ocurra con los bienes terrenales que aquí dejamos. Habremos cumplido nuestra misión y con eso deberemos quedarnos satisfechos.

—¡Todo eso ya lo sé! Pero he de confesarte que conforme he sido mayor en edad he perdido la fe en el ser humano y en la existencia de un cielo que premie a los buenos y un infierno que castigue a los malos. Después de las atrocidades e injusticias que he visto a lo largo de mi vida, tengo serias dudas de que exista algo parecido a un juicio final que equilibre las acciones cometidas en la tierra.

—Pero ¿qué dices? ¡Si eres un hombre muy religioso!

—¡Eso es porque tengo miedo a morir! En realidad, rezo por si acaso; por si fuera todo verdad y debiera estar preparado para la otra vida. Cuanto más cercana veo la hora de rendir cuentas, más me afano por dejar todo terminado.

—¡No tienes razón! Te preocupan solo los bienes mundanos.

—Me aferro a lo único que conozco. El resto es pura especulación. No puedo evitar que me preocupe el futuro de nuestras hijas ni que lo imagine siempre vinculado a La Palma del Indiano. Ese es nuestro legado; el origen de nuestra fuerza, prosperidad y seguridad. Por eso, mi voluntad es que la finca permanezca unida a la familia como su signo más preciado de

identidad.

—Con sinceridad: no encuentro motivo alguno de preocupación, y mucho menos de desesperación. Confórmate con haber educado a tus hijas. El resto de su historia deberán escribirla por ellas mismas sin la ayuda de nadie. Si mañana tuviera que abandonar este mundo, te aseguro que me iría muy feliz y con la conciencia muy tranquila por haber cumplido con mi deber como madre y esposa.

—¡Mujer! Cuando dices estas cosas me preocupas. Es como si llamaras a la muerte para que acuda a buscarnos lo antes posible.

—Cuando faltemos, nuestros descendientes no harán las cosas como nosotros. Tendrán que dirigir sus vidas como les guste y a su manera particular. Por eso, cuanto antes los dejemos volar y tomar sus decisiones, mejor preparados estarán para valerse por sí mismos. Deja que se equivoquen ahora que puedes enseñarles a corregir sus errores.

Las últimas palabras que salieron de sus labios las pronunció de una manera entrecortada y lenta, claro síntoma de que el sueño comenzaba a hacer mella en su lucidez, lo que indicó a Isaac que había llegado el momento de dejar en oscuridad la habitación. Enseguida, la pareja se abrazó para despedir el día con un «te quiero, hasta mañana» que ambos acompañaron con un tierno beso de amor.

A partir de aquel día, los abuelos Benjumea dejaron de preocuparse por cargar personalmente con la íntegra responsabilidad de los quehaceres de la hacienda, y poco a poco comenzaron a delegar en sus hijos las importantes funciones que antes controlaban ellos mismos. En esta nueva etapa, Zoel tuvo un papel muy importante y desempeñó puestos que hasta entonces solo eran conocidos por el matrimonio dueño de la soberbia finca. La confianza depositada en él y su total integración con la marcha del negocio le convertían en un candidato muy válido para tomar las riendas del negocio. Por tanto, se presentaba como el sucesor natural idóneo para continuar con la explotación de la plantación. No obstante, Isaac y Sara estaban empeñados en que sus dos hijas tuvieran todos los conocimientos necesarios para desenvolverse con soltura en la administración y control del negocio familiar sin tener que depender de nadie.

Los meses siguientes estuvieron marcados por un importante despliegue de información, en forma de enseñanzas, que los tres pupilos asimilaron con interés a la vez que se mostraron en todo momento dispuestos por aprender cuanto quisieran contarles sus maestros. Entretenidos con sus nuevas actividades, apenas se dieron

cuenta del rápido transcurrir del tiempo. Sin embargo, el año 1911 depararía cambios significativos en el futuro de la familia Benjumea.

Para Zoel, aquel acto de confianza de su suegro supuso un reto personal que debía corresponder con la máxima entrega para estar a la altura de lo que entendió que se esperaba de él. Se sentía muy contento con sus nuevas responsabilidades y constantemente daba claras muestras de encontrarse especialmente dotado para el desarrollo de las funciones encomendadas. Pero la mejor noticia que recibieron Sara e Isaac, y en general el resto de la familia, fue enterarse del segundo embarazo de Ruth. A la espera de este nuevo alumbramiento, en la casa de los Benjumea se desencadenó una especie de impaciencia contagiosa que impregnó el cálido ambiente de convivencia habitual con profundos sentimientos de cariño hacia los futuros descendientes. En opinión de Isaac, este segundo nacimiento simbolizaba la consolidación definitiva de su estirpe española en tierras caribeñas.

En muchas ocasiones, cuando recordaba aquella salida de su Cádiz natal, no podía evitar derramar alguna lágrima de añoranza que conforme se hizo mayor fueron más abundantes, aunque rápidamente se solía consolar al reconocer para sí sus impresionantes logros en la isla. Cuantos le conocían definían que su éxito no era otra cosa más que el resultado del triunfo de una férrea voluntad, como pocos hombres han poseído, sobre las innumerables dificultades que se le presentaron a lo largo de una dilatada existencia plagada de decisiones difíciles de tomar que en muchas ocasiones supusieron verdaderas encrucijadas.

Con la edad, Isaac adquirió mucha experiencia y se convirtió en un hombre al que ya casi nada le quedaba por descubrir en la vida. Sin embargo, detrás de su indiscutible figura se escondía el verdadero artífice de su éxito personal: su esposa Sara. Compañera infatigable y mujer comprensiva, se empeñó desde el primer instante en que contrajo matrimonio por hacer todo lo posible para potenciar las inmensas cualidades que percibía en su esposo. En esta última etapa de sus vidas, muchas veces paseaban por los alrededores del porche de su casa y gustaban de recibir al ocaso del día entretenidos con largas conversaciones en las que conservaban con toda su pureza ese acento y gracejo andaluz que solo pueden tener aquellos que nacen en esas tierras del sur de España. Casi nunca estaban de acuerdo con su contenido; pero eso era lo de menos. Lo importante consistía en mantener activa la llama de un amor que a pesar del tiempo permanecía en todo su esplendor.

—¿Te das cuenta de que últimamente hablamos más de pasado que de futuro? —interpeló Isaac.

—¡Sí que lo he notado! Seguramente será porque tenemos para contar más cosas de atrás que de delante —contestó Sara.

—¿Y no te asusta?

—¡Pues no!

—¡Feliz tú, que te despreocupas de los asuntos mundanos!

—¡Pobre tú, que te preocupas por lo que no puedes controlar!

—¡Sara! Me gustaría tener salud suficiente para ver casados a nuestros nietos —la cogió con ternura de la mano.

—Aún no conoces al segundo de Ruth y ya quieres verlos casados. Nunca te conformas con lo que tienes. Pero en esta ocasión vas a tener que resignarte con el plazo que te den.

Mientras aguardaban el desenlace del embarazo de Ruth, casi todas las tardes, un poco antes de la llegada de la solitaria noche, acudía el matrimonio a visitar la tumba de la abuela Salomé. Para los dos, suponía una especie de ritual de reconocimiento por el alma de aquella sacrificada mujer que supo renunciar a su pasado y permitir así la entrada de la prosperidad para su familia a través de una nueva forma de vida en un país extraño y con una cultura diferente a la que supo adaptarse. Ambos observaban con asombro la peculiar manera de entrelazarse las palmas de la palmera africana con el lugar donde reposaban los restos mortales de Salomé, en un obstinado y pertinaz empeño por formar un único cuerpo compacto que parecía querer expandirse y perpetuarse sin límite.

—Este es nuestro más representativo símbolo emblemático. Es el sello que mejor define el deseo de crecimiento de nuestra familia en este rincón del mundo que con tanto cariño nos acogió. Recuerdo cuando llegamos con la ilusión de iniciar una vida muy diferente a la que dejábamos atrás. Este es nuestro legado, el mensaje y la idea que quiero transmitir a mis descendientes —comentó un buen día el abuelo Isaac mientras rezaba en el lugar elegido por su difunta madre como panteón familiar.

—No te falta razón; yo te ayudaré a que nuestros nietos lo comprendan. Estamos tan identificados con esta bendita tierra que sin darnos cuenta ya formamos parte de ella. Tu madre fue quien mejor lo entendió. Estoy convencida de que nuestro sitio de reposo está aquí y quiero seguir su ejemplo: es en este lugar donde debemos reposar —le respondió Sara.

CAPÍTULO XXV

Con la llegada de la primavera de 1912, se materializó el nacimiento de Candelas, una niña que resultó ser idéntica a su madre.

Por aquellas fechas, ocurrió que dejaron de recibir las puntuales noticias de María y Nicolás, quienes hasta ese momento habían continuado con sus fluidas comunicaciones a través del marinero de confianza. En Cuba estaban perfectamente informados de sus negocios, de sus inquietudes y también de sus proyectos. Las noticias unas veces llegaban por escrito, y otras, por recados que el propio mensajero transmitía a viva voz, según la importancia de estos. Sin embargo, las dos últimas veces nadie acudió al lugar de reunión para reportar los comunicados o para retirar la mercancía encargada en los anteriores pedidos.

Con la preocupación nuevamente en sus ánimos, esperaron al siguiente viaje de retorno. Pero a la vuelta tan solo recibieron una carta de una desconocida que decía llamarse Cecilia Sánchez y reclamaba su urgente presencia en una dirección de Cádiz por asunto de máxima importancia que no podía explicar por escrito. Todo resultaba demasiado oscuro e inquietante como para dejarlo en el olvido, y los peores presagios se apoderaron del ánimo de quienes no había dejado de ayudar a la evadida pareja. Por ello, se hizo necesaria una reunión para decidir qué hacer ante la preocupante misiva.

Mucha era la impaciencia que todos sentían por conocer la verdad sobre el estado de María y Nicolás, por lo que se decidió que una representación se trasladaría a Cádiz para averiguar lo ocurrido. Pero había que actuar con cautela, por si todo resultaba ser una burda trampa para localizarlos. Se analizó cada una de las propuestas y los posibles candidatos. Después de muchas discusiones, se consideró que los más idóneos eran Paula y Adán, quienes se organizaron para partir rumbo hacia España en el primer pasaje disponible. A pesar de la inicial oposición de Isaac a que su hija menor realizara ese comprometido viaje, prevalecieron las ganas de la joven por conocer la tierra de sus abuelos y la necesidad de conocer la verdad del comunicado. De todos modos, todos reconocieron que ambos jóvenes eran la mejor alternativa, porque

estaban más libres de obligaciones que el resto, y no tuvieron más remedio que ceder ante tan clara evidencia.

El día de la partida, los nervios estuvieron muy presentes porque la combinación de riesgo e incertidumbre se apoderó de sus corazones y supuso una carga demasiado pesada para unos ánimos que ya de por sí les hacían concebir negativos presentimientos. Berta y Angélica, abrazadas en el muelle, no cesaron de llorar hasta que perdieron de vista al navío, que junto con los dos elegidos también transportaba todas sus esperanzas y deseos de una feliz resolución ante un presagio que les oprimía el pecho y apenas les dejaba respirar.

—No sé si hemos estado acertados con esta decisión —comentó Sara.

—Todo ha sido muy precipitado —contestó Angélica.

—No teníamos tiempo que perder —apuntó Berta.

—De nada sirven ya las lamentaciones. Ahora debemos esperar noticias y rezar para que sean buenas —concluyó Ruth.

El viaje resultó muy interesante, porque sirvió para que ambos jóvenes se conocieran como personas adultas mucho más intensamente de lo que hasta ahora lo habían hecho. A pesar de la cercanía entre las dos familias, la diferencia de seis años de edad en favor de Paula, sin querer, les había marcado una importante distancia en la adolescencia que resultó insalvable, y la relación entre ambos quedó establecida de una manera poco fluida. Cuando se juntaban las familias, a ella la solían cargar con la responsabilidad y vigilancia del más pequeño; por eso, cuanto más se comportaba como su segunda madre, más complejo sentía Adán y más aparecían los fantasmas de su pequeña tara física, defecto que se solía agudizar en presencia de Paula.

Ahora, los dos se dieron cuenta de que tenían frente a sí a otra persona diferente a la que no conocían, que debían aprovechar esa segunda oportunidad que el destino les ofrecía. De una manera distendida, casi natural, comenzaron a compartir inquietudes y a explicarse mutuamente sus puntos de vista sobre cualquier asunto que surgió durante la travesía. Enseguida se reconocieron como dos buenos amigos de la infancia que habían perdido la comunicación por causas ajenas y que volvían a recuperarla después de un receso involuntario. Para cuando quisieron avistar la costa gaditana, habían comprendido la necesidad que tenían de estar unidos por el hecho de compartir una misma misión. La sinceridad con que se hablaron y la común afición por compartir elevados pensamientos hicieron que el grado de compenetración fuera máximo y que

apareciera un nuevo sentimiento en forma de atracción correspondida que enseguida sintieron a la vez.

Después de desembarcar y encontrar acomodo a su gusto, se dirigieron en busca de la misteriosa remitente. En poco tiempo y sin demasiados problemas, localizaron el lugar que buscaban. Se trataba de una humilde vivienda en una casa de patio de corrala, que estaba ubicada en uno de los barrios más populares de Cádiz. Cuando estuvieron situados frente a la puerta de acceso, un temblor les recorrió todo el cuerpo ante la incertidumbre de las noticias que sin duda estaban a punto de recibir. Adán llamó con los nudillos a la puerta y con la otra mano mantuvo bien visible la carta que recibieron en La Habana. En breve plazo se asomó una mujer de mediana edad, de manos anchas y regordetas, de cabello corto, rizado, pelirrojo y escaso de volumen, que dejaba entrever partes del cuero cabelludo que, a juzgar por su saludo, enseguida supo la intención de esa visita.

—Buenas tardes, esperaba su llegada —les dijo al abrir.

—Buenas tardes. ¿Es usted Cecilia Sánchez? —preguntó Adán.

—¡La misma!

—Entonces, ¿es usted quien ha escrito esta nota? —intervino Paula.

—¡Sí, señorita! ¡He sido yo!

—Estamos muy confusos por su contenido y nuestra familia ha quedado muy preocupada en Cuba. Por eso hemos decidido venir a averiguar qué ha sucedido. Por favor, ¿podría atender nuestra petición? —volvió a intervenir Paula visiblemente preocupada.

—¡Enseguida! Pero pasen, no se queden de pie en el corredor.

Nada más traspasar la puerta penetraron en una pequeña estancia que hacía las veces de salón y cocina, muy básicamente amueblada, que no invitaba a ninguna comodidad, pero no repararon en esos detalles debido al estado de excitación en que se encontraban ante la falta de claridad de la información recibida por aquella desconocida mujer.

—Les advierto que tengo muy malas noticias para ustedes y necesitaré mucho tiempo para explicarles todo lo que conozco.

—¡Por favor! Comience cuanto antes —no pudo esperar por más tiempo Adán.

—Antes de empezar, díganme quiénes son ustedes.

—Mi nombre es Adán, soy hermano de María. La señorita que me acompaña se llama Paula y es cuñada de Nicolás.

—Por favor, tomen asiento.

—No entiendo tanto misterio —comentó Paula mientras se

sentaba en una de las cuatro sillas de enea que rodeaban a una mesa camilla que había en la sala.

—Comprendo que se sientan incómodos, pero créanme, es mejor que se sienten.

—¡Está bien! Le haremos caso —contestó Adán a la vez que imitó el movimiento de las dos mujeres.

Un silencio muy molesto se apoderó del ambiente de aquella sala, porque su dueña no sabía cómo comenzar su relato para hacer el menor daño posible a los recién llegados. Era consciente de que debía darles una explicación que justificara su largo desplazamiento y a fe que la tenía, solo que desconocía la mejor manera de hacerlo. Pensó que tal vez era cuestión de repetir con las mismas palabras el encargo que recibió de María y Nicolás, pero ahora que las necesitaba, no manaban de su boca con la misma fluidez que en los ensayos anteriores, que una y otra vez repitió en la soledad de su casa. Su mente estaba bloqueada y no era capaz de articular una sola sílaba. Miraba las caras de sus visitantes, bajaba la mirada al suelo, se frotaba las manos de angustia, pero le resultaba imposible encontrar un hilo conductor, por insignificante que fuera, que le permitiera relatarles lo sucedido.

Adán, que se percató de lo que sucedía, enseguida tomó la iniciativa para facilitar las cosas a la nerviosa desconocida.

—¿Qué relación tenía con nuestros hermanos? —preguntó Adán.

—Eran mis jefes.

—¿Sus jefes?

—Sí, comencé con ellos cuando me contrataron como asistenta para las tareas de la casa; después, ayudé en el negocio como dependienta. Al final, como no conocían a nadie de confianza y me cogieron mucho cariño, me pidieron este encargo, que ahora quiero terminar para cumplir la promesa que les hice.

—Entiendo; por favor, continúe —le animó Adán.

—Debo comunicarles, con todo el dolor de mi corazón, que hace más de tres meses que sus hermanos murieron.

No pudo continuar con su relato. Aquella noticia, soltada así a bocajarro, les impresionó de tal forma que no pudieron continuar con la conversación. Paula, volcada sobre la mesa, lloraba inconsolable sin tener apenas fuerzas para levantar la mirada hacia ningún sitio. Adán tuvo que salir al baño comunitario para vomitar por el enorme disgusto que acababa de recibir; cuando regresó, se encontró con una manzanilla caliente que le había preparado Cecilia, con la esperanza de que le ayudara a recomponer su estado físico. Tuvieron que transcurrir algunos interminables minutos hasta

que alguno de sus invitados pudiera articular palabra, pues al principio de conocer la fatídica noticia, todos los sonidos que emitieron fueron gemidos desgarradores que partieron el corazón de la mujer, quien no encontraba argumentos suficientes para consolarlos en su desgracia. También visiblemente emocionada, se hizo cargo de la dura situación y tuvo la suficiente paciencia para esperar, en respetuoso silencio, a que se encontraran mejor y quisieran por ellos mismos saber lo sucedido.

—Eran tan jóvenes, tenían tanta vida por delante… —no cesaba de comentar Paula a la vez que se tapaba el rostro con las manos.

—¿Cómo murieron? —preguntó Adán.

—Pues mire usted.

Un profundo silencio se produjo en el ánimo de Cecilia, quien solo pudo articular este breve inicio de exposición de los hechos. No pudo continuar con más explicaciones, pues el sufrimiento de sus acompañantes la había emocionado tanto que le resultó imposible facilitar información alguna. Afectada en lo más profundo de sus sentimientos, comenzó a llorar con desconsuelo y enseguida fue secundada por Paula y Adán, lo que les hizo comprender que por el momento no sería posible mantener esa conversación.

—Veo que todos necesitamos tiempo para calmarnos y ordenar nuestras ideas —volvió a intervenir Adán, mientras Cecilia asentía con la cabeza, sin poder responder.

—¿Sería posible que nos volviéramos a ver otro día? —preguntó Adán, quien recibió de Cecilia el mismo gesto anterior.

—Estamos hospedados en un hotel que se llama Las Cortes —informó Paula entre sollozos.

—Lo conozco —contestó a duras penas.

—¿Quiere acompañarnos mañana? —la invitó Adán, a lo que contestó Cecilia nuevamente con el mismo gesto afirmativo.

—¡Está bien! La esperamos a las dos.

—Allí estaré.

—Hasta mañana.

—¡Adiós!

El resto del día lo dedicaron a consolarse mutuamente y a encontrar la mejor manera de facilitar a sus familiares semejante noticia. Después de mucho meditar, decidieron esperar a tener en su poder la máxima información posible; luego se pondrían en contacto con Cuba, también para solicitar instrucciones. Comoquiera que fuere, aquella noche transcurrió muy lentamente y ambos permanecieron encerrados en la habitación de Paula, porque pensaron que la mejor forma de honrar la memoria de María y de

Nicolás debía ser mediante la exposición de aquellos recuerdos y anécdotas personales que compartieron con ellos cuando aún eran unos felices y despreocupados adolescentes.

A la hora convenida del día siguiente, apareció puntual Cecilia; se notaba a simple vista que se había puesto su mejor ropa. Quería agradarles, que se sintieran correspondidos y que se percataran de su agradecimiento. En cuanto la vieron aparecer por el vestíbulo del hotel, enseguida se acercaron para saludarla e invitarla a que compartiera su mesa.

—Buenos días, Cecilia. ¡Por favor, siéntese con nosotros!

—Buenos días, señores. Muy agradecida. ¿Se encuentran mejor hoy?

—Tenemos una gran pena clavada en lo más hondo del corazón, pero, al menos, podemos hablar —contestó Paula.

—También estamos preparados para escuchar su relato al completo —añadió Adán.

—¡Muy bien! Pues, si les parece, comenzamos ahora mismo. ¿Por dónde quieren que empiece? —preguntó algo azarada Cecilia, en un intento por fijar la conversación en un punto concreto.

—Si le parece bien, lo mejor es que comience desde que los conoció —le indicó Paula.

—Me parece bien. De todos modos, si me dejo algún detalle, no tengan reparos en preguntarme.

—No se preocupe, así lo haremos.

—Bien. Como ya les dije ayer, al principio me contrataron para realizar las labores domésticas, pero más adelante trabajé para ellos como dependienta de la tienda. Sus hermanos tenían en la calle Ancha, uno de los lugares más comerciales de la ciudad, un negocio especializado en la venta de toda clase de productos de ultramar.

—Nunca nos dijeron exactamente la dirección de la tienda porque tenían miedo de que esta información cayera en poder de personas indebidas y les pudiera perjudicar. Sin embargo, conocíamos la forma de comunicarnos periódicamente con ellos. Por eso nos extrañó tanto la repentina falta de noticias —añadió Adán.

—Don Nicolás, aparte del marinero con el que siempre se entrevistaba, también tenía muy buenos contactos con muchos comerciantes que realizaban la travesía de las Américas. En realidad, ellos nos proporcionaban una parte de la mercancía que luego vendíamos en la tienda. Varias veces al mes acudía al puerto con dinero y volvía con un carro repleto de cosas que nunca se habían visto por aquí.

—De todas maneras, nosotros, desde La Habana, queríamos ayudar todo lo posible; por eso comprábamos como si fueran para uso personal todos los encargos que María y Nicolás nos solicitaban a través de nuestro contacto. Luego los embarcábamos en el mercante familiar como mercancía privada del armador, y nuestro hombre de confianza se los entregaba personalmente —informó Paula.

—Resultaba una manera muy sencilla de suministro —apostilló Adán.

—Al principio, como en casi todos los negocios, costó un poco darse a conocer, pero luego hasta recibíamos encargos muy concretos de clientes de otras ciudades. A mí me gustaba mucho trabajar en su tienda, porque me divertía esa actividad tan distinta a las que hasta entonces había conocido.

—¿Y María? —preguntó Adán.

—Su esposa, desde el primer día, me pareció una mujer muy bella. Ella siempre me trató con amabilidad y respeto; en realidad, esa era su forma de ser con todo el mundo. Llevaba una sonrisa permanente en el rostro y, por eso, creo que fue ella quien se ganó la confianza de casi toda la clientela. Era una pareja muy unida; solo había que mirarlos para comprender que estaban muy enamorados.

En ese momento, no tuvo más remedio que hacer un pequeño receso, pues tanto Paula como Adán no pudieron contener sus lágrimas por la emoción que sintieron al imaginar a la pareja en una situación, primero tan feliz y, después, súbitamente quebrada por un inesperado fallecimiento.

—En comparación con los sufrimientos que padecieron en sus últimos meses de permanencia en Cuba, al menos acabaron sus días como desearon: inseparablemente unidos —afirmó Paula, quien se afanaba por encontrar motivos que contentaran la pena que llevaba en el alma.

—Continúe, por favor —la invitó Adán una vez repuesto del último trance.

—Yo cumplía con mis tareas diarias entre la casa y la tienda según me dijeran mis señores. Cuando la cosa estaba tranquila en la tienda, adelantaba el trabajo de la casa, y así compartía el tiempo entre los dos sitios. Pero una mañana un cliente se presentó para curiosear nuestros artículos. Recuerdo que había otras dos señoras que también miraban. Aquel fulano no me dio buena espina, porque no tenía pinta de querer comprar nada. Por eso, le observé mientras se hacía el remolón y perdía el tiempo entre las especias. Cuando

las dos señoras se marchaban, parecía que se iba tras ellas. Pensé que les daría un tirón al bolso en cuanto pusieran los pies en la calle, pero no fue así. Cerró la puerta cuando la última salió, echó el pestillo y volvió el cartel de cerrado hacia fuera para que estuviera bien visible desde el exterior. Enseguida comprendí que aquel tipo no traía buenas intenciones y avisé a don Nicolás, quien se apresuró a acudir en su busca. Mientras se acercaba, le preguntó si se le ofrecía algo en concreto, pero el extraño no contestó; no dijo ni media palabra. Cuando le tuvo a su altura, sacó de debajo de su blusón un machete que le clavó en el pecho. Grité con todas mis fuerzas, justo el tiempo que tardó don Nicolás en caer sobre el suelo, ya herido de muerte. Mi chillido atrajo a la señora, quien se enfrentó al desconocido. Yo tuve miedo y corrí hacia la trastienda para salir por una puerta camuflada que da acceso al portal de la finca. Desde allí, pedí auxilio con todas mis fuerzas y rápidamente acudieron muchos vecinos, que impidieron la salida del asesino por ambos lados. Le retuvieron dentro hasta que llegaron los guardias. Cuando se entregó, aún no he podido olvidar que tenía las manos impregnadas en la sangre de mis señores. No me dejaron entrar hasta pasado mucho rato, pero desde fuera pude ver como retiraban los cuerpos sin vida del matrimonio. Los siguientes días fueron horrorosos, pues la Guardia Civil me citó en varias ocasiones para que les diera razón del ataque y para que les contara lo que sabía del matrimonio.

—¡Entonces fueron vilmente asesinados! —exclamó Paula.

—Pero ¿por qué? —preguntó aterrorizado Adán.

—Nadie lo sabe.

—¿Qué tal les iban las cosas? —preguntó Paula.

—El negocio prosperaba bastante deprisa; manejaban dinero suficiente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Paula.

—¡No piense mal de mí! ¡Eso se veía a simple vista! Cuando se instalaron en Cádiz comenzaron a vivir de alquiler en otro barrio; en una casa bastante buena, pero lejos de la tienda. Allí fue donde los conocí. Después, al poco tiempo, les surgió la oportunidad de comprar la planta completa que estaba encima del establecimiento y no dudaron en hacerse con ella para remodelarla a su gusto. Eso significaba que tenían posibles de sobra. Por otro lado, sé distinguir muy bien a los señores de quienes intentan aparentar lo que no son; a sus hermanos se les notaba que tenían mucha prestancia.

—¡No me interprete equivocadamente! Intento encontrar una razón lógica que justifique sus muertes —contestó Paula a sus

recelos.

—No tenían enemigos conocidos; nadie entiende lo sucedido. —Cecilia quedó momentáneamente callada.

—Por favor, siga; díganos todo lo que sepa —le rogó Adán, porque no quería que desviara la atención en otras cosas.

—Con el tiempo, la señorita María me cogió mucho cariño, y yo también a ella. Como no tenía a nadie en quien confiarse, un día me pidió que le guardara un gran secreto, algo que para ellos era muy importante. Me dijo que si les ocurría un accidente o alguna tragedia, me pusiera en contacto con un marinero del puerto, que le entregara un papel con mi dirección y reclamara la presencia en Cádiz de algún familiar. Que bastaba con decirle que la carta era para entregar a quien él sabía. No entendí nada, pero prometí que en caso de necesidad cumpliría con todas sus indicaciones. A los pocos días, una mañana, don Nicolás me pidió que le acompañara al puerto, pues tenía que hablar con un importante contacto. Cuando llegamos, me quedé a cierta distancia, pero sin perderle de vista; le observé hablar con un marinero durante un rato y también vi que se intercambiaron unos sobres. Después, una vez que se despidieron, regresó a mi lado. Me dijo que aquel marino se llamaba Noé, que servía en el Mar de Alborán, un mercante que hacía la ruta de las Américas con escala en el puerto de La Habana; que mientras no recibiera personalmente de cualquiera de ellos orden en contra, a aquel hombre era a quien tendría que entregar la carta en caso de necesidad. Le prometí guardar el secreto y cumplir con sus deseos, cosa que me agradeció mucho. Cuando ocurrieron los asesinatos, acudí al puerto todos los días con la carta en la mano. Durante dos largos meses busqué sin cesar al marinero, pero parecía que el mar se lo había tragado. Una mañana, cuando casi había perdido las esperanzas, conseguí ver atracado su navío. No se pueden imaginar la alegría que tuve, porque al fin iba a cumplir mi promesa. Luego fue bastante sencillo localizarle y entregarle el recado. El resto ya lo conocen.

—Dígame, Cecilia: ¿qué fue del asesino? —preguntó Adán.

—Está preso a la espera de juicio. Seguramente será condenado a garrote vil.

—¿Podríamos visitarle? —preguntó Paula.

—Seguramente. La Guardia Civil no consigue que dé razón alguna creíble de su comportamiento y estarán encantados de recibir cualquier ayuda o información que los ayude a resolver este galimatías.

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Ir a la comandancia para solicitar lo que quieran hacer. Pero tengan en cuenta que, para ello, tendrán que explicar sus motivos y también darse a conocer.

—¡No se preocupe! ¡Ya no tenemos nada que ocultar! —contestó Paula visiblemente emocionada.

—¡Esta misma tarde acudiremos! —manifestó Adán.

—Si quieren, los puedo acompañar.

—¿No teme que puedan pensar que les ha ocultado información? —preguntó Paula.

—¡No! Ustedes viven muy lejos y podrían haber venido a visitarlos sin saber nada de lo ocurrido.

—¡Así diremos si nos preguntan! —aseguró Adán.

—A mí me gustaría ver la casa y la tienda —solicitó Paula.

—Eso no va a ser posible —contestó Cecilia.

—¿Por qué? —volvió a intervenir Paula.

—Porque las llaves están en poder de las autoridades.

—Bueno, ya veremos lo que ocurre cuando nos personemos esta tarde —añadió Adán.

El resto de la conversación lo utilizaron para preguntar sobre la relación personal que mantuvo Cecilia con sus jefes. De sus respuestas, obtuvieron unas primeras conclusiones que les indicaron la existencia de una cierta amistad entre ambas mujeres, quizás motivada por la necesidad que debía de tener María en encontrar a una persona de confianza que, de alguna manera, supliera el cariño y el afecto de los familiares y amigos que habían dejado en Cuba. Enseguida pensaron que una persona tan sensible como era ella, que siempre se caracterizó por mantener magníficas relaciones con todos sus allegados, tuvo que sentir una profunda añoranza cada vez que recordara aquellos momentos en los que convivió con sus seres más queridos, a los que seguramente sabía que no volvería a ver. Conforme escucharon las indicaciones de su invitada, tanto Paula como Adán enseguida comprendieron las dudas y el sufrimiento que debieron de padecer ambos, en especial María, durante el tiempo necesario hasta acomodarse y adaptarse a su nueva ciudad de residencia.

A media tarde, acompañados por Cecilia, accedieron al puesto de la Comandancia de la Guardia Civil, lugar donde, con anterioridad, ella misma había sido citada en varias ocasiones para prestar declaración. Tan pronto como accedieron a las oficinas informaron sobre el objeto de su presencia, por lo que les hicieron esperar en una sala hasta que apareció un teniente, que de inmediato los invitó a pasar a un despacho más privado.

—Buenas tardes, soy el teniente Salcedo. Me han informado de que vienen en relación con los crímenes de la calle Ancha. Ustedes dirán.

Ante ellos se presentó un hombre joven, de mediana estatura, muy robusto, con mirada incisiva y un gran mostacho muy moreno que le cubría parte de las comisuras de los labios inferiores. Fumador empedernido, liaba constantemente cigarrillos que después encendía con la parte final del anterior, que estaba a punto de apagarse, cuando apenas ya no podía mantenerlo entre sus amarillos dedos. El color de su dentadura también descubría su elevado consumo de café negro puro, seguramente consecuencia de las largas horas que debía permanecer despierto en pos de conseguir la resolución de los casos de investigación más difíciles, que habitualmente le eran asignados.

—Buenas tardes. Venimos acompañados de la señorita Cecilia Sánchez.

—Sí, ya la conocemos.

—Bueno, bien. Aquí la señorita, Paula de Benjumea, es cuñada del fallecido Nicolás Ferré. Mi nombre es Adán Ferré y soy hermano de la fallecida María Ferré.

—Bien. Ferré dice, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Cómo se han enterado de esta desgracia?

—No sabíamos nada; hemos venido a visitarlos cuando nos hemos enterado de todo esto. Queríamos darles una sorpresa, y fíjese quiénes se la han llevado.

Adán se mostró muy sereno y dispuesto a contestar cuantas preguntas le formulara. Por su lado, Paula, que entendió a la perfección su estrategia, permaneció callada a la espera de que se dirigiera hacia ella, para también contestar a sus requerimientos. A lo sumo, se permitía asentir con la cabeza las respuestas de Adán, pero sin pronunciar una sola palabra.

—¿De dónde vienen?

—De Cuba, señor.

—¿Por quién se han enterado?

—Por Cecilia. Teníamos su dirección porque nos la facilitaron nuestros familiares, y acudimos a ella en cuanto desembarcamos.

—¿No tenían la dirección de sus hermanos?

—No, porque nos comunicábamos muy de tarde en tarde. La última vez que se pusieron en contacto con nosotros todavía estaban provisionalmente de alquiler. Por eso prefirieron facilitarnos una dirección segura.

—Comprendo.

—Es la primera vez que veníamos a visitarlos en representación de nuestra familia —amplió la respuesta Adán.

—¿Ya lo saben en Cuba?

—Todavía no; en cuanto tengamos toda la información intentaremos contárselo de la mejor manera posible.

—Dígame, señorita; ¿en calidad de qué es usted cuñada del fallecido?

—Soy hermana de la mujer del hermano de Nicolás.

—¿Por qué no ha venido ese hermano?

—Acaban de tener un bebé, y además pensábamos que esto iba a ser una visita sorpresa y casi turística. Nadie sabe en La Habana lo sucedido.

—¿La Habana?

—Sí.

El teniente hizo una breve pausa mientras anotaba en una cuartilla aquellas informaciones que le parecieron relevantes, y después continuó con la conversación.

—¡Verán ustedes! Este asunto nos tiene muy despistados. No entendemos el motivo del doble asesinato, y las explicaciones que nos ofrece el detenido son incoherentes y carecen de lógica. Además, las cambia continuamente, lo que nos hace suponer que miente para encubrir a alguien más importante, que seguramente le tiene sobornado o tal vez amenazado de muerte a él o a alguien de su entorno. Hemos descartado el robo, pues se veía a simple vista que en la tienda no existían artículos de valor que justificaran una acción tan violenta; es incomprensible que un rudo delincuente habitual, que carece de ese gusto exquisito para apreciar los artículos que vendían sus hermanos, acuda a un establecimiento tan sofisticado para robar, y mucho menos para asesinar a sus dueños. Por eso nos inclinamos a pensar en un encargo de alguien que los odiaba. Pero, de momento, no hemos conseguido que hable. A lo mejor, con su presencia, podríamos intentar algo.

—Estamos a su disposición para lo que quieran —contestó Adán.

—¡Díganme! ¿Por qué vinieron de Cuba?

—¡Verá usted! Veo que no se ha dado cuenta, pero por los apellidos, puede comprobar que María y yo, aparte de ser hermanos, éramos primos directos de Nicolás. Esta relación íntima que se creó entre ambos no fue bien vista por nuestras familias respectivas, y ante la negativa de permitir su matrimonio decidieron abandonar La Habana y buscar cobijo en España. Cuando conocieron Cádiz, les gustó tanto que decidieron echar raíces en

esta tierra.

—Entiendo. Y díganme, ¿tenían enemigos?

Esta última pregunta sirvió para iluminar la intuición de Paula, quien de repente no podía quitarse de la cabeza la imagen del antiguo novio de Angélica, aquel cazafortunas desagradable llamado Simón Viñas, verdadero motivo de la huida de la pareja hacia tierras gaditanas.

—No sabemos si en Cádiz tenían.

Adán contestó de una forma demasiado ambigua, tanto, que sin quererlo despertó las sospechas del teniente Salcedo.

—Si quieren ayudar a vengar el asesinato de sus parientes, tienen que contarme todo lo que sepan y, por supuesto, toda la verdad. ¿Sospechan de alguien?

Paula hizo un gesto de aceptación a Adán y comenzaron a relatarle la historia de Simón Viñas. Al fin y al cabo, ya no importaban sus posteriores consecuencias.

—¡Esta información que me acaban de facilitar cambia bastante las cosas! —afirmó el teniente Salcedo cuando terminaron.

—¿Le ha resultado útil? —preguntó Paula.

—¡Sin duda! Ahora tenemos abiertas otras posibilidades más razonables.

—¿Qué tenemos que hacer?

—De momento, tienen que facilitarme sus datos personales. También el lugar donde están hospedados, para tenerlos fácilmente localizados; es muy probable que en muy poco tiempo nos pongamos en contacto con ustedes. Luego, me imagino que querrán visitar el lugar donde fueron enterrados sus hermanos, así como su vivienda y la tienda.

—Nos gustaría mucho —contestó Paula.

—Pues no se preocupen, que les voy a facilitar el acceso inmediato al cementerio; lo otro se lo conseguiré lo antes posible.

—¡Muchas gracias!

—¡De nada! Los acompañará un guardia, pero deben saber que no pueden llevarse nada hasta que el caso esté cerrado.

—Lo entendemos.

—Los avisaré tan pronto como tenga arreglado el asunto de las autorizaciones. Seguiremos, pues, en contacto en los próximos días.

—¡Cuando quiera! Estamos a su disposición.

—Adiós, buenas tardes.

—Adiós —se despidieron los tres del teniente.

Enseguida se les acercó cortésmente un cabo, quien se dio a conocer como el designado por el teniente Salcedo para guiarlos al

lugar donde reposaban los restos mortales de María y Nicolás. Se trataba del cementerio de San José, un camposanto ubicado en un lugar privilegiado, frente al mar. Allí, dos nichos dotados de sencillas placas como únicas referencias hacían mención al nombre, a la fecha de nacimiento y a la fecha de fallecimiento de quienes en su interior se encontraban. Con profundo penar, casi llevados en volandas por el guardia y su acompañante, caminaron con lentitud hasta que se encontraron frente a los humildes sepulcros. Ambos, aunque estaban visiblemente afectados por la intensidad del momento, prefirieron quedar a solas, situación que entendieron sus guías, quienes se retiraron para respetar sus deseos. Después de unos momentos, volvieron a salir para agradecerles las atenciones recibidas y para solicitarles que les permitieran regresar solos a su lugar de residencia. La verdad era que necesitaban pasear para tomar un poco de aire fresco y reponerse del duro trance soportado; habían sido demasiadas emociones para un solo día. Lógicamente, no pusieron ninguna objeción y allí mismo se despidieron.

—Lo más seguro es que pronto reciban noticias del teniente Salcedo; hasta entonces, me despido de ustedes. Si necesitan algo más, ya saben dónde me tienen a su disposición —se despidió el cabo.

—Muchas gracias, quedamos muy agradecidos.

—Por mi parte también me voy. Si quieren alguna otra cosa o necesitan de mis servicios, avísenme; ya saben dónde vivo —hizo lo propio Cecilia.

—Ha sido de gran ayuda. No dude que seguiremos en contacto; gracias.

Una vez que se marcharon, se miraron con mucha preocupación, pues había llegado el momento de comunicar la triste realidad a quienes esperaban, impacientes, recibir noticias suyas. Eran conscientes de que, cuando leyeran los terribles acontecimientos, iban a necesitar bastante tiempo para poder asimilarlos. Por lo tanto, debían saber medir muy bien las palabras para no crear mayor dolor. Después de sopesar algunas alternativas, decidieron que no podían soltar bruscamente y en pocas palabras semejante información. Por ello, eligieron hacer uso de la telegrafía transatlántica para narrar con detalle, y sobre todo con calma, la situación que encontraron en Cádiz. El resultado fue una redacción muy extensa, pero que consideraron imprescindible para facilitar una explicación lo más cercana posible de los hechos, así como sus opiniones sobre las posibilidades de éxito en la resolución del caso. Una vez finalizado este trámite, solamente podían quedar a la

espera de recibir instrucciones, tanto desde Cuba como de la propia Guardia Civil.

Los primeros en responder a los improvisados emisarios fueron sus familiares de La Habana, a quienes la inesperada noticia les supuso una enorme convulsión. Antes de zarpar del puerto de La Habana, pactaron que iban a utilizar, para las distintas comunicaciones, el canal secreto de Isaac, quien después sería el encargado de contactar con el resto para transmitir las informaciones. Pero, dada la gravedad del asunto, prefirieron remitir la noticia al patriarca Benjumea, directamente a La Palma del Indiano. El primero en enterarse de la tragedia por sus propios labios fue su yerno, Zoel, quien aparte del indescriptible dolor por la pérdida de su hermano y de su prima, no encontraba palabras para comunicárselo a su madre y a su tía, respectivamente. De momento, y hasta no tener una idea clara de lo que querían hacer, Isaac remitió una escueta nota de confirmación por la recepción de la trágica noticia. En ella, también les pidió que estuvieran atentos a cualquier novedad y les hizo ver la necesidad de conceder un tiempo de espera prudencial a las autoridades españolas, lo que los obligaba a permanecer en Cádiz hasta nueva contraorden. No quiso extenderse más hasta no conocer los deseos de Berta y Angélica cuando conocieran lo sucedido, pero ya les insinuó que, casi con total seguridad, emprenderían viaje a España. No se equivocó, pues aunque el duelo afectó a tres de las más importantes casas de La Habana, incluida la suya propia, en pocas horas estuvieron listos los preparativos sociales para observar el cumplimiento tradicional de este tipo de acontecimientos. Casi de inmediato, el luto se hizo presente en los ropajes de todos sus miembros. Sin embargo, la premura de las madres por partir hacia Cádiz hizo recaer en la casa de los Benjumea, a través de Zoel, la representación oficial de los diferentes actos que se llevarían a cabo en los próximos días para honrar la memoria de los fallecidos.

Por su parte, Paula y Adán, al conocer que acudían a su encuentro sus familiares, no dudaron en informar al teniente Salcedo, quien agradeció el esfuerzo y decidió utilizar la circunstancia con vistas a la resolución del doble asesinato.

—Para cuando quieran llegar, tendremos preparada una estrategia que espero ayude a desatar la lengua del único detenido —les dijo.

Mientras tanto, Paula y Adán utilizaron esos días de tensa espera hasta la llegada de las progenitoras para conocer mejor la ciudad gaditana, así como sus alrededores. Paseaban del brazo por sus

calles, como si de una pareja más se tratara. Les llamaba mucho la atención que, a pesar de que casi nadie los conocía, todos cuantos se cruzaban en su camino los saludaban. Algunos hasta acompañaban la cumplimentación del saludo con un sincero deseo de paz en forma de un «vayan con Dios». Aquella imagen de pareja estable que ofrecían a los demás caló en sus más profundos sentimientos. Sin apenas darse cuenta, comenzaron a sentirse muy bien en compañía del otro, mejor que cuando estaban solos cada uno por su lado. Ninguno de los dos entendía la vida en soledad; muchas noches, en la intimidad de sus cuartos, comenzaron a plantearse la posibilidad de materializar aquella situación. Se preguntaron si acaso dar un paso más comprometido sería la mejor opción para eliminar definitivamente ese ahogo que desde que comenzó aquel azaroso viaje sentían ambos en el pecho. Muchas resultaban las dudas, como también las decisiones, todas ellas envueltas por un halo de misterio, fruto de una extraña situación que las familias deberían superar. Con todo ese marco sobre sus conciencias, no parecía el mejor momento para plantear nuevas preocupaciones, y la prudencia aconsejaba una gran dosis de discreción. Sin embargo, sus sentimientos los empujaban cada vez con más fuerza a permanecer unidos contra cualquier otra consideración, por lo que, a la larga, sabían que tarde o temprano, involuntariamente, destaparían su secreto. Era una cuestión de tiempo que el amor acabara por aparecer con todo su esplendor y que se comportaran como dos enamorados.

Entre paseos, visitas y veladas, el tiempo de espera transcurrió demasiado deprisa. Tanto que, cuando quisieron darse cuenta, estaban en la víspera de la llegada de Angélica y Berta.

—¡Qué pronto se han pasado estos días! —comentó en la cena Adán.

—¡Ni que lo digas! Mañana llegan a puerto.

—¿Te das cuenta de que esta es nuestra última noche a solas? —preguntó Adán.

—Esta mañana, al levantarme, eso mismo pensé.

—Es posible que no tengamos otra oportunidad, y debo decirte una cosa muy importante. No sé cómo empezar —insistió Adán.

—Lo mejor es que comiences por el principio —le animó.

—¡Verás! Hemos convivido muchos años de una manera muy cercana y, sin embargo, durante este tiempo no he sabido apreciar unas cualidades que hacen que ahora te considere el ideal de mujer.

—¡Muchas gracias! Me halagas.

—Ha sido necesario un viaje de estas características para que

pudiera reconocer tus enormes valores. En estos días he pensado en nosotros, en nuestras largas conversaciones y, sobre todo, en lo bien que nos hemos sentido el uno con el otro. Sin querer, has despertado en mí unos sentimientos que antes no sentía por ninguna otra mujer. Soy consciente de las dificultades que podemos encontrar; no sé cómo vas a reaccionar ante lo que te voy a decir, pero lo cierto es que ahora no concibo la vida si no es a tu lado, y me gustaría que pensaras en la posibilidad de formalizar nuestra relación en algo mucho más serio y estable.

—Querido Adán: desde que te conozco, siempre te he considerado como un hermano pequeño y así he mantenido este criterio a pesar del transcurrir del tiempo. Este ha sido mi gran error. Para mí, ahora eres el hombre con el que me siento protegida y, sobre todo, comprendida en todas mis manifestaciones. Me conmueve esta declaración, porque mis sentimientos son muy parecidos; si la diferencia de edad que existe entre nosotros no te supone un problema insalvable, por mi parte estoy conforme con que demos una oportunidad al amor.

Enseguida se encontraron delante de la habitación de Paula; ninguno de los dos hizo ademán de despedirse. Ella, que rápidamente accedió a su interior, no cerró la puerta tras de sí, movimiento que interpretó su acompañante como una invitación para que la siguiera, y así lo hizo. Apenas se encontraron en la intimidad del dormitorio, comprendieron que las palabras sobraban y que debían dejar el paso franco a las demostraciones amorosas. Sin pensárselo dos veces, se abrazaron besándose apasionadamente. Comenzaron a derribar, muy poco a poco, esas disimuladas barreras que, en forma de botones y ropajes, les impedían contemplar lo más íntimo de la persona amada. Al sentir por primera vez la cercanía del otro cuerpo, más deseaban conocer sus más ocultos secretos, esos mismos que la mayoría guarda con celo para solo ser compartidos con aquellos a los que de veras se ama. La noche, con su templanza, los ayudó a eliminar cualquier atisbo de vergüenza que pudiera existir entre ambos. Una nueva etapa se acababa de abrir en sus vidas, porque los recuerdos del otro, en tiempos casi olvidados, a ninguno de los dos les servían; ahora se trataba de un hombre y de una mujer que se disponían a entregarse sexualmente.

Al principio, ella se dejó hacer; aún puestos en pie, Adán comenzó a acariciarla por el cuello, a la vez que la besó con ardor en la boca. Notó que se estremeció cuando mordisqueó con suavidad el lóbulo de una de sus orejas; giró para situarse tras ella y aprovechó para también besarla en la nuca, a la vez que comenzó a

marcar con las yemas de los dedos un sutil recorrido desde el contorno de sus costados hasta que quedaron entrelazados por debajo de sus pechos. Allí, en ese maravilloso lugar, se encontraron con las manos de Paula, que aunque temblaba de pasión no quiso detener aquel excitante momento. De una manera muy sensual, ambos se interesaron por hacer caer los últimos obstáculos hasta que quedaron desnudos frente a frente; ya no había nada que les impidiera rozarse.

Con sus siguientes movimientos, Paula dejó muy claras sus intenciones de llegar hasta el final de la aventura; quería descubrir si Adán era definitivamente el hombre de su vida o si, por el contrario, todo había sido un simple espejismo con el que ella misma se ilusionó gracias a una intensa convivencia motivada por los intensos momentos compartidos.

El amanecer los encontró arrullados sobre las finas sábanas de su cama. La experiencia de la noche anterior había resultado un rotundo éxito; el amor se había instalado en sus corazones y acababan de unirse como pareja estable. Eso sí, en secreto, porque desconocían cuál iba a ser la reacción de sus respectivas familias. Prudentemente, decidieron no contar nada y esperar a que se resolvieran los importantes problemas que aún quedaban pendientes y tanto pesaban en sus almas. No tenían dudas sobre su amor, pero comprendieron que se hacía necesario dejar un margen de tiempo, al menos hasta que las recientes desgracias se pudieran recordar con una cierta distancia.

A las pocas horas acudieron al puerto de Cádiz en su busca; el reencuentro resultó muy emotivo y cargado de sentimientos de inconsolable pena. Una vez acomodadas en el mismo hotel, escucharon con atención todas las informaciones que les pudieron facilitar Paula y Adán. Después, no quisieron demorar por más tiempo algo que deseaban realizar desde hacía varios días: acudir al cementerio donde se encontraban las tumbas de sus queridos hijos. Aquella visita, como cabía esperar, resultó ser uno de los trances más duros a los que se debieron enfrentar tanto Berta como Angélica. Sin embargo, ante el asombro de los dos jóvenes, ambas se comportaron con enorme entereza, impropia, a su entender, de una situación de semejantes características. Tras una reflexión conjunta, enseguida comprendieron que se encontraban ante dos mujeres curtidas por una despiadada guerra en la que perdieron a sus esposos y a otros seres muy queridos; dos mujeres que fueron educadas para no realizar manifestaciones emotivas en público, para saber sufrir en soledad y llevar la pena sin demostraciones de

ningún tipo. A excepción de unas insistentes lágrimas que recorrieron sus mejillas, no hubo otra señal de duelo en sus rostros; sin embargo, la combinación de profundas ojeras, junto con una rojez inusual en los ojos, delataba el dolor que las acompañaba. También se asombró de la fuerza de ambas el teniente Salcedo que, de paisano, casi a escondidas, vigilaba de lejos la escena. Posiblemente fue el primero en conocer la noticia de su llegada y quiso observarlas sin darse a conocer antes de recibir su visita formal, prevista para el día siguiente.

CAPÍTULO XXVI

Unos minutos antes de cumplirse la hora señalada, ya estaban personados en el lugar convenido, a la espera de recibir alguna novedad que pudiera facilitar el esclarecimiento de todas las cuestiones que aún estaban pendientes de resolver. Apenas tuvieron que esperar en la antesala, pues el teniente Salcedo los aguardaba desde hacía un rato en su despacho. Cuando estuvieron todos juntos, Adán hizo las veces de presentador y, enseguida, después de las obligadas preguntas de rigor, se dispusieron para comenzar sin más dilaciones. El teniente quiso que supieran la importancia de aquella reunión y comenzó su intervención calificándola de trascendental para la resolución del caso.

—Comprendo perfectamente el estado de ansiedad que padecen, pero créanme cuando les digo que hacemos todo lo que está en nuestras manos por aclarar lo sucedido —inició las explicaciones el teniente.

—Pero ¿cuál es el problema? —intervino Berta.

—¡Miren ustedes! Tenemos detenido al culpable material de los asesinatos y, en teoría, el único responsable de sus muertes. Se trata de un delincuente llamado Celestino Pérez, más conocido como el Prieto, por su extrema delgadez, que tiene en su haber un extenso historial delictivo perfectamente identificado en nuestros ficheros. No obstante, que sepamos o podamos atribuirle, nunca había cometido agresiones con este resultado. Sus fechorías son conocidas por esta región, como también son frecuentes las relaciones que mantiene con otros individuos de su misma calaña para cometer delitos en comandita. Sabemos que es capaz de aceptar cualquier trabajo a cambio de dinero. Sin embargo, tenemos serias dudas de su única participación en este asunto; hay demasiados cabos sueltos.

—¡No entiendo sus dudas! Si ya tienen al culpable, lo mejor es juzgarle y aplicarle la pena correspondiente —exclamó indignada Angélica.

—Puede que sea la solución más rápida, pero no tiene por qué ser la más eficaz.

—¿A qué se refiere? —preguntó Berta.

—¿Se han planteado la posibilidad de que existan otros implicados? ¿No les gustaría conocer sus identidades? ¿Creen que

sus familiares reposarán en paz si los responsables de sus muertes andan sueltos, sin pagar por su crimen?

—¿Puede ser más explícito? —intervino Adán.

—Estamos convencidos de que el Prieto no cuenta la verdad. No es creíble que un individuo con su perfil se interese por sus familiares si no tiene una buena razón para ello.

—¡Por favor! ¡Explíquese! —solicitó Angélica algo agobiada.

—Las gentes del hampa siempre trapichean con objetos valiosos que conocen y son sencillos de colocar; no es lógico que un delincuente se introduzca en una tienda de especias y otros artículos de ultramar por encargo para robar algo que no vale nada en el mercado que controlan los peristas. Por tanto, todo aquello que sea salirse de los parámetros por ellos controlados supone un trabajo baldío, además de un alto riesgo por nada. ¿Saben ustedes? Los delincuentes son falsos, pendencieros y cualquier atributo que quieran darles; todo, menos tontos. Tampoco tiene sentido que a primera hora de la mañana, cuando todavía no se ha recaudado, se acuda a saquear una caja vacía y se asesine a sus dueños.

—Entonces, ¿qué sugieren? —intervino Paula.

—Creemos que el Prieto calla porque encubre a otro; alguien que le tiene prometido algo por su silencio o, quizás, que tiene amenazada a su familia si le delata. Alguien que, bien directa o indirectamente, le encargó ese trabajo en concreto y seguro que pagó por sus servicios una buena cantidad. Para estos sujetos, el código de silencio es fundamental; les va la vida en ello. Nuestra experiencia en este tipo de delitos nos hace pensar que el delincuente no se encontró fortuitamente con sus víctimas; no es que fuera sorprendido por ellas y fruto de los nervios los acuchillara para silenciar sus bocas, para que así no pudieran avisar a nadie. Definitivamente, nunca tuvo la intención de robar; fue a cobrarse sus vidas, porque así lo tenía planeado con anterioridad. Por eso no medió palabra con sus víctimas ni intentó abrir el cajón de la recaudación, ni saqueó las estanterías, ni se encontró en su poder ningún objeto de valor que bien pudiera haberse llevado al bolsillo. Además, existen otros factores a tener en cuenta: quien le contrató era un novato en este tipo de encargos y seguro que ha dejado algún cabo suelto.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —intervino Berta.

—Por experiencia. Es tan solo cuestión de encontrar un hilo de donde tirar hasta llegar a la madeja. El máximo responsable, seguro que por ahorrar, no eligió al mejor en este tipo de trabajos y se dejó engañar por un necesitado; el Prieto, quien por mucho menos

aceptó el trabajo sin pensar en que podría fallar y en las consecuencias posteriores.

—Pero ¿quién pudo planear esa canallada? —preguntó Berta.

—Desde que hablamos la primera vez con sus hijos y estos nos facilitaron la información del tal Simón Viñas, hemos indagado sobre este personaje. Después de recopilar los datos que nos han facilitado, hemos llegado a la conclusión de que si no es el último responsable de todo esto, le falta muy poco.

—¡No me lo puedo creer! —afirmó Paula.

—¡Pues créanlo! Este personaje reside en Santander junto a una buena mujer de la alta sociedad cántabra a la que tiene completamente engañada.

—¡Igual que a mí! —interrumpió Angélica.

—¡Es un cazafortunas profesional! —intervino Adán.

—¡Así es! Efectivamente, vive de la fortuna de esa señora, que dilapida sin ninguna contemplación. Pero lo que más nos interesa es que, sin justificación alguna, en los últimos meses ha viajado con cierta frecuencia a Cádiz. Siempre se ha hospedado en la fonda Tacita Gaditana, un lugar discreto que se ubica en un barrio poco recomendable e impropio de alguien de su posición. La dueña le recuerda como una persona solitaria y poco habladora. No obstante, le llamó mucho la atención su facilidad para modificar su aspecto externo.

—¿Aspecto externo? —preguntó sorprendida Angélica.

—En su opinión, entraba a su establecimiento vestido elegantemente como un caballero, pero cuando salía a sus quehaceres nocturnos más bien parecía un malhechor que iba a reunirse con algún otro compadre para organizar un golpe. Por tanto, es un hombre acostumbrado a cambiar la forma de hablar y de comportarse.

—¡Vamos, un camaleón! —comentó Adán.

—¡Efectivamente! —contestó el teniente Salcedo.

—Si hay la más mínima duda de su posible implicación en sus muertes, quiero llegar hasta el final —afirmó Angélica.

—En eso estamos; de todas maneras, y aunque tenemos muchas dudas, lo cierto es que por primera vez también contamos con un motivo claro que por desgracia se repite con bastante frecuencia en otros casos. La venganza.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó Paula.

—Tenemos que desenmascararle, pero para ello necesitamos la confesión del Prieto, que le relacione con el encargo y, por tanto, le implique en los asesinatos. Hasta la fecha, nuestros intentos han

resultado inútiles. Sin embargo, ahora que podemos contar con su ayuda, hemos ideado un plan, una nueva estrategia que, con un poco de suerte, nos puede dar buenos resultados.

—Creo que hablo en nombre de los cuatro; pueden contar con nuestra colaboración. Al fin y al cabo, se trata de esclarecer las circunstancias que motivaron esta tragedia y de apresar a todos los responsables —se adelantó Adán, mientras el resto afirmaba con movimientos de cabeza.

—¡Muy bien! Antes de continuar quiero advertirles que será necesario que actúen con la máxima frialdad. No podrán permitir que un arrebato interfiera con nuestro trabajo.

—¡Perdone! No entiendo muy bien. ¿Qué quiere decir con eso del arrebato? —preguntó Berta.

—Pues que se entrevistarán con el Prieto y tendrán que aguantar su mirada sin cometer la más mínima equivocación; por nada del mundo deberán salirse del propósito trazado. Podrán mirarle con desprecio; si quieren, hasta insultarle, pero no podrán hacer nada que le haga sospechar de nuestras verdaderas intenciones. Si creen que no serán capaces de aguantar la presión, es mejor abandonar ahora.

—Por nosotros no se preocupe. ¡Sabremos estar a la altura de lo que se nos exija! —contestó briosa Angélica.

—¡Perfecto, eso quería escuchar! ¡Comencemos, pues, con el desarrollo de la idea! Consiste en escenificar delante del Prieto una trama que le haga creer que su integridad física corre serio peligro; hay que hacerle pensar que la única salida para salvarse es contarnos toda la verdad. Para ello, también necesitaremos la ayuda de Cecilia Sánchez; seguro que en cuanto la vea recordará que estuvo en la escena del crimen, la reconocerá de inmediato. Su presencia dará más credibilidad a nuestra pantomima. También será necesario que nos traslademos a la cárcel donde se encuentra el Prieto.

—¿Está muy lejos ese lugar? —preguntó Adán.

—El penal de El Puerto de Santa María se encuentra a alrededor de veintiún kilómetros de Cádiz —contestó el teniente Salcedo.

—Temí que estuviera a más distancia, por eso de no poderle trasladar aquí.

—¡No es esa la razón! No queremos que se sienta acorralado o que pueda sospechar que todo es una encerrona. Es mejor que se encuentre en su ambiente y crea que se trata de una visita sorpresa. Por otro lado, tampoco queremos hacerle pensar que esto va a ser una fiesta con continuos viajes de un lado para otro; si así fuera, le

tendríamos a diario con cambios de declaraciones hasta agotar nuestra paciencia, solo por salir de la prisión. ¡Si quiere tomar el aire del exterior, se lo tendrá que ganar!

Durante tres jornadas recibieron las oportunas explicaciones; estudiaron sus respectivos papeles, ensayaron y se prepararon a conciencia para no cometer errores ni para dejarse llevar por los nervios o quizás por el odio cuando tuvieran delante al cruel asesino. Todos, incluida Cecilia, se mentalizaron de que recibirían la recompensa de su esfuerzo cuando vieran ajusticiados a los culpables.

CAPÍTULO XXVII

El día de la verdad llegó casi de puntillas; los nervios mantuvieron atenazados a los cubanos y ninguno de ellos pudo dormir la noche anterior. Por fin iban a conocer al artífice de tan vil asesinato. Solo de pensarlo se les erizaba el vello. Sin embargo, sabían que no podrían salirse del guion preestablecido, y así lo prometieron antes de partir hacia el penal.

Al llegar frente a la entrada encontraron una edificación más parecida a un antiguo convento que a una cárcel; la robustez de sus anchos muros de piedra les hizo comprender el cambio de uso al que había sido destinado. Ninguno de ellos realizó el más mínimo comentario al respecto, pues su cabeza estaba en otro sitio muy distante y su ánimo no les permitía valorar la calidad del edificio en cuestión. Así lo comprendió el teniente, quien rápidamente comenzó con el recordatorio de advertencias.

—¡Bueno! ¡Les ruego que se tranquilicen! Ahora esperaremos en la sala de visitas a que nos traigan al preso; les recuerdo que para su seguridad permanecerá encadenado, aunque yo estaré presente como agente de la autoridad. No va a pasar nada, pero en caso necesario, un poco más alejada se situará una pareja de carceleros que acudiría si fuera preciso. Por tanto, nada tienen que temer.

—¡No se preocupe! Cumpliremos escrupulosamente con nuestro cometido —aseveró Berta sin vacilaciones.

Un momento de especial tensión se produjo cuando se abrió la pesada puerta y pudieron, por fin, conocer al famoso Prieto. Frente a ellos se presentó un hombre enjuto, malencarado, sucio, con escasa barba muy descuidada y una mirada desafiante, propia de aquellos que reniegan de su destino porque ya no tienen nada que perder.

—¡Siéntate! —le ordenó con voz seca e imperativa el carcelero.

—¿Conoces a estas personas? —preguntó el teniente.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces, te las voy a presentar; esta señora es la empleada de los dueños de la tienda a quienes salvajemente asesinaste. El resto son parte de sus familiares, que han querido venir desde Cuba para

conocerte.

—¡No tengo nada que decir! —contestó sin levantar la mirada del suelo.

—¡Escucha, canalla! No nos interesa nada de lo que puedas contarnos —intervino Adán.

—Solo queremos conocer al asesino de nuestros hijos —intervino Angélica.

—Eres tan despreciable como te había imaginado —le increpó Berta visiblemente encolerizada.

—¡Menos mal que pronto te vamos a tener a tiro! —comentó en voz alta Paula.

—¿Han venido desde tan lejos para insultarme?

—No. Estos señores han venido para solicitar tu extradición a Cuba —le informó el teniente Salcedo.

—¿Cómo dice?

—Digo que si todavía estás con vida es porque estas personas han formulado una petición oficial para conseguir tu expulsión a Cuba bajo custodia de las autoridades de aquel país.

—¡Eso es ilegal!

—Resulta paradójico que un criminal hable de ilegalidades, ¿no? —intervino Adán.

—¡Usted qué sabe!

—¡Mucho más que tú, ignorante! Yo soy el artífice de tu deportación.

—¡Quiero la asistencia de un abogado! —solicitó el Prieto.

—¡Ni lo pienses! No voy a polemizar en este caso —contestó el teniente.

—¡No me lo creo! ¡Hasta yo tengo mis derechos!

—¡También los tenían nuestros hijos! —le contestó Angélica.

—Es un crimen que a nuestro modo de ver está muy claro —intervino de nuevo el teniente Salcedo.

—A lo mejor me gusta vivir allí —el Prieto los desafió en tono chulesco.

—Los cubanos tenemos fama de salvajes, y la verdad es que no nos importa. Pero lo cierto es que allí no tenemos pena de muerte como aquí; tenemos trabajos forzados hasta que llega la hora de morir. Por cierto, los trabajos son duros como no te puedes imaginar; en eso de trabajar como bestias tenemos bastante experiencia. Cuando llegues a Cuba, te aseguro que me encargaré personalmente de tu redención con los más severos castigos. Pero no te apures, no morirás pronto; me aseguraré de que resistas muchos años, hasta que llegue un día en el que preferirás haber

muerto rápidamente en España a vivir tantos años en Cuba —le informó Berta.

—No conozco a ningún convicto al que le hayan sacado de España. El delito ha sido cometido en Cádiz, y tengo que ser juzgado aquí —protestó el Prieto.

—¡Aquí serás juzgado! La condena, ya veremos dónde la cumples —exclamó el teniente.

—¿Conoces a muchos asesinos de cubanos? —preguntó Berta—. ¿Callas? ¿Debo interpretar tu silencio como un no? —volvió a intervenir.

—Tu caso es especial, porque se puede aplicar un convenio bilateral preferencial de extradición con Cuba en caso de ser cubanos los asesinados en territorio español, y viceversa —le explicó Adán, quien en aquellos momentos simulaba estar versado en leyes y, en concreto, especializado en casos similares.

—¡Nunca he oído cosa semejante!

—Que tú lo desconozcas no supone que no exista el convenio. Este tratado se suscribió hace poco entre ambos países y solo es aplicable para delitos de sangre.

—¡Eso es mentira! —contestó el Prieto visiblemente nervioso.

—Es un acuerdo entre ambos gobiernos en atención a la calificación que España ha otorgado a Cuba como antigua colonia con intereses comerciales preferenciales y de buena vecindad. ¡Cumplirás tu condena en Cuba! —insistió Adán.

—No me extraña que no te guste la propuesta, no pinta bien —comentó el teniente.

—De momento, esperaremos la contestación de las autoridades españolas; después, actuaremos en consecuencia —intervino Paula.

—Estamos convencidos de conseguir nuestro propósito; por tanto, pronto nos volveremos a ver. Cuando salgas de esta residencia, seguro que no gozarás de tan magníficas condiciones de vida —se despidió Berta.

—¿Residencia? ¿Magníficas condiciones de vida? ¿Saben acaso lo que dicen? ¿Es que se han vuelto locos? —refunfuñó el Prieto.

—¡Has tenido mala suerte! Vas a ser el primero en probar la utilidad del convenio; vas a servir de experimento —le dijo Adán.

Todos se levantaron y procedieron a salir de la sala sin querer escuchar ni los insultos ni las lamentaciones que les profería el Prieto, quien para entonces ya consideraba a Berta como la persona a la que más odiaba en el mundo, gracias a las punzantes amenazas que realizó en contra de su futuro en la isla. El delincuente, por sus forzados aspavientos y fingidos giros de cabeza dirigidos hacia el

techo, parecía otear en lontananza un ficticio horizonte que solo debía de existir en su imaginación. Durante aquella primera visita, en ningún momento mantuvo fija su mirada contra ninguno de los asistentes, a excepción de Cecilia, a quien enseguida reconoció, aunque intentó simular lo contrario. Sus ojos negros, aunque pequeños, dejaban entrever el fiel reflejo de la oscura maldad que tras ellos se escondía. Al principio parecía sentirse muy seguro de sí mismo, despreciativo, o tal vez lo que realmente le ocurría era que le daba todo lo mismo. Conforme se desarrolló la entrevista su ánimo cambió, pues claramente no quería cumplir su condena con trabajos propios de los antiguos esclavos ¡Quién podía saber lo que le rondaba por la mente!

Una vez fuera del recinto penitenciario, ya camino de regreso, el teniente Salcedo los felicitó por el gran trabajo realizado.

—¡Enhorabuena! Todos han sido muy convincentes.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Paula.

—¡Esperar! Tenemos que darle tiempo para que medite sobre la gravedad de su situación.

—¿Usted cree que este individuo tiene capacidad para saber lo que le interesa? —intervino Adán.

—¡Por supuesto! A mí me ha quedado muy claro que por nada del mundo quiere ir a Cuba a cumplir su condena. Ahora necesita un pequeño empujoncito para terminar de decidirse.

—¿Qué quiere decir con eso del empujoncito? —preguntó Angélica.

—Su mejor amigo dentro del penal es un recluso que cumple quince años por robo; es un delincuente de poca monta, pero bastante más listo que él. Pues bien, hemos pactado en secreto una reducción de su pena a cambio de su colaboración.

—Pero ¿si se llega a enterar? —preguntó preocupada Berta.

—Tenemos que correr ese riesgo. El amigo quiere salir cuanto antes y no creo que diga nada; es el primer interesado en que todo salga bien. Además, si se enteran los demás reclusos, es muy posible que no salga vivo de esa noche.

—¿Y cómo va a colaborar con nuestra causa? —volvió a preguntar Berta.

—Es muy posible que el Prieto le cuente el contenido de la reunión. Al principio, se lo dirá de manera jocosa para hacerse el fuerte por si algún otro los escucha; querrá aparentar que controla la situación, cuando en realidad lo que necesita es saber su opinión y que le aconseje. Es en ese momento cuando intervendrá nuestro contacto; le contará que sabe de gente que tuvo familiares presos en

la isla y conoce la dureza de las condiciones de vida cubanas para los convictos; que si existe ese convenio debe hacer todo lo posible para quedarse en España, porque aquello es un infierno; que muchos soldados coloniales que aguantaron mil batallas no soportaron permanecer en cárceles cubanas cuando fueron hechos prisioneros, debido al pésimo trato que recibieron; por eso, muchos de ellos no pudieron regresar. Después, le aconsejará que a costa de lo que sea pacte su permanencia en territorio nacional.

—Entonces, ¿solo nos resta esperar? —intervino Paula.

—¡Así es! Esperar y rezar para que muerda el anzuelo —contestó Salcedo.

Los días se sucedieron con demasiada lentitud a pesar de los esfuerzos que realizaron Paula y Adán por hacer lo más llevadera posible la espera de Berta y Angélica. Ambas, querían dejar zanjado cuanto antes este triste asunto; querían regresar a su Cuba natal después de ver ajusticiados a los culpables; solo así podrían volver a recorrer los lugares donde sus hijos jugaron de pequeños. En el ánimo de las dos pesaban demasiado los tristes acontecimientos que originaron sus muertes; esos mismos que ahora los obligaban a permanecer impacientes ante la incertidumbre del resultado final. Se sentían prisioneras, extrañas en un país que ya no reconocían como aquel que añoraban tanto sus antepasados y del que desde su más tierna infancia tantas buenas cosas les habían contado. La fortuna les había jugado una mala pasada y no deseaban permanecer en Cádiz por más tiempo del estrictamente necesario. En cambio, para Paula y Adán se acababa de abrir un universo repleto de conocimientos y nuevas sensaciones; se sentían como en casa entre aquellas gentes que les hablaban con un acento muy extraño, pero gracioso. Además, aquellos lugares habían sido testigos mudos de su amor secreto, lo que le otorgaba una significación especial.

Transcurridos cuatro días desde la entrevista que mantuvieron en el penal, el teniente Salcedo recibió aviso de solicitud de nueva reunión, esta vez por iniciativa del propio penado. Quería pactar, tal como le aconsejó su amigo, la posibilidad de que no prosperara la petición de los cubanos.

—Señor teniente, he cometido actos que reconozco que no estuvieron bien y acepto el castigo que me impongan, pero prefiero morir en España a sufrir tormento en Cuba —le dijo.

—Te entiendo, pero ya no depende de mí.

—¡Hágase cargo! Esos tipos esperan que pise suelo cubano para torturarme el resto de mi vida.

—Lo sé.

—¿No se puede hacer nada?

—No se me ocurre nada.

—¿Cómo es posible?

—Porque te han elegido para que seas el primero en probar cómo funciona este nuevo convenio.

—¡Tiene que haber una solución!

—¡No la hay! Estás solo en este asunto; eres el único responsable y tus manos están manchadas con sangre cubana. Por tanto, reúnes todos los requisitos necesarios para ser deportado. Tendremos que esperar a la decisión, pero estoy seguro de que te van a enviar a Cuba.

—¿Por qué dice que estoy solo?

—Porque si te hubieras hecho acompañar por otro que materialmente no hubiera participado en sus muertes, entonces no se podría aplicar el convenio bilateral.

—¿Por qué?

—Porque algún implicado no estaría relacionado directamente con sus asesinatos y, por tanto, no sería de aplicación el convenio. ¿Lo entiendes?

—Sí que lo entiendo, sí. ¿Y si cambio mi confesión?

—Puedes hacerlo. pero te informo de que todo lo que digas de nuevo será comprobado a conciencia; solo tienes una oportunidad. Si me mientes, lo único que habrás conseguido es demorar unos días tu salida de España.

—¡Le juro por Dios que todo lo que le voy a contar es verdad!

—Puedes comenzar cuando quieras. Te escucho.

—Pero antes de contarle nada quiero que me prometa varias cosas.

—No estás en condiciones de pedir nada.

—Lo que le voy a contar me puede suponer la muerte entre estas paredes.

—Vas a perder la vida de todas maneras.

—Hay más gente implicada en estas muertes.

—¿Qué quieres conseguir?

—Quiero salvar la vida a cambio de decir la verdad sobre la autoría del crimen; no quiero morir a garrote.

—¿Qué más?

—Y que se me condene a cumplir mi pena en otro sitio fuera de este penal.

—¿Por qué en otro sitio?

—Porque en cuanto se enteren mis compañeros me matarán sin

piedad; mi vida aquí no valdrá nada. Además, no quiero sentir la presencia del mar tan cerca y saber que nunca más volveré a meter los pies en su agua.

—Te puedo prometer que hablaré en tu favor y que trasladaré tus peticiones.

—¡No es suficiente! Necesito garantías.

—Dame unos cuantos días y veré qué puedo hacer.

—¡Esperaré!

A los cinco días, el teniente Salcedo regresó con noticias para el Prieto.

—Te voy a contar lo que he conseguido.

—Usted dirá.

—El gobernador civil se ha comprometido a proponer al Consejo de Ministros el estudio de la condena que te impongan para ver si es posible conmutarla por cadena perpetua, que cumplirás en otro penal diferente y con una nueva identidad, para que no te relacionen con el chivatazo. —Le enseñó una carta oficial que así rezaba en su contenido.

—Pero eso no garantiza que sea aceptada.

—¡Evidentemente! De todos modos, si colaboras en el esclarecimiento del caso, no es difícil que lo tengan en cuenta y la suavicen. No puedo ofrecerte más.

—¡Conforme! —contestó después de pensarlo unos minutos.

—¡Queda con la advertencia de que esto es válido si no resulta todo una mentira!

—¡Le digo que todo lo que le voy a contar es verdad!

—¡Está bien! ¡Comienza!

—Una tarde, estaba yo en la taberna de la Chata, esa donde nos solemos reunir algunos colegas, y se me acercó con mucho misterio el Caracuco. Me invitó a que le acompañara afuera, porque tenía que hablar conmigo de negocios. Me dijo que tenía un encargo de un señor muy rico, con el que los dos podríamos ganar mucho dinero. También me dijo que el único problema era que había que matar a unos tenderos. Al principio me resistí, pero la necesidad es mucha, y sabía que si no aceptaba otro ocuparía mi lugar. La única condición es que debía parecer un robo. Me dijo que sería muy fácil porque era gente muy confiada, y al ser extranjeros nadie los relacionaría con nosotros. Al principio todo fue sencillo, pero nadie me avisó de la presencia de la dependienta, quien al descubrirme comenzó a gritar como una loca. Quise reaccionar con rapidez, pero me quedé paralizado. Después la perseguí para hacerla callar, pero se escabulló por una puerta secreta que tenían en la trastienda, que

cerró al salir con un pestillo exterior. Con los nervios conseguí romperlo a patadas, pero cuando quise escapar de la tienda, las dos puertas estaban bloqueadas por vecinos armados con palos y grandes cuchillos. El resto ya lo conocen ustedes.

—¿Conoces al señor rico?

—Sé que es de fuera, pero nunca le llegué a ver.

—¿Cómo te pagó?

—Con una joya; un camafeo de oro macizo que tenía labrada la cara de una señora, y todo el reborde estaba recubierto de brillantes. Los ojos de la señora eran de unas pequeñitas piedras azules.

—¿Qué hiciste con la joya?

—La vendí.

—¿Al perista de siempre? ¿Al Hurón?

—Sí.

—Verificaré toda esta información. Tendrás noticias pronto. De momento, no cuentes a nadie nada de esto; te juegas la vida.

—Lo sé.

El teniente Salcedo tenía mucho trabajo por delante, pero se mostraba muy satisfecho; por fin tenía un punto sólido de partida por donde comenzar las investigaciones. El primero en caer fue el Hurón, quien no tuvo más remedio que reconocer la joya comprada al Prieto. Después, le llegó el turno al Caracuco, que también cobró con dos joyas singulares, y como parecía ser costumbre, las vendió al mismo perista. Los dos cantaron todo lo que sabían a cambio de pactar, al igual que lo hizo el Prieto, unas condenas menos serias. Recuperadas las tres alhajas, la Guardia Civil acudió a la casa situada en Santander, de la señora Amelia Montesolo, protectora y amante de Simón Viñas, para que las reconociera como suyas. Esperaron el momento idóneo para no encontrar al sujeto en casa y que así pudiera hablar con total libertad la verdadera dueña. Después de narrar toda la historia, la sorpresa fue mayúscula cuando no las reconoció como propias. Al principio se pensó en una estrategia para encubrirle y que, por tanto, esta declaración no hiciera posible la implicación de Simón en el homicidio. Sin embargo, muy pronto salieron de sus dudas.

—Caballeros, no son mías estas joyas, pero sí que conozco a sus propietarias —les informó.

—¿Quiénes son? —preguntó Salcedo.

—Son tres íntimas amigas. Yo diría, a juzgar por los regalos, que son más íntimas de mi actual pareja que mías.

Luego, la Guardia Civil procedió a interrogar a las tres amigas,

quienes no tuvieron más remedio que reconocer que mantuvieron relaciones sexuales con el individuo en cuestión. El problema es que las tres estaban casadas y quisieron ocultar el hecho a sus respectivos maridos. Por el contrario, Simón les robó las joyas como demostración de su desliz; les dijo que lo consideraba un regalo íntimo, un botín de guerra para proteger su integridad física de las iras de un marido celoso. Pero enseguida comenzó a utilizar esas pruebas como instrumentos válidos para llevar a cabo sus caprichos sexuales con las amenazadas mujeres y que así se plegaran a todos sus deseos. En momentos puntuales de necesidad económica, también recurría al vil chantaje; le divertía la situación por él creada. Había entregado las joyas a extraños para saldar una deuda pendiente y, sin embargo, las mujeres le obedecían ciegamente porque pensaban que aún las tenía en su poder y tarde o temprano cumpliría su promesa de devolverlas.

Cuando regresó Simón Viñas a su domicilio, se encontró con una pareja de la Benemérita que le esperaba en el interior. Enseguida comprendió lo que sucedía y apenas ofreció resistencia a ser esposado y conducido de inmediato a Cádiz.

—Querida, las personas no cambian por mucho que lo intenten. La condición con la que uno nace le persigue durante toda la vida, y al final, se muere por ella. Nos veremos algún día; hasta entonces, sé feliz —se despidió con elegancia.

Aquella fue la última vez que habló con Amelia, quien pese a quedar con el corazón destrozado, supo estar a la altura de las circunstancias.

El regreso hasta Cádiz iba a ser muy largo. Durante gran parte del camino, Simón se mantuvo en silencio, pero una vez que se encontraron en la provincia de Segovia, se dirigió al teniente, pues a pesar de todo era un hombre culto con una educación exquisita y tenía merecida fama de ser un magnífico conversador. Quizás pensó que esa era la última oportunidad que tendría para mantener un interesante cambio de impresiones con alguien que no fuera un vulgar delincuente. También quiso aprovechar el tiempo que aún le quedaba de admirar el paisaje a través de una ventana sin barrotes.

—Buen trabajo.

—Gracias, es un halago si viene de usted.

—¿Le ha resultado difícil llegar hasta mí?

—Muy difícil. Si no hubiera recibido la ayuda de la familia Ferré, seguramente no habría resuelto el caso. Luego, al cantar el Prieto, todo se descubrió.

—¿Quiénes han venido?

—Pues doña Angélica, doña Berta, la señorita Paula y don Adán.

—¿Angélica ha venido?

—Sí. está en Cádiz, a la espera del obligado reconocimiento.

—¡No quiero que me vea preso, no encadenado como un animal! ¡Es una humillación!

—Pues va a ser difícil evitarlo.

Un prolongado silencio se produjo a continuación; Simón se quedó pensativo, y el teniente Salcedo prefirió no continuar con aquella charla; no quería incomodarle ni tampoco intimar con el detenido. Después de transcurridos algunos minutos, volvió a tomar la palabra para plantear una importante cuestión.

—¡Verá usted, teniente! He llegado a un punto en mi vida en el que he aprendido a reconocer cuándo una causa está perdida o, por el contrario, cuándo tiene alguna posibilidad de salvación. En este momento estoy convencido de que mi caso se puede encuadrar dentro de la primera, fundamentalmente porque la fiscalía cuenta, gracias a sus pesquisas y a la inestimable ayuda recibida de los cubanos, con pruebas más que suficientes para condenarme.

—Por mi experiencia también pienso lo mismo. De todos modos, hasta que no haya una sentencia firme no se debe perder la esperanza.

—La esperanza la perdí hace muchos años, cuando aún tenía inocencia. Entre usted y yo: si no muero de esta, es muy posible que pase el resto de mi existencia entre cuatro malolientes paredes rodeado de otros presos con los que apenas podré mantener una mínima conversación de cierta altura intelectual. ¿No es así?

—Me temo que sí.

—¡Eso pienso yo también! Pues, entonces, permítame que le cuente la verdad de esta historia, y le dejo plena libertad para utilizarla como mejor quiera.

—Como desee, aunque debo reconocer que su actitud no es la habitual.

—Lo tengo asumido. Lo he pensado muchas veces y prefiero una rápida muerte a una lenta agonía.

—Pienso que es un punto de vista muy respetable.

—¡Me alegra que lo entienda! Por favor, permítame proseguir.

—Como quiera.

—Cuando embarqué en La Habana me sentí un completo fracasado; todo lo que había planeado con tanto esmero se fue a pique, y encima llevaba en el cuerpo una grave cuchillada que me acompaña desde entonces y que me dificulta en algunas ocasiones la respiración. En Santander, gracias a la fortuna de Amelia

Montesolo, pude recuperar mi antigua manera de disfrutar de las cosas y de las personas. Ya sabe, no hace falta que le cuente nada más. Amelia, para conmemorar nuestro aniversario, decidió que debíamos realizar un crucero de placer desde Santander hasta Barcelona. El recorrido suponía hacer escalas intermedias en importantes puertos de la península. Era su deseo, y así lo hicimos. Todo marchaba muy bien hasta que atracamos en el puerto de Cádiz. Nos disponíamos a desembarcar para visitar la ciudad cuando desde la cubierta del buque divisé a alguien que se parecía mucho a Nicolás Ferré, el artífice de mi puñalada. Hablaba con un marinero y ambos estaban situados al costado de un barco que me resultaba conocido. Me fijé más detenidamente y enseguida reconocí el mercante de Isaac Benjumea. Ya no tuve dudas sobre la identidad de aquel individuo. Me excusé con Amelia y fingí una dolencia estomacal sin importancia pero que no me permitía acudir a la excursión programada; le rogué que fuera en nuestro nombre y que me contara todos los detalles a la vuelta. A regañadientes me dejó en el barco y partió con el resto de los visitantes. Cuando se marchó, aproveché para desembarcar y seguir a Nicolás hasta que regresó a su tienda. Allí, tan altanera como de costumbre, detrás del mostrador, estaba María al frente del negocio. Reconozco que aquello me indignó; me di cuenta de que ambos habían planeado el ataque, y al verlos tan felices y libres de toda condena enloquecí de rabia y de ira; ya no pensé en otra cosa que no fuera vengarme de ambos. Luego indagué por los bajos fondos de la ciudad hasta que me facilitaron el nombre y la dirección del Caracuco. No me dio tiempo para más gestiones y regresé al barco antes de que lo hiciera la excursión de Amelia. El viaje terminó y continuamos con nuestra vida monótona en Santander; sin embargo, en mi mente solo había una idea fija: planear mi desquite final contra María y Nicolás. Fue necesario que regresara en tres ocasiones más a Cádiz, hasta que pude localizar al intermediario y después llegar a un acuerdo definitivo en cuanto al precio de mi encargo. Efectivamente, me permitieron pagarles con joyas, fórmula que me interesó, pues ya las poseía de mis otras conquistas amorosas. El dinero, en las cantidades exigidas, me hubiera resultado mucho más difícil de conseguir, y tampoco podía utilizar joyas de Amelia, pues habría denunciado su robo de inmediato. Solo me servían aquellas alhajas de las que sus dueñas no habían denunciado su desaparición y con las que no pudieran relacionarme. A mi modo de ver, cometí tres fallos imperdonables: nunca pensé que los evadidos mantendrían algún tipo de contacto con los de Cuba, sobre todo porque las

comunicaciones estaban controladas por las autoridades cubanas; por tanto, en teoría, no se deberían haber enterado de sus fallecimientos. Tampoco me imaginé que vinieran desde La Habana para investigar sus muertes, y mucho menos que fueran a facilitar mi nombre como el del principal sospechoso, ya que ninguno de ellos sabía en qué parte del mundo me encontraba. Por último, no pensé que Amelia reconocería a simple vista las joyas y que me implicaría tan directamente. El resto ya lo conoce, al igual que yo. He tenido mala suerte.

—Su mala suerte se presentó al decidir realizar el crucero y, sobre todo, cuando reconoció a Nicolás en el muelle. Al conocer su lugar de residencia junto con María, se le envenenó el corazón y prefirió arriesgar su futuro a cambio de dar cumplida satisfacción a su venganza. Por eso estamos ahora camino de Cádiz. Usted jugó y perdió; simplemente ha sido eso.

Ya en Cádiz, se declaró culpable de los cargos imputados a condición de que no se permitiera a la familia cubana acudir al penal, ni a visitarle, ni a ver su inminente ejecución. Así se acordó, y en la madrugada de un día frío y húmedo del mes de febrero de 1913, en el patio del penal de El Puerto de Santa María, se procedió a aplicar la sentencia que condenó a garrote vil al preso Simón Viñas por el encargo y pago del asesinato de María Ferré y de Nicolás Ferré. Celestino Pérez, alias el Prieto, acabó el proceso con una condena a la máxima pena privativa de libertad que debería cumplir en la cárcel de Madrid. En cuanto al Caracuco, fue condenado como instigador al delito de asesinato a veinte años de presidio, sin posibilidad de aplicación de beneficios penitenciarios, que cumpliría íntegramente en la cárcel de Barcelona. Por último, el perista conocido como el Hurón fue condenado a cinco años de prisión, con posibilidad de aplicación de beneficios penitenciarios, que debería cumplir en la cárcel de Valencia.

Así acabó el proceso de instrucción y enjuiciamiento de los cuatro implicados, resultado que dejó parcialmente satisfechos a los familiares de las víctimas, pues aunque se había procedido al justo castigo de los culpables en la comisión del delito que ocasionó la muerte para dos inocentes, con ello los cubanos sabían que no les devolverían las vidas de sus familiares ni la alegría a sus resignadas madres.

Hasta que consiguieron pasajes de regreso, los siguientes días transcurrieron envueltos entre una mezcla de tristeza infinita por la dolorosa pérdida y una extraña satisfacción difícil de explicar por haber resuelto la incógnita de sus asesinatos. Junto con Cecilia,

visitaron la casa de la pareja, la tienda y aquellos sitios que solían frecuentar. Antes de regresar, quisieron que aquella espera sirviera para llevarse consigo un recuerdo imborrable del último lugar de residencia de sus amados María y Nicolás. Las visitas al cementerio donde reposaban sus cuerpos fueron todas ellas dramáticas y supusieron un antes y un después en sus vidas. Cuando llegó el momento de la partida, el teniente Salcedo acudió a despedirlos sobre la cubierta del vapor.

—Adiós, teniente Salcedo; pocas veces he conocido a un investigador tan sagaz —se despidió Berta.

—Muchas gracias por todas sus atenciones. Nunca le olvidaremos —le tocó el turno de despedida a Angélica.

—Estamos en deuda con usted; cuando decida venir a pasar una temporada a Cuba, allí siempre tendrá su casa y a unos buenos amigos que le recibirán con los brazos abiertos —le manifestó Adán.

—No lo dude; le esperamos en La Habana —le besó cariñosamente Paula.

—No sé qué decir; me han emocionado. Personas como ustedes hacen que merezca la pena esta profesión tantas veces denostada. Adiós, amigos; hasta siempre.

Los cuatro permanecieron apoyados en la baranda; agitaban sus pañuelos al viento mientras el barco realizaba las maniobras de alejamiento del muelle. En el pantalán, el teniente Salcedo los despedía con tímidos movimientos del brazo derecho, a la vez que notaba en su interior una honda satisfacción por haber cumplido eficazmente con su obligación. Cerca de allí, en un apartado semioculto, Cecilia Sánchez lloraba con desconsuelo. Manifestó que no le gustaban las despedidas y prefirió hacerlo en el hotel. Aunque la dejaron encargada de vender todas las propiedades a cambio de una buena comisión, y debería permanecer en contacto hasta la liquidación definitiva, sabía que aquello significaba que nunca más volverían a Cádiz aquellas magníficas personas con las que se había encariñado. Para contentarse, recordó que también había sido invitada a conocer Cuba y pensó que a lo mejor, algún día no muy lejano se volverían a reunir.

CAPÍTULO XXVIII

El regreso a La Habana marcó un cambio sustancial en el estado de ánimo de las familias que fueron golpeadas por tan terrible desgracia. También supuso para la nueva pareja de enamorados una modificación de sus anteriores hábitos, lo que resultó mucho más complicado de lo que imaginaron, porque se vieron obligados a verse a escondidas.

Por su parte, el matrimonio formado por Sara e Isaac comenzó a preocuparse por ese repentino cambio de costumbres que notaron en su hija. Al principio sospecharon que el origen de ese nuevo y extraño comportamiento se debía a una especie de bajón de moral, consecuencia lógica después de las amargas experiencias que tuvo que vivir en Cádiz. Pero conforme transcurría el tiempo, aquello les pareció que tenía visos de parecerse más a un cambio de carácter personal, situación que los dejó bastante desorientados.

En cuanto a Paula, no se sentía ni cómoda ni preparada para mantener tan en secreto y por mucho más tiempo su relación con Adán. Al principio pensó que podría ser buena idea dejar pasar un periodo de tiempo prudencial, y luego, cuando las cosas estuvieran calmadas, contar la verdad a sus padres para que anunciaran de manera oficial su compromiso e inminente boda. El único impedimento para no informar de sus deseos a su llegada a Cuba se basó en su intuición personal, que le aconsejó tratar este asunto con mucha prudencia. En su opinión, debían evitar por todos los medios que pudiera surgir la más mínima sospecha, por otro lado comprensible, sobre una indebida utilización de esos días en que permaneció la pareja sola en España; no quería comentarios negativos al respecto, que más adelante pudieran perjudicar una estable convivencia con el resto de los miembros de las respectivas familias con las que constantemente se relacionaban. Adán compartía esos mismos criterios, y entre ambos buscaban el momento más idóneo para descubrir públicamente sus intenciones.

Ocurrió el segundo domingo del mes de mayo de 1913, celebración del día de las madres en Cuba. Para tan entrañable reunión, todos los presentes portaron claveles rojos o blancos, según viviera o no su madre. En los postres, Adán reclamó la atención de los asistentes, se puso en pie y comenzó a exponer con brevedad,

pero con mucha contundencia, los sentimientos que se profesaban mutuamente los dos enamorados. Mientras hablaba, Paula asentía con la cabeza en clara señal de total coincidencia con sus manifestaciones. Durante su intervención no se produjo interrupción alguna; se escuchó en completo silencio, porque nadie pudo reponerse hasta transcurrido cierto tiempo, el necesario para asimilar aquella bomba informativa de la que no se tenía sospecha alguna. La primera en reaccionar fue Ruth; se acercó rápidamente a su hermana y se abrazaron en señal de alegría compartida. Zoel hizo lo mismo con su primo Adán y después acudió el resto de los sorprendidos familiares. El momento más esperado fue conocer la aceptación o no por parte de los progenitores de cada uno de los novios.

—Creo que poco tenemos que opinar en contra de este noviazgo; habéis tomado una decisión sorprendente, pero valiente. Por mi parte, la acepto con respeto —intervino Sara mientras besaba a ambos jóvenes.

—Considero que hace muchos años que habéis dejado de ser unos niños. Por tanto, contad con nuestra bendición y ayuda para conseguir vuestro objetivo. En cuanto a ti, muchacho, quiero que te consideres desde este momento un hijo más —Isaac los saludó visiblemente contento.

—¿Qué puedo decir? No quiero quedarme sola, pero entiendo que tengo que dejar paso a los que vienen detrás; ahora os toca a vosotros labraros un futuro. Si de verdad estáis enamorados, no tengo nada que objetar; además, no existe en Cuba mejor familia para emparentar que los Benjumea. Solo puedo desearos toda la suerte y felicidad del mundo —muy emocionada, Angélica aceptó de buen grado la propuesta.

—Me siento encantada con esta noticia. Sé que es un momento de mucha alegría y no quiero estropear la fiesta, pero no quiero dejar pasar este importante acontecimiento sin mencionar a nuestros queridos María y Nicolás. No tengo dudas de que hubieran disfrutado más que nadie con esta boda —también les felicitó Berta.

—Quiero, con toda humildad y respeto, proponer un brindis. ¡Por la memoria de nuestros desaparecidos y por los futuros contrayentes! —levantó su copa Zoel.

—Yo también quiero proponer otro. ¡Porque la unión de estas tres familias sea inseparable en los años venideros! —brindó Isaac.

En aquellos momentos, Isaac se sintió muy complacido; no solo por ver a su hija Paula con pareja estable, sino también porque se acababa de solucionar de una manera insospechada el problema de

la reunificación de las fincas.

—¿Habéis pensado en alguna fecha para vuestro enlace? —preguntó Zoel.

—Nos gustaría que se celebrara a finales de 1913 —contestó Paula.

—¡Que así sea! —intervino Isaac.

Con vistas a los intereses de las familias Benjumea y Ferré, al igual que ocurrió en casi todos los estamentos cubanos, tanto públicos como privados, el estallido en 1914 de la Primera Guerra Mundial supuso un importante incremento de riqueza. La entrada de divisas se multiplicó gracias al aumento de las exportaciones y pronto comenzaron a notarse sus efectos beneficiosos sobre la economía cubana.

Fue en el otoño de 1917 cuando se produjo la unificación económica de las tres haciendas, aunque ya colaboraban activamente entre ellas desde 1915. Sin embargo, y por razones de logística, las tres propiedades conservaron sus primitivos nombres y su independencia operativa. Este periodo resultó muy beneficioso para el cumplimiento de los objetivos de Isaac, porque propició un clima idóneo para contar con el beneplácito de todas las partes interesadas, y se pudo imponer definitivamente sus hipótesis de partida. Para entonces, Isaac contaba con sesenta y ocho años y por fin vio su viejo sueño cumplido.

Con el desenlace de la Primera Guerra Mundial, que significó la derrota de Alemania en 1918. Para entonces, Isaac se había jubilado, y aunque se interesaba por la marcha de la nación, le faltaban fuerzas y ganas para responder a las invitaciones que aún recibía de ciertos núcleos conservadores. La falta de embarazos de Paula le hizo presagiar que en un tiempo lejano, que él no llegaría a ver, todas las propiedades pasarían a la rama familiar de Ruth y Zoel, y en verdad que el patriarca Benjumea no se equivocó en sus predicciones.

En otra índole de circunstancias, los siguientes años estuvieron marcados por la prolongada duración de las múltiples huelgas generales y por una serie de hechos violentos promovidos por la sed de venganza y por un deseo de ajustar cuentas pendientes a una injustificada represión como nunca se conoció en Cuba, que tuvieron su expresión más directa en la calle en forma de sabotajes, insurrecciones y atentados que convirtieron la isla en un lugar peligroso de escasa seguridad y de difícil convivencia, donde la pobreza acabó por ocupar casi todas las clases sociales.

En 1933, Isaac acababa de fallecer en su casa de La Palma del

Indiano, acompañado en todo momento por la totalidad de los miembros de su familia, a la edad de noventa y tres años, y después de haber llevado a cabo una fructífera e incansable actividad empresarial y política.

—Sara, acuérdate de enterrarme cerca de mi madre, allí donde nuestra palmera juega todas las noches con el viento; seguro que con tanto ruido y tan buena compañía, nunca me sentiré solo. —Fueron sus últimas indicaciones.

—Ten paciencia y espérame; no creo que tarde mucho en acudir a tu lado —le contestó Sara.

Mientras le apretó la mano con todas sus fuerzas, en el momento de máxima intensidad no pudo evitar soltar un reguero de lágrimas al recordar a su fiel compañero de toda la vida, cuando contaba con toda la vitalidad propia de un hombre joven, cuando su cara no mostraba ninguna arruga y de su cuerpo se desprendía una incontrolable energía que en los últimos años se apagó como vela que agota su mecha. Después de fallecer su marido, Sara se retiró voluntariamente de cualquier actividad social y decidió ocuparse solamente de los asuntos relacionados con sus nietas. Los problemas de resto del mudo dejaron de existir para ella.

Durante este largo periodo de desavenencia entre población cubana y su Gobierno, ocurrieron importantes acontecimientos para la familia de los Benjumea, que también aglutinó al apellido Ferré. No cabía duda alguna de que la propiedad más grande y más rica era La Palma del Indiano, aunque las otras dos tenían un tamaño nada despreciable y su posesión hubiera hecho a muchos hacendados las personas más felices de Cuba. Aceptada esa incuestionable característica, Ruth y Paula se convirtieron en las nuevas matriarcas del clan, aunque con unas connotaciones especiales. La falta de descendientes del matrimonio formado por Adán y Paula, y la pérdida de cualquier esperanza por conseguirlo, les hizo cambiar el objetivo de sus intereses hacia sus únicas herederas; sus dos sobrinas e hijas de Zoel y Ruth. Por tanto, tarde o temprano, las tres haciendas acabarían reunificadas en poder de las dos hermanas.

Para entonces, tanto Clara como Candelas se habían convertido en dos mujeres que llamaban la atención por donde quisiera que fueran, gracias a ese sutil tono canela de su piel que las hacía mantener un bronceado permanente y unos leves, pero marcados, rasgos de la raza negra que en su sangre ambas portaban. Clara resultó un poco más baja en estatura y algo más ancha de caderas que Candelas, pero tenía a su favor una boca perfecta que cuando

sonreía era capaz de acaparar para sí la admiración de cuantos estuvieran a su alrededor. En cambio, Candelas debía utilizar su especial simpatía para poder competir con los llamativos atributos de su hermana. Ambas de cabellos morenos ensortijados y ojos pardos claros con algunas tonalidades oscuras de verde oliva, gustaban de competir por averiguar quién de las dos conseguía romper más corazones al final de cada verano. Desenfadadas y ajenas a los muchos y variados problemas nacionales cubanos, crecieron bajo el signo de la opulencia que les proporcionaba la finca de su familia; La Palma del Indiano.

Clara, al igual que hizo su bisabuela Salomé, anunció en ese mismo año en que falleció su abuelo Isaac su intención de comprometerse formalmente con un joven miembro del partido liberal, llamado Hipólito Cantilla, a quien los entendidos en política auguraban un futuro más que prometedor. Al principio no contó con la aprobación de sus padres, fundamentalmente por tratarse de un hombre que no estaba vinculado al negocio de la tierra, pero ante su insistencia y obstinación no tuvieron más remedio que aceptar sus deseos. Sin embargo, los acontecimientos sangrientos que se produjeron los días siguientes al final de la presidencia de Machado en agosto de 1933 cambiaron radicalmente los planes de la pareja.

Bajo el incipiente mandato de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada se produjeron multitud de escenas de venganza en medio de las calles y a plena luz del día. Las masas no dudaron en perseguir y dar muerte a cualquiera que hubiera colaborado con el antiguo régimen; los primeros en caer fueron los delatores, seguidos por los torturadores y miembros de la policía represora. Luego, continuaron los considerados afines o miembros de partidos políticos; después, se dio curso a las denuncias, muchas de ellas inciertas, que fueron formuladas por envidias, y por último, se pasó a las disputas vecinales insatisfechas para alguna de las partes. En aquellos momentos, un simple motivo de índole personal, por nimio que fuera, resultaba ser excusa suficiente para condenar a un inocente. El popular grito de «porrista» era señal suficiente para acosar y eliminar fulminantemente al acusado en medio de la calle. Los robos y saqueos se dirigieron hacia las propiedades de los más pudientes, quienes pasaron a ser considerados, de manera interesada por los componentes de aquellas virulentas revueltas, como usureros puestos por voluntad propia al servicio del poder establecido. Estudiantes, trabajadores y miembros del Partido Comunista de Cuba fueron los encargados de arengar y de dirigir a

unas enfervorizadas masas que buscaron por la fuerza lo que consideraban una legítima compensación a sus largos años de penalidades y agravios, a imagen y semejanza de lo que habían aprendido de la revolución bolchevique en la Rusia de 1917.

En una de esas noches de aquel ensangrentado mes de agosto de 1933, caminaba por las calles de La Habana vieja el joven Hipólito Cantilla. Le acompañaban otros tres miembros de su mismo partido liberal, quienes, al igual que él, no querían dejar pasar aquella oportunidad para formar parte de la reciente historia contemporánea cubana. A pesar de las expresas prohibiciones y recomendaciones de evitar adentrarse por aquellas zonas peligrosas, escenario de masacres incontroladas en las mañanas de días anteriores, quisieron comprobar de primera mano el estado de las plazas por donde solían jugar de pequeños. Además, tenían una cita después con unos amigos de la delegación diplomática inglesa y prefirieron acudir a través de un recorrido que los obligaba a transitar por aquellos poco recomendables barrios; querían presumir delante de sus colegas contándoles primicias informativas vividas por ellos mismos. Bastó un simple momento de confusión, que alguien gritara el temido calificativo de «¡porristas!», para que una cuadrilla de exaltados revolucionarios les rodeara armados con palos, cuchillos y barras de hierro. Los nervios, junto con los lógicos temores por un inminente linchamiento, hicieron que uno de los acompañantes de Hipólito sacara un pequeño revólver que llevaba escondido en uno de sus bolsillos. El primer disparo lo efectuó al aire, porque pensó que con eso sería suficiente para alejar a los atacantes, que ya se habían convertido en muchedumbre por el número de participantes que acudió a retenerlos. Sin embargo, en contra de lo que inicialmente había supuesto, aquel acto sirvió para envalentonarlos aún mucho más. Con el segundo disparo abatió a uno de ellos, y ya no hubo palabra alguna que sirviera para calmarlos. En cuestión de segundos se oyeron las detonaciones de otros tres disparos consecutivos; a continuación, un silencio sepulcral. Cuando se retiraron los vengadores del pueblo, quedaron tres cuerpos completamente desnudos que colgaban de la balaustrada de un balcón, bocabajo, atados por los tobillos. Sus cuerpos presentaban múltiples heridas y mutilaciones producidas por armas blancas; los rostros les quedaron completamente desfigurados. En el suelo, tres grandes charcos de sangre mezclada con algún despojo de sus órganos más íntimos, que les cortaron a modo de trofeos, fueron las únicas pruebas de que allí acababa de producirse una ejecución popular. Dejaron que se desangraran

bocabajo, como si se tratara de sendos puercos prestos para ser desollados después de la matanza. El último en fallecer fue el propio Hipólito; al personarse en el lugar del linchamiento los primeros guardias para prestar auxilio, todavía pudieron ver cómo daba sus últimas convulsiones de agonía.

Cuando Clara se enteró de lo sucedido a su novio, a su primer y único amor, nunca más volvió a ser la misma. Tal vez no supo o quizás no quiso sobreponerse a tanto dolor. Le cambió el carácter y los buenos sentimientos de antaño quedaron olvidados; nadie llegó a saber el momento exacto, pero pronto fueron sustituidos por un odio y un rencor hasta entonces desconocidos, que prácticamente anidaron de inmediato en su corazón. Se convirtió en una mujer distante, taciturna y sombría; jamás se recuperó de aquel trance ni hizo esfuerzo alguno por conocer a otro varón que pudiera recomponer su vida sentimental. En cuestión de pocos meses se ganó una fama bien merecida de insoportable, y ni su propia familia quería compartir nada con ella, ni tan siquiera una simple conversación por irrelevante que fuera. Al final, se convirtió sin remisión en una preciosa solterona solitaria de muy malos modos y con veintiséis exasperantes años de edad.

Bajo estas terribles condiciones de inseguridad urbana, la posibilidad del estallido de una guerra civil comenzó a tomar cuerpo para convertirse en un firme riesgo con bastantes visos de realidad. La grave situación social y la existencia de un ambiente prebélico, que cada vez circulaba con más fuerza entre las calles, aconsejaron a todo aquel que tenía algo que defender a ingeniárselas como mejor pudiera para proteger sus propiedades. Los suministros de primera necesidad dejaron de llegar a los mercados y la necesidad se apoderó de la mayoría de las casas, de una población que no tenía nada que comprar ni dinero suficiente con qué adquirir lo poco que aún se ofrecía.

Después de una reunión que mantuvieron representantes de los grandes hacendados con el gobierno y el ejército, la decisión que tomaron fue común para todos: impedir la entrada de hordas que saquearan y destrozaran la única fuente de riqueza que todavía quedaba en pie para sostener la mermada economía nacional cubana. Para ayudar con la protección de cada hacienda, se ordenó su custodia y vigilancia mediante la presencia de patrullas militares, que junto con el personal que permaneció leal a las familias pudientes hicieron guardia permanente y se encargaron de asegurar los accesos en prevención del posible ataque de unas masas enloquecidas que se comportaban de manera incontrolada porque

no tenían nada que comer. Ya no existía el orden público y para muchos hambrientos el pillaje era la única forma de supervivencia.

En 1936, Candelas, la segunda hija del matrimonio formado por Ruth y Zoel, conoció al nuevo teniente encargado de vigilar los cuerpos de guardia de las distintas haciendas de la zona. Ambos contaban con veinticuatro años, y el flechazo resultó inmediato nada más verse. En ese mismo año, el estallido de la guerra civil en España hizo que parte de sus consecuencias también se notaran por tierras cubanas. Como peregrinos sin rumbo fijo comenzaron a llegar exiliados; unos en busca de la ayuda de familiares que apenas conocían; otros en un intento por dejar atrás los horrores de una contienda entre hermanos, y todos con el firme deseo de encontrar una nueva vida. En medio de ese clima de tanta inseguridad, no solo en lo referente a la integridad física, sino también con vistas a un futuro que se presentaba muy incierto, Candelas contrajo matrimonio con el teniente Antonio Rubiatos a mediados de 1937 por expreso deseo de su abuela Sara, quien ya contaba con ochenta y siete años, y quería ver casada a su nieta antes de morir.

—Mi querida Candelas, cada vez presiento con más intensidad la llamada de tu abuelo. No demores mucho tu boda o no tendré tiempo para felicitarte.

—¡No digas cosas raras! ¡Estás estupenda! —le contestó la futura novia.

El nuevo acontecimiento familiar tuvo lugar en La Palma del Indiano. Fue una ceremonia sencilla y se procuró que el festejo fuera lo más discreto posible, habida cuenta de las importantes necesidades que pasaba para subsistir el personal que prestaba sus servicios en la hacienda, y que fue testigo del acto. Todos ellos contaban entre sus familiares más cercanos con parte de esa población anónima que se dedicaba como único medio de vida a merodear por las ciudades en busca de alguna presa fácil o de algún alimento que llevarse a la boca. Los hacendados sabían que incluso sus propios empleados llegaban con algunas dificultades a fin de mes; por eso creyeron que no resultaba conveniente hacer ostentaciones de lujo. Prefirieron ser precavidos para no correr riesgos innecesarios, y tampoco quisieron llamar la atención sobre ese sector desesperado que se dedicaba a tomar lo ajeno mediante saqueos. A pesar de que no sufrieron ningún incidente de índole parecida y de que siempre tuvieron el respaldo oficial de la autoridad, con un militar profesional como nuevo miembro de la familia se sintieron más protegidos que nunca.

Muchos de los asistentes al enlace coincidieron en definirlos

como una pareja de guapos. Candelas, en contraposición a su hermana Clara, se caracterizaba por poseer una inmensa ternura, cualidad innata que enseguida supo captar Antonio. También contaba en su haber con una sorprendente sencillez, virtud muy poco común entre las gentes de su posición social, sobre todo cuando se dirigían hacia otras personas de escala inferior. Nada más conocerse, el apuesto teniente quedó prendado del conjunto armonioso de sus atributos físicos y de ese dulce trato personal que regalaba a cuantos saludaba.

Antonio, aquel espigado militar a quien le sentaban los uniformes como un guante, supuso encontrar mucho más que a la mujer de sus sueños; el mero hecho de haber emparentado con una de las familias más influyentes de La Habana le facilitó la entrada en unos círculos a los que por sí solo nunca hubiera accedido. Luego solo necesitó ganarse la confianza de sus superiores para que los ascensos se le presentaran más rápidamente que a otros. De origen completamente español, hacía gala de poseer una educación exquisita y presumía de una vasta cultura impropia de un hombre de su edad, que más adelante reconoció haber adquirido gracias a los muchos libros que atesoraron sus padres. Llamaba la atención su cabello rubio y extremadamente lacio, que junto con su sonrosada tez le daba un aspecto más nórdico que propiamente latino. Complementaba su fisonomía con un característico bigote estrecho que ayudaba a compensar su aspecto aniñado en contraposición con la edad que aparentaban el resto de sus compañeros de promoción.

En cuanto a la distribución de las mansiones, pensaron que no era buena idea dejar ninguna abandonada, pues ese mero gesto podía incitar a que las ocuparan gentes sin hogar a las que después habría que expulsar por la fuerza, lo que podría causar importantes destrozos. Además, el control de las haciendas exigía la permanencia en ellas; para su correcto control no servía acudir de vez en cuando para realizar una visita rutinaria y dejar la dirección en manos del capataz. Con todo, la primera decisión consistió en mantener a las abuelas en la comodidad de sus respectivas casas de siempre para que pudieran disfrutar de todos sus recuerdos, así que serían los jóvenes quienes se tendrían que mudar según apetencias y conveniencias. Ruth y Zoel permanecieron en La Palma del Indiano, mientras que Paula y Adán compartieron vivienda con Angélica en La Alameda Verde; para los recién casados Candelas y Antonio, junto con Clara, se asignó La Mercenaria, que compartirían también con Berta. De esta manera, controlaron la explotación de cada hacienda y, a la vez, no abandonaron a sus mayores.

Comoquiera que fuere, los éxitos profesionales acompañaron a Antonio, quien para 1940 ya tenía la graduación de capitán. Sin embargo, la pareja permanecía sin hijos a pesar de los enormes deseos que tenían los dos de contar con una nutrida descendencia. Ese año también sería tristemente recordado por los fallecimientos de las abuelas Sara y Berta, que se produjeron casi a la par, con tan solo una diferencia de tres meses, cuando contaban con noventa años de edad cada una. La morada final para Sara, tal como ella misma tenía acordado, fue el panteón familiar bajo la sombra de la extensa palmera africana que por entonces ocupaba una respetable superficie de terreno. En cambio, Berta dejó preparado el lugar que quería ocupar en la finca La Mercenaria, porque siempre quiso permanecer unida a la tierra que tanto tiempo trabajó su marido, Gregorio, la misma por la que luchó y empapó a diario con su sudor; aquella donde se criaron sus dos hijos y que le sirvió de vivienda cuando formó parte de la familia de los Ferré; la finca que, junto con La Alameda Verde, ahora dirigían Paula y Adán.

CAPÍTULO XXIX

En términos afectivos, para la familia de los Benjumea-Ferré, el invierno de 1941 volvió a significar pena y dolor, motivado por la pérdida de otro ser muy querido; Angélica, la última representante de la generación anterior, falleció mientras dormía en su casa de La Alameda Verde, a la edad de ochenta y siete años. Para entonces, todas las esperanzas de continuidad hereditaria estaban depositadas en el matrimonio formado por Candelas y Antonio. Ella, junto con el resto del clan, colaboraba activamente en la dirección de las haciendas, mientras él cumplía con sus obligaciones como asesor del presidente Batista, puesto que además les reportaba una enorme proyección en su carrera militar.

La única familia viva que le quedaba al capitán era su hermano Adrián, diez años más joven y médico de profesión, que ejercía en su consulta de Santiago, ciudad a la que se fue a trabajar en busca de una clientela a la que poder ayudar con sus servicios. Aunque la relación entre los dos siempre fue buena, las visitas personales no se producían con la frecuencia deseada, seguramente debido a la lejanía entre las dos ciudades, o quizás porque no compartían los mismos ideales y acababan enredados en fuertes discusiones políticas que, si acaso, servían para distanciarlos cada vez más. Mientras Antonio se mostraba conservador y amante de las tradiciones, su hermano Adrián era mucho más idealista y algunas veces utilizaba términos de revolución y de ruptura con el pasado. En realidad, se comportaban de una manera muy parecida a la del resto de la población; el contenido principal de sus conversaciones versaba sobre la aplicación de múltiples soluciones que, en opinión de quienes las defendían, eran las únicas capaces de solventar los graves problemas por los que atravesaba el país desde hacía muchas décadas. Sin embargo, los hermanos Rubiatos conocían qué temas se podían tratar y cuáles no. Por eso, cuando hablaban, la comunicación solía realizarse a través de conferencias telefónicas y jamás sacaban a colación asuntos que pudieran enfrentarlos dialécticamente.

Adrián era un médico inteligente, muy activo y comprometido con la causa de los más desfavorecidos. Recién terminada su licenciatura, corría la noticia de la escasez de doctores en Santiago

y, sin pensarlo dos veces, allí se encaminó con sus escasas pertenencias. Transcurridos algunos años, solía ser muy frecuente que pasara consulta gratis en los barrios marginales de su ciudad con la única percepción del agradecimiento de sus pacientes. Hombre enjuto, llevaba unas pequeñas gafas redondas de bastante graduación, a juzgar por el grosor de sus lentes, que le hacían unos ojos excesivamente saltones; apenas dormía cuatro horas y lo normal era que hiciera una sola comida al día. Ya había perdido casi todo el cabello, circunstancia que le hacía parecer aún mucho más mayor. Gran bebedor de ron, gustaba de acompañarlo con cualquier cosa en todo momento.

—Hermano, ¿cómo os encontráis todos? —solía preguntar Adrián cada vez que llamaba por teléfono.

—¡Muy bien! —contestaba Antonio.

—¿Y tu presidente?

—Nuestro presidente también bien.

—¿Te da mucho trabajo?

—Más del que yo quisiera.

—¿Cómo vais con los embarazos?

—¡Nada de nada!

—No te preocupes, casi todas las mujeres son relojes biológicos. Por las razones que sea, seguro que todavía no ha llegado su momento. Ahora está en tensión porque no se queda embarazada, y esa situación es la que le produce una especie de ansiedad. En cuanto se relaje un poco y deje de pensar en ello como una obligación incumplida, cuando menos se lo espere se queda encinta —le aconsejó sin poder olvidar su profesión.

—Espero que tengas razón.

—¡Seguro!

—Adiós, Adrián.

—Adiós, Antonio.

Los meses transcurrieron vertiginosamente y las cosas no variaron en casi nada en la isla. La tendencia alcista de la economía cubana continuó, aunque de una manera muy discreta, y aquellos datos, aunque pobres, auguraron una segura reelección al presidente. En vísperas de los comicios, programados para octubre de 1944, el equipo de Batista, con él mismo a la cabeza, no albergaba ninguna duda sobre su aplastante victoria en las urnas; todos estaban convencidos de su rotundo éxito. Sin embargo, aquella noche aprendieron dos cosas muy importantes: por un lado, una lección de humildad; por otro, una evidencia que les hizo averiguar en muy poco tiempo que el voto muchas veces suele ser

caprichoso sin que medie razón alguna. Así, en el correspondiente recuento, resultó ganador, en contra de todo pronóstico, su oponente a la presidencia, Ramón Grau San Martín.

Antonio cesó de sus cometidos tan pronto como se hicieron oficiales los resultados, pero salió de su cargo político con el grado de comandante como pago y en reconocimiento a sus muchos servicios prestados. Para él no resultó una triste despedida de su despacho oficial; a lo mejor estaba cansado de soportar tanta tensión y de no dedicarse a la vida militar, que era realmente lo que le gustaba. Sin embargo, al llegar a su domicilio, le aguardaba una importante sorpresa.

—Hola, querido; ¿qué tal ha ido todo? —le saludó Candelas.

—Como esperábamos.

—¿Cómo ha reaccionado Batista?

—Con dignidad.

—¿Sabes? Yo también tengo una noticia para ti.

—¡Cuenta!

—Pues que estoy embarazada.

—¡Qué me dices! ¡Por fin un bebé en casa! ¿Lo sabe la familia?

—¡No! He preferido esperar a que lo supieras tú primero.

—¡Hay que contárselo a todo el mundo! ¡Corre, díselo a tu hermana!

Se sintió exultante; no dejó de abrazar y besar sin cesar a Candelas en señal de agradecimiento.

—Yo iré a dar la noticia a tus padres.

—¡Espera! Voy contigo.

—¡No! No debes viajar, al menos en los primeros meses.

—¿Viajar? ¡Pero si viven muy cerca!

—¡Es lo mismo! Tienes que dejar que el bebé se asiente. Hay que evitar el riesgo de aborto. Debes reposar y moverte lo menos posible.

—¡Pero quiero verlos!

—No te preocupes, que ahora los traigo.

—¡Está bien! Te espero mientras se lo cuento a Clara.

Antonio salió a la carrera en busca de sus suegros mientras Candelas buscó a su hermana por la casa. Enseguida la encontró en su cuarto.

—Clara, vengo a darte una noticia.

—Dime.

—Estoy embarazada.

—No sé cómo lo haces, pero al final, siempre consigues lo que quieres a costa de quien sea.

La reacción de Clara dejó muy sorprendida a Candelas, que apenas pudo preguntar por el motivo de su enfado.

—¡No estoy enfadada! ¡Solo constato un hecho!

—¿Qué hecho?

—Desde que eras una mocosa, cualquier cosa por la que te encaprichabas acababa siendo tuya.

—Eso eran cosas de niña.

—¡No! También de mayor has continuado con tus manipulaciones.

—¿Manipulaciones? No sé a qué te refieres.

—A que sabes utilizar muy bien esas discutibles cualidades que dicen que posees.

—No sé qué te ocurre conmigo ni entiendo esa actitud tan crítica contra mí. Solamente vengo a contarte una cosa que creo que te debe hacer feliz.

—¡Feliz! Es de lo único que puedes hablar; está claro que no conoces otro estado del alma.

—¿Es pecado intentar ser feliz?

—Si es a costa de otros, sí.

—Por favor, explícate. Aclaremos cualquier duda que exista entre nosotras.

—¡Está bien! Cuando éramos pequeñas, comencé a notar cómo hacías más gracia a nuestros padres, hasta tal punto que me desplazaste a un segundo plano. En aquella época, los cinco años que nos llevamos de diferencia fueron suficientes para que me diera cuenta de cómo te preferían en mi detrimento. Puede que de aquello no tuvieras la culpa, pero cuando creciste, te acostumbraste a conseguir las cosas mediante el uso de esa pose angelical con la que te recubres cuando vas a pedir algo que te interesa. Ahora, de mayor, continúas con tus escenificaciones cargadas de dulzura y cariño fingido. Te has convertido en una persona ñoña que vive para complacer a un público al que tiene rendido a sus pies. Así es como has conseguido hacerte con el control de las voluntades de nuestros padres y hasta de tu propio marido, al que también conquistaste haciéndote pasar por una mujer extremadamente comprensiva. Supiste aparentar el tipo de mujer que Antonio quería para así enamorarlo. ¿Me preguntas qué tengo contra ti? Pues es muy sencillo; me has robado el cariño de nuestros padres y me has trasladado tu mala suerte. Para reconocer lo que te cuento, no tienes más que comparar tu vida con la mía y no tendrás más remedio que aceptar esta verdad.

—¡Me dejas de una pieza! ¡Nunca supuse que me guardaras

tanto rencor en tu corazón! ¡No te reconozco! ¡Te comportas como una persona envidiosa! ¡Eres una desconocida! ¿Cómo es posible que tengas esa mala opinión de mí? ¡Jamás he querido hacerte el más mínimo daño! ¡Dices unas cosas de mí que me duelen profundamente!

—¡Envidia! ¡Claro que te tengo envidia! No me faltan los motivos: todo te ha salido bien mientras que, por tu culpa, yo he tirado mi vida sin remisión. No he tenido ni la más mínima oportunidad para crear una familia propia e intentar ser feliz con Hipólito, el único hombre al que he amado. Desde que Antonio entró a formar parte de nuestra familia, os he visto disfrutar de una felicidad que a mí se me ha negado desde joven; he visto reflejada en vosotros lo que podría haber sido mi vida. ¿Dolor? No es nada comparado con el que padezco desde que naciste. En cambio, para ti todo ha resultado demasiado sencillo. Siempre has contado con la comprensión, el apoyo y el infinito cariño de nuestros padres; yo he tenido que consolarme en soledad de mis penas. Todos me habéis considerado un caso perdido que no merece atención. Y ahora, por si fuera poco, para una cosa que no te salía bien, para algo que de alguna manera nos igualaba y consolaba mis desgracias, te quedas preñada. A partir de este momento solo existirán en esta casa Candelas y su retoño.

—Clara, nunca pensé que albergaras tanto odio. Creo que analizas las cosas desde un punto de vista muy equivocado. Te has dejado llevar por unos traumas infantiles que luego, con la desgraciada muerte de Hipólito, se han convertido en problemas que no has sabido o quizás no has podido superar en su momento. Con el paso de los años, se han ido agrandando y veo que necesitas ayuda para salir del problema donde ahora te encuentras.

—¡No estoy loca!

—Ya lo sé, pero no puedes continuar con esos pensamientos. Tienes demasiadas cuentas pendientes de saldar que a la larga te pasarán factura.

—¡No me sermonees! Ya soy mayor para saber lo que me ocurre.

—¡No lo sabes! ¡Estás equivocada! No te das cuenta, pero te consuelas con echar las culpas de eso que tú llamas mala suerte a quienes te rodean.

—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad! ¡Lo que ocurre es que no te acuerdas!

—¿De qué?

—Cuando conocimos la desgracia de tu novio, todos nos sentimos muy abatidos, hasta papá lloró de rabia. Fuiste tú quien no

nos dejó participar de tu pena; levantaste una barrera a tu alrededor que nos resultó imposible de traspasar. Papá y mamá sufrieron mucho con tu alejamiento y con tu cambio de actitud. Tan solo cometieron un error.

—¿Cuál?

—Estaban convencidos de que atravesabas un estado depresivo, pero no se atrevieron a llevarte por la fuerza a un especialista. Tuvieron miedo de tu reacción.

—¡Nunca hubiera asistido a la consulta de un loquero!

—¡Tú fuiste quien los apartó de tu lado! Ahora no puedes recriminarles su acercamiento hacia mí.

—Yo esperaba que me convencieran de mi error, pero ellos nunca lo intentaron.

—¡Sí que lo intentaron! Pero los rechazaste en demasiadas ocasiones.

—¡No es cierto!

—Muchas veces exigimos a los demás comportamientos y paciencias que ni nosotros mismos somos capaces de mantener. Tú también has cometido graves errores; has continuado durante demasiado tiempo con un silencio que no ha permitido que pudiéramos hablar abiertamente de todo esto, tampoco nos has dado ninguna oportunidad para arreglar una situación que, con el tiempo, se ha enquistado. Si nos dejas, aún podemos ayudarte a que recuperes el tiempo perdido.

Nada más terminar la frase, Candelas se abalanzó contra su hermana para besarla en señal de cariño, pero sintió su inmediato rechazo. A pesar de su oposición, continuó con la presión hasta que Clara cedió, y ambas quedaron abrazadas durante un largo rato; era algo parecido a volver a hacer unas paces que durante muchos años esperaron la apertura de la puerta del corazón de Clara.

CAPÍTULO XXX

El embarazo de Candelas culminó, con total normalidad y sin mayores contratiempos, con el nacimiento en 1945 de un varón al que, pasados unos días, inscribieron en el Registro Civil como Bernardo Rubiatos y Ferré. Por fin podían contar con otro heredero que haría posible la continuidad de la familia iniciada por los Benjumea en La Palma del Indiano, pensaron todos. El momento de mayor expectación tuvo lugar cuando su tía Clara manifestó su interés por conocerle; aprovechó una de las tomas para quedarse a solas con su hermana, mientras esta retenía al niño entre sus brazos para ofrecerle su alimento. El resto de la familia al completo, que aguardaba en el salón, deseaba fervientemente que de aquella visita quedara definitivamente resuelta la grave dolencia que Clara arrastraba en el alma. Las esperanzas eran muy positivas, ya que los últimos nueve meses mostraron un resultado de indudable mejoría en su carácter, gracias al despliegue de una intensa labor en cuanto a comunicación y atenciones entre los miembros del clan hacia su persona. De todos modos, y a pesar de los buenos augurios, siempre quedaba esa pequeña duda sobre una posible recaída que diera al traste con toda la labor y el esfuerzo realizados hasta el momento.

Mediante pequeños e inseguros pasos se acercó, casi con temor, hasta el borde de la cama.

—Hola —saludó la visitante.

—Hola, Clara; acércate.

—He venido a conocer a Bernardo.

—¡Qué bien! ¡Cuánto me alegro! ¡Aquí le tienes!

—¡Qué bonito es! —exclamó Clara cuando le miró.

—¿Quieres cogerle?

—¿Puedo?

—¡Naturalmente!

—¡Cómo me hubiera gustado tener uno igual! —exclamó Clara cuando le tuvo cogido.

—Todavía estás a tiempo. Si te lo propones, seguro que conocerás a alguien.

—No, hermana; ya no.

—¡No desesperes! La vida da muchas vueltas y nunca se sabe.

—Para mí está todo muy predeterminado, se me ha pasado la

edad.

—¡No estoy de acuerdo! A tu edad hay muchas mujeres que tienen hijos.

—Me refiero a la edad de enamorar a alguien, de elegir a mi compañero. La fama que me he labrado nunca permitirá que nadie se me acerque. Ahora que tengo en brazos a Bernardo es cuando lo entiendo. ¡Qué absurdamente me he comportado! ¡Qué arrepentida estoy!

—Siempre estaremos contigo.

—Lo sé y lo agradezco, pero nunca podré gozar de una vida propia como vosotros. Esa será la condena a mi pecado de soberbia.

—No quiero que te mortifiques ni que te sientas culpable por cosas que no se pudieron evitar. Debemos tomarlo como una enfermedad que padeciste y de la que afortunadamente ya te has curado.

—Gracias, hermana; has sido muy buena. Yo, en cambio, no he sido justa contigo.

—Olvídalo, afortunadamente todo se ha arreglado.

—Sí, pero demasiado tarde.

—¡Mejor tarde que nunca!

Clara no respondió; acarició durante un rato al recién nacido, le besó repetidamente y con sumo cuidado se lo devolvió a su madre para que le acostara en la cuna. Después abrazó a Candelas y salió con mucha parsimonia del cuarto. Se dirigió al salón y, una vez que hubo felicitado al padre, se dirigió hacia los presentes.

—Acabo de pedir perdón a mi hermana por mi comportamiento de estos años, y quiero trasladaros la misma petición. Estoy muy avergonzada y reconozco que me he comportado egoístamente, que solo he mirado por mis asuntos sin pararme a pensar en los sufrimientos y preocupaciones que os he causado. Sé que me he convertido en una amargada solterona, que he tirado mi vida a la basura y que he arrastrado en mi desgracia a todos cuantos me quieren.

—Afortunadamente, ya estás curada —contestó Zoel.

—¡Sí, padre! Pero no sé si merece la pena.

—¿Cómo dices? —intervino Ruth.

—Creo que no soy una buena influencia para la educación de este niño.

—¡Por favor! No digas cosas raras —intervino Paula.

—¿No os dais cuenta de que puedo recaer?

—Estás curada y ahora debes intentar ser feliz —le aconsejó Adán.

—Os agradezco la confianza que tenéis en mí, pero no creo en milagros, y menos conmigo.

—Tienes que recuperar el tiempo perdido, y nosotros estaremos contigo para ayudarte —la interrumpió Antonio.

No dejaron que continuara con pensamientos negativos; todos los presentes se abalanzaron sobre ella para consolarla y dejar constancia de que se sentiría siempre acompañada en la resolución de sus problemas, de que en aquella casa se habían terminado para siempre las soledades. A continuación, mientras hacían tiempo para que se incorporara Candelas a la velada, brindaron por la buena salud de los recientes padres y por el jovencito Bernardo. En la mente de todos resonaban las últimas palabras de Clara; su actitud hacia una recaída los obligaba a estar mucho más atentos a cualquier cambio de su carácter, por liviano que resultara. Ya avisaron los especialistas consultados en secreto que cabía esta posibilidad y que las reacciones posteriores a una nueva crisis son peores que la propia enfermedad. También apuntaron que la única alternativa residía en una discreta pero permanente vigilancia, para que la interesada no se sintiera controlada. Eran conscientes de las dificultades, pero estaban dispuestos a colaborar y a realizar los sacrificios que fueran necesarios con tal de ayudar a la curación definitiva de Clara.

Sin embargo, para Zoel existía una cuestión personal que cada día le hacía que se acordara mucho más del final de su tío Marcelo; repasaba una y otra vez la información que recibió de labios de su madre, ajeno a la verdad sobre el origen de los gemelos Ferré. No sabía qué hacer, si callar la enfermedad que acabó con la vida de su tío o contarla por si existía la posibilidad de que genéticamente la hubiera heredado su propia hija. En secreto, consultó sus dudas con un magnífico especialista en enfermedades mentales y quedó mucho más tranquilo cuando le confirmó que el origen de este tipo de dolencias estaba muy vinculado a una experiencia impactante sufrida por el sujeto, al que le resultaba imposible superarla si no era a través de la creación de una barrera que él mismo se construía según sus propias necesidades. Que los antecedentes familiares lo único que marcaban era una tendencia; quizás una mayor propensión a una debilidad cerebral para sufrir este tipo de reacciones frente a vivencias muy fuertes, pero de ningún modo estaba demostrado empíricamente que se pudieran transmitir tales enfermedades por vía congénita, ni que la línea consanguínea fuera la responsable del padecimiento.

Habían transcurrido escasamente quince días desde que se

produjo el nacimiento de Bernardo, y en La Palma del Indiano olía por doquier a una dulce e inconfundible fragancia; una colonia fresca que anunciaba que la casa estaba otra vez ocupada por un recién nacido. La causa resultó obvia; Candelas y Antonio, junto con su hijo, se habían trasladado momentáneamente a casa de los abuelos por expreso deseo de Ruth. La excusa que la abuela defendió para convencerlos fue que así lo aconsejaba la tradición, porque era un periodo de descanso imprescindible para que la madre se recuperara del parto. El matrimonio aceptó la invitación a sabiendas de que aquello no era más que el pretexto del deseo de los abuelos por disfrutar unos días a su antojo de aquel muñeco que la diosa fortuna les acababa de regalar.

—Qué gusto volver a oler a bebé —comentó Ruth a su marido.

—¡Es cierto! Se me había olvidado este olor tan característico.

—¿No se podrían quedar a vivir con nosotros? —preguntó la abuela.

—Eso depende de ellos; por mi parte no tengo inconveniente, pero seguro que prefieren la intimidad de su casa.

—¿Qué pintan en La Mercenaria?

—Tienen que controlarla; también hacer compañía a Clara y, de paso, vigilarla un poco —expuso Zoel.

—¡No hace falta! Nuestra hija está curada.

—¡Dios te oiga!

—¡Tienes que convencerlos para que se queden! —insistió Ruth.

—¡Mujer! Los invitaré, pero no insistas más; tampoco te hagas demasiadas ilusiones, porque harán lo que consideren más oportuno.

Los dos abuelos se peleaban de continuo con ese juego de sacar al bebé rasgos parecidos a los de los miembros de sus respectivas familias, así como gestos de antepasados, color de ojos y un sinfín de detalles. Cualquier actividad relacionada con el pequeño debía ser realizada por ambos, o en su defecto era preciso pactar de antemano un reparto de funciones para conseguir una distribución equitativa de los tiempos de disfrute con su presencia. A Candelas le hacía mucha gracia comprobar esa encarnizada pugna de sus padres por acaparar la atención de su hijo y esa competitividad que había surgido entre ambos hasta entonces desconocida.

Sin embargo, una mañana, Antonio recibió un aviso urgente de uno de los empleados de La Mercenaria, que le urgía a que se presentara de inmediato en la hacienda por un asunto extremadamente grave. El comandante no dudó un segundo y se desplazó todo lo rápido que pudo hacia su casa. Al acceder a la

verja de entrada, por el ánimo del guarda, enseguida notó que algo no marchaba bien. Aceleró su vehículo y muy pronto se encontró delante del porche donde le aguardaba el servicio de la casa. Todos bajaron la mirada cuando los tuvo delante, y las mujeres no cesaban de llorar.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Señor! —contestó quien hacía las veces de mayordomo, pero sin pronunciar más palabras.

—¡Por Dios! ¡Que alguien me diga qué ha ocurrido!

—Señor, la señorita Clara —apenas se atrevió a continuar.

—¿Dónde está la señorita Clara?

—Señor, está en su cuarto.

Antonio, al comprobar que no obtenía información alguna que le aclarara la situación, subió de manera muy precipitada los escalones de una ancha escalera de mármol travertino para acceder a la primera planta, y desde allí corrió por un largo pasillo distribuidor hasta que alcanzó la puerta de la alcoba de su cuñada. Golpeó con los nudillos, pero nadie contestó desde el interior; volvió a insistir y obtuvo el mismo resultado. No se lo pensó dos veces y, sin más, penetró en el dormitorio. Las gruesas cortinas de tonos verdes estaban echadas; apenas unos pocos rayos de luz, que se podían colar a través de unas pequeñas rendijas que habían quedado mal cerradas la noche anterior, servían como única fuente de iluminación del opaco habitáculo. Esperó unos instantes a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, y enseguida pudo reconocer una silueta que colgaba de la gran lámpara del techo. Clara, con los brazos inertes, pendía de una soga que tenía enrollada alrededor de su cuello; apartado hacia un lado y bajo sus pies, un taburete caído explicaba el método utilizado por la suicida para perpetrar el fatal desenlace. El color amoratado de su rostro, junto con la hinchazón de sus pies y el estado de la cama, aún sin deshacer, indicaron a Antonio que su cuñada llevó a cabo su propia muerte la noche anterior. Eligió como única prenda para cubrir su cuerpo un camisón blanco satén; el mismo que le regaló su madre el día que anunció oficialmente su compromiso con Hipólito; ese que quiso guardar con toda ilusión para su noche de boda. Se quitó todas las alhajas y las dejó depositadas en su escritorio, junto con una escueta nota de despedida donde se podía leer:

«Lo siento; lo he intentado con todas mis fuerzas, pero esta situación me ha resultado imposible de superar. Nadie tiene la culpa, han sido mis terribles circunstancias las que no me han dejado otra salida».

CAPÍTULO XXXI

La pérdida de Clara, sobre todo en esas inquietantes condiciones, supuso un durísimo golpe para la familia Ferre-Benjumea, y en especial para sus padres, Zoel y Ruth, quienes jamás pudieron entender aquella radical decisión, lo que les produjo a partir de ese día un trauma sentimental que los acompañaría durante el resto de sus vidas, y a quienes aquel enorme disgusto les hizo envejecer de golpe varias décadas. Su dolor solo pudo ser mitigado, en parte, por los juegos y las risas de un cariñoso nieto que ya corría por las distintas dependencias de La Palma del Indiano cuando acudía con sus padres a visitarlos todos los fines de semana. Allí, junto con los restos de sus antecesores, bajo la sombra de la gran palmera africana, también reposaba a la espera de la resurrección de los justos el cuerpo de la desdichada Clara.

—¿Te das cuenta de que cada vez tenemos más razones para acudir al lado de esta vieja palmera? —le hizo la observación Ruth a su marido.

—Sí, ya lo había pensado. Es que cada vez tenemos más pasado que futuro. Esta palmera parece guardar celosamente todos nuestros recuerdos.

—Y muchos secretos —contestó Ruth.

—¿Qué secretos?

—Aquellos que nos llevamos a la tumba por no querer contarlos.

—¿Por qué?

—Porque no se pueden compartir con nadie.

—¿Y tú? ¿También tienes secretos? —preguntó Zoel.

—Todos los tenemos. No tienen por qué ser importantes; pueden ser cosas triviales que solo afecten al interesado.

—No entiendo a qué cosas te refieres —insistió Zoel.

—Me refiero a que pueden ser simplemente sensaciones vividas en la niñez.

—¿Por ejemplo?

—Pues pueden ser olores que, cuando se perciben, jamás se olvidan; quizás son corazonadas que hemos tenido en algún momento de nuestras vidas, que nos han sorprendido. No tienen la obligación de ser reales, porque también pueden ser sueños o deseos incumplidos. ¡Quién sabe! Las relaciones entre personas son muy

complicadas y admiten muchos puntos de vista diferentes, incluso para la misma situación —le explicó Ruth.

—¿Quieres decir que en un intento de relación entre dos personas, a lo mejor lo que para una supuso la posibilidad de sentir una bella experiencia que no se llegó a formalizar y que guarda desde entonces celosamente en el fondo de su corazón como un preciado tesoro, para la otra pudo significar todo lo contrario?

—¡Pudiera ser! O que, simplemente, la otra no la valorase tanto y la haya olvidado.

—¿Qué secreto se habrá llevado consigo Clara? —preguntó Zoel.

—¡No quiero pensarlo! Me entristece mucho recordar a nuestra hija muerta.

—Es mejor que entremos en casa; mañana viene el niño y tenemos que prepararnos —propuso Zoel al ver cómo comenzó a llorar desconsoladamente Ruth.

El desconsuelo que sentían solo podía ser mitigado gracias a la compañía del pequeño Bernardo, que parecía ser el único capaz de hacerles olvidar esa amargura cuando se encontraba junto a ellos. Aquel niño, aunque no lo sabía, les daba ánimos para no desfallecer ante tanta tristeza acumulada en sus cansados corazones; una razón para seguir adelante con los proyectos que les dejó en herencia, y prácticamente encaminados, el viejo patriarca Benjumea.

El tiempo continuó con su inexorable transcurrir, y para la familia de los Ferré-Benjumea, 1950 supuso el nacimiento del segundo hijo de la pareja, al que bautizaron con el nombre de Jesús, y que resultó una ayuda inestimable para solventar las penas de sus abuelos.

En el orden político, los continuos despilfarros de los fondos públicos, junto con la establecida corrupción administrativa como forma operativa habitual, provocó un repudio generalizado de la población, que fue canalizado mediante un movimiento cívico político que bajo la denominación de Partido Ortodoxo parecía que iba a ser el preferido para gobernar en las próximas elecciones de 1952, siendo Carlos Prío Socarrás el vigente presidente. Sin embargo, el expresidente Batista, quien había perdido las elecciones en octubre de 1944, encabezó un golpe militar que le hizo con el poder el 10 de marzo de ese año.

Unas horas antes de que se conociera la noticia, Antonio mantuvo una conversación con Candelas.

—Tengo que anunciarte una cosa muy importante —comenzó Antonio.

—¿Qué ocurre?

—¡Verás! Es inminente el comienzo de un golpe de mano de Fulgencio Batista contra el Gobierno.

—¿Vas a participar?

—Afortunadamente, no se me ha pedido.

—¡Pero lo sabes!

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—¿No vas a avisar?

—No se puede hacer nada para evitarlo. Batista tiene demasiados seguidores en el ejército y la decisión ya está tomada.

—¿Pero, las libertades y derechos democráticos por los que tanta sangre se ha vertido?

—Han pasado a un segundo plano; ahora apenas tienen importancia.

—¡No me digas que los sacrificios y las muertes de mis antepasados carecen de importancia! ¡No lo consiento!

—¡Esa no es la cuestión!

—¡Cuál es la maldita cuestión!

—¡Vivimos otros tiempos! ¡Las cosas han cambiado mucho desde la época de tus bisabuelos! Los problemas que tenemos hoy no se pueden acometer con las soluciones de ayer. La gente está cansada; ya no puede aguantar tanta miseria para todos, mientras que unos pocos se enriquecen con fondos públicos, hacen dejación de sus obligaciones y abusan del poder de sus cargos.

—¡Hay que hacer algo! ¡Tenemos que avisar!

—¡No vamos a hacer absolutamente nada! ¡Ya no queda tiempo! ¡Ahora toca esperar!

—¡Esperar ¿a qué?!

—A comprobar los resultados de los próximos acontecimientos.

—¿Cuánto hace que conoces la decisión de Batista?

—Oficialmente, desde hace unas horas.

—¿Y me lo cuentas ahora?

—Soy militar y me debo a mis superiores. Me conoces muy bien, sabes que siempre cumplo las órdenes.

—¡También eres persona! ¡No te puedes olvidar de que te has comprometido con salvaguardar a tu patria!

—¡Tampoco lo olvido! ¡Ni que soy padre de familia y que en estos momentos, si termina con éxito el golpe militar, un consejo de guerra por desacato me puede llevar al paredón!

—Pero, si fracasa, te convertirá en un héroe por el reconocimiento de tus conciudadanos.

—Primero, no va a fracasar, y segundo, poco me importan las opiniones y los cariños de esta pandilla de paniaguados mamones que son los responsables de habernos llevado a esta desesperada situación. No son mejores que Batista. Durante mis años de ministerio público los he visto dejar en la cuneta a demasiados héroes que se inmolaron por creer en sus nobles causas mientras ellos continuaban con sus saqueos selectivos. No tengo intención de dar la cara por ninguno, y mucho menos de arriesgar por ellos mi vida y la de mi familia.

—¿Qué va a ocurrir?

—Que todos los políticos serán destituidos y cesados de sus cargos, y pasarán a ocuparlos militares y civiles afines a Batista. Mientras los militares continuemos unidos, nada hay que temer. Si el ejército se fracciona, corremos el riesgo de una guerra civil entre cubanos.

—Voy a casa de mis padres.

—No.

—¿Por qué?

—A estas horas las calles ya deben de estar tomadas por el ejército; es mejor aguardar en casa. No les ocurrirá nada, porque mis hombres saben quiénes son.

—Estás al corriente de todo, ¿no?

—Es mi obligación. Además, aún te tengo que contar más cosas.

—¿Aún hay más?

—Sí.

—Te escucho.

—Un general muy cercano a Batista me ha revelado que piensa en mí para ocupar un puesto relevante en su nuevo gobierno, que conllevaría un ascenso inmediato a teniente coronel.

—¿Qué vas a decirle si te lo propone?

—Si algo he aprendido en mis años de vida militar es que a un superior no se le debe rechazar nada. Si ese mando es Batista y tiene el poder absoluto, mejor es aceptar y no enfadarle. Si me ofrece un puesto, creo que no debo rechazarlo. Para Fulgencio, eres amigo o enemigo; no existen términos medios.

—Pues a pesar de todo yo no aceptaría. Ya sabrás quedarte al margen sin ofenderle.

—Si le digo que no, puede que reaccione contra las tres haciendas y se acabe nuestra tranquilidad actual; corremos el riesgo de perderlas. Tampoco me puedo significar ante el resto de los compañeros, pues eso le obligaría a darme un escarmiento para evitar que otros más rehusasen sus propuestas. Ya tenemos dos

hijos, y no me parece buena idea jugar con su futuro.

—Tres.

—¿Tres?

—Sí. Estoy de nuevo embarazada; para finales de este año tendremos otro bebé en casa.

—Esto es definitivo; no pienso correr el más mínimo riesgo —concluyó Antonio mientras la besó tiernamente en los labios.

—¿Qué crees que ocurrirá a partir de ahora?

—Nada. Habrá que pactar con algunos para contar con su apoyo, y a otros se los invitará a que se marchen sin hacer ruido.

Efectivamente, a las pocas horas de su inicio, el golpe se había culminado con éxito; algo más tarde, Antonio recibió una citación urgente para que acudiera al puesto de mando situado en el capitolio de La Habana, donde se le ofreció un puesto de importante responsabilidad en el equipo de Batista. Sabía que no era momento de indecisiones ni de levantar sospechas innecesarias en cuanto a su lealtad con el nuevo gobierno, por lo que aceptó de inmediato el nombramiento.

Sin embargo, los acontecimientos no se produjeron de la forma deseada a priori por el presidente, porque las clases populares plantaron cara al régimen castrense desde el primer día de su ocupación en el poder. Así las cosas, comenzaron a manifestarse abiertamente en contra de la existencia de un poder establecido por la fuerza de las armas, al que se negaron a reconocer autoridad alguna por considerarlo inmoral e ilegítimo.

Entretanto, la pareja ya contaba con su tercer hijo, también varón, al que pusieron por nombre Sebastián. Aquel año resultó muy beneficioso para la carrera militar del teniente coronel Antonio Rubiatos, pues consiguió, con innegable habilidad, cumplir la misión encomendada, lo que le supuso el ascenso a coronel y la asignación de nuevos encargos, cada vez más complicados y difíciles.

Para entonces, un joven activista llamado Fidel Castro comenzó a urdir en la sombra una estrategia para derrocar al dictador Batista. Junto con otros colaboradores, preparó y llevó a cabo, el 26 de julio de 1953, un ataque simultáneo a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba, y Céspedes, en Bayamo, con la intención de que sirvieran como detonantes a una masiva insurrección para el resto del país. Sin embargo, su objetivo fracasó; muchos de sus colaboradores resultaron muertos, y otros, entre los que se encontraba él mismo, fueron hechos prisioneros.

CAPÍTULO XXXII

En La Palma del Indiano, Candelas aguardaba la llegada de su marido entretenida con juegos que inventaba junto con sus tres hijos.

—Parece que tienes mala cara. ¿Vienes cansado? —preguntó a Antonio al verle aparecer por la puerta.

—No. Más que cansado, estoy preocupado.

El coronel, cosa rara en él, esa tarde tenía ganas de hablar; de contar a alguien de confianza sus muchas dudas. Necesitaba desahogarse con Candelas, y esta enseguida se dio cuenta de lo que le ocurría y comenzó a preguntar sin dar demasiada importancia a la conversación, como si fuera algo rutinario entre ambos. Los niños, que permanecían en la misma sala, no parecían prestar la más mínima atención al contenido de sus palabras, por lo que continuaron adelante. Sin embargo, Bernardo, el mayor, ya contaba con nueve años, y aunque no entendía todo lo que decían, sí que prestaba oídos a sus comentarios.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Candelas.

—Ocurre algo raro que no consigo entender; además, no puedo hablarlo con ningún miembro del Gobierno.

—¿Y eso?

—Porque de ninguno me fío. Hemos llegado a un punto en que ya no puedo reconocer quién es amigo o enemigo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hoy se ha conocido la sentencia contra el cabecilla de esos revolucionarios que atacaron los cuarteles. La sorpresa ha sido mayúscula cuando solo se le ha condenado a prisión.

—¿Cuál debería haber sido la pena impuesta?

—¡La pena de muerte! Sin duda, la pena de muerte.

—¿Por qué estás tan seguro?

—He repasado todos los antecedentes que he podido; jamás a alguien que ha atacado con armas un establecimiento militar, una vez apresado, se le ha perdonado la vida. Es un acto de guerra muy grave, y como tal requiere una sentencia acorde con el delito cometido. La única respuesta posible es el pelotón de fusilamiento, no existe otra. Sin embargo, en esta ocasión a Batista le ha temblado el pulso.

—Habrá querido ser generoso con ese hombre y al mismo tiempo dar un ejemplo de acercamiento con el pueblo.

—En tiempo de guerra, la generosidad con el enemigo no existe. Además, el único ejemplo que ha dado es de debilidad, y pronto puede volverse en su contra.

—¿Por qué?

—Porque pueden surgir otros que quieran imitar al insurrecto.

—¿Qué opinión tienes al respecto?

—Que el presidente se ha equivocado, que lo sabe tan bien como yo y que lo ha hecho por algún motivo que desconozco. Y eso es lo que realmente me preocupa. Hoy me he dado cuenta de la existencia de núcleos secretos independientes dentro del mismo gobierno de Batista que no reportan a los demás los resultados de sus actividades. Por eso, la información nos llega sesgada y parcelada según los intereses de quienes realmente mueven los hilos.

—¿Quiénes son?

—Para mí, ahora son unos completos desconocidos; ya no los reconozco ni sé a qué carta jugar. Hay un grupo muy cercano al presidente que junto con él toma decisiones que ejecutamos los demás.

—Pero tú eres uno de sus asesores; deben contar contigo.

—No soy de tanta confianza; me he dado cuenta de que estoy un peldaño muy por debajo.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperar acontecimientos; no puedo hacer otra cosa. Hoy el presidente ha salvado la vida a alguien que mañana le puede quitar de su puesto. Eso me inquieta, porque trabajar junto a Batista ya no me ofrece seguridad; me hace pensar en la existencia de factores externos, para mí desconocidos, que dirigen la voluntad del presidente, posiblemente por medio de pactos o quizás de promesas secretas.

—¡Dios mío! ¡Cómo me asustan estas cosas!

—Si pudiera, mañana mismo renunciaría a mi puesto, pero ahora no debo significarme. ¡Entiéndelo!

—No te preocupes. Lo comprendo y aceptaré cualquier decisión que tomes.

—Gracias, mi amor.

Los meses se sucedían uno tras otro y no parecía que la situación cubana mejorara con la estrategia de su presidente. Su máxima preocupación residió en legalizar su llegada al poder mediante unas elecciones generales que el sector obrero utilizó a su favor por

medio de una movilización masiva a través de interminables huelgas, sobre todo en el sector azucarero. Para apaciguar los ánimos, consiguieron en 1955 una amnistía para los presos políticos de la que se benefició Fidel Castro, concesión que realizó personalmente el presidente con el objetivo de acallar las protestas y los ataques de la mayoritaria clase trabajadora, cuyos impactos resultaban irrecuperables en términos económicos.

A partir del momento en que Antonio Rubiatos conoció la noticia de la concesión de la amnistía política, un presentimiento negativo le impidió muchas noches conciliar el sueño y su carácter se dejó influenciar por esta preocupación, circunstancia que no pasó desapercibida para su esposa Candelas, quien en un intento por descargar tanta tensión organizó una de esas comidas familiares que tanto gustaban a su marido.

—Hola, Candelas; ¿qué tal los niños? —preguntó al llegar a su casa.

—Juguetones, como siempre.

—¿Viene alguien de visita? Veo la mesa muy bien puesta.

—Sí. Mis padres y mis tíos comen con nosotros.

—¡Qué bien! ¿Tengo tiempo de ponerme cómodo?

—Sí. Pero date prisa, que deben de estar a punto de llegar.

—Ahora mismo bajo.

Cuando Antonio llegó al comedor, ya le esperaban alrededor de la mesa sus hijos junto con los invitados. Después de los saludos de rigor, se sentaron y comenzaron una interesante conversación que se prolongó durante la sobremesa y que, como no podía ser de otra manera, versó sobre los asuntos que preocupaban al militar.

—¿Puedes contarnos algo de cómo están las cosas en el gobierno? —preguntó con cierta ingenuidad Paula, convencida de que no accedería a su petición por aquello de los secretos de Estado.

—Querida tía, las cosas no están nada bien.

—¿Para preocuparnos? —intervino Adán.

—Creo que de momento no.

—¿De momento?

—He seguido muy de cerca los acontecimientos de los últimos años, y hay cosas que no me cuadran.

—¿Por ejemplo? —preguntó Zoel intrigado.

—Como sabéis, el presidente acaba de amnistiar a los presos políticos que cumplían condena.

—¡Así es! —contestó Adán.

—Pero entre los convictos beneficiados ha incluido a los responsables de los ataques a los cuarteles de Moncada y Céspedes.

—¿Esto lo conoce el presidente?
—¡Con toda seguridad!
—¿Cómo estás tan seguro?
—¡Porque se lo he contado yo personalmente!
—¿Y qué te ha contestado? —preguntó Candelas muy excitada al entender la delicada posición de su marido ante Batista.
—Que algunas veces hay que dar un margen de confianza a la gente para que se serene.
—¿Eso qué quiere decir? —volvió a intervenir Zoel.
—¡Lo desconozco! Pero esa reacción es impropia de un militar al que le han matado a parte de sus compañeros en un acto terrorista, y que encima ha conseguido apresar a los responsables; ya fue ilógico que no se celebrara un juicio militar sumarísimo en su momento. Un delito de esa importancia se suele pagar con la vida; sin embargo, a los implicados les va a suponer veintidós meses de prisión. ¡Esto es una invitación a que otros sigan su ejemplo!
—¿Todo esto se lo has contado al presidente? —preguntó Paula.
—Sí.
—¿Y cómo ha reaccionado? —volvió a intervenir.
—No me ha dado más explicaciones, pero en su mirada he notado cierta coincidencia conmigo. Me ha dado la sensación de que ha tomado esa decisión obligado, a lo mejor, para evitar males mayores. Nuestros servicios de información han anticipado noticias de última hora que sitúan al cabecilla a punto de abandonar Cuba. Esto lo conoce igualmente Batista; sabe que ese tal Fidel Castro quiere exiliarse del país, posiblemente a Estados Unidos o a México, pero no desea que se le detenga ni que se le ponga la más mínima traba que dificulte su salida. Por eso, creo que este individuo tiene amigos muy poderosos en el exterior que han pactado con nuestro presidente para que no le ponga obstáculos, a cambio de su apoyo para conseguir permanencia en el poder. Desgraciadamente, de lo que Batista no se da cuenta o lo que no quiere reconocer es que desde allí le van a volver a financiar su regreso con otra expedición armada. Ya lo ha hecho una vez, y como le ha salido muy barato, lo repetirá. Si no me equivoco, volveremos a saber de Fidel Castro.
—Pero, ¿quiénes pueden estar interesados en desestabilizar Cuba? —preguntó Zoel.
—Siempre hay personajes que tienen razones, normalmente económicas, para provocar desde caídas de gobiernos hasta guerras internas. Todavía hay muchos interesados en que Cuba no sea independiente —contestó Adán.
—Lo sabremos cuando conozcamos a qué países se dirige ese

líder revolucionario o el origen de sus fondos de ayuda —opinó Candelas.

—¡Ojalá! Normalmente esas cosas no son tan sencillas ni se conocen con tanta nitidez. Los fondos se camuflan y se desvían a través de canales de distribución distintos para que no se reconozca su verdadero origen —les aclaró Antonio.

—Nos dejas muy preocupados —intervino Paula.

—No es esa mi intención, pero creo que debo contaros todo esto para que no bajéis la guardia; tenéis que estar preparados para cualquier contingencia. Pensad que ese líder revolucionario cuenta con potente financiación, y si lo ha realizado una vez, nada le impide volver a intentarlo.

—¿No puede ser que todo esto solo se haya podido conseguir gracias al beneplácito del presidente, que quiere pactar una salida honrosa porque ve claramente que le resulta imposible superar esta crisis? —preguntó Zoel.

—¡No sé! Espero de todo corazón equivocarme.

—Reconozco que lo has argumentado muy bien, pero entiende que a mis años me cueste creer que puedan ocurrir estas cosas tan rocambolescas —replicó Zoel.

—¡Está bien! Dejémoslo aquí y recemos para que todo sean simples suposiciones mías —concluyó Antonio, comprensivo con esa opinión.

CAPÍTULO XXXIII

Durante los meses siguientes a su excarcelación, los grupos de inteligencia cubana vigilaron los movimientos del disidente. Su primer objetivo, tal como vaticinó Antonio, fue dirigirse a Estados Unidos, donde seguramente quiso conseguir apoyo económico para continuar la lucha armada; desde allí se supo que había partido hacia México, posiblemente para preparar una nueva ofensiva, que luego se produjo mediante el desembarco desde el yate Granma, el 2 de diciembre de 1956.

La expedición estaba compuesta por ochenta y un guerrilleros (el grupo denominado 26 de julio). Eligió para entrar en territorio cubano un lugar conocido como punta Los Cayuelos, situado a una distancia de dos kilómetros de la playa Las Coloradas, provincia de Oriente. Se trataba de un lugar solitario de terreno fangoso, ideal para pasar inadvertidos, y además contaba con abundante vegetación por la proliferación de zonas pantanosas en sus inmediaciones. Sin embargo, en un lugar conocido como Alegría de Pío, el grupo dirigido por Fidel, en un enfrentamiento con las tropas del ejército de Batista, perdió a casi todos sus efectivos, lo que obligó a los supervivientes a refugiarse el 18 de diciembre en sierra Maestra para, desde allí, reorganizar al futuro ejército rebelde y poder continuar la lucha armada.

Sorprendentemente, cuando las noticias de la victoria llegaron al Estado Mayor del Ejército, Batista mandó llamar a su presencia, con carácter de urgencia, al coronel Antonio Rubiatos para solicitarle un nuevo servicio. Esta vez se iba a ocupar de erradicar los últimos focos de resistencia o bien de llegar a un acuerdo con las tropas enemigas para su rendición inmediata. Como no podía ser de otra manera, el coronel aceptó su nueva misión, pero supo enseguida que aquello significaba un giro inesperado a sus habituales cometidos, lo que incrementó aún mucho más sus recelos. En ese instante vio claro que Batista ya no confiaba en él por sus indagaciones sobre cómo fue posible que un grupo armado de no más de ciento veinte guerrilleros, sin preparación militar exhaustiva, pudiera haberse enfrentado a los profesionales de los cuarteles de Moncada y Céspedes. Tal vez sus dudas molestaron al presidente y con este nuevo encargo quería dejarle en evidencia

ante el resto de los compañeros de profesión, o simplemente quitarle de un plumazo de su vista.

Enseguida, Antonio organizó una reunión general familiar en La Palma del Indiano, pues Zoel llevaba postrado en su cama varios meses por una larga enfermedad y quiso que todos escucharan lo que tenía que contarles.

—Perdonad mi premura, pero tengo que comunicaros novedades muy importantes —comenzó el coronel con su exposición.

—¡Por favor! ¡Nos tienes en vilo! ¡Empieza cuanto antes! —le rogó Paula.

—He sido designado por el presidente para que intercepte y elimine los últimos focos de resistencia rebelde de sierra Maestra, bien por el uso de la fuerza, bien por negociación.

En esos momentos, Candelas no pudo contener las lágrimas y comenzó a llorar desconsoladamente, pues sabía que su marido debía ausentarse de su hogar por tiempo indefinido para ir a una incierta guerra de guerrillas.

—¡No es posible que te asignen esa misión! ¡Eres uno de los asesores presidenciales! —exclamó indignado Adán.

—Las cosas están así; además, ha sido el propio presidente quien me ha comunicado la noticia.

—Suena como si quisiera alejarte de su lado —apuntó Zoel.

—Ya lo he pensado. Tal vez no le ha gustado que haya recabado información sobre los movimientos de los rebeldes revolucionarios.

—¿Has hecho eso? —preguntó extrañada Paula.

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Porque desde hace algún tiempo ocurren cosas incomprensibles a las que no encuentro justificación alguna.

—¡Pero no puedes ir contracorriente! —exclamó Adán.

—No he abandonado ningún cometido; tan solo he ampliado mis fuentes de información para conocer mejor la situación. Pero ¿es que a nadie le extraña que un universitario recién salido de la cárcel y sin recursos propios en cuestión de meses haya conseguido fondos suficientes para comprar un yate y reclutar a ochenta combatientes?

—Son voluntarios —añadió Ruth.

—Es lo mismo; también a los voluntarios hay que dotarlos de material y alimentarlos. Para mí no hay duda; ese hombre está respaldado por gente poderosa que se oculta tras él.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó Candelas.

—¡Poco! Según el gobierno, es un grupo muy reducido que apenas opondrá resistencia —informó Adán.

—No te fíes: si eso fuera así, no me mandarían con tanta prisa —contestó Antonio. Lo mejor es que pensemos que estaré ocupado el tiempo que dure esta campaña sin fijarnos ningún margen de tiempo. Pero lo que quiero pediros es que en mi ausencia estéis prevenidos para cualquier contingencia.

—¿Sospechas algo? —preguntó preocupado Zoel.

—No sé nada, pero me resulta extraño que me alejen de esta manera.

Los tres hijos del matrimonio estaban presentes en la conversación y actuaron como testigos mudos de aquella declaración de intenciones familiar. Bernardo, el mayor, fue el único que se atrevió a participar.

—¡Papá! ¡Por favor! No te vayas; no nos dejes —le rogó con voz lastimera.

—Bernardo, tienes que ser fuerte. Ahora eres el jefe de la familia y tienes que cubrir mi ausencia. Yo me comunicaré con vuestra madre y con vosotros todas las veces que pueda.

—¿Cuándo partes? —preguntó Adán.

—En tres días tengo que haber tomado posesión de mi nuevo destino.

—Vete tranquilo, nosotros nos ocuparemos de todo —le prometió Paula.

—He dejado bien aleccionados a mis ayudantes en La Habana para que os protejan; por ese lado no debéis preocuparos.

—Seguro que dentro de unos meses esto nos parecerá un mal sueño —le animó Ruth.

—Espero que así sea —contestó Antonio.

—Contigo como responsable, estoy convencido de que este asunto de los rebeldes revolucionarios quedará resuelto en cuestión de semanas —añadió Adán.

—Muchas gracias por la confianza —contestó Antonio.

El camino de vuelta fue utilizado por el coronel para realizar sus últimas recomendaciones a su mujer e hijos, y para hacer una puesta al día de los asuntos que la pareja tenía aún pendientes por resolver, tales como compras, colegios y diversos problemas de economía doméstica que requerían una rápida toma de decisión.

—Candelas, lo que no nos dé tiempo de ultimar, tendrás que terminarlo tú sola.

—No te inquietes, ya me encargo yo.

—Por cierto, debes prestar más atención a tu padre.

—¿Por qué?

—No le veo bien.

—¿Qué quieres decir?

—Le he encontrado muy avejentado; esta maldita enfermedad le come los huesos demasiado rápido.

No quisieron ponerle nombre a la dolencia del abuelo delante de los niños, pero esa extraña y desconocida enfermedad tumoral que Zoel tenía diagnosticada no parecía tener curación.

—Sé que es otra preocupación más, pero creo que debes aprovechar todos los momentos que puedas para disfrutar de la compañía de tu padre.

—Seguiré tu consejo. Y también permaneceré cerca de mi madre; llevaré a los niños con más frecuencia a casa de mis padres y así estaremos más acompañados.

—¡Buena idea! O, si quieren, que vengan a vivir a casa.

—Mis padres nunca abandonarán La Palma del Indiano. Son demasiados los recuerdos que reposan bajo la tierra de esa hacienda. Me iré con ellos.

Le bastaron pocos meses al coronel Antonio Rubiatos para darse cuenta de que aquella campaña de sierra Maestra no iba a resultar el paseo militar que le habían pronosticado en las dependencias del propio Estado Mayor. Por razones inexplicables, las órdenes que recibía parecían conocerlas con puntual anticipación los guerrilleros contra quienes dirigía la ofensiva, lo que revelaba la existencia de, al menos, un topo infiltrado. Por muchos partes de requerimientos y advertencias que envió a sus superiores, ninguna le fue ni tan siquiera contestada por conducto oficial; lo único que consiguió recibir fueron órdenes concretas de actuación, y por parte de los amigos que aún le quedaban, rumores muy difusos y contradictorios que no le aclararon la situación real en la que se encontraba sumido.

En ese preciso momento supo que la campaña, si se ganaba, iba a durar mucho más tiempo del previsto. Fue por lo que decidió cumplir las órdenes conforme las recibió, pero comenzó a recabar por su cuenta información que pudiera exonerarle de una futura reclamación por mala praxis o le sirviera como justificación ante una posible denuncia por dejación o incumplimiento de sus obligaciones. Su obsesión era proteger su buen nombre y su reputación como militar.

En el seno de La Palma del Indiano, durante el mes de junio de 1957, falleció Zoel. Toda la familia estuvo presente, con la única ausencia del coronel Rubiatos, quien continuaba librando combates contra unas tropas rebeldes que aparecían y desaparecían a su antojo por lugares insospechados de sierra Maestra.

Los primeros meses de 1958 continuaron con la misma tónica que el año precedente; si bien, algo debió ocurrir en el seno del gobierno batistiano durante los primeros días de abril, que hizo que el presidente decidiera enviar refuerzos al coronel Rubiatos para que continuara con su ofensiva. Este, cuando inspeccionó a las tropas de refresco, pudo comprobar que sus componentes eran soldados sin experiencia en guerras de guerrillas; apenas sabían sujetar correctamente un fusil, el adiestramiento dejaba mucho que desear y su moral estaba por los suelos, debido principalmente a que sus apetencias de permanencia estaban en las grandes ciudades y no entre aquellos inhóspitos terrenos de sierra Maestra. Estaba claro que las tropas de elite se habían quedado acuarteladas en Santiago y en La Habana a la espera de mejores momentos para intervenir.

—¡Esto es un inútil sacrificio de jóvenes soldados! ¡Van directos al matadero! —exclamó Antonio en privado a sus más directos colaboradores.

No quiso recatarse en sus comentarios, a sabiendas de que alguno de los presentes era un topo de Batista, porque esperaba que su opinión sobre la calidad de las fuerzas recibidas le llegara con total nitidez. Interiormente, fue en ese preciso instante cuando comenzó a pensar que la guerra estaba perdida, que todos los movimientos del presidente no eran más que una burda estratagema orquestada por sectores que nada tenían que ver con un intento de sofocación y eliminación de las tropas rebeldes; que todo estaba ya pactado desde hacía tiempo y ahora su papel consistía en formar parte de una partida de ajedrez que ya había comenzado y en la que serían sacrificadas aquellas piezas que no sirvieran a los propósitos de los jugadores.

Los siguientes combates continuaron con inusitada intensidad por la provincia de Oriente y con un reparto equilibrado de resultados, a pesar de la bisoñez de los miembros de las tropas presidenciales. Sin embargo, de pronto comenzaron a recibirse extrañas informaciones contradictorias del propio Estado Mayor de la defensa, así como órdenes con poco fundamento y coherencia. Los combates se intensificaron y, durante ese año, el coronel Rubiatos tuvo por dos veces al propio Fidel Castro arrinconado en una de sus muchas guaridas de la sierra. A pesar de esa ventaja técnica, y sin causa alguna que lo justificara, en ambas ocasiones recibió de forma inesperada la orden de retirada de sus posiciones, circunstancia que el líder revolucionario aprovechó para escapar con buena parte de sus más estrechos colaboradores. Vista la

facilidad con que los rebeldes se zafaron del cerco en esas dos huidas precipitadas, para el coronel Rubiatos quedó muy claro que el enemigo conoció de antemano el camino de salida que debía elegir para escabullirse de la presión a la que estaba sometido por parte de las fuerzas leales al presidente. Sus impresiones y comentarios los dejó reflejados en un cuaderno que utilizaba desde el primer día de campaña a modo de diario personal. Más adelante, sus sospechas sobre la posibilidad de la existencia de un acuerdo secreto a tres bandas le fueron confirmadas al coronel Rubiatos por medio de un informador de su máxima confianza que estaba destinado en el mando central militar de La Habana y compartía su misma postura crítica con las órdenes del presidente de la República. De una forma muy discreta, este militar de alta graduación llevó a cabo diversas averiguaciones, y todas las pruebas recabadas apuntaban a que Batista había pactado con Castro el traspaso de poderes con el consentimiento expreso de los Estados Unidos de Norteamérica.

Importantes copias de documentos que pudo compartir con el coronel Rubiatos avalaron esta afirmación, pues la existencia de despachos de la embajada americana en La Habana corroboró la existencia de agentes dobles que se hicieron pasar por comunistas con el objetivo de ayudar a los traficantes de droga que operaban en Cuba para organizar canales de distribución de su mercancía en la zona de sierra Maestra; justo los mismos caminos que utilizaría el ejército rebelde para sus desplazamientos y comunicaciones. Entre los numerosos papeles copiados que obraban en poder de los ayudantes personales de Batista, también figuraban las características técnicas y todas las especificaciones de un yate de acero denominado Granma, así como los datos del vendedor del barco; un norteamericano apellidado Ericsson, seguramente nombre falso, a quien los servicios de inteligencia militar cubanos relacionaron directamente con la CIA. Según el contacto de Rubiatos, el presidente de la República conocía perfectamente esta información.

El coronel, en uno de los enfrentamientos con los rebeldes en su precipitada huida de uno de los lugares que utilizaron como campamento base, encontró unos papeles manuscritos que contenían una detallada narración de un colaborador de Fidel; alguien que se hacía llamar, a efectos informativos, «un tal», y que explicaba con suma exactitud las experiencias del familiar de un amigo que pertenecía a ese grupo de expedicionarios de ochenta y un guerrilleros que desembarcaron junto con su líder. Después de

leer detenidamente las explicaciones, Antonio Rubiatos se convenció de que las vivencias relatadas en realidad correspondían a las del propio autor de los escritos. Sin embargo, consideró una pérdida de tiempo indagar sobre la identidad del autor, sobre todo por las pocas posibilidades de identificarle y luego de localizarle. En uno de los apartados, decían los papeles, a modo de diario, que después de abandonar la embarcación, el grupo revolucionario deambuló varios días por la zona sin llegar a ningún punto en concreto. Pero en un momento determinado, y sin previo aviso, vio cómo Fidel, su hermano Raúl y otros pocos seguidores se apartaron del resto para internarse en lo más profundo de un cañaveral que encontraron a su izquierda. Nada más perderlos de vista, sufrieron una terrible emboscada con fuego cruzado por parte de las tropas presidenciales, que acabaron con la vida de prácticamente todos los componentes del pequeño ejército. El familiar del amigo no se lo pensó dos veces y recorrió a la carrera el mismo camino tomado por Raúl Castro. Cuando consiguió alcanzarlos, Fidel ya se había marchado por un sendero con otros dos comunistas muy fieles a su causa con los que le unía gran amistad, mientras que su hermano escapaba por otro camino distinto con algunos seguidores de máxima confianza. En aquel momento, sospechó que los hermanos Castro conocían el lugar y el momento exacto de aquella horrorosa emboscada; calló por miedo a ser ejecutado al instante por traidor, pero la duda había quedado sembrada en su interior. Días más tarde, supieron que solo quedaron en pie catorce del total de los desembarcados.

Rubiatos, durante mucho tiempo, recopiló toda la documentación que pudo, tanto en el frente como a través de sus contactos en el mando central militar de La Habana, aunque cada vez le resultaba más difícil de conseguir. A pesar de contar con muchas pruebas en su poder, aún le resultaba muy inverosímil creer aquello que de primera mano comprobaba día tras día. Para él, uno de los ejemplos más claros resultaron sus muchas peticiones de bombardeo aéreo contra la comandancia general revolucionaria que las tropas rebeldes tenían ubicada en el alto de La Plata, en pleno centro de sierra Maestra, y que nunca fueron atendidas a pesar de divisarse perfectamente desde el aire. Por desestimación del organismo oficial responsable de la operativa táctica militar, a cargo de uno de los generales más cercanos a Batista, nunca fue atacada esta importante posición enemiga, circunstancia que hizo aumentar aún más las sospechas del coronel.

A mediados de 1958, Antonio obtuvo permiso de un día para

ausentarse de su puesto de mando, pues agonizaba su suegra Ruth. En La Palma del Indiano, y a pesar del triste motivo, pudo volver a reunirse con su familia al completo, circunstancia que aprovechó para informarlos sobre la marcha de la guerra contra las tropas de Fidel.

—Esto se parece más a una carrera de obstáculos que a una guerra convencional en el amplio sentido de la palabra —contestó el coronel a las insistentes preguntas de sus familiares.

—¿Por qué? —preguntó el joven Bernardo, que ya contaba con trece años.

—Hijo, porque nos hacen correr continuamente detrás de un enemigo que nunca está en las posiciones que nos señalan.

—¿Son tan buenos combatientes los rebeldes? —preguntó Jesús, su segundo hijo.

—Las tropas de Fidel, hasta ahora, solo han atacado a guarniciones compuestas de no más de quince soldados; nunca se han atrevido a pelear contra efectivos superiores.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Candelas.

—Pues que conocen sus limitaciones, nuestras posiciones, y saben algo más que aún no puedo probar.

—¿Qué? —preguntó Adán.

—Que por la noche ningún miembro del ejército de Batista les va a molestar ni a perseguir, porque todos permanecen en sus cuarteles.

—No entiendo de estrategias militares, pero seguro que esa decisión tiene alguna causa que la justifique —intervino Paula.

—La única razón que encuentro como militar es que voluntariamente se entregan las pequeñas guarniciones al enemigo para que conforme obtiene victorias crezca su moral y pueda reclutar más efectivos y simpatizantes para su causa. En cambio, estas pérdidas suponen una sensación de abandono para las tropas leales del presidente. Las últimas órdenes de concentración en las grandes ciudades acobardan a una tropa que comienza a dar síntomas de cansancio y desinterés. A los militares no nos gusta que nos obliguen a abandonar a su suerte a otros compañeros.

—¿Y tú? ¿En qué situación te encuentras? —preguntó Adán.

—He recibido tropas de refuerzo inexpertas que en cuanto han comenzado a aprender técnicas de combate, han vuelto a ser destinadas a las ciudades. Estoy en primera línea de fuego y, sin embargo, actúo como un mero instructor. A pesar de todo, he salido bien librado de la mayoría de las escaramuzas que he mantenido contra los rebeldes. Ahora mismo, apenas tengo información oficial

de cómo va la guerra en otros lugares de la isla, y hace algún tiempo que he dejado de atender las informaciones que recibo del alto mando; desde que me guío por mi propio instinto, no pierdo hombres inútilmente. Además, algunos de mis compañeros de armas saben de mi interés por documentar la realidad de esta confrontación y me remiten todos los datos y documentos que pueden. Sin querer, me he situado en una incómoda posición enfrentada a las órdenes del propio presidente y de sus generales más íntimos.

—¿No temes que te puedan destituir? —preguntó Candelas.

—En estos momentos no se atreverán.

—¿Por qué?

—¡Verás! Tengo bajo mis órdenes a cinco mil hombres bien armados y preparados; si no se atreven contra los quinientos bandoleros rebeldes de la sierra, ¿qué va a hacer contra mí?

—¿Entonces? —interpeló Paula.

—Te preguntas qué hago, ¿verdad? Pues muy sencillo: actuar por mi cuenta y riesgo para eliminar la resistencia revolucionaria que encuentro en mis incursiones.

—Pero eso de actuar a espaldas del mando superior… —apuntó Adán.

—Efectivamente; ellos me han obligado.

—¿Y lo saben tus jefes?

—Yo nunca se lo he contado, pero conocen mis éxitos militares contra el enemigo, y aunque por sus reacciones parece no gustarles, sin embargo, callan.

—¡Corres un serio peligro! ¡Tienes que cubrirte las espaldas! —le aconsejó Adán.

—¡Estoy en ello! Conservo un maletín con información que he recabado durante esos meses de campaña, que explica la situación que vivimos las fuerzas armadas y, en especial, las tropas bajo mi mando. También llevo un diario donde analizo el porqué de mis decisiones y las respuestas que he recibido del alto mando a mis numerosas peticiones de todo tipo.

El coronel, que llevaba casi año y medio de campaña, sabedor de que no tenía más tiempo para dedicarles y muy a su pesar, tuvo que despedirse aquella misma noche de sus seres más queridos. En realidad, sabía que aquella sería la última vez que vería con vida a Ruth y quiso aprovechar la triste evidencia para disfrutar unas horas de su añorada compañía. Tal vez presintió que el final de la confrontación armada estaba muy cercano y necesitaba compartir aquellas breves horas con todos ellos a modo de adiós anticipado,

que también intuía para sí mismo.

—¿Te vas tan pronto? —le preguntó entre sollozos Candelas.

—No tengo más remedio, mi amor. Tengo a muchos hombres que dependen de mí; no puedo abandonarlos a su suerte en estos críticos momentos.

—¡Siempre tienes que ser tú!

—¡Qué remedio! Me ha tocado un papel muy ingrato, que seguro nadie va a reconocer jamás.

—Vuelve pronto; te esperamos.

Se despidieron con un prolongado beso mientras los chicos no cesaron de abrazar a su padre, impidiéndole realizar cualquier movimiento encaminado a salir de la vivienda. Aquella instantánea familiar empañó la visión de cuantos la presenciaron y hasta consiguió dejar vidriosos los ojos del endurecido militar.

Durante el segundo semestre de 1958, los enfrentamientos y escaramuzas se sucedieron con más intensidad. El grueso de las tropas presidenciales permaneció acuartelado en las grandes ciudades y dejó circular a las fuerzas revolucionarias a su antojo sin ofrecer oposición alguna, lo que facilitó que en poco tiempo se hicieran con el control de pequeños destacamentos ubicados en puntos aislados o en aldeas rurales. Luego, fueron aumentando el tamaño de sus conquistas gracias a una inexistente moral de combate entre las filas presidenciales y a unas inexplicables rendiciones por parte de los oficiales al mando. El único que parecía mantener en jaque a los rebeldes era el coronel Rubiatos; no cedió ni una de sus posiciones y, además, los obligó a batirse en retirada en todos sus enfrentamientos. Su cuartel de campaña en las inmediaciones de sierra Maestra, así como la zona asignada de control y de combate, resultaban inexpugnables para los seguidores castristas, mientras tomaban con suma facilidad guarniciones más potentes en otras áreas del país.

Una tarde sombría de mediados de septiembre, Candelas recibió la llamada del asistente de su marido; le comunicaba que el coronel no se encontraba bien físicamente, que le había reconocido el médico militar del campamento y le había diagnosticado una gastroenteritis aguda. A pesar de haberle tratado con antibióticos contra esa infección intestinal, no había mejorado de sus dolencias y ya no sabía qué hacer, porque deliraba, tenía mucha fiebre, vómitos y diarrea.

—¡Pues habrá que trasladarle a un hospital urgentemente! —contestó Candelas muy excitada.

—¡Señora! No me atrevo a moverle —contestó el asistente con

tono de preocupación.

—¿Ha notificado al Gobierno Militar el estado físico de mi marido?

—¡Sí, señora!

—¿Qué le han dicho?

—Señora, hasta el momento, nada.

—Pero ¿cómo es posible?

—Tenemos las líneas sobresaturadas y no recibimos comunicación del Estado Mayor.

—¿Entonces?

—Señora, la verdad es que la llamo porque, a mi modo de ver, se encuentra muy mal y me temo lo peor. Creo que sería muy conveniente que viniera lo antes posible.

Candelas quedó paralizada en ese momento de agobio, pero durante el transcurso de la tarde aguzó el ingenio y se acordó de su cuñado Adrián, el hermano médico de su marido. Rebuscó entre las agendas que tenía almacenadas por toda la casa, hasta que al final, en una de bolsillo que su marido guardaba en un cajón de su mesilla de noche, encontró su número de teléfono. No vaciló ni un segundo y rápidamente intentó ponerse en contacto con él.

La primera llamada la dirigió hacia su casa, pero nadie descolgó el auricular. La segunda la realizó a la consulta, y esta vez, aunque tampoco se encontraba allí, una señorita tomó el recado y aseguró que en cuanto se pusiera en contacto con el doctor, le comunicaría la urgencia del caso. No fue hasta última hora de la mañana siguiente cuando Candelas pudo comunicarse con su cuñado.

—Hola, Candelas; ¿qué ocurre?

Relató sin omitir nada el contenido de la conversación que mantuvo con el asistente de su marido.

—Tenemos que partir de inmediato hacia el lugar donde se encuentra Antonio —aconsejó Adrián después de conocer los detalles.

—¿Cómo nos organizamos?

—Como desde Santiago estamos mucho más cerca, me parece que lo más aconsejable es que te desplaces hacia aquí y luego nos dirijamos en su busca.

—Salgo ahora mismo —contestó Candelas.

Dos días completos tardó la cuñada en recorrer la distancia que separa ambas ciudades. Ya era noche cerrada cuando llamó a la puerta de la casa. Enseguida pudo comprobar cómo los años habían envejecido a Adrián, así como la gran preocupación que reflejaba su rostro.

—¿Nos vamos? —preguntó Candelas.

—No. Es mejor esperar a mañana y salir con la luz del sol. En esta parte de la isla las carreteras no son seguras de noche; podemos sufrir un ataque de cualquiera de los bandos —contestó Adrián.

—¡Está bien! Saldremos muy temprano, de madrugada.

Apenas consiguieron dormir aquella noche; se mantuvieron despiertos con los múltiples análisis que ambos desarrollaron sobre la delicada situación profesional de Antonio y sobre las dificultades por las que atravesaban los hacendados cubanos, y en especial La Palma del Indiano, lugar donde residía Candelas con sus hijos desde el fallecimiento de su madre. Por último, se pusieron al día en cuanto a los acontecimientos familiares. A la mañana siguiente, apenas recién levantada el alba, tomaron un vehículo y partieron en busca de Antonio. Bernardo también los acompañó en el viaje, pues no hubo manera de hacerle cambiar de opinión; con trece años, ya tenía perfectamente decidido que quería ver a su padre a toda costa. Durante el viaje, también tuvieron tiempo para hablar del estado sentimental de Adrián, quien aún continuaba soltero.

—Me casaré después de que lo haga Bernardo —contestó Adrián para gastar una broma a costa de su sobrino.

Después de una dura jornada de viaje, llegaron por la tarde a las proximidades del campamento militar donde se encontraba el coronel Rubiatos; tuvieron que pasar por varios controles que a simple vista aparentaban ser muy serios, pero en cuanto facilitaron su identidad y el motivo de su visita, se les permitió el acceso de inmediato. En el último de los puestos, un cabo los escoltó con su motocicleta hasta las dependencias del puesto de mando.

—Algo no va bien —comentó Candelas mientras se acercaban a su destino final.

—¿Por qué? —preguntó Adrián.

—No sé, nos miran de manera muy rara esos militares.

—Estás cansada y nerviosa; seguro que son apreciaciones infundadas.

—Quizás. Ya tengo ganas de ver a Antonio.

—En unos minutos estarás con él.

A indicaciones del motorista, aparcaron su vehículo a la puerta de una especie de barracón, tipo tienda canadiense con techo duro de madera, que hacía las veces de hospital de campaña. Antes de entrar, ya los esperaba el comandante Cristóbal, asistente del coronel y autor de la llamada telefónica a Candelas.

—Bienvenidos; por favor, pasen y siéntense —los invitó a entrar.

—Somos la esposa e hijo del coronel Rubiatos, y su hermano

Adrián, que es médico.

—Encantado; ya sé quiénes son ustedes por los avisos que he recibido de los puestos de vigilancia. Mi nombre es Cristóbal Mesanza, y en ausencia del coronel soy el máximo responsable de este campamento.

—¿Dónde se encuentra mi marido?

—¡Síganme! Se encuentra en la sala contigua.

Efectivamente, enseguida se situaron a los pies de un pequeño camastro donde Antonio se encontraba tumbado; estaba inconsciente y en pleno proceso de delirio. Repetía una y otra vez «¡Devolvedme la cartera!».

—¡Mamá! Pide su cartera —intervino el pequeño Bernardo.

—No sabemos a qué cartera se refiere —contestó el comandante Mesanza.

—Se refiere a una cartera en la que guardaba documentos para él muy valiosos —explicó Candelas.

—¿Sabe usted el contenido de esos documentos? Porque por más que buscamos no hemos encontrado nada —preguntó el comandante Mesanza.

Antes de que contestara, y mientras el comandante argumentaba esa somera explicación, Adrián aprovechó ese breve instante para hacer un rápido gesto revelador a su cuñada, casi imperceptible ante los demás, para que callara y no dijera nada que los pudiera comprometer.

—Mi marido, en una de las últimas conversaciones telefónicas que mantuvimos, me comentó la existencia de una cartera con documentación que le interesaba mucho; pero jamás tuve acceso a tales papeles.

Candelas contestó con mucha serenidad y de manera contundente al entender con claridad el mensaje de Adrián.

—Ya, comprendo. Pero ¿no le anticipó nada sobre su contenido?

—Pues solamente dijo que recopilaba información que más adelante podría necesitar.

—¿Necesitar? ¿Para qué?

—No le puedo precisar exactamente para qué necesitaba esos papeles, pues ni siquiera me explicó de qué trataban.

—¿Y usted? —preguntó Mesanza a la vez que dirigió su mirada hacia Adrián.

—Mi hermano y yo no mantenemos demasiadas conversaciones. Es más; desde la última vez que hablamos ha transcurrido casi un año. Ni sabía de la existencia de semejante documentación. Pero ¿por qué tiene tanto interés? —preguntó Adrián.

—No tengo ningún interés; es que pide su cartera con mucha insistencia y no consigo que nadie me facilite una explicación sobre el contenido y el paradero de ese dichoso portafolios, si es que ha existido alguna vez.

—¡Sí que existe! —exclamó indignado Bernardo en su tierna inocencia.

—¿Y tú? ¿Cómo lo sabes?

—¡Porque me lo contó mi padre!

—¡No digas tonterías! ¡Cómo te va a contar una cosa así tu padre! —intervino Candelas.

—¡Sí que me lo contó! Además, me dijo que aquello le podría salvar si le echaban la culpa de algo.

—¿De qué? —preguntó intrigado Mesanza.

—No sé; también me dijo que era muy pequeño para entender esas cosas de mayores.

—Pero ¿qué más te contó?

—Nada, solo me dijo que tenía unos papeles muy importantes guardados en una cartera; por eso sé que existe.

—¡Bueno, dejémoslo estar así! Ahora me gustaría examinar a mi hermano —solicitó Adrián.

—Por mi parte no hay inconveniente, pero creo que deberíamos contar con la presencia de nuestro doctor; al fin y al cabo, es quien mejor puede informar de su estado y del tratamiento que le ha suministrado desde que se inició la enfermedad que padece.

El comandante aceptó su petición porque se convenció de que nada sabían del contenido de la cartera.

—¡Por supuesto! —contestó Adrián.

—No tendrán que esperar mucho; hace rato le mandé llamar y debe de estar a punto de llegar.

Los recién llegados permanecieron al lado del humilde catre mientras aguardaron la llegada del médico militar. A pesar del intenso ajetreo que provenía del exterior y del tono de las conversaciones que mantuvieron en su improvisada habitación, el coronel permaneció sumido en un profundo sopor, muy parecido a la inconsciencia propia de un estado comatoso, que hacía presagiar los peores augurios para el restablecimiento de su salud. En cuanto estuvo presente el médico del regimiento, Adrián compartió con él un exhaustivo reconocimiento al enfermo que se prolongó por espacio de casi dos horas, mientras Candelas y Bernardo esperaron impacientes las noticias junto con el comandante en un compartimento habilitado para ello.

—¡Veréis! No sé cómo deciros esto, pero desgraciadamente me

parece que Antonio está muy grave; creo que hemos llegado demasiado tarde —los informó Adrián con lágrimas en los ojos.

—¿Tarde? —preguntó Bernardo.

—¿Qué quieres decir? —intervino Candelas.

—Debéis ser fuertes en estos duros momentos; si no me equivoco, y por mucho que me duele, estoy convencido de que mi hermano está sentenciado. Candelas; lo siento, pero no se va a recuperar de esta dolencia que ya le invade todo su cuerpo.

—¡No puede ser cierto! ¡Dime qué padece! —exigió Candelas.

—Creo que tal vez sea una infección generalizada que no podemos determinar con garantía de éxito con los medios que hay en este hospital de campaña. Mi colega, aquí presente, le ha tratado de una infección estomacal, que a juzgar por sus síntomas iniciales parecía lo más correcto. Sin embargo, está a la vista que el diagnóstico no fue acertado, pues el estado de su salud ha empeorado. Por eso, quiero solicitar su permiso para trasladar a mi hermano a un hospital en La Habana —se dirigió hacia el comandante Mesanza.

—¿El coronel está en condiciones físicas para viajar? —preguntó el comandante Mesanza al doctor militar.

—En mi opinión no lo está; puede morir antes de llegar a la capital. Sin embargo, también estoy convencido de que si no le movemos urgentemente a un centro hospitalario, fallecerá sin remisión en breve plazo. Aquí no tenemos medios para curarle, si es que aún estamos a tiempo —contestó el doctor sin reservas.

—Doctor, ¡dígame que no es verdad! ¡Ustedes se han equivocado, no es posible que esté tan enfermo! —Candelas lloraba desconsoladamente.

—Señora, los primeros síntomas fueron muy parecidos a los de una gastritis y luego derivaron hacia lo que parecía una infección duodenal. Le hemos suministrado todos los medios de los que disponemos y, sin embargo, no ha mejorado. Por tanto, tengo que ser realista y aceptar la propuesta de su cuñado como la única viable en estos momentos para intentar salvar la vida de su marido. Aquí ya no podemos hacer más por él —aseguró el médico militar.

—Tampoco tenemos medios materiales para trasladarle en ambulancia —informó el comandante Mesanza.

—No hace falta; le llevaremos nosotros mismos en nuestro automóvil. Intentaremos mantenerle estable hasta que lleguemos —intervino Adrián.

—Pronto será de noche y no es aconsejable viajar en estas condiciones. No nos podemos responsabilizar de su seguridad —

comentó el comandante.

—No nos importa, correremos ese riesgo. Si hay una oportunidad de salvarle, será si partimos de inmediato —contestó Adrián.

—Pueden salir cuando quieran. —Después de pensar unos segundos, al final accedió el comandante.

—Muchas gracias —contestó Candelas.

—Tengan estos analgésicos para el camino. Mucha suerte —se despidió el doctor militar.

—¡Vamos a necesitarla! —contestó Adrián en nombre de los tres.

Candelas, en cuanto se encontraron en el interior de su automóvil y tuvieron al enfermo acomodado de la mejor manera posible, se dirigió hacia su cuñado.

—¿Me puedes explicar qué le ocurre a Antonio? —preguntó enfadada.

—Ahora no es el momento. Espera.

—¿A qué tengo que esperar?

—¡A que estemos fuera de los límites de este maldito campamento militar! —contestó con brusquedad.

Enseguida volvieron a atravesar los puestos de control para encaminarse, sin demora, esta vez hacia la capital. Tenían que circular muy despacio, pues tanto el estado de la carretera como la precaria salud de Antonio no permitían mayor velocidad. Además, los combates se habían recrudecido en los últimos días y se hacía necesario ir con mucha precaución para no encontrarse en medio de un fuego cruzado entre fracciones enemigas. La enorme preocupación de Candelas se hizo patente tan pronto como abandonaron la zona controlada por las fuerzas presidenciales y se encontraron a una distancia prudencial.

—¿Puedes ahora? —preguntó muy seria.

—¡A mi hermano le han envenenado!

—¡Te has vuelto loco! ¡Eso es imposible!

—¡Es más! Te diré que han utilizado arsénico.

—Pero ¿sabes lo que insinúas?

—¡Lo sé perfectamente!

—¡No es posible! Nadie se dedica a matar a sus propios compañeros. Además, no tienes ninguna prueba. Creo que lo mejor es llegar cuanto antes, curar a tu hermano y dejar de pensar en cosas extrañas.

—Es verdad que no tengo pruebas de lo que afirmo, pero he visto demasiadas veces los síntomas del envenenamiento por

arsénico y te aseguro que lo sé distinguir mejor que nadie.

—Pero el médico militar no se ha dado cuenta.

—Con los medios que tienen en ese cobertizo cochambroso es muy difícil detectarlo si no se tiene experiencia en este tipo de dolencias; o quizás no necesitan hacer ninguna prueba porque saben perfectamente lo que le ocurre a Antonio.

—¿Qué dices? ¿Cómo van a dejarle morir? Eso no puede ocurrir, salvo…

—Que hayas sido tú mismo el suministrador del veneno —Adrián terminó la frase por su cuñada.

—¡Por favor, Adrián! No inventemos historias. Además, si lo que apuntas fuera cierto, no nos habrían dejado llevarnos a Antonio.

—¡Candelas! ¡No me escuchas! No quieres aceptar que mi hermano no tiene cura. Nos han permitido recoger a Antonio porque ya no tiene salvación; el veneno ha invadido los órganos vitales y su fallecimiento se producirá en cuestión de horas, tal vez minutos.

—¿No te equivocas con tu diagnóstico?

—¡Ojalá! Pero los síntomas, para mí, son muy claros. Cuando alguien está envenenado por arsénico, lo que primero experimenta son dolores de cabeza que, en principio, no incitan a pensar en tal acción. Más adelante, esos dolores se transforman en sensación de mareo, acompañado de adormecimiento y cosquilleo en las manos y los pies; eso nos indica que el enfermo está en el inicio de la intoxicación, pero aún los síntomas que presenta el enfermo no son definitorios de su mal y suelen engañar a los médicos que le tratan, si no conocen el origen de su estado. El dolor de estómago suele ser muy común; por eso, el médico militar le trató de gastritis; luego, de gastroenteritis, y por último, de infección duodenal. De ahí las náuseas, diarreas y vómitos de mi hermano en la fase inicial. Sin embargo, los síntomas anteriores, unidos a esa tos seca que presenta, a la debilidad generalizada, a la salivación verde amarillenta, la alteración evidente en el habla, esa sudoración pegajosa y fría, el color rojizo de la piel y el delirio ya no indican un problema de infección estomacal.

—¿Entonces?

—He visto muchas veces la combinación de todos estos síntomas junto con otros adicionales que también he podido comprobar en Antonio, tales como el olor de aliento a ajo, arritmia ventricular y sus dificultades respiratorias, cardiovasculares y neurológicas. En todos esos casos a los que he asistido, y que coinciden plenamente con las dolencias de mi hermano, el origen fue siempre el mismo:

envenenamiento por arsénico.

—¡No sabes lo que dices!

—¡Por favor, créeme! No me lo hagas más difícil de lo que ya es de por sí. En realidad, Antonio ha muerto hace tres días.

Candelas y Bernardo se derrumbaron al escuchar aquella rotunda afirmación.

—Entonces, ¿mi padre se va a morir? —preguntó Bernardo con tono doliente.

—Mi querido sobrino, lo que tenemos a nuestro lado no es el Antonio que hemos conocido; esto que vemos son los restos insalvables de una persona que nos ha querido mucho durante su estancia en esta mierda de tierra que hemos creado, y que, por desgracia, agoniza porque su tiempo se acaba irremisiblemente. Lo único que podemos hacer es acompañarle y atenderle para que le resulte lo más fácil posible y, sobre todo, rezar para que no sufra. Es una ley natural a la que todos estamos sometidos, un sendero por el que tarde o temprano todos tendremos que caminar; es tan solo cuestión de tiempo.

—¡No quiero que se muera mi padre!

—Ya lo sé, pero debes ser fuerte.

En esos precisos instantes, el enfermo recobró la consciencia y reconoció de inmediato a sus acompañantes. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para dirigirse a ellos, pues había perdido la coordinación del habla. Su cara, a pesar de reflejar nítidamente sus dolencias, quería mostrar su alegría por tenerlos tan cerca. No soltó la mano de su amada ni un segundo mientras con la otra acariciaba torpemente la cabeza de su hijo mayor; dirigió su mirada hacia su hermano en señal de agradecimiento. Se sintió aliviado por contar con su presencia. De manera entrecortada y cansina, preguntó por sus documentos, pero ninguno quiso contestar a su demanda.

—¡Cuánto te quiero! —le susurró a Candelas.

—¡Mi amor! —solo le pudo contestar con estas dos palabras.

—Aguanta, que pronto llegaremos a casa —le animó su hermano.

—Me equivoqué, debí quedarme con vosotros —reconoció en voz muy baja.

—No pienses más en ello; ahora debes curarte —señaló Adrián.

—Cuando te pongas bueno, yo te sacaré de paseo todas las tardes por el jardín de La Palma del Indiano —le prometió Bernardo.

—Esto vale toda una vida —contestó con muchas dificultades.

Fue lo último que le oyeron decir. Después, cerró nuevamente

los ojos para caer en un profundo sueño, pero sin soltar la mano de Candelas. Las horas transcurrieron implacablemente; después de transcurridas veinticuatro sin descanso, excepto para atender las necesidades más imprescindibles, bien adentrados en la oscuridad de la noche, cuando apenas comenzaron a divisarse las primeras luces de La Habana, Candelas notó cómo Antonio respiró de manera algo más ajetreada de lo habitual; eran sus últimas bocanadas de aire. Luego, en silencio, expiró entre sus brazos. Ella también quedó en silencio, abrazada al cuerpo inerte de su marido. No quiso decir nada; se guardó para sí aquellos imborrables momentos en compañía de su esposo. Quiso que quedaran en su recuerdo como los instantes de intimidad que reemplazaron a todos aquellos que no pudo tener en su compañía desde que fue destinado al frente de sierra Maestra. Al llegar a su casa, ordenó a su hijo que se acostara y no hiciera ruido, porque su padre acababa de dormirse. A su cuñado, y una vez que estuvieron solos, le contó la verdad. Después, ambos se quedaron toda la noche para velar y preparar el cuerpo de Antonio.

—¿No es mejor que nos ayude alguien del servicio? —preguntó Adrián.

—Quiero hacerlo yo misma. No voy a consentir que nadie me sustituya; es mi decisión final.

—Quería evitarte el mal trago.

—El disgusto lo llevo en el alma y ahí se quedará para siempre. Si averiguo que Antonio ha sido envenenado por orden de Batista, te juro por Dios que no volveré a comulgar con sus ideas ni a colaborar con nadie de su gobierno. Es más; ayudaré en todo lo que pueda a los revolucionarios para que le expulsen del poder para siempre.

—Necesito hacerle pruebas que confirmen mi teoría.

—¿Qué necesitas?

—Lo más fiable sería una autopsia, pero no creo que nos consientan tal cosa.

—¿Cómo que no?

—No sueñes; si estuviéramos en Santiago, allí tengo amigos que me ayudarían. Pero en La Habana, no nos dejarán.

—¿Entonces?

—Tendremos que basarnos en pruebas de laboratorio. Espero que sean suficientes para apuntar algún indicio.

—¿Qué hacemos?

—Córtale las uñas y el cabello todo lo que puedas; cuanto más largos sean los mechones, mejor. Yo le sacaré sangre de la femoral e

intentaré obtener el humor acuoso que pueda; creo que aún estamos a tiempo. Luego, depositaremos todas las muestras en estos recipientes estériles y las llevaré a Santiago para que las analicen.

—De acuerdo.

A primera hora de la mañana, un grupo de militares de alta graduación acudió a la casa del coronel para comprobar su estado de salud. Llevaron la lección muy bien aprendida, pues en cuanto comprobaron su fallecimiento ordenaron el traslado de sus restos a una capilla ardiente que el Ministerio de la Guerra tenía preparada para tales situaciones.

—¡Señores! Mi marido no va a salir de esta casa —se opuso enérgicamente Candelas.

—La tradición exige que su cuerpo sea expuesto y velado por militares. Se trata de honrar a un héroe de guerra —insistieron los visitantes.

—¡De ninguna manera va a abandonar su hogar! —Candelas se mostró inamovible en su decisión inicial.

—Además, el presidente quiere condecorarle en un acto público castrense —no se rindieron con sus pretensiones.

—Si Batista quiere imponerle una medalla, tiene que ser en La Palma del Indiano. —Candelas se volvió a mostrar muy firme.

—¿No se da cuenta de que el presidente no puede venir hasta aquí?

—De lo que me doy cuenta es de que mi marido ya no necesita ningún tipo de reconocimiento oficial. Si no quiere, no hace falta que venga; al coronel Rubiatos le sobran todas las condecoraciones del mundo.

—¡Está bien! No insistimos más, pero dejaremos un retén de soldados para que monten guardia durante el velatorio hasta que sus restos sean enterrados; esta petición no es negociable.

Candelas comprendió que no podía tensar más las negociaciones, pues se exponía a que se llevaran el cuerpo de Antonio por la fuerza. A esas alturas, cualquier acción, por descabellada que pareciera, era posible; sobre todo, si existía el riesgo de averiguar algo inconveniente para el gobierno. Enseguida entendió que los militares desearon evitar el uso del cadáver en pos de realizar análisis clínicos para determinar las causas del fallecimiento. Una vez que se marcharon los representantes de las Fuerzas Armadas, se procedió a preparar el cuerpo de Antonio y a avisar del óbito a los familiares y amigos. Pronto, una riada de visitantes comenzó a personarse en la hacienda para rendir su último homenaje al coronel. A todos sorprendió el avanzado estado

de putrefacción que presentaban sus restos.

—¿Por qué se descompone tan rápidamente? —preguntó Candelas a su cuñado.

—Es un claro síntoma que confirma mis temores. Antonio ha sido envenenado lentamente con arsénico —contestó Adrián.

Batista no condecoró al coronel, pero, en cambio, Antonio Rubiatos fue enterrado bajo la sombra de la gran palmera africana de La Palma del Indiano para continuar así con la tradición instaurada desde tiempos de la abuela Salomé. Sin su presencia en el frente, sus antiguas tropas se desmoronaron rápidamente y siguieron el ejemplo del resto del ejército presidencial. En cuanto Adrián recibió los resultados de los análisis que confirmaron sus sospechas, se lo hizo saber a su cuñada. Ese día, los revolucionarios ganaron una fiel colaboradora que les serviría con inusitada entrega.

CAPÍTULO XXXIV

Meses después, los acontecimientos se precipitaron demasiado deprisa en favor de las fuerzas rebeldes. La situación estaba tan deteriorada que no permitió a los analistas militares encontrar un motivo claro, lógico y concreto que pudiera explicar su contundente derrota ante unas fuerzas peor dotadas, menos numerosas y sin la adecuada preparación. A pesar de esa incredulidad inicial, lo cierto fue que a principios del año de 1959, concretamente el 8 de enero, algo más de dos años exactos desde que desembarcara el grupo de guerrilleros denominado 26 de julio, Fidel Castro entró triunfante en La Habana. No se pudo evitar que Batista huyera del país con un cargamento importante de bienes, o quizás ya estaba pactada de antemano una retirada digna para el presidente saliente. Comoquiera que fuere, ese acontecimiento marcó el inicio de la revolución castrista para Cuba.

La noche anterior al mismo día en que Fidel se hizo con el control de la capital, Candelas recibió la inesperada visita de su cuñado Adrián.

—¡Qué sorpresa!

—Hola, Candelas. ¿Qué tal estáis?

—Todos bien. ¡Pero, cuéntame! ¿Qué te trae por aquí sin avisar?

—He tenido que venir a La Habana y he aprovechado para veros por sorpresa.

—¡Qué alegría!

Después de saludar a sus sobrinos y hablar un rato con ellos, se acomodaron en la sala para proseguir con la conversación. En aquel momento, Candelas sospechó que el motivo de la presencia en su casa de Adrián no era meramente casual; alguna intención más contenía su visita, que aún no había salido a la luz.

—No me lo has contado todo, ¿verdad?

—Es cierto. Hay algo más.

—¡Pues cuenta!

—El orden constitucional que hoy conocemos está a punto de desaparecer para girar completamente hacia un nuevo futuro más justo para todos.

—No entiendo.

—Mañana, Fidel Castro se hará con el poder en Cuba y

comenzará con una serie de cambios radicales en pos de conseguir un reparto más equitativo de la propiedad y del trabajo; queremos erradicar la pobreza que atenaza a la mayoría de la población cubana.

—¿Queremos?

—Sí. Desde hace años soy un estrecho colaborador de las fuerzas castristas.

—¿Tú? ¿Cuánto de estrecho?

—Muy próximo.

—¿Hasta qué punto?

—Soy el médico personal de los hermanos Castro y también de algunos de los máximos responsables del partido. He ocupado en la clandestinidad cargos vitales en Santiago en favor de las fuerzas revolucionarias. Durante este tiempo, he salvado algunas vidas muy importantes, por lo que se me tiene en alta estima, además de que se me deben algunos favores. Mis opiniones tienen mucho peso y ocupo un puesto relevante en la cúpula que se encarga de la toma de decisiones. He colaborado muy activamente para la consecución final de unos objetivos que pronto verán culminada la primera fase de una ardua tarea que aún nos queda por delante. Mis compañeros me conocen y saben que estoy dispuesto a entregar mi vida por los ideales de nuestra causa, y en consecuencia se me tiene reconocido.

—Entiendo; eres un personaje importante dentro de la dirección del alto mando revolucionario. —No le salieron otras palabras a una aturdida Candelas.

—Si lo trasladas a términos militares, algo parecido.

—Bueno, ¿y qué quieres de nosotros? —preguntó con recelo.

—No quiero nada. Tan solo vengo a preveniros.

—¿De qué?

—Es inminente el cambio que te acabo de comentar. Por tanto, hasta que no te diga lo contrario, debéis permanecer en casa; sobre todo los primeros días.

—¿Y los colegios de los niños? ¿Y las compras? ¿Y todo lo demás?

—¡Olvídate ahora de eso! De momento, permaneced en casa a la espera de acontecimientos. Es mejor que os vea el menor número de gente posible. El mundo que conocemos se va a reestructurar y nadie sabe cómo pueden actuar esos incontrolados que siempre existen camuflados entre las muchedumbres. ¡Esperad mi aviso!

—Pero ¿por qué?

—Porque tú, tu familia y otras parecidas representáis una parte del poder que acabamos de expulsar de Cuba. En opinión de mucha

de la gente que ha sufrido durante generaciones tantos atropellos, los ricos sois los responsables de sus males y de sus miserias. Para ellos, os habéis enriquecido a costa de su sangre y de su sudor. Piensan que ahora ha llegado el momento de rendir cuentas. ¿Lo entiendes?

—¡Eso que dices no es verdad! ¡En mi familia, desde tiempos inmemoriales, siempre hemos dado trabajo a todo aquel que quería trabajar! El problema que continuamente encontramos, desde la época de mis abuelos, fue que no había gente dispuesta a sacrificarse por un salario. Es cierto que nos hemos enriquecido, para eso expusimos toda nuestra fortuna en esta tierra. Pero también lo es que muchas generaciones de cubanos han podido sobrevivir gracias a los sueldos que siempre les pagamos.

—¡Candelas! No he venido a discutir contigo sobre las bondades o las maldades de los grandes hacendados cubanos. ¡No tenemos ni un segundo que perder! Las decisiones nacionales ya no dependen de los anteriores gobernantes. ¡Todo va a cambiar en un breve espacio de tiempo! Las cosas están así, y cuanto antes nos adaptemos, mejor para todos.

—¿Qué puedo hacer? ¿Y mis hijos? ¿Y mis propiedades? ¿Y el resto de mi familia?

—De momento hay que esperar a ver qué ocurre; luego, ya veremos. Avísalos, diles que hagan lo mismo; cuéntales sin demora lo que te he dicho. Mañana, cuando todo esté consumado, me pasaré por tu casa para informaros de lo que pueda. No os mováis de aquí por nada del mundo, ¿entendido?

—No te preocupes, así haremos. Muchas gracias por tus desvelos; nunca lo olvidaré.

—¡Adiós! ¡Hasta mañana!

Salió a toda prisa para ser visto lo menos posible; mientras tanto, Candelas se apresuró en avisar a sus tíos para que siguieran los consejos que Adrián le acababa de transmitir. Después, la noche transcurrió muy lentamente envuelta entre continuos sobresaltos que impidieron el descanso de los miembros adultos de la familia; sintieron honda inquietud motivada por las dudas que les surgieron sobre su futuro, sobre todo después de conocer los próximos acontecimientos que les aguardaban. Los cercanos estruendos de las baterías artilleras también contribuyeron a fomentar un desasosiego general que no les permitió conciliar ni tan siquiera un liviano sueño.

El día siguiente, tal como vaticinó Adrián, materializó la victoria de las fuerzas castristas, simbolizada para la historia con la entrada

triunfal de Fidel Castro y sus seguidores en la capital del país. La mayoría de la población salió a la calle para agasajarlos y para compartir con ellos la alegría de haber vencido a las tropas presidenciales. En cambio, las dotaciones militares permanecieron encerradas en sus cuarteles junto con todo su material bélico intacto, mientras los oficiales rendían sus armas a los ganadores de la confrontación nacional. Por último, otra parte de la población, una minoría muy localizada, permaneció encerrada en sus casas a la espera de que se produjeran nuevos acontecimientos. Eran los dueños de unas casas coloniales que conservaban el sabor de aquella época ya casi olvidada de presencia activa de gobiernos españoles; unas mansiones que todos conocían por sus nombres impresos en la línea frontal de sus fachadas y que solían hacer mención al origen de sus primeros propietarios o recordaban a lugares inolvidables de la vieja España.

Los grandes edificios oficiales, con sus impresionantes fachadas bellamente decoradas y con sus sutiles refinamientos interiores, esos que simbolizaron que la cultura hispana había calado en lo más profundo de los sentimientos cubanos, fueron los primeros en ser ocupados. Todos deseaban participar del uso y disfrute de las magníficas propiedades e instalaciones, pero nadie se quiso hacer responsable de su mantenimiento y cuidado. Por eso, en poco tiempo, el abandono y el deterioro transformaron la ciudad que antaño se conoció como la Perla del Caribe y pasó a ser un triste recuerdo de lo que pudo haber llegado a ser como ninguna otra.

Nadie sabía qué hacer en concreto ni qué postura adoptar que fuera la más conveniente en aquellos momentos de general desconcierto. Parecía que solo unos pocos tenían una idea clara de lo que ocurriría en las próximas horas. Uno de esos agraciados parecía ser el propio Adrián, quien en cuanto pudo cumplió con su promesa y apareció sin avisar en casa de Candelas. Con ella estaban sus hijos y unos apesadumbrados Paula y Adán, quienes a su edad no se veían con fuerzas para entender aquellos cambios. Su mundo; ese que siempre conocieron, se derrumbaba por segundos, y nada podían hacer por evitarlo. Un nuevo orden social, que implicaba como premisa principal una nueva distribución de la riqueza, se acercaba velozmente y los iba a arrollar sin remisión, si no eran capaces de adaptarse a los nuevos tiempos venideros.

—Me alegra ver que estáis todos juntos —saludó Adrián.

—¿Qué ocurre en las calles? —preguntó con desconsuelo Paula.

—¡Todo está a punto de cambiar! ¡Fidel ha tomado el poder; a partir de hoy, la nación comenzará a recuperarse! —contestó

eufórico.

—¿Y nosotros? ¿Qué va a ser de nosotros? —intervino Adán.

—Lamento deciros esto, pero en opinión de los nuevos gobernantes representáis a esa minoría perversa que ha participado en la quiebra de la República de Cuba para beneficio propio. Se piensa que os habéis lucrado a costa del pueblo cubano y ahora ha llegado el momento de resarcir a los perjudicados por vuestras acciones.

—Pero…

—¡No vale la pena seguir con esta discusión! Lo mejor es ser prácticos y solucionar primero vuestra seguridad; luego, conforme se presenten los problemas, ya veremos como conseguimos arreglarlos —interrumpió Adrián.

No le gustó a Adán que le interrumpiera la contestación que iba a razonar en su descargo ante la grave acusación formulada; sin embargo, en esos momentos desconocía que esa situación sería el inicio de una serie de desprecios mucho más dolorosos, que en lo sucesivo tendría que soportar hasta el final de sus días. Fue la muestra de lo que se avecinaba; la primera vez que aprendió a guardar silencio en contra de algo que le perjudicaba y que para su ética personal supuso aceptar una ofensa injusta sin tan siquiera defender sus derechos. Todos los presentes, que estaban educados bajo las mismas normas, entendieron su dilema, pero también aprendieron a mantener su misma postura de prudencia. Todos, a excepción de Candelas, quien parecía compartir parte de las acciones emprendidas por los vencedores y comulgaba con bastantes de sus ideas revolucionarias. Sus tíos achacaron su comportamiento a su sed de venganza contra Batista y sus partidarios, a quienes hacía directamente responsables de la muerte de su marido en aquellas extrañas circunstancias.

—¿Qué ocurre en la capital? —preguntó Candelas.

—¡Muchas cosas! ¡Tenemos un reto importante! La gente está volcada en las calles, porque ya celebra la llegada de Fidel al poder. Se les ha prometido que las instituciones corruptas comenzarán, poco a poco, a ser desmanteladas y sustituidas en bloque por otras compuestas por seguidores de la causa; los bienes malversados deberán ser confiscados y repartidos entre quienes más los necesitan; los asesinos y represores del anterior presidente serán castigados según la gravedad de sus crímenes. Las actuaciones de los próximos días marcarán el futuro de nuestro país; los partidos políticos que sirvieron a los propósitos de Batista serán disueltos por traición; se tomarán medidas populares para beneficiar al pueblo y

se legislará con el pensamiento puesto en favorecer al bien común y no a las pequeñas minorías de antaño.

—¡Hablas como un político! —le increpó Adán.

—¡Desde hoy, ciertamente que lo soy! —contestó sin vacilaciones.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó atemorizada Paula.

—¡Nada, de momento! He intercedido por vosotros y parece que mis palabras van a ser tenidas en cuenta. Os prometo que en la medida que pueda intentaré protegeros, aunque no os prometo nada. De todos modos, debéis aceptar cuanto antes que un cambio importante se avecina en vuestra antigua forma de vida. Es casi seguro que no vais a poder conservar la mayoría de vuestras propiedades.

—Pero ¿por qué razón? —intervino Adán visiblemente molesto.

—El futuro gobierno ha conseguido llegar al poder gracias a la ayuda campesina y al apoyo del Partido Comunista. A cambio, ha prometido que hará realidad tres viejos sueños revolucionarios: la reforma agraria, la expropiación de las grandes haciendas y la nacionalización de los bienes. Por tanto, en breve plazo todo pasará a formar parte de la riqueza nacional cubana. De esta manera, será el propio Estado quien ostente la titularidad de la totalidad de las propiedades existentes en suelo cubano, y los ciudadanos pasarán a disfrutarlas como inquilinos con rentas simbólicas que se les descontarán automáticamente de sus salarios.

—¿Qué salarios? —exclamó Adán.

—¡Todos tendrán un trabajo que les permitirá vivir con dignidad! Las reformas que se van a iniciar de inmediato van encaminadas a favorecer a los trabajadores, campesinos, precaristas y arrendatarios. Por fin, se beneficiará al pueblo cubano oprimido —contestó Adrián.

—¡No entiendo nada! Lo único que parece estar claro es que, sin vergüenza alguna, vienen a quedarse con nuestras propiedades —exclamó Paula.

—¡Dejémoslo estar así! No es cuestión de discutir entre nosotros. Creo que lo mejor es que me quede con vosotros hasta que esta situación se aclare —se brindó Adrián.

—¡Muchas gracias! Creo que es lo mejor —contestó Candelas.

—Nosotros nos volvemos a casa —anunció Adán.

—Es mejor que no os mováis de aquí —aconsejó Adrián.

—Pero no podemos dejar las otras haciendas abandonadas —señaló Paula.

—¡No están abandonadas! —anunció Adrián.

—¿Cómo? —preguntó Adán.

—No quería disgustaros aún más, pero creo que en estos momentos las fincas La Mercenaria y La Alameda Verde están ocupadas por miembros del comité central y sus familias. Hacedme caso; es mejor que os quedéis aquí.

—¡Esto es un atropello injustificado! ¡No hay ordenamiento jurídico que permita esta tropelía! ¡Es un robo manifiesto! ¡Esto solo puede ocurrir en una dictadura militar represiva! —contestó Adán, fuera de sí.

—Pero ¿nuestros efectos personales? —solicitó ayuda Paula.

—A partir de hoy, en Cuba no hay nada personal ni propio; todo es de todos —informó Adrián.

—¡No hay derecho! ¡Son unos malhechores!

—Querido Adán; delante de mí puedes decir lo que te venga en gana, pero si estas manifestaciones las realizas frente a miembros de la revolución, te pueden costar la cárcel por mucho tiempo.

—¡No me importa! ¡No voy a consentir este atropello!

—Lo mejor es que te calmes. Por favor; descansad aquí, en La Palma del Indiano, y mañana veré qué puedo hacer por vuestras cosas.

—¿Corremos peligro en casa? —preguntó interesado Bernardo, el hijo mayor de Candelas.

—No. He dado instrucciones a mis hombres y saben que me voy a quedar una temporada con vosotros.

El matrimonio quedó anonadado sobre el diván donde recibió la triste noticia. Tuvieron que ser ayudados por Candelas, Bernardo y Adrián, para acceder a su cuarto. El terrible disgusto los había dejado sin habla, sin apetito y con un fuerte dolor de cabeza, consecuencia de la tensión soportada hasta ese momento.

Cuando se quedaron solos en el salón, prosiguieron en el punto donde habían dejado la conversación.

—No sé qué ocurrirá mañana. Todo está muy revuelto y resulta ambiguo. El orden de las cosas no se va a mantener mucho más tiempo y debemos estar preparados para lo que pueda acontecer —comentó Adrián.

—Hablas igual que tu difunto hermano —señaló Candelas.

—Serán cosas de familia.

Durante aquella noche, los silbidos de las balas de fusiles y pistolas no dejaron de oírse, al igual que las detonaciones de continuos disparos que hacían presuponer celebraciones de júbilo y alegría por el triunfo conseguido o quizás ajustes de cuentas pendientes y depuraciones de personajes marcados por los nuevos

gobernantes.

Para la familia Ferré Benjumea, las expropiaciones forzosas, tal como les anticipó Adrián, comenzaron a producirse consecutivamente para sus tres grandes haciendas. Cuando tuvieron que abandonar La Palma del Indiano, esa extensa finca que durante generaciones había supuesto el símbolo de referencia para la longeva familia, los lloros y lamentos desgarradores no se hicieron esperar. Tanto a Paula como a Adán debieron sacarlos de su finca materialmente a rastras; se aferraban a lo único que consideraban seguro, al igual que lo hace un náufrago con una tabla de salvación. No solo suponía abandonar su casa y el medio de vida que durante tantos años habían conocido; también era alejarse del vínculo sagrado que siempre los unió, ese respetado panteón familiar que estaba protegido por la extensa sombra que proporcionaba aquella enorme palmera africana. Junto a ella, sus recuerdos, promesas y compromisos quedaban diluidos en medio de un destino incierto. Tras su salida, otras familias serían acomodadas para que trabajaran la tierra y entregaran sus frutos al único dueño de todo, el Estado, quien se encargaba de redistribuir la riqueza de una manera justa y equitativa.

Gracias a la intervención de Adrián en su favor consiguieron dos grandes y buenas casas en la ciudad, pero a cambio perdieron el resto de propiedades. De la noche a la mañana, se convirtieron en una familia de clase media, al igual que el resto de las familias denominadas hacendadas. También les permitieron llevarse consigo sus muebles, objetos de valor y efectos personales. Sin embargo, en el ánimo de los mayores, y en especial de Paula y de Adán, se suscitaban grandes dudas y desasosiegos cuando se imaginaban a los nuevos moradores de sus casas en plena transformación de aquello que con tanto mimo y cariño habían protegido durante sus vidas. No podían conciliar el sueño al pensar que las tumbas de sus antepasados serían profanadas, y la palmera, talada para reconvertir el lugar en un secadero de tabaco, un colgadero comunitario de ropa o, tal vez, algo mucho peor, como un retrete comunal. No fueron capaces de superar el disgusto que sintieron por la pérdida de su mundo y por la añoranza que padecieron por el abandono obligado de sus raíces de identidad.

Al poco tiempo, Adrián tuvo que regresar a Santiago para ocuparse de sus nuevas ocupaciones políticas, y allí decidió establecerse de manera permanente. La despedida fue dolorosa, pues le habían cogido mucho cariño, no solo por los lazos familiares que los unían, también porque se había portado muy bien con ellos

y así se lo habían reconocido. A pesar de los profundos cambios sufridos por la sociedad cubana, los Ferré Benjumea, al igual que otras muchas familias, continuaban con la antigua práctica, casi olvidada, del agradecimiento.

Fue en 1960 cuando Paula comenzó a padecer una extraña dolencia en el pecho que los médicos diagnosticaron como nervios producidos por angustia vital. A pesar de la falta de peligrosidad que aseguraron los especialistas, a mediados de año falleció víctima de un infarto de miocardio. Tal vez se lo produjo ella misma por la inmensa pena acumulada en los últimos meses o quizás fue la mejor manera de despedirse de cuantos la querían. ¡Quién sabe! Lo cierto fue que, con su muerte, Adán acababa de perder la única conexión que mantenía con su pasado, y aquella nueva situación le dejó completamente abatido y sin posibilidad alguna de recuperación. Además, comenzó a cojear ostensiblemente como ninguno recordaba. De igual modo que la tradición familiar así lo exigía, Bernardo, el hijo mayor de Candelas, aprovechó la inesperada situación para anunciar una importante noticia en medio del velatorio de Paula.

—Sé que no es el momento ni el lugar más idóneo, pero esto que os quiero contar lo tengo pensado desde hace tiempo. Quería comunicarlo antes de que se produjera el fallecimiento de la tía Paula. Perdonad, pero no tengo mucho margen de maniobra y mañana es el último día de plazo para dar mi respuesta —les dijo a los presentes.

—¿De qué se trata? —preguntó intrigada Candelas.

—Quiero estudiar en el Real Seminario Conciliar de San Carlos y San Ambrosio de La Habana. Quiero ser sacerdote —contestó con firmeza.

La madre, aunque muy sorprendida, no puso ningún impedimento a tal decisión; en realidad, aún desconocía en qué lugar se podría escapar mejor de esa virulenta situación en que se había convertido la convivencia de los antiguos propietarios de haciendas con el resto de la población cubana que no quería olvidar ni perdonarlos por su anterior condición. Lo único que comprendió en toda su extensión fue que su familia comenzaba a disgregarse, y tampoco se sintió preparada para esa eventualidad novedosa entre los miembros de su ya escasa familia. La reciente pérdida de Paula; la reclusión voluntaria de Adán, que con toda seguridad a partir de este momento se iba a agudizar; la marcha de Adrián y, ahora, la inesperada decisión de Bernardo dejaba bien a las claras que todo a su alrededor había cambiado y que esa unión familiar por la que

tanto lucharon sus antecesores estaba a punto de romperse en mil pedazos.

CAPÍTULO XXXV

El año de 1961 marcó una etapa importante en la vida de Bernardo; por fin llegó el tan esperado momento de su incorporación al Real Seminario Conciliar de San Carlos y San Ambrosio de La Habana. En aquella época, eran muchas las peticiones que quedaban sin atender, porque no resultaba sencillo ingresar en una organización tan prestigiosa, por lo que se debieron pedir algunos favores para que al final fuera admitido de pleno derecho. Las cosas estaban, por entonces, tan complicadas que nadie se atrevió a pronosticar la conveniencia o desatino de aquella decisión. «Al menos no le faltará cobijo y llegará siempre a fin de mes con comida en el plato», manifestó Adrián a Candelas cuando se enteró de la noticia.

El muchacho, desde los estudios de primaria, siempre se sintió diferente al resto de sus compañeros de clase. Incluso los profesores comentaron en sus claustros que tenía algo especial que le distanciaba de las actividades de los otros alumnos. Unos creyeron apreciar una timidez de carácter, mientras los más cercanos pensaron en un interés del chico por el pensamiento ético y por las humanidades, que le hacían prestar más atención a estos asuntos que a los juegos banales propios de su edad. En una cosa coincidían todos: Bernardo se comportaba más como un adulto maduro que como un joven adolescente. Quizás la repentina muerte de su padre junto con la pérdida de todo cuanto poseían o el derrumbe de lo que hasta entonces conocía le hicieron vivir unas trágicas experiencias que le condujeron a crearse un limbo interior a su medida, donde se refugió acompañado por sus pensamientos. No cabía duda de que su sensibilidad superaba con creces a la de sus amigos y camaradas. Comoquiera que fuere, con sus dieciséis años de edad, sus posiciones introvertidas se habían reforzado aún mucho más y la distancia en manera de razonar se había hecho mayor en relación con la del resto de sus conocidos. Conceptos como la santidad, el bien común, la ayuda a los necesitados, la ética, la moral, la religión, la fe y otros muchos conceptos elevados se agolparon todos juntos a las puertas de su adolescencia y le hicieron recapacitar sobre un futuro; entendió que ese conjunto de valores se presentaba en su vida en forma de vocación dedicada al

servicio a Dios y a los demás semejantes.

Sin embargo, y aunque los siguientes años estuvieron marcados por una fuerte educación cristiana a la que respondió con brillantes calificaciones, sus convicciones comenzaron a acercarle hacia un humanismo cristiano, situación que comenzó a ser percibida por sus profesores. Algo había cambiado en su interior en relación con esos principios personales que demostró poseer cuando ingresó en el seminario. A pesar de su interés por permanecer entre aquellas santas paredes, una duda que se le apareció a los pocos meses de su entrada y que guardó en el más estricto de los secretos aumentó de tamaño conforme creció en edad y en conocimientos.

Bernardo mantuvo aquel pulso interno hasta los veintiún años de edad a la espera de recibir alguna señal, algún signo que le indicara el camino a seguir. Después, comprendió que su permanencia en el prestigioso centro de formación religiosa obedecía más al miedo que sentía a salir al exterior y enfrentarse a la vida en toda su crudeza y plenitud de formas que a una verdadera vocación por ejercer el ministerio del sacerdocio; pensó que tenía interés sincero por hacer el bien a sus semejantes, pero ya no se sentía atraído por la vocación de religioso. Además, lo más difícil para él fue reconocerse a sí mismo y aceptarse con su condición de homosexual.

¡Sí! Homosexual. Durante este tiempo, se dijo en infinidad de ocasiones, cuando pecaba con otro compañero aspirante, que lo hacía porque no tenían cerca a mujer alguna con la que aliviarse y que, por tanto, su actitud debía ser entendida como la de un presidiario con deseos íntimos. Sin embargo, enseguida notó que algo en su interior no respondía de la manera que esperaba; se acordó de que esas diferencias con los otros las arrastraba desde sus años colegiales y no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia. No obstante, antes de tomar una decisión, quiso comunicárselo a su íntimo amigo de seminario.

—Tengo que decirte una cosa muy importante —le dijo en el recreo.

—¿Quieres que nos veamos después de clase?

—Sí.

—¿Dónde?

—En mi celda.

—Allí estaré.

Cuando llegó la hora, puntualmente llamaron a su puerta, por lo que Bernardo se apresuró a abrir sin preguntar quién era.

—Hola. ¿Qué querías contarme?

—Pues que he decidido abandonar este sitio.

—¿Por qué?

—Porque no tengo vocación religiosa y porque voy a declarar ante el director mi condición de homosexual.

—¿Estás loco? ¿Quieres que nos expulsen?

—¡Te quiero! Me gustaría que vinieses conmigo.

—¡No pienso moverme de aquí; negaré todo lo que digas!

—¡No te preocupes! No daré ningún nombre ni te comprometeré.

—¡No aguantarás la presión! Además, si quieres irte, no hace falta decir los motivos reales; vete sin dar explicaciones o invéntate otra razón.

—¡No me gusta mentir!

—¡Demasiado tarde! ¡Llevas haciéndolo casi cinco años!

—¡No quiero seguir así!

—¡Eres un flojo! ¡Es mejor que te vayas y te olvides de que me has conocido!

—¡Así haré! ¡Ahora vete! ¡Te he dado mi palabra y no te delataré, pero no quiero volverte a ver nunca más!

—¡Espero que la cumplas! Recuerda que perro no come a perro.

Aquella sería la última vez que ambos se encontraran a solas; jamás volvieron a quedar para ultimar detalles o despedirse. Con el alma encogida por el sufrimiento, reconoció que todo este tiempo había sido de engaños y mentiras con quien consideró que podría haber sido su fiel compañero de por vida. Sentimentalmente destrozado, debía acometer la segunda fase de su plan, contar la verdad sobre sus inclinaciones sexuales y la falta de vocación, lo que sin duda le supondría la expulsión inmediata. Así lo hizo, y en veinticuatro horas abandonó su condición de seminarista. Su madre había sido convocada en el despacho de dirección para recibir las noticias referentes a Bernardo y para llevárselo a casa, porque allí ya no tenía cabida. A pesar de las presiones, nunca reveló el nombre de su pareja.

Cuando abandonaba el centro, permaneció pensativo en los acontecimientos que habían transcurrido en Cuba durante su ausencia por reclusión entre aquellos muros, gracias a lo cual afortunadamente no notó la actitud de fría seriedad, casi de desprecio, que Candelas adoptó hacia él en relación con las noticias que acabada de recibir por boca del máximo responsable de la institución religiosa. En completo silencio, meditabundo, cruzó los patios con una pequeña maleta donde portaba sus escasos efectos personales; a su lado, su madre caminaba cabizbaja, avergonzada

por la condición reconocida públicamente por su propio hijo. Hasta que llegaron a la salida, Bernardo repasó mentalmente los hechos más importantes acaecidos durante estos años de encierro voluntario, y lo primero que recordó fue la muerte del tío Adán tres años después de que se produjera la de su esposa Paula. Le encontraron vestido, tumbado sobre su cama, como si esperase pacientemente la llegada del desenlace final. «Seguro que murió de pena y de soledad, porque desde que quedó viudo se olvidó de vivir», pensó Bernardo.

En el interior del seminario las noticias no se valoraban con la misma intensidad ni de la misma manera que en el exterior. Por eso, tenía muchas ganas de regresar al hogar para volver a juntarse con sus hermanos y ponerse al día de cuantas cuestiones quisieran actualizarle. Sin apenas darse cuenta, entretenido con sus pensamientos, se encontró situado frente a la puerta de entrada de la casa familiar, desde cuyo umbral sus hermanos corrieron a abrazarle; tenía frente a sí a dos jóvenes desconocidos de dieciséis y catorce años, respectivamente.

La naturaleza quiso que Bernardo se pareciera físicamente a su padre, por lo que heredó una piel muy blanca, cabello castaño y ojos color caramelo. Los años de estudio en el seminario le habían obligado a usar gafas graduadas, pero también le aportaron una manera muy diferenciada de expresarse y de gesticular que enseguida notaron sus hermanos, pero sin saber exactamente a qué se debía.

Después de los saludos de rigor, penetraron en la vivienda para que, una vez acomodados, tomara la palabra Candelas, quien explicó la situación de Bernardo con toda su crudeza y realidad. El hijo mayor no se esperaba esa reacción de su madre, pero no pudo contradecirla, pues toda la información que facilitaba a sus hermanos era absolutamente cierta. Aunque quedaron muy sorprendidos, los dos aceptaron su condición y lo que primero pensaron fue en encontrar una estratagema para que su hermano no se significara por la calle, pues al no estar bien vista su inclinación sexual en Cuba, les preocupaba más su seguridad personal que los posibles comentarios de esos terceros que siempre intentan hacer daño con la utilización indebida e insultante de las intimidades ajenas. Por el contrario, la madre dejó bien a las claras su franca oposición a esa manera de entender la vida; quiso hacerle ver que no aprobaba en absoluto sus gustos y que no debía contar con ella como apoyo para conseguir sus logros en esa materia, a la que prefería no volver a referirse. Por tanto, optó por considerar su

inexistencia y evitar así cualquier enfrentamiento sobre ese tema con su hijo mayor. Siempre pensó en Bernardo como en el sucesor natural de Antonio, pero aquella revelación frustró sus esperanzas, por lo que sufrió una terrible decepción de la que no supo reponerse. Tal vez por eso, quizás de forma inconsciente, cambió radicalmente la manera de tratar a Bernardo con respecto a sus hermanos, y este enseguida se percató del giro tan brusco que trazó su madre en su contra. No había perdido su cualidad bondadosa, por lo que prefirió no tenerlo en cuenta, aguantar las humillaciones y esperar a que Candelas recapacitara. Prefirió esperar a que con el tiempo rectificara su postura y las aguas volvieran a su cauce normal de antaño.

Para Bernardo comenzó una nueva etapa; tenía que reorganizar su vida e iniciar una nueva ocupación profesional que diera sentido a la decisión de abandonar los estudios eclesiásticos. Contó para ello con una elevada y reconocida preparación cultural, por lo que no le resultó difícil encontrar un trabajo de documentalista y archivero en el Ministerio de Cultura, actividad que le permitió ingresar unos pesos en la necesitada economía familiar. Candelas, por su parte, ejercía como profesora titular en la Universidad de la Habana, mientras Jesús y Sebastián, por su edad, continuaban con sus estudios. Al menos ahora, ingresaban dos sueldos y resultaba más fácil llegar a fin de mes. Bernardo, que no era un hombre gastoso ni caprichoso, se limitaba a quedarse con lo mínimo imprescindible para no tener que pedir prestado; el resto del salario lo entregaba a su madre como ayuda contributiva al sostenimiento de la casa.

Desde el primer día de su destierro urbano, los cuatro miembros que quedaban vivos de la familia Ferré-Benjumea debieron aprender a convivir en su nuevo estado social. Se llevaban bien con sus vecinos y compañeros de trabajo, y no parecía que tuvieran problemas con las fuerzas de orden, ni con los comisarios territoriales, ni con los delegados zonales. Conseguir la paz familiar les resultó bastante fácil, a excepción de cuando hablaban en privado de política, porque claramente se habían posicionado en dos bloques radicalmente opuestos. Por un lado, Candelas y Jesús, quienes a pesar de las pérdidas patrimoniales sufridas y del evidente empobrecimiento en su forma de vida resultaron ser proclives a la causa revolucionaria y seguidores de las campañas promovidas por el Partido Comunista Cubano. Por el contrario, Bernardo y Sebastián, que eran contrarios a la intervención gubernamental, siempre se mostraron partidarios del establecimiento de la

economía al estilo occidental del libre mercado, porque estaban convencidos de que esa postura conllevaba la libertad individual del ciudadano, condición perdida desde que Fidel entró en La Habana. Dos a dos que convertían en airadas discusiones las opiniones relacionadas con estos asuntos, que no se debían comentar en público.

—¡Si no somos capaces de ponernos nosotros de acuerdo! ¿Cómo lo van a conseguir millones de cubanos? —solía increpar con bastante frecuencia Bernardo.

—¡Cada vez somos más pobres! —añadía Sebastián.

—¡No es cierto! Cuba recupera posiciones mundialmente —informaba Jesús.

—¡Qué me importa la nación, si los súbditos pasan hambre y necesidad! —contestó Bernardo,

—¡No quiero volver a discutir sobre las causas, pero los yanquis, con su bloqueo, tienen toda la culpa! —intervino Candelas.

—¡Y nosotros también! —señaló Sebastián.

—¿Por qué? —preguntó Jesús.

—Porque nos hemos acostumbrado a vivir de la caridad soviética, y eso, tarde o temprano, nos pasará factura; ¡Ya lo veréis! —señaló Bernardo.

—¡No digas tonterías! —contestó Candelas.

Las estériles discusiones se hacían interminables. Cuando el tono de voz resultaba más alto de lo conveniente, subían la música, esas animadas salsas cubanas a todo el volumen que dificultosamente emitía aquel viejo aparato que consiguieron salvar de los muebles de La Palma del Indiano, para evitar que pudieran ser escuchados por los vecinos o por alguno de los numerosos vigilantes que velaban por la pureza del pensamiento del cubano.

Pasaron los años y Jesús terminó sus estudios en psicología; después, estuvo una temporada entretenido con la recogida de la caña de azúcar, a modo de compensación al Estado por la formación recibida. Cuando regresó a la capital, encontró un modesto trabajo en un colegio de enseñanza secundaria que desde el principio no le satisfizo lo más mínimo en cuanto a sus expectativas profesionales, pero no había otra cosa y tocaba esperar a que surgieran mejores oportunidades. Aunque se sentía aburrido y desesperado por su situación profesional, también era un hombre viril y bien parecido que alardeaba de poseer una de las conversaciones más amenas de la isla. Esas y otras características esenciales que definían su personalidad, tales como seguridad, gracejo, simpatía, educación y otras más íntimas, gustaban mucho a

las mujeres, combinación de peculiaridades que le produjeron bastantes líos de faldas. Aunque aquellas situaciones no gustaban a Candelas, sin embargo, las toleraba con bastante gracia porque suponían el contrapunto de la vida que llevaba Bernardo y que, a su entender, simbolizaba el vivo ejemplo de lo que debía haber sido y no pudo ser.

En cuanto al pequeño de los hermanos, Sebastián, cuando terminó con los estudios de formación obligatoria, se decantó por el baile profesional como parte de la vida nocturna, que era lo que realmente le apasionaba. También se distinguió por una inclinación sexual idéntica a la de su hermano mayor. Pensaron que aquella noticia acabaría con la vida de Candelas, pero en contra de todo pronóstico, fue aceptada con bastante más agrado que la condición de Bernardo.

—¡Algo habrá influido tu hermano! —le dijo cuando se enteró.

Nunca más realizó comentario adicional al respeto; se mantuvo como si no quisiera saber nada de aquello que le parecía un escabroso asunto. En cuanto a las aptitudes de Sebastián para el arte, resultaron más prometedoras de lo que inicialmente se imaginaron. En relativamente poco tiempo consiguió pasar a formar parte de la plantilla del ballet del famoso Tropicana de La Habana, y un poco más tarde llegó a ser su primer bailarín. Seguramente por lo especial del mundo donde se movía, se le notaba su condición de gay mucho más que a su hermano, quien quizás por ese exceso de responsabilidad personal que le fue inculcado desde la cuna se esforzó día tras día por dejar sus inclinaciones sexuales única y estrictamente para los momentos de intimidad compartida. Su mirada limpia, directa y profunda, unida a una calidad humana que le distinguía por intentar siempre hacer el bien a cuantos le rodeaban, le ayudaron bastante para no levantar sospecha alguna en los ambientes donde se desenvolvía con asiduidad. Mientras que en el caso del mayor había que hacer ímprobos esfuerzos por encontrarle algún deje o alguna señal sospechosa, en cambio, bastaba con hablar varios segundos con el pequeño para notarlo claramente. Sebastián nunca intentó disimular su condición y no dudó en incorporar a sus ademanes habituales multitud de gestos y poses para la galería, que acompañó sistemáticamente todos sus movimientos; en su extenso repertorio no faltaron caídas de ojos hacia el infinito, entonaciones melosas y querenciosas que solía potenciar con variaciones de tonos de voz, contoneos excesivos al caminar, así como permanentes y exagerados amagos que realizaba sin límite con manos y cabeza. En realidad, al igual que ocurría en

el resto del mundo, también en Cuba existía una valoración especial para los miembros de la farándula; a los artistas reconocidos se les dejaba ser lo que quisieran, y cuanto más se significaban, más fama y admiradores adquirían. Ese era el caso del gran bailarín del Tropicana, Sebastián Rubiatos.

Los años transcurrieron para los hermanos con demasiadas preocupaciones a sus espaldas, pues no resultó nada fácil abrirse camino en aquella durísima época. Los tres coincidían en una cuestión; no existía futuro profesional en la isla. Por eso, cuando a finales de 1979 se comenzó a rumorear que para el año siguiente el gobierno cubano autorizaría la emigración controlada hacia Estados Unidos desde el puerto del Mariel, Jesús aprovechó la ocasión para recabar toda la información posible con el fin de estar preparado para cumplimentar cuanto antes su solicitud. A primeros de 1980, y una vez diligenciada, convocó al resto de la familia para comunicarles sus intenciones.

—He pensado acogerme al permiso oficial para abandonar Cuba —les dijo.

—¿Por qué te quieres ir? —preguntó sobrecogida la madre.

—No tengo nada que hacer aquí.

—Pero siempre has creído en la revolución, ¿qué ha cambiado? —continuó la madre con sus preguntas.

—¡Y aún creo en ella! Pero en algo hemos debido de equivocarnos.

—¡Cómo es posible que digas esto! ¡No te entiendo! —continuó Candelas.

—¡Madre! Lo que no se entiende es que me tenga que ir porque aquí no puedo optar a otra cosa que no sea a un mísero salario que apenas da para acabar el mes. ¿No lo entiendes? ¿No ves que pasan los años, que envejecemos y no hemos conseguido avanzar nada?

—¡La nación sí ha avanzado!

—Tampoco lo sé; si tú lo afirmas, te creo, pero me gustaría que pensases un momento en nuestro avance en relación con otros países.

—Los países de nuestro entorno están peor que nosotros.

—Me refiero a Estados con una base de licenciados y profesionales tan grande como la nuestra. ¿No te da pena ver cómo ingenieros ocupan puestos de maleteros en hoteles con tal de estar cerca de los turistas y así recibir sus propinas en dólares? ¿No ves que se vive mejor con sus donativos que con nuestros sueldos?

—¡Calla! Si te oyen decir esto te puede costar la cárcel.

—¡Viva la libertad de expresión!

—¡Calla, insensato!

—No insistas, madre. Estoy decidido y nada de lo que digas puede hacerme cambiar de opinión. Quiero saber qué vais a hacer vosotros —se dirigió a sus hermanos.

—Comparto tu opinión; pero mi lugar está aquí, junto a nuestra madre —contestó Bernardo.

—¡Por mí no te sacrifiques! Ya eres mayorcito y tienes plena libertad para hacer lo que te venga en gana, igual que hiciste cuando, sin consultar, abandonaste el seminario —intervino la madre, enfurecida.

—¡Déjalo ya, madre! No se puede agobiar tanto durante tantos años —contestó Jesús en defensa de su hermano mayor.

—¡No te entiendo! Siempre pensé que estabas conmigo, que compartías mis mismos criterios y pensamientos.

—Esto no tiene nada que ver; es cuestión de sentimientos, y los tuyos en relación con Bernardo parece que murieron hace mucho tiempo. Ya es hora de que despiertes de tu letargo y afrontes la realidad.

—¡Nunca me habías hablado así!

—Piensa en mí como en una especie de psicólogo que te analiza profesionalmente.

—¿Me llamas loca? ¡No quiero seguir con este absurdo juego!

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer? —se dirigió a Sebastián en un intento de cambiar de conversación.

—Ahora triunfo en Tropicana y no me parece que sea el momento más idóneo para abandonar mi carrera.

—Entiendo. ¡Está bien! Me marcharé solo.

—¿Cuándo te quieres ir? —preguntó Sebastián.

—Lo antes que pueda; no vaya a ser que cierren esta posibilidad de salida y me tenga que quedar toda la vida en ese colegio.

—¡Desagradecido! Tan mal no te ha ido —intervino la madre.

—No quiero continuar con esta inútil discusión.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Sebastián.

—A Florida. Me han dicho que hay una comunidad cubana muy grande, y seguro que me ayudarán a establecerme.

—¡Son disidentes! —volvió a intervenir la madre.

—¡Ante todo, son cubanos!

—¡Mentira! No quieren a nuestro país.

—¡Lo quieren de manera diferente! Además, son la prueba viviente de que fuera de nuestras fronteras los cubanos pueden hacer fortuna gracias a sus valías personales.

—¡Mentira! Gracias a las ayudas yanquis que reciben para

desprestigiarnos ante el resto del mundo.

—Las ayudas son donaciones para que puedan sobrevivir, no grandes fortunas capaces de posicionar a un político en la cumbre de su carrera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inocentemente Sebastián.

—Pues que los políticos norteamericanos, si quieren alcanzar puestos de relevancia en Florida, suelen solicitar la ayuda de los cubanos ricos que residen en su suelo. Por tanto, no dan; más bien piden.

—¡No te reconozco! ¡Parece como si te hubieran lavado el cerebro! —señaló Candelas.

—No es eso, es que me he cansado de esperar a no sé qué cosa.

—No tengo más que decirte sobre este asunto. Si te quieres marchar, no me opondré; ¡que tengas buen viaje y encuentres lo que buscas!

—Por el dinero no te preocupes; en cuanto pueda os ayudaré desde allí.

—¡No necesitamos nada que provenga de esos imperialistas!

—No será de ellos, será una ayuda fruto de mi trabajo y esfuerzo.

—¡Pero pagado por ellos!

—¡No se puede ser tan retrógrado! Cuando alguien entrega sus servicios profesionales, lo normal es cobrar a cambio un salario justo. Ese sueldo, con independencia de quien lo pague, pertenece a quien se lo ha ganado legalmente. Por tanto, puede hacer con él lo que quiera.

—¡Madre, tiene razón nuestro hermano! —salió Bernardo en su defensa.

—De ti sí que me lo esperaba; si tanto piensas como él, lo mejor es que le acompañes en su aventura americana.

—Aunque he decidido quedarme, no puedes evitar que piense como Jesús —contestó Bernardo.

—¡Estoy rodeada de traidores!

—¡Estás ofuscada y no ves las cosas con claridad! Es mejor que no continuemos por este camino —Jesús dio por terminada la discusión.

Abandonó precipitadamente, y muy molesto, el domicilio familiar; tras él corrieron sus hermanos. Una vez que consiguieron alcanzarle en plena calle, Bernardo le habló con palabras calmadas y sensatas.

—Mira, Jesús, no debes tener en cuenta las palabras de nuestra madre; va camino de los setenta años, y desde que perdió a nuestro

padre jamás volvió a ser la misma. Luego, las cosas se complicaron mucho más para ella con la muerte de los tíos y con mi abandono de los estudios en el seminario. Ya sabes; desde entonces nada le ha resultado fácil ni comprensible.

—¿Qué puedo hacer, Bernardo? —preguntó descorazonado.

—Nada. Ella también sabe que te tienes que ir, pero no quiere reconocerlo.

—Todavía estoy a tiempo de anular mi petición. No me puedo ir si no recibo su apoyo; sería como abandonarla en medio de un desierto.

—¡No es cierto! No se quedará sola; nos tiene a nosotros.

—Pero con quien se entiende es conmigo.

—Ya se acostumbrará.

—¡No sé qué hacer! Quizás lo mejor es olvidarme de todo esto.

—¡No lo hagas! ¡Vete y arriésgate! Ya no es solo por ti; también es por nosotros. Si lo consigues y triunfas, ganaremos contigo. No puedes abandonar tus sueños ni tus ansias de mejora porque tu madre no quiera desprenderse de tu compañía. Si no lo intentas ahora, jamás te lo perdonarás; el remordimiento te acompañará para el resto de tu vida y serás el hombre más desgraciado del mundo. Cuando por obligación te levantes una de esas mañanas tediosas para iniciar un somnoliento día igual que el anterior, te preguntarás por qué no lo intentaste; entonces la desesperación acabará poco a poco con la alegría que aún te queda. Sé valiente; ya sabes el dicho de nuestros bisabuelos que tantas veces hemos escuchado: quien no se embarca, no cruza la mar. Aplícalo a tu decisión; inicia esta aventura y vívela por todos nosotros. Descubre esa vida que nos gustaría compartir contigo aquí, en Cuba. Hazlo por ti y por tu familia; todas las esperanzas por encontrar un mundo mejor las tenemos depositadas en tu éxito. Si lo consigues, no tengas dudas de que nos sentiremos felices y dichosos. Te deseo de corazón toda la suerte del mundo. Vive tu experiencia por los que no podemos; te aseguro que la disfrutaremos como si fuera propia.

—Me reconfortan tus palabras, hermano.

—¡Puedes contar también con mi apoyo! —intervino Sebastián.

Abrumado por el discurso de su hermano mayor, pero compartido en todos sus términos, se abrazó con Sebastián; Bernardo se apresuró a hacer lo mismo, para quedar los tres fundidos en un único gesto de inconfundible amor fraternal.

No fue hasta finales de ese mismo año cuando Jesús recibió el permiso de salida. Con la cabeza repleta de ideas, el corazón de recuerdos y una maleta casi vacía de efectos personales, el

periodista emprendió rumbo hacia un nuevo destino con la esperanza de encontrar realizados sus sueños, y que durante tanto tiempo se le habían negado en su país de origen. Las palabras *libertad* y *trabajo* fueron repetidas constantemente en su interior hasta que pisó suelo norteamericano. Atrás dejó a una familia entristecida por su marcha, pero consciente de la necesidad de realizar ese cambio trascendental en su vida.

CAPÍTULO XXXVI

Ocho largos meses tardaron en recibir las primeras noticias de Jesús; fue una primera remesa de dólares americanos que acompañaba a una carta explicativa sobre las dificultades que encontró a su llegada a Miami. Por sus comentarios, enseguida notaron que su opinión sobre los pérfidos yanquis había cambiado sustancialmente; también se asombraron por el rápido acomodo a su nueva vida, y cómo no, por el ahorro de un dinero que para los residentes cubanos suponía el equivalente a un año de sueldo oficial. Por sus informaciones, parecía que sus perspectivas profesionales comenzaban a reconducirse según sus deseos. Estaba asentado en una asociación de ayuda para cubanos que le acogió en cuanto dio a conocer su condición de refugiado. Le consiguieron un humilde trabajo transitorio de camarero en un restaurante especializado en comidas tradicionales cubanas y se encargaron de las tramitaciones de los permisos oficiales para legalizar su estancia en suelo norteamericano. También le facilitaron un lugar barato donde pernoctar y cuanta información solicitó relacionada con su anterior profesión. Con el tiempo, se comprobó la imperiosa necesidad, cada vez con más intensidad, de facilitar toda la ayuda posible a otros compatriotas que comenzaron a llegar en condiciones deplorables en cuanto a su equilibrio emocional. La asociación no se lo pensó dos veces y le ofreció ese puesto de trabajo, que aceptó de inmediato. Con esta nueva ocupación mejoró sustancialmente su calidad de vida; pudo alquilar un coqueto apartamento de soltero, estudiar bien el idioma para ejercer un día como periodista en los diversos periódicos y, además, consiguió que le sobrara dinero todos los meses para enviárselo a su madre y hermanos. Aunque había dado un giro radical a su vida, jamás olvidó sus orígenes ni que su gente se mantenía en gran medida gracias a sus aportaciones económicas. Fue en 1985 cuando consiguió que se interesaran por sus primeros artículos, y afortunadamente fue contratado por uno de los más prestigiosos editores de la ciudad de Miami. La noticia fue recibida en su casa de La Habana como si le hubieran galardonado con el Premio Nobel; sus familiares comenzaron a percibir un incremento sustancial en el importe de sus ayudas, señal inequívoca de que las cosas le

marchaban cada vez mejor.

Por el contrario, las facilidades de vida en Cuba empeoraban sin remisión conforme se acercaba el final del milenio. Para los Rubiatos-Ferré, su poder de adquisición se sostuvo gracias a las ayudas de Jesús, pero eran conscientes de que sin esa suerte estarían en las mismas condiciones que muchos de sus vecinos, quienes debían hacer verdaderos sacrificios y un enorme despliegue de ingenio para conseguir sobrevivir en medio de aquellas duras condiciones.

En lo profesional, Candelas, como casi todos los que ejercían un trabajo que no necesitaba un despliegue de fuerza física, decidió jubilarse pero continuar con su labor como educadora docente hasta que la salud se lo permitiera. Bernardo continuó con su mismo puesto de trabajo de antaño sin experimentar variación alguna, ni en su cometido ni, por supuesto, en el sueldo. En cambio, Sebastián se había llevado la peor parte, pues al cumplir treinta años de edad dejó de figurar como primer bailarín y desde ese instante comenzó el declive de su carrera; fue el principio de su final. Otros artistas más jóvenes y con más energía llegaban con mucha fuerza y enseguida comenzaron a desplazarle de las mejores posiciones. Ya no le servían sus pantomimas ni excesos, porque los clientes preferían a los nuevos, a los recién llegados. En ese momento comprendió en todo su significado la tan manida frase de que el espectáculo debe continuar y no hay cabida para sentimentalismos ni recuerdos. Todo debe ser novedoso, joven, de carnes prietas y tersas, y, sobre todo, fresco; ¡muy fresco!

En el aspecto sentimental, Bernardo llevaba algún tiempo con una relación estable que muy pocos conocían; tan solo sus hermanos y algunos íntimos de su entorno más cercano. Se trataba de un diplomático de un país de América del Sur, el agregado cultural destinado en la embajada de su país en La Habana y que compartía con Bernardo los mismos gustos por la lectura, la pintura y otras artes. Así fue como se conocieron, en la inauguración oficial de una exposición de pintura que organizó el propio Bernardo y a la que acudieron personalidades de distintas embajadas. Enseguida congeniaron y se gustaron física e intelectualmente. Aunque su nuevo compañero estuvo casado y contaba en su haber con dos hijos, aquello no pareció un impedimento para que ambos mantuvieran aquel largo idilio.

Los coqueteos consustanciales de Sebastián eran bien conocidos en La Habana y ya a casi nadie le interesaban lo más mínimo. Pronto comenzó a sentirse rechazado por aquellos que hacía poco

tiempo se morían de gusto por permanecer a su lado. Comenzó a sentirse mayor y comprendió que debía asegurarse un futuro. Pero ¿de qué y con quién? Buscó una salida entre los ambientes nocturnos que supusiera una buena oportunidad; debía intentar que no se notaran sus ansias de cambio. Una noche, al finalizar su ya exigua actuación en Tropicana, saludó muy efusivamente al novio de su hermano Bernardo, quien había acudido con otros diplomáticos amigos a presenciar el espectáculo. Este quedó muy sorprendido por aquella inesperada actitud, pero a la vez se sintió halagado frente a sus acompañantes, por lo que, acto seguido, en reconocimiento por su amable deferencia, le invitó para que tomara unas copas con ellos cuando terminara su trabajo. Así lo hizo, y después, cuando finalizó aquella velada, acabó encamado con el novio de su propio hermano. La experiencia les resultó tan placentera que decidieron continuar con sus citas clandestinas. Al principio de conocerse, los encuentros amorosos se realizaron de manera esporádica, pero con el paso de los meses se incrementaron a petición del diplomático.

—Con tu hermano busco disfrutar de la sensibilidad por las cosas bellas; contigo es puro sexo —le solía reconocer frecuentemente en sus visitas.

Aquellas manifestaciones solo significaban dos cosas: que el diplomático mantenía una relación simultánea con los dos hermanos y que el único engañado de ese inusual trío era Bernardo; aunque, en el fondo, la realidad no era exactamente como a simple vista parecía, porque también era utilizado por Sebastián, pues lo que deseaba el bailarín con todas sus fuerzas era salir de Cuba con una pareja estable que le mantuviera.

Sebastián muchas veces había oído hablar a su hermano mayor sobre la gran categoría personal de su amigo y las grandes posibilidades que tenía para ser nombrado embajador de una ciudad europea. También le contó que le había propuesto que si se materializaba definitivamente su ascenso, deseaba que le acompañara a su nuevo destino, invitación que fue rechazada porque no deseaba abandonar a su madre, ni tan siquiera por su amante. Con toda esa información en su poder, el pequeño de los Rubiatos decidió ocupar el lugar de Bernardo en el corazón del diplomático e intentar sustituirle en la invitación del viaje europeo. El resto dependería de la suerte en encontrar el momento propicio para abordarle y de la habilidad que tuviera para jugar bien sus cartas. Por eso, cuando aquella noche reconoció entre los asistentes en la sala de fiestas a su objetivo, no dudó ni un solo instante en

poner en marcha el plan que tantas veces había maquinado en su mente. Luego, una vez establecida la relación, se sinceraron y reconocieron que ninguno de los dos pretendía herir a Bernardo, por lo que ambos hicieron lo necesario para evitar que se enterara de su prolongado idilio.

Sebastián preparó el camino a seguir con la esperanza de que en breve plazo se cumplieran las expectativas del diplomático. Por eso comenzó a informar a su hermano de que su carrera profesional estaba a punto de acabar y de que debía encontrar urgentemente una salida.

—Hermano, estoy preocupado por mi futuro —le dijo.

—Creo que puedes adaptar tu arte y tus cualidades para dar clases a alumnos que quieran aprender tu oficio. Como profesor de bailarines puedes ganarte la vida —contestó Bernardo.

—No es tan fácil; primero, te tienen que seleccionar para realizar un curso de adaptación; después de aprobar, también hay que dar la talla como docente, y por último, tener la suerte de que te asignen un cupo de alumnos —informó Sebastián.

—Bueno, ya sabes que nada es fácil en Cuba.

—Las salidas de mi profesión son muy escasas; aunque no quisiera, voy a tener que emigrar, como Jesús.

—Si tomas esa decisión vas a dar un disgusto de muerte a nuestra madre.

—No veo otra solución a mi problema. Además, una vez que esté fuera, os enviaré dinero, como hace Jesús. Con nuestras aportaciones y vuestros sueldos no tendréis problemas de subsistencia.

—Me entristece comprobar que los cubanos viven gracias a la caridad de sus familiares emigrantes. Al final del proceso, después de tantas promesas a los que nos quedamos y tantas trabas para los que se quieren ir, son los ahorros de personas como nuestro hermano los que mantienen a una población que continúa sin satisfacer sus necesidades. No parece que hayamos avanzado nada en estos años de penuria nacional.

—¡Es lo que hay! Y por mucho que lo intentemos, no lo vamos a cambiar.

—Todavía no he perdido la esperanza; tal vez, mañana se produzca un cambio importante que haga variar el rumbo de los acontecimientos.

—¡No sueñes! Los que mandan nunca lo permitirán.

—¡Ya veremos!

—De momento, tengo que encontrar una salida a lo mío.

—Lo sé; déjame que también piense en algo que te pueda ayudar.

—Gracias, Bernardo; seguro que algo se te ocurre.

El anzuelo ya estaba echado y parecía que la presa había picado; ahora tocaba esperar y continuar con la relación a tres bandas. La situación se mantuvo inamovible hasta la primavera de 1982, fecha en que Bernardo se citó con su hermano para comunicarle una buena noticia.

—Tengo que darte una primicia —le dijo.

—¿De qué se trata?

—Tengo solucionado tu problema.

—¿De verdad? —contestó con cara de sorpresa y alegría.

—¿Te acuerdas de mi amigo el diplomático?

—Sí.

—Efectivamente. ¡Pues bien! Le han anticipado que en breve va a ser destinado a París como canciller de la embajada colombiana; lo bueno es que ha aceptado llevarte con él.

—¿Cómo dices?

—Ayer cenamos juntos y me lo contó. Entonces, cuando me volvió a proponer que me fuera con él, le hablé de tus problemas y del deseo que tienes por abandonar Cuba. Le pedí que te protegiera y cuidara como si fuera yo mismo.

—¿Y qué pasó?

—Después de mucho suplicar, al final aceptó y prometió que te llevará con él a París.

—¡Francia! ¡Muchas gracias; lo has conseguido! ¿Cómo podré agradecerte esto? —Se abrazaron.

—¡No me debes nada! Nunca pensé dejar a nuestra madre y era una pena perder esta gran oportunidad.

—¿Para cuándo tendré que estar listo?

—Para antes de que termine este año estarás instalado en Francia. De momento, me ha dicho que compartirás su casa hasta que encuentres un lugar donde vivir; también te ayudará a conseguir un buen trabajo. Una cosa solo te pido: que nos mantengas informados de tus progresos, ¿de acuerdo?

—¡Te lo prometo!

—A partir de ahora tienes mucho trabajo por delante; no te confíes y agiliza lo antes posible los trámites oficiales. Apunta el teléfono del trabajo de mi amigo y su dirección personal; me ha dicho que te pongas en contacto con él lo antes posible y te informará de lo que debes hacer. También ha insistido en que no dudes en comunicarle cualquier problema que tengas, que intentará

arreglarlo por vía diplomática. Tiene muchos contactos y seguro que te facilita el camino. ¡Ah! Y, sobre todo, mucha discreción. De esto ni una palabra a nadie; ni a tus más íntimos amigos, ¿entendido?

—¡No te preocupes! ¡Me ha quedado muy claro!

—Va en ello tu propia seguridad; una indiscreción, un desliz y puede venirse todo abajo. Excepto en él, no confíes en nadie. No comentes nada de esto con ningún conocido, por mucha confianza que tengas; no es el momento de hacer concesiones gratuitas. Piensa que tienes una oportunidad única que muchos querrían para sí.

—¡Seré una tumba!

—¡Bien! Ahora te toca exponer la situación a nuestra madre.

—¿Yo solo?

—¡Por supuesto! Este trago lo tienes que beber en estricta soledad, nadie te puede ayudar. Además, si te acompaño puede que sea aún mucho peor; ya sabes que para nuestra madre casi siempre soy el responsable de las ideas negativas que se os ocurren. ¡Créeme! Es mejor que no vaya contigo.

—¡Está bien! ¡Que pase cuanto antes este tormento!

—¡Vamos! ¡Que no es para tanto! —se despidieron con una alegría incontenible.

El momento de exponer a su madre su decisión en forma de oportunidad única que no había que desperdiciar no resultó tan complicado como en un principio había imaginado. Quizás la incuestionable mejora del nivel de vida de Jesús, reflejado palpablemente en sus aportaciones mensuales, junto con el convencimiento por parte de Candelas de que el futuro de Sebastián en Cuba no apuntaba buenas perspectivas terminaron por hacerla ver que su mejor alternativa era, precisamente, el camino que había elegido. Dolorida en lo más profundo de su corazón porque su pequeño se tenía que marchar de su lado, pero con la cabeza fría, se repetía una y otra vez que era lo mejor para poder luchar por conseguir un porvenir digno, una oportunidad que jamás alcanzaría en La Habana ni en ninguna otra ciudad de la isla. Tal vez, los años le habían hecho reflexionar sobre todas aquellas discusiones que mantuvo con sus hijos desde que la revolución alcanzara el poder. El más convencido, aquel que era su mejor apoyo, ahora trabajaba en Miami y no parecía tener ganas de regresar. Pensó que algo había ocurrido durante estos años, algo que había pasado por delante de sus ojos y no había tenido la suficiente habilidad para verlo ni para sentir su existencia. De repente, reconoció en su interior que cuando la gente quiere abandonar su patria de forma

masiva debe ser porque algo no funciona. Quizás porque las promesas en nombre de la igualdad social ya no convencían a casi nadie de la isla y la sociedad reclamaba estar a la misma altura que los mejores países; porque para reflejarse en los peores, ya tenían sus propias calles y ciudades. Pero a estas alturas, con sus setenta años a sus espaldas y aunque mantenía intactas sus facultades mentales, le pareció que llegaba demasiado tarde el cambio para ella; y ya que no vería culminadas las promesas revolucionarias, al menos se sentiría dichosa por saber que sus hijos lo habían conseguido fuera de las fronteras de su patria. Pensó que ese sería el precio que debería pagar por su soberbia y permanente ceguera.

A principios de 1983 acudieron a despedir a Sebastián su madre y hermano mayor. Durante este interminable tiempo de espera le aconsejaron con sus últimas recomendaciones, pero sobre todo también quisieron hacer acto de presencia en el aeropuerto como muestra de su incondicional apoyo a la importante decisión que había tomado. En el momento de la despedida con su madre no faltaron las lágrimas ni los besos; lo último que escuchó de su boca fue una reflexión que le acompañó durante el viaje.

—¡Hijo! Recuerda que aquí dejas a una familia que te quiere, y que si las cosan salen mal, siempre puedes regresar a nuestro lado.

—Lo sé.

—¡Una última cosa! En esos momentos de desesperación o tal vez de melancolía que todos tenemos cuando las cosas no se presentan favorables, no abandones tus propósitos; no desfallezcas porque al principio las cosas no salgan como quieras. Recuerda que la combinación de tesón y paciencia es un arma muy potente para triunfar en la vida. Y si falla todo, acuérdate de que los músicos y cantantes cubanos curan sus penas en cualquier rincón de Cuba; que cuanto más dolor sienten en el corazón, más alto entonan sus alegres melodías. No importa que tengan el estómago vacío o que carezcan de un sitio para dormir; olvidan sus miserias cuando alegran la vida a los demás, aunque sea por el tiempo que dura una canción. Tómalos como ejemplo y nunca te rindas ante la adversidad.

—¡Nunca lo había pensado! ¡No lo olvidaré!

—Adiós, hijo mío.

—¡Volveré pronto!

Los tres abandonaron el lugar muy entristecidos, pues eran conscientes de que el núcleo familiar se había quedado reducido a una mínima expresión. Sin embargo, aquella voluntaria emigración sirvió para hacer recapacitar a Candelas, quien no se volvió a

mostrar complaciente con las actuaciones llevadas a cabo por el régimen oficial; es más, comenzó a criticar, siempre en privado, muchas de sus decisiones. Parecía como si Candelas responsabilizara de la pérdida de la compañía de sus hijos al propio presidente de la República. Aquel cambio sustancial enseguida fue percibido por Bernardo, así como una cercanía hacia sus opiniones, aquellas que hacía poco tiempo servían para interminables discusiones. Esta nueva manera de pensar produjo una aproximación entre ambos que benefició en gran medida su deteriorada convivencia. Así, de rebote y gracias a la búsqueda en tierras lejanas de una oportunidad para Sebastián, Candelas y Bernardo se volvieron a reencontrar como madre e hijo.

En apenas un mes recibieron la primera misiva de Sebastián, en la que les contaba las grandes diferencias paisajísticas entre Francia y Cuba; les habló de la sensación que tuvo la primera vez que vio nevar y de cómo jugó toda una mañana con la nieve caída la noche anterior, igual que un niño pequeño. En cuanto a su acomodo, era muy bien tratado por el diplomático y estaba a punto de entrar a trabajar en una *boutique* de moda masculina. Aquellas estupendas noticias los llenaron de felicidad, sobre todo a Bernardo, quien de alguna manera también envidiaba las experiencias que relataba Sebastián, pues sabía que sería muy difícil que alguna vez pudiera experimentarlas personalmente. De todos modos, saber que sus hermanos eran felices le compensaba de cualquier otro deseo. En la siguiente comunicación confirmó el logro de sus expectativas de trabajo y aprovechó para remitirles una importante cantidad de dólares. Este ingreso les hizo comprender la enorme diferencia que existía en cuanto al nivel de vida entre ambos países, y el éxito personal que había conseguido Sebastián en tan poco tiempo. «Aquí no tenemos esas oportunidades», se dijeron mutuamente, mientras observaron atónitos aquella cantidad de dinero que seguramente les iba a solucionar la vida en La Habana durante casi medio año.

Las hojas del calendario se desprendieron muy rápidamente de la pared. Pronto llegaron las navidades sin que les faltara un solo mes su remesa de noticias, junto con la asignación monetaria correspondiente de ambos hermanos. Sabían que tendrían que contentarse con conocer de ellos a través de las cartas, pues no sería posible contar con su presencia física. Las cosas en Cuba no estaban bien y nadie podía garantizar que si volvían pudieran regresar a sus puntos de procedencia. Con la situación así, lo más aconsejable resultó esperar a que se aclararan esas cuestiones. De todos modos, conocer que Jesús y Sebastián mantenían un regular contacto

telefónico entre ellos los ayudó a sobreponer el ánimo del disgusto que sintieron por pasar solos la próxima Navidad. Para Candelas, esas fechas ya solo servían para incrementar su añoranza por unos momentos que ya no volverían.

CAPÍTULO XXXVII

Pero suele suceder que las malas noticias nunca suelen llegar en buenos momentos para nadie; en esta ocasión, un antiguo compañero de profesión de Sebastián se encontró por la calle con Bernardo y le preguntó por su hermano. Después de recibir una detallada información, también se interesó por su novio. El hermano mayor no tardó ni un minuto en intentar aclarar ese malentendido, pero para su tristeza recibió una andanada de verdades que jamás imaginó y de las que nunca hubiera querido enterarse. Se sintió humillado, engañado y vejado por su propio hermano y por la persona a quien más había querido. Sabía que aquello no podía quedar así y pensó que debía llamar por teléfono a su antiguo novio, costara lo que costara, para salir de dudas. Por las noches no podía dormir ante la posibilidad de que fuera cierta tal canallada; durante el día se mostraba distante y despistado, tanto en casa como en el trabajo. No tenía a nadie con quien consultar sus siguientes pasos, por lo que decidió acudir a recibir consejos de alguien que no podría delatarle ni rehusarle; se confesaría con un cura de la catedral, el mismo lugar en cuya parte trasera estudió para seminarista hacía ya algunos años.

Una tarde se acercó al lugar sagrado y esperó a que hubiera poca gente para poder hablar con tranquilidad. Mientras se quedaba solo, rezó todo lo que sabía para que le tocara un sacerdote comprensivo. El confesionario estaba situado en un rincón penumbroso, posiblemente para otorgarle algo más de intimidad y que al mismo tiempo sirviera de invitación al pecador a reconocer sus actos y asegurarle la imposibilidad de una identificación por parte del oficiante, cosa ya difícil por la existencia de una rejilla separadora que servía para preservar el anonimato de aquellos fieles que buscan el sacramento de la confesión. Cuando consideró que había llegado el momento más oportuno, avanzó decidido para situarse en uno de los laterales del pequeño compartimento.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre, vengo a recibir consejo.

—Cuéntame, hijo mío.

Bernardo relató su historia sin omitir el más mínimo detalle,

incluso los motivos personales que le indujeron a abandonar el seminario; quiso que aquel sacerdote comprendiera los antecedentes de la angustiosa situación por la que atravesaba en esos momentos. Cuando dio por terminada su exposición, se adueñó del ambiente un interminable silencio hasta que el religioso, una vez asimilada la información recibida, comenzó a hablar con un tono de voz muy bajo, casi como el suave susurro que se dice en secreto al oído del interesado.

—Realmente se trata de una situación muy poco frecuente en la que se entremezclan a la vez demasiados factores anímicos y afectivos, pero creo que en el perdón está la grandeza de las personas, y de esta manera debes intentar comportarte fundamentalmente con tu hermano, porque tarde o temprano la sangre llama a la sangre. Recuerda que perro no come a perro; por tanto, por muy mal que se pongan las cosas, serás incapaz de hacer daño a tu hermano ni a esa persona a la que tanto has querido. Mi consejo, no obstante, y para propia tranquilidad personal tuya, es que te pongas en contacto con ellos y que te faciliten todo tipo de explicaciones. Tal vez sea posible que imagines cosas que nunca se han llegado a producir y que bases tus sospechas únicamente en un comentario poco afortunado de un tercero en discordia que, a lo mejor, ni se ha enterado bien del asunto. Debes aclarar este lío, aunque sea para poder dormir. Como penitencia te impongo rezar un padrenuestro y tres avemarías; ahora, recita el acto de contrición.

Mientras el penitente obedecía, recordó que aquella expresión del perro ya la había oído con mucha anterioridad en sus tiempos del seminario; un escalofrío le recorrió el cuerpo; ¿sería posible que se tratara de su amigo?

—Yo, en nombre de Jesucristo, nuestro Señor, te absuelvo de todos tus pecados de la vida pasada y puedes ir en paz, Bernardo.

—¿Me conoce?

Aunque contestó con sorpresa, ya no tenía ninguna duda sobre la identidad de su confesor. Bernardo quedó petrificado en ese instante; había buscado pasar inadvertido y para su desgracia encontró a alguien que conocía los aspectos más íntimos de su pasado.

—¡Claro que te conozco! ¡Y tú también a mí! Soy tu compañero de andanzas del seminario —contestó con voz más alta y clara.

—¡Dios mío, tú!

—¡No sabes cómo he deseado que llegara este momento! ¡Las veces que he soñado con algo parecido!

—¿Cómo te va? —No se le ocurrió preguntar otra cosa para salir del trance.

—Creo que bastante peor que a ti.

—¿A pesar de lo que te he contado?

—¡A pesar de eso! Llevo muchos años a la espera de pedirte perdón por mi comportamiento de antaño. Ya hace tiempo, me di cuenta de que fuiste el único valiente de los dos y supiste afrontar tus responsabilidades como lo hace un gran hombre y un buen cristiano.

—Te lo agradezco; supone mucho para mí este reconocimiento.

—No quiero agobiarte más en esta complicada etapa por la que atraviesa tu vida; si me necesitas, no dudes en acudir a mí. Ya sabes dónde me tienes.

—Gracias, no lo olvidaré.

—Adiós, Bernardo.

—Adiós, Fabián.

Bernardo salió de la catedral con ánimos renovados y con una alegría en el corazón incontenible. Tan solo le faltaba comprobar la veracidad de aquellas informaciones y actuar según le dictaran sus sentimientos. Para ello, al día siguiente se armó de valor y llamó al despacho del diplomático para solicitarle las explicaciones que en aquellos momentos necesitaba. Pero lejos de recibir excusas o mentiras piadosas, el diplomático confirmó punto por punto las informaciones que le habían facilitado, y además amplió algunos otros extremos que tampoco conocía, lo que supuso un indescriptible revés en sus sentimientos más íntimos.

Colgó casi noqueado, no solo por el contenido de la noticia, también por la dureza y frialdad que empleó su antiguo novio para relatarle los hechos. Acto seguido, se dispuso a llamar a su hermano, pero enseguida desistió del intento. Estaba seguro de que recibiría el mismo trato, pues a todas luces parecía una actitud estudiada y premeditada de ambos. Por tanto, para recibir el mismo trato, prefirió no hablar con Sebastián. Pensó que complicaría aún más las cosas si la conversación con su hermano acababa de una manera drástica o si llegaban al insulto o a cualquier otra situación parecida. Con lógica, creyó que lo mejor sería dejar pasar el tiempo para que las cosas se calmaran un poco y, en caso necesario, comunicarse a través del común amante. Sin embargo, cuando el hermano se enteró de la conversación que mantuvieron Bernardo y su actual pareja y de que conocía la verdad en todos sus términos, su reacción fue de enfado y de prepotencia. Incomprensiblemente, adoptó una actitud de huida hacia adelante por aquello de que

estaba en mejor posición económica y de que, al fin y al cabo, su madre y hermano mantenían una buena posición en La Habana gracias a sus ayudas. Aquello, a su entender, suponía una patente de corso para hacerse perdonar cualquier faena que cometiera en el futuro o hubiera cometido en el pasado. Además, consideró que no estaba obligado a dar explicaciones sobre sus actos a quienes dependían económicamente de él. Al enterarse Bernardo de estos últimos comentarios por boca de su antiguo novio, le rogó que transmitiera a su hermano su deseo de que no volviera a enviar más dinero a casa, petición que fue desoída y, por supuesto, desobedecida. Las siguientes remesas llegaron puntualmente como todos los meses, pero a partir de entonces siempre a nombre de Candelas, situación que para la madre, ajena al problema suscitado, significó un detalle más hacia ella por parte de su hijo pequeño. Entretanto, Bernardo callaba para no disgustar a su progenitora, pero, por el contrario, dejó de prestar atención e interés por los asuntos de Sebastián en Francia, hasta tal punto, que se dejaron de escribir.

Los asuntos de cada uno siguieron sus particulares caminos; frente a la tremenda inmovilidad de los cubanos en cuanto a cambios profesionales, Sebastián había conseguido ser ascendido a encargado de una importante *boutique* de moda en pleno centro comercial de París. Parecía que por fin el futuro le sonreía en todo su esplendor; viajaba, se entrevistaba con personajes muy conocidos y populares, participaba en todo tipo de fiestas y eventos sociales, su presencia se requería en círculos de diseño e incluso organizaba desfiles destinados a enseñar a los mejores modistas las primicias de la siguiente temporada. Con todo, había logrado situarse en la cima de una trayectoria profesional meteórica.

Para los humildes, las bonanzas no suelen perdurar toda la vida. Muestra de ello ocurrió a lo largo de 1990, cuando Sebastián y su pareja, como también lo hicieron Cuba y la Unión Soviética, rompieron sus intensas relaciones y decidieron disolver su sociedad afectiva. El artista cubano, sumido en una profunda tristeza que solía acompañar con una soledad depresiva, sintió la necesidad de regresar a sus orígenes, de volver a ver a su anciana madre y de reunirse otra vez con su aún dolorido hermano. Sin embargo, igual que le ocurrió a su patria, al perder el apoyo de su mentor comenzaron a surgir en su entorno una serie de problemas e inconvenientes que nunca antes habían hecho acto de presencia, posiblemente porque eran solucionados por sus respectivos tutores sin que los beneficiarios se tuvieran nunca que preocupar por tales

tareas. Para Sebastián, ser abandonado por su única musa inspiradora tuvo una primera consecuencia muy importante en su vida profesional, una insistente reiteración de los mismos diseños que le condujo a que su público interpretara su arte como una repetición sistemática de formas y modelos ya caducos. El difícil sector de la moda, que puede llegar a ser más exigente que cualquier otro, no le perdonó aquellas últimas realizaciones y calificó sus trabajos de signos inequívocos que marcaban el comienzo de su decadencia creativa. La opinión negativa de los críticos especializados corrió como la pólvora entre los distintos ámbitos de la alta costura, y comenzaron a pasarle factura en forma de anulaciones tanto de encargos como de invitaciones a los grandes eventos relacionados con el mundo de la pasarela. Su marcado desinterés y el empleo en público de un tono despectivo hacia sus detractores tampoco le ayudó a salir de aquel bache, que en pocos meses se transformó en una profunda quiebra de la que no supo salir.

Abandonado por sus incondicionales y desprestigiado por quienes criticaban sus trabajos como contestación lógica a sus insultos y ácidos comentarios, Sebastián perdió paulatinamente sus privilegiadas posiciones y acabó con sus reservas económicas en el plazo de dos años, periodo en el que intentó mantener el mismo ritmo de vida para dar una ficticia apariencia de normalidad frente a los demás. Al cabo de este tiempo, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia y aceptar que su estrella se había apagado bruscamente, por lo que no le quedó otro remedio que aceptar un trabajo de simple vendedor en una tienda de ropa de segunda fila en los extrarradios de París. Aunque consiguió encontrar un cierto equilibrio emocional gracias a la compañía de un nuevo amigo llamado Hétore, nunca llegó a superar totalmente el gran dolor que le supuso en lo más profundo de su corazón la sensación que experimentó cuando por primera vez en su vida era a él a quien dejaban por otro. Hasta entonces, sus múltiples cambios de pareja siempre se produjeron a iniciativa suya, pero esta vez había sido abandonado; había sido la víctima y no el verdugo, como ocurrió en las veces anteriores. Aquello era señal inequívoca de que se había hecho mayor. En su mundo, la fama y el dinero lo eran todo, y sin ninguna de ambas alternativas debió reconocer, muy a su pesar, que había pasado su momento de gloria, que aquellas históricas sensaciones de poderío nunca más volverían a repetirse y que debían quedar simplemente para el recuerdo. En un corto espacio de tiempo, de ser depredador se convirtió en víctima, lo que le

supuso un duro golpe para una todavía altiva vanidad que aún no se había acostumbrado a la cruda realidad de la ley de la naturaleza que marca el envejecimiento como signo de debilidad.

Sus nuevas circunstancias fueron notificadas a sus hermanos en cuanto tuvo que dejar de pasar su asignación mensual a su madre, quien quedó muy preocupada por el imprevisible futuro que mostraba su hijo pequeño. No obstante, durante casi dos años, y mientras Sebastián consiguió equilibrar su economía y supo adaptarse a unas condiciones de vida mucho más humildes que las anteriores, fue Jesús el encargado de ayudar en las necesidades familiares; envió dinero al hermano pequeño e incrementó sus aportaciones con el fin de compensar la carencia de remesas procedentes de Francia.

La vida de los herederos de la familia de los Benjumea continuó los siguientes años ocupada en una encarnizada lucha por sobrevivir en sus distintos países de residencia, aunque por motivos muy diferentes; mientras a unos les iba la vida en ello, al resto les acuciaba ahorrar para enviar el sobrante a los primeros.

Pero la gran noticia se produjo en 1999 cuando Sebastián, acompañado de Hétore, su pareja, les anunció su inminente visita a Cuba. Quiso aprovechar la flexibilización en las normas oficiales de visita y regreso para cubanos con doble nacionalidad y residencia en el extranjero, como era su propio caso. Además, no quería que terminara el siglo sin haber pisado su tierra natal. Desgraciadamente, los compromisos laborales de Jesús no le permitieron acudir a la cita, por lo que en la primavera de ese mismo año se reencontraron en La Habana los otros tres representantes de la familia Rubiatos-Ferré y su invitado suizo.

Los dos hermanos no sabían cómo iban a reaccionar cuando se encontraran frente a frente después de tantos años de voluntario alejamiento, por lo que para ambos supuso una incógnita que debería ser resuelta cuando llegara el crucial momento del primer saludo. Los residentes europeos, por su parte, no quisieron que fueran a buscarlos al aeropuerto, sobre todo por la avanzada edad de Candelas, que ya contaba con ochenta y siete años, y por la hora tan intempestiva de la llegada. Por eso, prefirieron presentarse en la casa tan pronto como tomaran tierra y pudieran coger un taxi. El encuentro se produjo al mediodía y fue muy emocionante; Bernardo todavía no había regresado de su trabajo, pero cuando lo hizo, pudo contemplar a una madre que lloraba de inmensa alegría por volver a sentir el cariño de uno de sus hijos, aquel que tantos momentos de felicidad le regaló mientras correteaba bajo sus faldas para jugar al

escondite, cuando apenas podía levantar dos palmos del suelo, y al que pensaba que nunca más podría volver a tener a su lado. Sus caricias y arrumacos fueron constantes, y aunque su cara había envejecido visiblemente en relación con el joven de piel tersa que salió una mañana de su casa para no regresar a su lado hasta ahora, ella aún le veía como aquel niño juguetón que en un ayer muy cercano, situado a la vuelta de la esquina de su particular escala de tiempo, le pedía insistente una moneda para comprar alguna golosina.

Ante la contemplación de aquella amorosa escena, al comprobar que su madre había apartado de su carácter la dureza de antaño, posiblemente porque la perdió junto con la lozanía de la juventud; al reconocer que aquella decidida mujer se había convertido con el paso del tiempo en una débil anciana que se deshacía en atenciones hacia su hermano y que se mostraba sin complejos materialmente rota por la intensidad del momento, Bernardo no pudo contener la emoción y rompió también a llorar desconsoladamente junto a ellos. Los tres quedaron fundidos en un prolongado abrazo como jamás antes lo habían hecho. No hizo falta que se dijeran nada ni tampoco lo intentaron, pues entendieron que muchas veces no hay mejores palabras que aquellas que se dicen con el corazón y nunca se pronuncian; tan solo necesitaron sentir cerca el calor de sus seres más queridos para comprender que por mucha distancia que mediara entre ellos nunca perderían esos lazos invisibles de afecto que unen a los que de verdad se aman por difíciles que se presenten los acontecimientos. Aquella prueba de amor disipó los recelos entre los hermanos, quienes retomaron su habitual relación como si no hubiera ocurrido nada entre ellos.

Los visitantes planificaron su viaje para permanecer dos semanas en la isla, y el novio de Sebastián enseguida congenió extraordinariamente bien con Bernardo, ya que se revelaron coincidentes en muchas aficiones comunes, que compartían gracias a sus respectivas dedicaciones profesionales. Hétore se dedicaba al mundo de las piezas de arte en calidad de encargado de una galería de subastas, circunstancia que imprimió a su personalidad una notoria distinción artística que enseguida causó una muy grata impresión en el anfitrión de la casa al comprobar sus amplios conocimientos en esta materia. Tanto fue así, que Bernardo se ofreció como cicerone particular para la singular pareja, ya que bien por desconocimiento, bien por olvido, claramente necesitaban los servicios de un guía para recorrer los diferentes lugares que ambos parecían desconocer.

—No te avergüences, hermano; las cosas han cambiado mucho fuera de La Habana vieja, y es lógico que no las reconozcas —le dijo Bernardo.

—No es eso; es que el centro está muy abandonado y no me lo esperaba tan deteriorado; parece como si aquí la vida se hubiera detenido —contestó Sebastián.

—¡No estás equivocado! ¡Así ha sido!

—¿La palabra reposición no se conoce aún en Cuba? —preguntó ingenuamente Hétore.

—Me temo que no —asintió Bernardo.

—¡Es una pena! Esta ciudad debió de ser una verdadera joya arquitectónica —insistió Hétore.

—¡La más bonita del Caribe! —añadió Sebastián.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

—Que las prioridades de nuestro Gobierno, desde que se inició la revolución, han sido otras que nada tienen que ver con la conservación de los edificios.

—Comprendo.

Las visitas se sucedieron a distintos monumentos y lugares de interés, tanto culturales como turísticos. En el casco histórico de La Habana, los músicos y cantantes proliferaron no solo en cualquier establecimiento de bebidas, sino también por cualquier rincón de la ciudad para amenizar el ambiente urbano con sus canciones y, de paso, sacar alguna propina que los ayudara a sobrellevar dignamente sus penurias. Por las calles, muchos jóvenes vestidos con ropa militar vigilaban el orden y la seguridad de los transeúntes. A la vez, se entremezclaban señoras educadas y cariñosas, de edad muy avanzada, que dejaban entrever la existencia de grandes huecos en sus encías por la falta de numerosas piezas dentales. Todas ellas pedían por caridad un caramelo, un bolígrafo o una pastilla de jabón a cualquiera que pareciera un turista. La mayoría iba vestida con unas ropas muy similares, de tonalidades muy alegres. Una población sonriente y servicial que parecía que deseaba vivir en la calle y no en el interior de sus viviendas, aquellas estancias compartidas donde se podían reunir varias familias para conseguir subsistir a duras penas. Pasear por las ciudades fue el equivalente a aprender a convivir con un pasado muy lejano, cuya máxima expresión estaba representado por antiguos y sonoros modelos de automóviles americanos ya olvidados en el resto del mundo y conservados a fuerza de continuas adaptaciones de piezas de repuesto inexistentes en el mercado, que los habilidosos mecánicos cubanos eran capaces de

fabricar con la aplicación de los pocos materiales que tenían a su alcance y una gran dosis de ingenio.

Por el contrario, cuando se desplazaron hacia otras ciudades limítrofes a la capital, llamó la atención de Hétore la ingente cantidad de personas que caminaban por los bordes de las carreteras en ambos sentidos. Parecían largas filas de refugiados que se dirigieran hacia algún sitio. Otros, en cambio, se reagrupaban en las partes más anchas de unos imaginarios arcenes y aguardaban a que alguien se detuviera para recogerlos; era como si media población se dirigiera en busca de la otra media, pero sin un rumbo definido. Sobre todo, nadie parecía que tuviera prisa alguna por llegar a su destino; tal vez porque no existía, o quizás porque nada más llegar tendrían que iniciar el camino de regreso a ninguna parte.

Sebastián tenía prometida una visita a la casa del tío Adrián, el hermano de su padre, quien gozaba entre su gente del máximo respeto y dignidad porque era considerado un héroe de la revolución. A pesar de ser diez años más joven que Candelas, ya tenía muy mermadas sus facultades, por lo que decidió jubilarse hacía ya algún tiempo. No obstante, el anuncio de aquel inesperado encuentro con su sobrino más pequeño le tenía muy ilusionado e inquieto, pues llevaba tiempo sin tener noticias de la única familia que le quedaba. Para cumplir su promesa, Sebastián debía desplazarse a Santiago de Cuba, segunda ciudad en importancia de la isla, que distaba casi mil kilómetros de la capital, situada en el extremo oriental. Aquel largo desplazamiento no apetecía en absoluto a Hétore, quien lo entendió como una verdadera paliza, máxime con la cantidad de cosas bonitas que quedaban por descubrir en La Habana. No hizo falta que dijera nada más, ya que su pareja enseguida lo supo interpretar y le eximió del compromiso de acompañarle; también dejó encargado a su hermano para que le atendiera lo mejor posible durante esos tres días que estaría ausente.

Bernardo, fiel cumplidor de la encomienda, aprovechó la ocasión para organizar por ese periodo todas las actividades artísticas y culturales que estuvieron a su alcance, con tal de que su invitado estuviera lo más entretenido y cómodo posible, gesto que Hétore supo agradecer y valorar. Por ello, resultó evidente que ambos congeniaron a las mil maravillas, ya que compartían más aficiones de las que ellos mismos pudieron haber imaginado cuando se conocieron. El deseo de una aproximación natural se hizo patente entre los dos conforme consumieron juntos las horas. En Bernardo

no hubo deseo de venganza contra su hermano, pero lo que al principio comenzó como un juego sensorial sin importancia, más parecido a un sentimiento espiritual de reconocimiento hacia alguien de quien se había enamorado por sus grandes similitudes consigo mismo, luego, al comprobar el acercamiento descarado de Hétore, que no solo no le repudiaba, sino que además le comprometía con frívolas insinuaciones, se dejó llevar por sus pasiones y pasó a convertirse aquella relación en una aventura amorosa en toda regla.

Así las cosas, la noche anterior a que se produjera el regreso de Sebastián desde Santiago de Cuba, los dos amantes compartieron cama y dieron rienda suelta a sus deseos e imaginaciones. Al despertar a la mañana siguiente, Bernardo, a pesar de sentirse muy avergonzado, no pudo olvidar los intensos momentos de placer que había experimentado con Hétore; estaba en un estado onírico que le hacía ver todo lo bello de la vida. Sin embargo, en cuanto comenzó a hablar su acompañante, despertó de ese sueño ficticio con el que se había envuelto durante los juegos amorosos y no tuvo más remedio que regresar a la estricta realidad.

—¿Qué tal lo pasaste? —preguntó Hétore.

—¡De maravilla! ¡Inolvidable!

—¡No sabes lo que me alegro!

—Ya me imagino.

—¡No! No te lo imaginas —insistió Hétore con formas bruscas que poco recordaban a los pasajes vividos horas antes.

—No entiendo ese tono de voz que ahora empleas —señaló Bernardo.

—Te lo voy a explicar: espero que guardes bien en tu memoria lo que ha ocurrido esta noche pasada, porque no se volverá a repetir.

—Entiendo; es por mi hermano. Yo también lo he pensado y te aseguro que de mi boca no va a salir nada de esto. Lo que menos deseo es hacerle sufrir.

—¡Sigues sin entender nada! —insistió Hétore en mantener esa actitud poco amigable.

—Me sorprendes; no sé adónde quieres ir a parar.

—¡Es muy sencillo! Ahora ya no tienes nada que reclamar a tu hermano, pues le has devuelto la misma faena que hace años te hizo. Por decirlo de una manera deportiva, estáis en empate técnico.

—¿Sabes lo de Sebastián con mi antigua pareja?

—¡Por supuesto!

—Pero sigo sin entender qué pintas tú en todo esto.

—Durante los años que llevo junto a tu hermano, le he visto sufrir por haber perdido a aquel diplomático y también por haberte engañado. Lo primero parece que ya lo empieza a superar; lo concerniente a ti, no parece que tenga solución, salvo que intervengas en su ayuda.

—¿Yo?

—Como su hermano mayor, te tiene mucho respeto.

—Ya lo pude comprobar hace años, cuando me engañó vilmente —contestó Bernardo.

—¡A esto me refería antes! Ya no puedes hacerte la víctima ni hacer tus habituales comentarios sarcásticos. ¡No seas hipócrita! Recuerda que esta misma noche has hecho lo mismo.

—Estoy muy arrepentido y mis razones no han sido por motivos de venganza.

—¡Eso no importa! El resultado final ha sido el mismo. Además, si analizamos las razones de cada uno, a lo mejor llegamos a la conclusión de que tu hermano quería conseguir un futuro mejor; le iba la vida en ello. Por el contrario, tú buscabas darte un simple placer simbólico que has querido elevar a un grado casi místico para lavar tu propia conciencia de pecador cristiano. Pero a mí no puedes engañarme; ya está bien de aparentar delante de tu hermano ese aire falso de superioridad únicamente porque te consideras acreedor suyo.

—Entonces, ¿era todo un montaje urdido para hacerme caer?

—Eso tampoco interesa ahora. Lo importante es que reconozcas que todos podemos y sabemos mentir; incluso tú mismo. Las diferencias entre nosotros son mínimas, y nadie debe ir por la vida de santurrón engreído que cree que su misión consiste en adoctrinar a sus más allegados. Ese es tu caso, aunque tal vez lo hagas de manera inconsciente o quizás sea por tu formación religiosa. Pero creo que ha llegado el momento de que dejes de hacerte el ofendido y hagas las paces definitivas con tu hermano de una manera nítida y fehaciente, y, sobre todo, que le permitas recuperar su dignidad. A cambio, tienes mi firme promesa de llevarme a la tumba nuestro secreto, y así tu hermano nunca te perderá ese respeto que tanto te gusta.

—No guardo ningún rencor hacia mi hermano; estás completamente equivocado.

—Puede, pero quiero que le demuestres claramente que todo está olvidado entre vosotros; quiero que le permitas vivir sin más remordimientos con respecto a aquello que os ocurrió a ambos,

porque solo si está convencido de que tú lo has olvidado y perdonado de vedad, entonces él también podrá perdonarse a sí mismo y pasar esta engorrosa página que tanto le ha marcado. Tu hermano siempre te pone como ejemplo; ¿quieres que eso termine esta misma noche cuando le cuente la verdad?

—Te puede salir mal la jugada; también estás implicado.

—Sabré hacerle ver que lo he hecho para desmitificarte ante sus ojos y para que cambie la opinión que tiene sobre su gran hermano el sacrificado; me será muy sencillo.

—¡Está bien! ¡Lo haré! Pero antes déjame decirte una cosa: simplemente con habérmelo pedido, con haberme informado de la situación anímica de mi hermano, lo hubiera hecho con sumo gusto ¡El resto del montaje sobraba!

—Seguramente tienes toda la razón, pero yo también soy humano y me equivoco muchas veces. Uno de mis mayores defectos es la desconfianza; por eso he preferido tener la situación bien asegurada.

—¡Has sido muy cruel e injusto!

—¡Puede! Pero como no te conozco lo suficiente, estoy seguro de que sabrás perdonarme. Al fin y al cabo, los motivos que me mueven son para liberar a tu hermano de un suplicio que le quema en el alma.

—¿No ha habido ninguna otra intención oculta por tu parte?

—No en lo referente a ti. En cuanto a mis sentimientos personales, también me acompañarán a la tumba sin que nadie los conozca jamás.

—Te prometo que hablaré con mi hermano antes de que regreséis a Francia.

—Te lo agradezco; le harás muy feliz.

Así quedaron convenidos los acuerdos del pacto secreto entre ambos a la espera de que Sebastián regresara de su viaje de Santiago de Cuba. Cuando se reencontraron, la primera noticia que recibieron fue el precario estado de salud del tío Adrián, quien gozaba de una cabeza privilegiada a la que el resto del cuerpo no acompañaba. Envejecido y solo, no le auguró mucho tiempo de vida, porque el propio anciano le confesó que esperaba desaparecer pronto de este mundo, que se sentía cansado y ya no tenía más ganas de vivir. Todos se sintieron conmovidos al sospechar que en poco tiempo perderían al último miembro de la familia de su padre.

Bernardo no quiso esperar, y a la mañana siguiente habló con su hermano.

—Mira, Sebastián; creo que debemos hablar de un asunto que

aún tenemos pendiente.

—¿Sobre qué?

—Para mí es un poco violento, pero creo que es mejor que aclaremos el tema de nuestro amigo común de una manera definitiva.

—Eso es agua pasada —contestó algo molesto.

—Para mí él también lo es, pero mi interés se centra en tu persona, que eres quien realmente me preocupa.

—¡Está bien! Dime eso tan importante —contestó sonrojado.

—He tenido muchos años para meditar sobre tu noviazgo con quien tú sabes, y he llegado a la conclusión de que hiciste lo correcto.

—¿Cómo dices?

—¡Sí! Tu decisión fue la más inteligente y, sin duda, la más práctica.

—Pero te enfadaste mucho.

—Fueron simplemente celos; me cegaron y no fui capaz de reconocer la cruda realidad. Al principio, me consideré traicionado y engañado por mi propio hermano, pero la verdad fue que yo nunca pensé en acompañarle y, por tanto, si no hubieras estado hábil y atento, otro se habría interpuesto en tu camino, y a lo mejor aún seguirías prisionero en esta isla. Para mí era una cuestión de amores; en cambio, para ti era una cuestión de futuro. En su momento no me di cuenta, pero la realidad fue que ya rompí con él cuando le dije que no le acompañaría a París; es decir, mucho antes de que tú aparecieras en su vida. El engaño por su parte estaba garantizado contigo o con otro. Por tanto, no quiero ni que te mortifiques ni que vuelvas a pensar que me debes algo, porque no es cierto; nos hemos buscado la vida como hemos podido. Si eres feliz, también lo seré yo.

—¿Y estos años de incomunicación?

—No sabía qué decirte; una parte de mí sentía vergüenza y otra indignación. Pero cuando te vi abrazado a nuestra madre comprendí mi grave error.

—¡Muchas gracias, Bernardo! ¡No me esperaba tanta compresión!

—¡Una cosa más! ¡No sabes lo mucho que te quiero! ¡Nunca lo olvides!

—¡Jamás lo olvidaré! ¡Te lo juro!

Pronto se consumieron los días de estancia en la isla y enseguida tuvieron que volver a hacer el equipaje para regresar a Europa. Esta vez solo los acompañó Bernardo, pues Candelas no tenía suficiente

fuerza en las piernas para aguantar una larga espera en el aeropuerto. Si la despedida en la casa fue intensa y emotiva, tampoco lo fue menos la que se produjo entre los dos hermanos en la terminal.

—Cuida mucho de nuestra madre; es ya mayor y no sé si podré volver antes de que…

—¡No lo digas, que trae mala suerte! —le interrumpió Bernardo.

—Me voy con mucha pena.

—¡Lo sé! Pero no olvides nuestra última conversación.

—Me ha venido muy bien. ¡No sabes cómo te lo agradezco! Llámame de vez en cuando.

—Te lo prometo. —Se abrazaron con intensidad.

—Adiós, Bernardo.

—Adiós, Hétore. He cumplido mi palabra —le dijo al oído mientras le besaba.

—¡Gracias por todo! —contestó Hétore.

—¡Volved pronto! ¡Aquí dejáis a una familia que os quiere! —les dijo Bernardo en voz alta y entrecortada.

Con lágrimas en los ojos, los saludaba con la mano abierta en señal de correspondencia a su despedida mientras se perdían por el control de pasajeros. Sebastián también lloraba y quería disfrutar por más tiempo de la visión de la figura de su hermano, que le hacía gestos ostensibles de que le quería con todo su corazón. Se quedó quieto por un momento en medio de la fila para mirarle fijamente, pero fue arrastrado por el propio Hétore hacia el interior a requerimiento de los guardias aduaneros que comenzaron a apremiarle ante su pasividad. Una vez acomodados en el interior del aparato, le preguntó por sus impresiones para intentar desviar su atención y que se le pasara cuanto antes ese pesar que claramente mostraba por alejarse otra vez de su familia.

—Tengo dos sensaciones contradictorias; una dulce y otra muy amarga. Me vuelvo con una gran alegría por haber arreglado mi relación con Bernardo, por haber visto a mi madre y porque me he sentido rejuvenecido al caminar por las calles donde solía jugar de pequeño; he recordado muchos instantes felices de mi juventud y eso me ha gustado mucho —contestó.

—¿Y la amarga?

—He encontrado muy envejecida a mi madre; eran más bonitos los recuerdos que tenía de ella. Me preocupa el futuro de los dos entre tanta necesidad.

—Por ellos no te preocupes, pues saben cuidarse mejor que nosotros; están en su ambiente y lo hacen desde hace mucho tiempo

con éxito —le aconsejó.

—No puedo; me ha impresionado mucho el bajón físico de mi madre.

—¿Y en cuanto al país? —volvió a desviar su atención, pues comenzaba a ponerse melancólico con el recuerdo de Candelas.

—Me ha dado mucha tristeza. Tengo el alma encogida de tanta pobreza generalizada que he visto. Es verdad que se igualaron las clases sociales, pero ha sido para repartir la miseria entre casi todos.

—¿Casi todos?

—Siempre hay quien se salva de la quema; Cuba no es una excepción.

—Pero he visto a mucha gente feliz por las calles.

—No te fíes de lo que vean tus ojos. El pueblo cubano es sonriente por naturaleza y sabe esconder las penas detrás de su sonrisa, pero la procesión siempre va por dentro. Cuando se vive aquí no te das cuenta de las grandes diferencias que existen; los que venimos de fuera, al regresar, somos los que notamos de una manera brutal el gran contraste. Nos hemos acostumbrado a la forma de vivir de otras naciones y nos resulta fácil la comparación.

—Sobre todo te das cuenta del gran potencial sin utilizar de este país —aseveró Hétore.

—Cierto.

—Pues igual que nos damos cuenta nosotros, también lo sabrán los mandatarios cubanos, ¿no?

—Es mucho más complicado que eso.

—¿Por qué?

—Porque modernizar Cuba supone hacer concesiones, renunciar a viejos sueños revolucionarios y aceptar la economía de libre mercado, situación que de momento no se va a producir por razones políticas.

—¿Qué piensa hacer tu familia con las propiedades que les fueron requisadas?

—Por el momento no podemos hacer nada; más adelante, ya se verá como se desarrollan los acontecimientos. De todos modos, por si acaso, mi hermano ha registrado las escrituras de propiedad de nuestras fincas en varias embajadas extranjeras, donde tiene algunos amigos, para que den fe de su autenticidad y conste en algún archivo el día de mañana.

—¿Eso valdrá para algo?

—No lo sabemos, pero al menos tendremos algo que mostrar si nos piden algún tipo de justificante de posesión de las haciendas.

—No te sientas triste; has vuelto a ver a tu familia y seguro que

volveremos en cuanto podamos —le consoló Hétore.

—Si supieran que hemos tenido que pedir un crédito para venir, no nos lo habrían permitido.

—No pienses en ello; se pagará y luego ahorraremos para el siguiente viaje.

—¡Qué bueno eres conmigo! —le cogió de la mano.

Cerró los ojos para recordar con intensidad los imborrables momentos vividos en los últimos días en su ciudad natal. Luego, se quedó dormido posiblemente para hacer más corto el regreso a su cómoda rutina, en comparación con lo que dejaba atrás.

CAPÍTULO XXXVIII

Los años transcurrieron con relativa rapidez para los ciudadanos cubanos residentes en Francia, quienes se desfondaban día a día por mantener una encarnizada lucha contra una situación económica adversa que se empeñaba en desequilibrar mensualmente su débil economía doméstica. Muchas eran las necesidades sin cubrir y numerosos los sacrificios que debían realizar para no sucumbir ante la pertinaz crisis que a mediados de la siguiente década se estableció de forma especialmente permanente en los sectores de donde dependían los sueldos de Sebastián y de Hétore. Las transacciones en moda se realizaban con mucha lentitud, y su número había disminuido tanto que ponía en peligro la continuidad en sus respectivos trabajos. Pero a pesar de las dificultades, con puntualidad británica, todos los meses llegaba a los cubanos su remesa de salvación, si bien es verdad, con envíos cada vez más modestos.

Algo parecido ocurrió con Jesús, quien desde Miami se esforzaba por ayudar todo lo que podía. Pero la carestía de la vida se había incrementado mucho en Florida y cada vez tenía menos capacidad de ahorro. A pesar de contar con un buen empleo fijo, tenía que realizar verdaderas filigranas para continuar con sus envíos mensuales. El hecho de vivir solo tampoco le ayudó a conseguir un modo de vida que potenciara el ahorro. Aunque tuvo muchas aventuras y conoció a muchas mujeres, no terminó de cuajar una relación sólida y estable con ninguna de ellas; se volvió a repetir el mismo proceso de su juventud por tierras cubanas. Tal vez eran muchas sus exigencias o quizás no encontró a la mujer adecuada que comprendiera su situación anímica personal; esa responsabilidad que se había impuesto a sí mismo para ayudar a atender las necesidades de su madre y hermano. Pero la realidad incuestionable fue que aún permanecía soltero y sin compromiso alguno a la vista. Jesús, a pesar de todo, no tenía vocación de solitario, y por eso mantenía una vida social muy activa que implicaba muchas salidas, invitaciones y gastos adicionales que tenía muy asumidos desde principio de mes. No era que viviera extremadamente bien; es que para mantener una posición acorde con el nivel que le exigía su profesión, ahora tenía la obligación de

realizar mayores gastos.

Paradójicamente, el régimen cubano obtenía una importante fuente de ingresos gracias a las ayudas provenientes del mundo capitalista y fruto del esfuerzo, trabajo y sacrificio de quienes debieron buscar un futuro mejor fuera de su patria. Las estadísticas mostraban que algo más de dos millones de cubanos se encontraban más allá de sus fronteras, fundamentalmente en Europa y en Estados Unidos, y eran los responsables de esos envíos que en forma de maná divino cubría las necesidades más perentorias de muchos ciudadanos cubanos. Así las cosas, también la población cubana dependiente tuvo que ajustar su economía a la nueva situación, como fue el caso de Bernardo y de su madre.

Sin embargo, para Candelas no supuso un gran sacrificio, ya que en sus últimos años de vida sus necesidades cada vez eran más insignificantes y su tiempo estaba prácticamente a punto de agotarse. Fue en el inicio de la primavera del 2010 cuando su corazón no quiso continuar con esos latidos que durante noventa y ocho años la acompañaron en su larga travesía. Con pleno conocimiento, sin ruidos, en silencio y acompañada por la soledad de la noche, aquella valerosa mujer pasó casi de puntillas por su última experiencia terrenal. Consciente de que su tiempo llegaba a su término y envuelta en un profundo recogimiento, así falleció la representante más longeva de la familia de los Benjumea.

No obstante, en las vísperas a que se produjera su inevitable óbito, algo debió de presentir, pues quiso mantener una última conversación con su hijo Bernardo. Aunque por la edad su cuerpo ya casi no respondía, en cambio, su cabeza, y sobre todo su memoria, gozaban de una lucidez encomiable digna de elogio.

—¡Hijo! Me gustaría que habláramos un rato.

—¿Te ocurre algo?

—Sí, que tengo muchos años.

—Bueno, gracias que los puedes contar. Casi nadie llega a sumar tantos.

—Tienes razón. A lo mejor por eso veo las cosas muy diferentes a como las entendía hace años.

—¿A qué te refieres?

—Mira; sé que nunca te he permitido hablar conmigo de tus cosas íntimas, y ahora estoy muy arrepentida. Sin darme cuenta y por tratar de evitar lo inevitable, te he perdido como hijo.

—Nunca me has perdido, siempre he estado a tu lado.

—Quiero decir que me he perdido conocerte como ser humano y participar como madre de tus problemas e inquietudes simplemente

porque me daba miedo aceptar tu condición de homosexual. La única excusa que tengo en mi descargo es que siempre soñé con una boda importante para ti y que llenaras mi casa con muchos nietos. Pero tu decisión del seminario me hizo cambiar repentinamente de planes, y para contentarme quise pensar que nada podía hacer contra Dios. Después, cuando me dijeron que abandonabas definitivamente los estudios eclesiásticos, volví a albergar unas esperanzas que pronto se truncaron por una inclinación tuya que no quise ni entender ni aceptar. La realidad es que no sé casi nada de ti.

—Eso ya es agua pasada. Soy muy mayor para sentirme perjudicado por estas cosas. He sabido organizar mi vida de forma diferente a mis hermanos, y eso no significa que sea ni mejor ni peor; es distinta.

—Me doy cuenta de que has tenido que madurar por tu cuenta y me siento muy avergonzada por mi comportamiento durante tantos años de desinterés que te he mostrado.

—¡Olvídalo, madre! No me siento ofendido.

—No he sido justa contigo y quiero que perdones todos mis errores.

—Madre, no hay nada que perdonar.

—Bernardo, solo me sentiré tranquila si oigo el perdón de tu boca.

—¡Está bien! Te perdono de todo corazón y sin ningún rencor.

—¡Muchas gracias! Hay otra cosa de la que también quiero hablarte.

—Dime.

—Te quiero contar una experiencia personal que nunca he contado a nadie y que tal vez pueda servirte el día de mañana. Ahora que soy vieja, creo que he conseguido comprender por qué mis padres y los abuelos de sus padres otorgaron un valor tan importante a la tierra donde se afincaron cuando llegaron a esta isla.

La anciana continuó con aquel relato de sus antecesores con una fluidez y clarividencia mental impropia de una persona de su edad, que sorprendió a su hijo, porque a sus oídos sonó como una despedida anticipada. Bernardo interpretó en las palabras de su madre que quería explicarle que aquellos momentos fueron muy difíciles para la familia, en los que fue necesario tomar decisiones muy drásticas que modificaron su manera de enfrentarse a la vida. Reconocía que desde que se establecieron en Cuba, para su familia nunca supuso un problema el mestizaje, y que algunos de sus

antepasados provenían de sangre mulata, como probablemente también tendrían gotas de raza judía y árabe. Que eso nunca los influenció negativamente a la hora de elegir pareja.

—Sin embargo, yo no fui capaz de reconocer que tú, Bernardo, con tu elección también ejerciste una forma muy distinta de mestizaje a la que no estaba acostumbrada. Pero, al fin y al cabo, no dejaba de ser otra manera de relacionarse con algunos de nuestros semejantes. Todo ha cambiado y no he tenido tiempo para hacerme a la idea, pero la tierra siempre permanecerá de la misma manera por muchas guerras y desgracias que ocurran. Por muchas familias que se establezcan sobre ella, si la cuidan, siempre las acogerá. Esa es la razón por la que nuestros mayores desearon para su descanso eterno formar parte del conjunto majestuoso de la naturaleza, de ese maravilloso paisaje que tanto los enamoró en cuanto lo contemplaron. A lo mejor te parece una locura y puede que lo sea, pero mi único deseo consiste en que hagas lo imposible por llevarme junto a mis padres y abuelos. Acuérdate de que la tierra siempre permanece; para nosotros nunca fue importante el dinero o el poder; lo que verdaderamente siempre nos importó fue poseer la tierra donde construir un futuro. Solo te pido esto.

Bernardo escuchó atentamente; estaba paralizado y no se atrevió a contradecirla en lo más mínimo.

—Si te resulta más sencillo, tienes mi permiso para incinerarme. Pero, por favor, haz que regrese junto con mis padres.

—Como quieras, madre —le contestó entrecortadamente.

—Quiero que sepas que nunca te he dejado de querer, pero he sido muy torpe en demostrártelo. Ven que te bese.

—Luego vuelvo a verte —propuso Bernardo mientras recibía el beso.

—Te esperaré despierta —contestó adormecida.

Una premonición cruzó por la imaginación de Bernardo, de la misma manera que los truenos presagian la tormenta. No quiso pensar más en ello, pero era evidente que Candelas agotaba sus últimas energías; su elevada edad le hizo temer que muy pronto se pudiera producir el desenlace. Por desgracia, sus terribles sospechas se cumplieron cinco noches después; por primera vez experimentó una sensación de abandono como jamás había sentido en toda su vida. A pesar de sus múltiples intentos y combinaciones, ni Jesús ni Sebastián encontraron plaza disponible para volar hacia La Habana ese mismo día, y la fecha más cercana que les ofrecieron suponía llegar con dos y tres días de retraso, respectivamente.

—Sé que queréis despedir a nuestra madre, pero no vais a llegar

a tiempo; no hace falta que vengáis. Para los cristianos, y aunque no practicantes nosotros lo somos, las despedidas se pueden hacer en la distancia. Parte del dinero del viaje se puede utilizar para incinerarla y cumplir así su última voluntad —sugirió Bernardo.

—¿Qué harás con las cenizas? —preguntó Sebastián.

—Las guardaré en casa a la espera de que nos juntemos los tres hermanos y decidamos un acomodo definitivo para los restos de nuestra madre.

Quizás los muchos años vividos que contaba en su haber Candelas compensaron el dolor que sus tres hijos sintieron por su muerte, pues era algo que cada uno de ellos en su fuero interno esperaba que se produjera de un momento a otro. Verla postrada en la cama durante el último periodo no fue una imagen agradable para Bernardo, quien como hijo mayor mejor conservaba su recuerdo de mujer con fuerte carácter en aquellos años de pletórica juventud. Comoquiera que fuere, los hermanos aceptaron su propuesta y sufragaron entre ambos los gastos del crematorio, mientras él asumió la tarea burocrática de permisos y trámites religiosos.

El nexo entre los hermanos, el principal motivo de ayuda, desapareció con la muerte de Candelas, pero sus contactos se sucedieron a lo largo de los siguientes años y jamás perdieron el cariño fraternal que casi siempre se tuvieron. Sin embargo, fue necesario que transcurrieran varios años para que los tres se volvieran a reunir en La Habana. Fue durante la primavera de 2012 cuando aprovecharon para conmemorar el segundo aniversario de la muerte de Candelas.

No llamó la atención de nadie que tres hombres ya mayores, de sesenta y ocho, sesenta y tres, y sesenta y un años, respectivamente, una mañana soleada de primavera, se acercaran lentamente a pie por un largo camino de tierra bordeado de palmas reales cubanas que daba acceso a un cuidado jardín que más adelante desembocaba en la casa de aquella extensa finca. El taxi los había dejado a cierta distancia porque Bernardo prefirió caminar los últimos metros en compañía de sus hermanos y así poder enseñarles el lugar donde se encontraban en aquellos instantes.

—Alguien se acerca —interrumpió Sebastián.

—Es Damián, el responsable de la cooperativa de familias que viven en esta hacienda —les informó Bernardo.

También era un hombre ya de cierta edad, servicial y comprometido con la tierra al más puro estilo Benjumea, que en cuanto los divisó salió a su encuentro. Hasta que llegó a su altura,

aún le dio tiempo a Bernardo para terminar de contar los últimos detalles:

—Un día, cuando ya sabía de vuestra visita, aproveché un desplazamiento que tuve que realizar por esta zona para acercarme hasta aquí y conocer a sus moradores. Mi sorpresa fue que me encontré con un grupo de familias compuesto por gente humilde y sencilla que solo desean trabajar en paz la tierra para dar a sus hijos una oportunidad distinta de la que ellos mismos habían tenido. Me recibieron muy cariñosamente y compartieron conmigo cuanto tenían a su alcance. Después de contar el verdadero motivo de mi visita, todo fueron facilidades para que hoy pudiéramos estar aquí.

—¡Buenos días! —saludó el desconocido.

—Damián, le agradezco enormemente este gran favor —le correspondió mientras se estrechaban las manos.

—¡Estamos a la orden! —contestó sin vacilaciones.

—Le quiero presentar a mis hermanos, Jesús y Sebastián.

—Es un gran placer —les cumplimentó afectuosamente.

—¡Está todo preparado! ¡Solo falta la llegada del sacerdote oficiante!

—Este jardín y esta casa me resultan conocidos —comentó Sebastián en cuanto accedieron a ellos.

—¡Es La Palma del Indiano! ¡Reconozco esa gran palmera! ¡La alameda de la entrada ha cambiado mucho y eso me ha despistado! —enseguida señaló Jesús.

—¡Efectivamente! ¡Es La Palma del Indiano! —los sacó de dudas Bernardo.

Jesús y Sebastián se emocionaron, pues su hermano mayor, para darles una sorpresa, les ocultó la identidad del lugar. Acudieron a la finca con la idea de depositar las cenizas de su madre en algún sitio especial que tuviera un significado importante para ella, pero jamás pensaron que Bernardo conseguiría que los actuales ocupantes de la propiedad permitieran su acceso para cumplir con la última voluntad de su madre. Desde que los desalojaron por la fuerza, siendo ambos muy niños, nunca más quisieron volver. Por indicación de su propia madre borraron de su memoria cualquier atisbo de recuerdo. Además, muchas veces comentaron entre ellos que seguramente ya no existiría nada de lo que conocieron, que seguramente la palmera habría sido talada, y las tumbas, profanadas. Por tanto, pensaron que lo mejor y más acertado era no buscar ni indagar sobre el asunto. Luego llegaron los viajes al exterior como emigrantes, las intensas ocupaciones laborales y, por fin, el inevitable olvido.

—Mi padre plantó todas las palmas reales y modificó parte de su antiguo trazado; por eso no lo han reconocido hasta llegar a la casa, que, como pueden ver, mantiene toda su belleza —informó Damián.

En ese preciso instante llegó el cura y quedó paralizada la conversación. Después de las presentaciones, el más mayor de los tres hermanos destapó con sumo cuidado un recipiente muy bonito que portaba dentro de una bolsa y se adelantó para presentárselo al oficiante. Seguidamente, fueron convocados cuantos se encontraban en el lugar, quienes ya habían anunciado su voluntad de sumarse al acto, pues sentían mucha curiosidad por conocer la historia de aquel precioso sitio que les servía de morada y fuente de ingresos. Enseguida se situaron bajo la sombra de la gran palmera africana, aquella que muchos años antes se plantó por decisión de los abuelos Isaac y Salomé.

—Buenos días a todos. Nos hemos reunido en este lugar para dar cristiana sepultura a los restos de nuestra hermana Candelas y cumplir así con su expreso deseo y el de su familia, aquí presente. A continuación, voy a ceder la palabra a su hijo Bernardo, quien será el encargado de dirigir la iniciación del responso —los informó el sacerdote.

—Antes de comenzar, quiero agradecerles el cuidado que todos ustedes han mostrado por este sitio donde ahora nos encontramos. Han sabido respetar el descanso de nuestros familiares difuntos y, a mi modo de ver, esto los honra. Para mi familia, este lugar ha significado el punto de encuentro de nuestros fallecidos con la madre tierra; simbolizaba nuestra unión y fuerza, siempre lo consideramos un templo sagrado, un camposanto, el panteón familiar donde reposan casi todos nuestros antepasados desde que arribaron a estas tierras y se afincaron definitivamente en La Palma del Indiano. Ahora, en cumplimiento de una promesa, venimos a depositar bajo esta gran palmera africana, que da nombre a la hacienda, los restos de nuestra madre, para que así continúe con la tradición y se vuelva a unir a sus progenitores. Antiguamente, los judíos se cubrían de ceniza para realizar sacrificios; también los ninivitas la utilizaban como signo de arrepentimiento por sus malas acciones. Según los cristianos, la imposición de la ceniza recuerda que hemos de morir y convertirnos en polvo, porque nuestra vida es pasajera en la tierra. Las cenizas que se utilizan se obtienen de quemar las palmas usadas el Domingo de Ramos del año anterior, mensaje humilde que nos induce a pensar que aquello que significó poder y gloria terrenal quedará reducido a la nada por nuestra propia naturaleza perecedera. Cenizas de palmas quemadas que

provienen de palmeras similares a la que ahora nos cobija; polvo y cenizas, no existe mejor sitio en el mundo para este acto. ¡Polvo al polvo, cenizas a las cenizas! Querida madre, ¡vuelve a la tierra de donde procedes y descansa, por fin, en paz!

Bernardo y sus hermanos volcaron el contenido de la urna en un hoyo que ya estaba preparado para ese destino final, excavado al lado de la tumba de Zoel y de Ruth. En ese instante, ninguno de los tres pudo evitar lágrimas de emoción y sobrecogimiento ante lo que suponía la última morada de los restos de su madre y el cumplimiento de su única petición en vida.

—Concédenos, Señor, el perdón y haznos pasar del pecado a la gracia y de la muerte a la vida; porque polvo eres y en polvo te convertirás. Concédeles, Señor, el descanso eterno y que los ilumine tu luz perpetua. Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz. Amén. —El sacerdote concluyó la ceremonia.

Los asistentes abandonaron poco a poco el lugar para continuar con sus tareas, no sin antes demostrar sus condolencias, hasta que quedaron a solas los tres hermanos. En ese intenso momento que sintieron por el reconocimiento personal del deber cumplido, aprovecharon para otear el horizonte en busca de algún recuerdo que pudieran llevarse consigo. Se miraban y respiraban profundamente, porque quisieron mantener una entereza que necesitaban que no los abandonase hasta que pudieran alejarse de la hacienda; era muy fuerte la emoción que aún los embarga debido a los instantes que acaban de vivir. Unos niños pequeños correteaban por los alrededores ajenos al acto, sin saber que eran observados por los tres.

—Este es el futuro de esta nación —les señaló Bernardo.

—¿Quién se encargará de dar digna sepultura, y en este lugar, al último de nosotros? —volvió a preguntar Sebastián.

—¡Tendrán que ser los niños que ahora juegan alegres y desentendidos! —apuntó Bernardo.

Durante un rato se quedaron sentados junto al panteón familiar bajo la sombra de la gran palmera africana que dio nombre a la hacienda; contemplaron cómo sus extensas palmas se mecían al compás de la suave brisa y, a la vez, emitían su chisporroteo característico; era el idioma de la palma, que se sentía feliz por albergar a otro miembro de su familia. Luego recordaron pasajes y aventuras que su madre les contó de los antepasados con los que convivió y de otros de quienes solo conocía sus hazañas por transmisión de sus mayores. Visitaron la casa y el resto de la finca;

sin querer, multitud de recuerdos de su infancia aparecieron entre sus más recónditos recuerdos. Cualquier rincón servía para comentar una vivencia con algunos de sus familiares ya desaparecidos.

Ya anochecido, los tres hermanos se reunieron bajo la gran palmera para comentar sus impresiones sobre los últimos acontecimientos.

—Esta buena gente quiere a esta tierra —señaló Jesús.

—Porque es el único medio de vida que conocen, y a estas alturas de nuestra vida lo necesitan más que nosotros —añadió Sebastián.

—Me siento bien con su compañía; tal vez sea porque simbolizan a esa parte de nuestra familia que no hemos conocido. Mi ánimo se serena cuando me encuentro en este lugar tan especial; quizás sea la presencia del alma de los que aquí reposan —se sinceró Bernardo.

—No sé qué será; pero es cierto que el panteón familiar por un lado apacigua y por otro invita a la meditación —corroboró Jesús.

—Hemos llegado al final de nuestro camino. Ya no nos queda más por hacer; seguro que madre estará orgullosa de nosotros —afirmó Sebastián.

Se sentaron cerca de la tumba de la abuela Salomé, contemplaron cómo un cielo estrellado se colaba a través de las ramas de la palmera y reconocieron la importancia que con los años había adquirido regresar a la tierra donde se forjó la leyenda de la familia. Por fin, los últimos descendientes de los Benjumea, de los Ferré, de los Rubiatos, de Ganna y de Clemente tuvieron la certeza de que se cumpliría la creencia transmitida en forma de deseo irrenunciable; se volverían a unir con el resto de sus antepasados en aquel lugar único y privilegiado; un sitio cargado de un significado muy especial; un puesto reservado para la eternidad, que gracias a los relatos escuchados desde su infancia siempre supieron que se encontraba bajo la sombra de la gran palmera africana; aquella que contribuyó de manera definitiva a renombrar la magnífica finca familiar que desde la llegada de sus antepasados fue conocida como La Palma del Indiano.

AGRADECIMIENTOS

En reconocimiento al esfuerzo de incondicionales lectores que se atreven con los manuscritos de mis obras: Mariví y Gustavo; Marti y Juan; María y Tomeu.

En memoria de Marisol. Por ese verbo fácil, que sabía prolongar como nadie.

Edición en formato digital: 2016

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-478-9

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es